

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA,

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 5.º

MADRID: 1847.

Imprenta de D. Tomas Aguado,

calle de la Encarnación núm. 17.

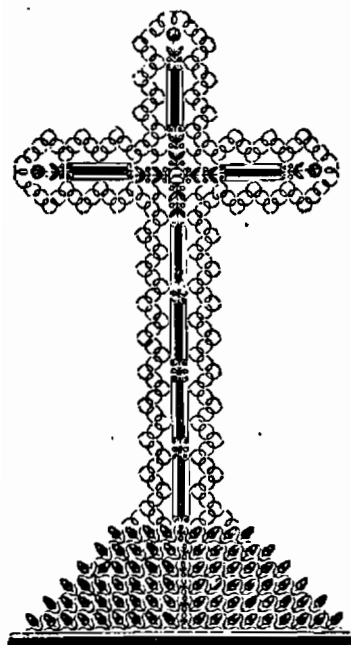
BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE SEGUNDA.

Sermones de Semana Santa
que acostumbran predicarse en España, y
durante la Pasqua por duplicado.

Como único.

Contiene sermones de Dolores. — Ramos. — Mandato.
— Pasion. — Descendimiento. — Soledad. — Resurreccion.
— Cruz.



O Crux , ave spes unica ,
Hoc Passionis tempore
Piis adánge grátiam ,
Reisque dele crimina.

Sin perjuicio de dar en nuestra Biblioteca, en las séries y lugares correspondientes, los sermones de los misterios de Jesus y de María Santísima, Dolores, Pasion y demas que presentamos en esta série, hemos creido oportuno reducir á una série y tomo todos los sermones que generalmente acostumbran predicarse en los pueblos de España en los dias de Semana Santa y de Pascua, á lo que nos han movido dos razones. Primera, la mayor comodidad de los señores sacerdotes, que tengan en un solo tomo lo que puedan necesitar para todo este tiempo; y segunda: la mayor utilidad y provecho de los pueblos. La Semana Santa es propiamente una mision para estos. Es un tiempo en que todos los fieles deben recibir los Santos Sacramentos de penitencia y comunión, segun el precepto de la Iglesia, y la mira del ministro de Jesucristo debe ponerse en preparar y escitar á recibir dignamente los Santos Sacramentos, al perdon de las injurias, el olvido de las ofensas, la reconciliacion de todos los ánimos,

la reparacion de todos los escándalos, la restitucion de lo mal habido, debe procurar en fin dejar en el pueblo la paz de Jesucristo.

Es muy comun y muy conveniente tambien en los pueblos que pueden costear los gastos necesarios llevar un sacerdote para que predique en estos dias y ayude al párroco en la asistencia al confesonario, y es muy interesante que los fieles oigan y vean que el predicador les anuncia la misma doctrina y los da las mismas reglas de conducta que están acostumbrados á oir á su Párroco, lo que sirve de una especie de confirmacion, y para hacer ver que no hay otra doctrina ni otra moral, que todos anunciamos la misma, porque todos somos ministros y discípulos de un mismo maestro que es Jesucristo.

Bajo estos conceptos, hemos arreglado los sermones de esta SERIE distintos, si, de los que se predicarian de los mismos asuntos en distintas circunstancias, pero creemos que en las de Semana Santa especialmente en los pueblos han de ser así mas útiles.

SERMON PRIMERO
DE DOLORES DE MARIA SANTISIMA.

Dereliquit me Dominus. Me desamparó el Señor. Isai. c. 49, v. 14, *Ita Pater: Quoniam sic fuit placitum ante te.* Sea así Padre eterno: porque de este modo os agradó. *Mat. c. 11, v. 26.*

CRISTIANOS:

¡Qué Dios tan poderoso, tan magnífico tan misericordioso y tan lleno de amor tenemos los pecadores! El nos ha criado, nos ha redimido, nos ha perdonado nuestros pecados, nos ha abierto las puertas de los cielos y quiere hacernos dichosos y felices en esta y en la otra vida. El nos ha hecho hijos de una religion santa y divina que nos enseña á obrar todo lo bueno y á apartarnos de todo lo malo: de una religion que nos levanta si caemos,

que nos perdona si pecamos, que nos alienta en la vida y nos consuela en la muerte: de una religion que mueve los lábios de los predicadores y confesores para instruirnos y doctrinarnos, para dirigirnos por los caminos de la virtud apartándonos de los peligros que nos rodean, y para estimularnos á ser tan santos y perfectos como deben serlo los hijos del Padre celestial: de una religion en fin que suponiéndonos penitentes, mortificados y virtuosos con los santos ejercicios de este tiempo aceptable y de estos dias de salud, nos manda contemplar en este dia los dolores, los desamparos, los desconsuelos, las penas y aflicciones de la Virgen dolorosa representada en la imágen que tenemos á la vista. ¿Podrá darse cosa mas dolorosa? O vosotros, los que habeis viajado, oído ó visto los estragos de la culpa ¿habeis hallado por ventura estado mas calamitoso que el que representa esa imágen sacrosanta de la reina de los mártires? ¿Ha podido acaso fingirse tragedia semejante á la que ofrece María Santísima en la sangrienta muerte del hijo de sus entrañas?

No: no es posible encontrar cosa comparable con María Santísima en los dias de su afliccion. Ha muerto su querido hijo, han crucificado á su Jesus adorado, el Omnipotente la llenó de amargura, y no no hay dolor que se iguale á su dolor! El mismo eterno Padre que se declaró contra el hijo cargado con nuestros pecados, se declara tambien en contra

la madre! La desconsuela, la atormenta, la aflige, la desampara, le obliga á esclamar con el profeta,
=DERELIQUIT ME DOMINUS. ME DESAMPARÓ EL SEÑOR!!

Habrà alguna criatura capaz de explicar la grandeza de los padecimientos de esta hija de las gracias? No señores. Sin una especial manifestacion del Altísimo, podremos tal vez aglomerar penas y dolores, pero comprender los que sufrió esta Esposa del Espíritu Santo en los dias de su amargura nos es enteramente imposible. Asi os lo haré ver en la primera parte de este discurso. Lo que esta Virgen adorable mereció en sus tribulaciones, es del mismo modo superior á nuestra comprension. Esta será la materia de la segunda parte. **DOLORES INMENSOS Y MÉRITOS INFINITOS:** Ved aqui los extremos que formarán el elogio de la Santísima Virgen de los Dolores digno objeto de nuestra veneracion.

Virgen angustiada: mi alma llena de pavor implora vuestra clemencia. Esforzadme con vuestra proteccion y permitid, que antes de anunciar vuestros dolores con el justo Simeon os saludemos llena de gracia diciéndoos con el Angél

AVE MARÍA.

Dereliquit me Dominus.....

El amor que tienen las madres á sus hijos les

causa muchas veces los mayores pesares y sentimientos. Que lo digan todas las madres que me escuchan. Si ahora degollasen con la mayor crueldad á un niño amable á la vista y presencia de su tierna madre ¿qué extremos de dolor no haría esta en semejante caso? Hasta en los animales irracionales vemos tal adhesion hácia sus crias, que cuando estas peligran se hacen invencibles elevándose sobre la condicion de sus especies. Matad sino á la gallina sus polluelos y á las fieras sus cachorros, y vereis como se explica la naturaleza en estos casos. Pero si dejando estos ejemplares para los naturalistas registramos como católicos las Santas Escrituras ellas nos manifestarán la fuerza del amor materno en los esfuerzos de la madre de aquel niño que quiso degollar Salomon, en los lamentos de la madre de Tobias, en los desconsuelos de Raquel y en la solicitud de la Sunamitis. Ellas nos convencerán de que siendo el amor mas fuerte é inflexible que la muerte segun la expresion del sábio y mas cruel y desapiadado que el odio segun Santo Tomás, fué el cruel verdugo que martirizó el alma de María Santísima en los dias de su afliccion.

Con efecto: Esta Virgen pura no solo amaba á su precioso hijo con un amor superior al que tienen las madres mas sensibles á sus hijos, sino que lo amaba ademas con un amor sobrenatural mas activo y

fervoroso que el de los serafines y querubines: lo amaba dice el doctor angélico, con un amor derivado de su maternidad divina, cuyo término siendo infinito, infinito también debió ser en cierto modo el amor que depositó el celestial esposo en esta Virgen madre. Con este amor amaba María Santísima á su hijo, á su Dios, á su Redentor y á su todo en la persona de aquel Jesús amable que hace la gloria de cuanto existe. No perdamos de vista, este amor para medir con él los dolores que le ocasionó en el deicidio que es necesario recordar.

Jesucristo pues, envilecido con el quirógrafo de nuestra condenación, según San Pablo, y cubierto con toda la fealdad de nuestros pecados, se entristece en Getsemani: un sudor de sangre riega la tierra en que encorvado con la enorme carga de nuestras culpas, se ofrece al eterno Padre en sacrificio de propiciación: Un ángel lo conforta y lleno de vida es entregado al poder de las tinieblas. Lo prenden como á un malhechor infame, lo llevan con escarnio de tribunal en tribunal, descargan en su cuerpo virginal hasta cinco mil azotes, ponen en su sacratísima cabeza la corona de espinas tratándolo como á un rey de burla, y *María Santísima todo lo sabe, todo lo ve, todo lo presencia!* Condenan á su santísimo hijo á la muerte mas ignominiosa, ponen en sus desollados hombros la pesada carga de la cruz, camina con ella al calvario y en la calle de

la amargura se encuentran Jesús y María!... Llegan por fin al lugar del sacrificio, y allí lo desnudan, le taladran sus santísimos pies y manos con duros clavos, lo crucifican poniéndolo entre dos ladrones, y *María Santísima á todo asiste, todo lo ve, todo lo presencia!* Jesucristo hecho el varón de dolores que vió Isaías, se despide de su amorosa y tierna Madre desde el árbol afrentoso, prorrumpe en aquella terrible exclamación que conmovió á todo el universo, muere á la violencia de los tormentos mas acerbos y *«María Santísima todo lo ve, á todo asiste» estaba de pie junto á la cruz, dice el evangelista!!*

Pero como los dolores de esta Virgen se comparan á un mar interminable en que despues de andar grandes espacios restan todavia otros mayores, puede decirse que muerto su divino Jesús principiaron nuevas penas, aflicciones y desconsuelos. Ella tenia en su corazon, dicen los santos Padres, todas las heridas del cuerpo de Jesucristo. La lanza que abrió el costado del hijo ya difunto, atravesó el corazon de la madre de parte á parte, la hirió mortalmente, y con todo eso, coge en sus brazos á Jesús muerto y desfigurado y le dice= *Hijo de mis entrañas, Jesús adorado ¿quién te ha puesto de ese modo? Como permites que viva tu madre saltándole el alma, la vida y la gloria que tenia en tu compañía? ¡O muerte hija del pecado! ¿Quién te ha dado poder sobre la vida del justo?...*

En estos lamentos se desahogaba María Santísima, cuando le quitaron á su difunto Hijo para llevarlo al sepulcro: la dejaron entregada en las angustias de la soledad mas espantosa, y nadie, nadie es capaz de comprender sus penas y desconuelos. Ha quedado sin aquel hijo precioso que formaba toda su gloria! Todo lo ha perdido con su divino Jesus, y como si esto fuera poco, hasta el mismo Eterno Padre se declara contra esta Virgen inocente! Ha ayudado á llevar la odiosa carga de nuestros pecados, es la coheredera de los hombres y por esta razon la divina justicia la oprime hasta lo infinito, la atormenta, la aflige, la obliga á decir con el profeta: *Dereliquit me Dominus. Me ha desamparado el Señor.* ¡Qué pesares tan inauditos, católicos! Qué dolores tan incomprensibles!! Pero aun la rodean otros mas considerables. María Santísima tuvo, para su mayor pena, conocimiento de todos los pecados que habian de cometerse contra el Redentor de las naciones. Veia la perversidad de los idólatras y paganos en no querer recibir las doctrinas celestiales de la sabiduría eterna, en perseguir y martirizar á los enviados de su santísimo Hijo y en vivir emancipados del suase yugo del evangelio por seguir las infernales inspiraciones de Lucifer y sus ministros. Veia la escandalosa desercion de los hereges, el orgullo y altivez de los que se atreven á declarar la guerra al Omnipotente disputándole sus de-

rechos, y todos esos misterios de iniquidad que se enseñan en las escuelas de corrupcion de donde han salido y saldrán, esas lavas incendiarias que han de apresurar la consumacion de los siglos. Veia ademas todas las infamias, escesos é injusticias que tienen al mundo al borde de su total ruina, y veia en una palabra, toda la ponzoña de los hipócritas, las traiciones de esa falange de falsos apóstoles que deshonoran la elevada clase á que pertenecen, la alevosia de los profanadores sacrilegos, las pasiones mal reprimidas de los vicios hijos de la carne, la infidelidad, tiranía y protervia... pero apartad Virgen adorable, apartad vuestra vista de tanta desolacion. No mireis á la humanidad ingrata.

Señores: ¿pudiera imaginarse semejante diluvio de penas y dolores sin la religion que nos lo certifica? ellos es verdad que son superiores á nuestra comprension: pero la fé nos los propone, la Iglesia nos los recuerda y nosotros debemos venerarlos. Oigamos sin embargo á los Santos Padres puestos por Dios en su Iglesia santa para dirigirnos con su instruccion y doctrina por la recta senda de la verdad.

Dicen San Agustin, San Gerónimo y San Ambrosio que María Santísima sufrió mas dolores y tormentos que todos los mártires juntos, y que para ello obró el Omnipotente el estupendo milagro de hacerla inmortal en los dias de su afliccion. El seráfico San Buenaventura afirma que los dolores

que padeció la Virgen en su corazon fueron mayores que los que sufrió Jesucristo en su santísimo cuerpo; y añade San Bernardino de Sena que repartidos los dolores de esta madre affligidísima entre todas las criaturas capaces de padecer, morirían todas con la fuerza del dolor que á cada una correspondiese. ¡Morir todas las criaturas con una pequeña parte de los dolores que sufrió una sola quedando viva!! ¿Puede esto comprenderse? Qué dolores ¡Dios mio! Qué dolores serían aquellos? Sin duda inesplicables, incomprensibles é inmensos: pero justos, santos y divinos: de un valor y mérito infinito, y estoy en mí

Segunda Parte.

Solo Dios es eterno, infinito, inmenso y Omnipotente por esencia: pero hay una hechura de sus manos tan superior á las demas, que los santos padres para esplicar su esclencia la llamau *infinita* en sus incomprensibles perfecciones: *inmensa* en la prodigiosa estension de su gracia; y *omnipotente* hasta hacerla depositaria de todo el poder divino en orden á los decretos eternos sobre los hijos de los hombres. Esta singular criatura es María Santísima, tan llena de méritos y virtudes, que en sus angustias é infortunios, fué un vivo retrato de Jesucristo á quien imitó perfectísimamente en la obe-

diencia, en la constancia, en la fortaleza, en la conformidad con la voluntad divina, y en la ardientísima caridad con qué amó á Dios y á los hombres.

Pero que no pueda yo representaros á esta Santísima Virgen con todos los méritos de una alma poseída del Espíritu-Santo alabando á su Dios en el abismo de sus tribulaciones! Toda la naturaleza se estremece en la muerte de su Criador. El sol se oscurece, la luna se ensangrienta y las piedras se parten: Se abren los sepulcros, el velo del templo se rasga y los Angeles de paz lloran amargamente segun Isaias: pero María Santísima sufre y padece sin quejarse como Jesucristo. María Santísima abismada en el Océano del amor divino dice con resolucion en medio de sus padecimientos= Padre eterno: Si para ser madre de vuestro santísimo hijo os digé que se cumpliese en esta esclava vuestra santísima voluntad, ahora os lo repito con todas las veras de mi corazon. Si quereis que preñada; que azóten, atormenten y crucifiquen á mi Jesus adorado, enhorabuena: yo os lo ofrezco y sacrifico: que muera entre los horrores del dolor y de la ignominia. *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* Si os agradan mis dolores, si con ellos se os da honor y gloria, aumentádmelos tormentos, cuchillos de dolor atraviesen mis entrañas, sed omnipotente para afligirme, y haced lo que sea de vues-

tro agrado en esta vuestra sierva: *Eccce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum.* Si quereis que sea madre de los pecadores, yo Dios mio os amo con los corazones de todos ellos: ya murió mi dulcísimo hijo por salvarlos, viva yo muriendo para protegerlos: todo soberano Señor, todo por los pecadores. *Ita Pater quoniam sic fuit placitum ante te.*

¡Qué heroicidad católicos! Qué méritos tan incomprendibles! Si en vivir crucificados con Jesucristo consiste la perfección cristiana, según el apóstol ¿cuál sería la de María Santísima identificada en cierto modo con su divino hijo? Si tanto se han predicado la obediencia de Abrahán, la paciencia de Job, la fortaleza de Jael, la prudencia de Abigail y la caridad de Tobías... Si el valor de la madre de los Macabeos martirizados á su presencia es tan celebrado: ¿María santísima que es el asiento, la fuente y el origen de todas las virtudes ¿cómo la engrandeceremos? Si las potestades celestes se humillan, los santos desfallecen y los hombres todos se confunden al considerar los méritos de esta virgen ¿quién podrá formar su elogio?

Vos solo, Dios escelso. Vos solo podeis manifestar la escelencia de vuestra hija predilecta y revelar á los mortales sus dolores inmensos y sus méritos infinitos. Vos solo y nadie mas puede elogiar á la reina de los mártires.

Nosotros con la Iglesia santa sólo podemos decir que amando esta tierna madre á su divino Jesus, lo vió padecer y morir afrentosamente ejerciendo en grado heroico todas las virtudes: que desamparada del cielo bendijo el poder de la diestra del escelso, la rectitud de sus juicios, la sabiduría de sus obras y la misericordia y justicia de sus designios adorables, y en fin que aun atormentada con la ingratitude de los pecadores se sacrificó por ellos constituyéndose su madre piadosísima, su protectora, su consuelo, su esperanza, su refugio y su salvacion. Asi lo creen, publican y celebran los hijos de la gracia, asi lo canta la Iglesia, asi nos lo dice el mismo Dios. Nada mas puedo yo añadir.

Pero almas fieles y sensibles: ¿No bastará lo que dejo espuesto para que poniendo nuestro corazón en esta Virgen dolorosa nos compadezcamos de sus aflicciones, penas y dolores, y la imitemos en sus virtudes? Ella con su santísimo hijo nos abrió las puertas del cielo: ya estamos redimidos: ya se nos convida con la eterna felicidad en la gloria. Nada mas falta que nuestra fidelidad, nuestra gratitud, nuestro amor verdadero á esta madre de la gracia siendo virtuosos, santos y perfectos como deben serlo sus devotos. ¿Habiamos de martirizarla ofreciéndole el odio mas diabólico é infernal por el amor entrañable con que nos ama?

No Virgen desconsolada: Jamas os dejarán los

honrados vecinos de N., os aman entrañablemente y con Vos estan mas contentos que Betulia con Judit, que Obededon con el arca de la alianza, y que los Tobias cen el Angel del Señor. Son, Señora, vuestros devotos, y nunca, nunca olvidarán vuestros *dolores inmensos*, ni vuestros *méritos infinitos*. Si así lo hiciéremos, amables oyentes, si así lo hiciéremos, viviremos con la rectitud de los justos, moriremos con la paz de los santos y después reinaremos con María Santísima en los eternos tabernáculos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON SEGUNDO
DE DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum, qui contradicetur; et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

He aquí este Niño puesto para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel, y como blanco de la contradicción, lo que será una espada que atravesará tu alma. Luc. cap. 2. v. 34 y 35.

Un Mesias había de venir para ser el Salvador y libertador de todo el género humano, para formar un reino eterno y ser el Señor de todos los que mandan y dominan, para traer la reconciliación, la paz y la dicha á todos los hombres... ¿qué podría anunciar la sabiduría humana á la madre dichosísima de este libertador, sino grandezas,

comodidades, y todo lo que el mundo en su errado juicio tiene por mas apetecible y estimable? ¿Qué idea se podria formar, ó como se describiria la vida de esta madre escogida entre millares sino con la idea de una vida que se pasa en la opulencia, que se disipa en las diversiones, que se alimenta con la abundancia y los placeres, que se recrea con los obsequios, que se sacia con dominar y ser respetada y temida, que...? Pero ¿Qué sirve la sabiduria del hombre contra los consejos de Dios? El hombre divinamente inspirado, el Profeta santo cuya ciencia está esenta de error, el que habia llegado á una edad avanzada para tener el consuelo de ver al Cristo prometido, el anciano Simeon anuncia á la madre del Salvador del mundo una vida de trabajos y dolores: *Este Niño, la dice al presentarle en el templo segun la ley de Moyses, este Niño está puesto para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel, y como blanco de la contradicción; lo que será una espada que atravesará tu alma.*

La Madre de Jesus por la continua meditacion y la lectura de los libros santos estaba instruida de los misterios de Dios y no podia menos de conocer que el reino del Mesias no seria terrenal y temporal; que la salud de los hombres no se lograría sino con el sacrificio de la víctima que se habia ofrecido á pagar por ellos, que el rescate del

hombre costaría la sangre del Salvador, que su vida sería pobre, abatida, y que nada podía prometerse sino trabajos y penas, y no podía tampoco dudar que la suerte de su madre sería la de estar destinada al sentimiento y al dolor; pero cuando quisiese dudarlo, cuando no fuese un conocimiento explícito y terminante de lo que había de padecer, el acaiano Simeon se lo anuncia para que lo sepa con toda claridad.

... Divina Providencia ¿por qué eres tan dura y tan cruel para la Madre de tu Dios? Si la destinás á sufrir y padecer ¿por qué no la ocultas la espada que ha de estar hiriendo continuamente su alma? ¿por qué la atormentas con los vaticinios mas funestos y no la dejas el consuelo al menos de ignorar su suerte? El mártir que da su vida por Jesucristo, que es devorado por las fieras, arrojado á las llamas, que es degollado ó que la espada atraviesa su corazon, muere de una vez y se acabó su suplicio, pero mientras está dispuesto al martirio, está sufriendo todos los tormentos, está sufriendo en todos los instantes, puede muy bien decirse que muere cuantas veces está dispuesto para morir. Ved aquí, Hermanos míos, el tormento de la Madre del Salvador, ved aquí la historia de María Santísima, una vida siempre dispuesta á padecer, siempre esperando el martirio, un alma atravesada siempre con la espada del dolor como

la anunció el anciano Simeon, una vida de trabajos y dolores.

Esta es la vida de la Madre del Salvador del mundo, porque las ideas de Dios son muy distintas de las ideas de los hombres y su grandeza no se acomoda á los necios caprichos de nuestra locura y vanidad. Contemplemos, Hermanos míos, contemplemos á esta Madre de nuestro Divino Redentor y hallaremos: *grandes dolores, y grandes ejemplos*. Ved aquí lo que hallaremos, y lo que pienso descubriros en esa Madre Santa, desconsolada y afligida, y lo que tambien debe escitar nuestra piedad, nuestra gratitud y nuestro reconocimiento.

Inspiradme, Dios mio, inspiradme pensamientos propios del asunto tan grande que me he propuesto, pensamientos dignos de la magestad de vuestra Madre Santísima, pensamientos llenos de la unción santa de vuestra gracia que nos muevan á contemplar con fruto sus dolores y á imitar sus ejemplos. Así os lo pedimos, Señor, por la mediación poderosa de vuestra Madre, y Madre tambien nuestra, porque Vos la disteis por hijos á todos los pecadores, y con la confianza de hijos la saludamos con el Ángel. *Ave María.*

Ecce positus.....

Al poner á vuestra contemplación los dolores de María Santísima, no creais que os voy á presentar

un cuerpo lleno de heridas; maltratado á tormentos, hecho presa de los verdugos ó de la crueldad de los tiranos, no, es indudable que su cuerpo santísimo no sufrió tormento alguno, ni el Señor quiso entregarla al furor de sus perseguidores y enemigos; pero no por eso fueron menos sus dolores ni deja de ser la reina de los mártires, no solo por ser la reina del cielo y señora de todos los bienaventurados, sino tambien por haber padecido mas que todos. Sus tormentos fueron tormentos del alma que son sin comparacion mas terribles. *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Los tormentos que se descargan sobre el cuerpo pueden aliviarse y aun endulzarse con las delicias y consuelos que Dios derrama en las almas de los que los padecen, pero los tormentos que afligen al alma son mas acerbos y crueles porque en ellos falta todo consuelo. María es madre de Dios, pues ya se acabaron para María los dias serenos y sin lágrimas; su destino no es otro que el de padecer.

Pasemos en silencio su vida oculta, pobre, abatida y despreciada; dejemos á un lado las sospechas de un esposo á quien su modestia no permitia revelar los secretos que mediaban entre Dios y su corazon; pero nace Jesus, nace el Salvador de los hombres ¿cómo no habia de padecer esta madre amantísima viendo á un niño pobre, sin abrigo, expuesto á la inclemencia, viendo en un pesebre al

que crió los cielos y la tierra sin poder prestarle alivio ni consuelo? ¿Queremos formar una idea aproximada de los dolores de María? Sigamos los pasos de su Santísimo Hijo á quien ama, á quien adora, y respeta como á su Dios. Este hijo, sin embargo, se la dice por el profeta Simeon que ha de ser la ruina y resurreccion de muchos y el blanco de las contradicciones: ¿qué mas es necesario decirlo para atravesar su alma con el dolor? ¿Qué mas puede atormentar á una madre que oir la sentencia de condenacion de un hijo á quien ha de criar para ser sacrificado? Temerosa en cada momento de ver levantarse la persecucion cada vez que fijase su vista en el amado de su alma, cada instante que pasaba debia ser un tormento que la devorase en su interior. ¿Aquel hijo habia de ser perseguido, insultado, vilipendiado y muerto por aquellos mismos á quienes venia á salvar! ¿Cómo podria menos de estar su alma llena de dolores en todos los instantes, y su corazon penetrado de amargura, á la manera que una esponja en medio del mar se penetra toda de agua, como espican el dolor de María Santísima los santos padres? Pero si fuese posible que esta madre amantísima no tuviese presente en cada momento la suerte de su hijo, los hombres mismos se la recordaban sin cesar. Apenas ha nacido el hijo de sus entrañas y ya se forma da contra él la mas horrible persecucion. Herodés

manda degollar sin piedad á todos los niños de edad de dos años sin mas motivo que para degollar al suyo, y se ve precisada á huir á Egipto, á sufrir un penoso destierro, y mas penoso por haber de llevar en su compañía á su hijo entre los temores, las privaciones y los sustos continuos de ser hallados de los verdugos que con tanta fiereza sacrificaban á los niños inocentes.

Contemplemos lo que padeció el divino Salvador en todo el tiempo de su vida mortal, cuántas humillaciones, cuánta pobreza, cuántas persecuciones, y veremos que jamás ha habido martirio mas dilatado que el de María. El espacio de treinta y tres años que vivió Jesus, fué todo el tiempo que duró el martirio de su madre. En cada dia, en cada momento creia llegada la hora del sacrificio y que su hijo seria hecho presa de sus enemigos.

En Jerusalem se pierde á la edad de doce años y le busca llena de dolor ¿quién puede contar las angustias de esta madre en aquellos dias? Y ¿cuánto la daria que sufrir la perfidia del pueblo judío, la envidia y malicia de los escribas y fariseos, que veia aumentarse sin cesar, las blasfemias, las calumnias con que denigraban su doctrina y los milagros que obraba por toda la Judea, y aquel encono con que los llamaban ilusiones y obras del demonio.

Llegó por fin la hora y potestad de las tinieblas, Jesucristo fué atado, preso y conducido como un

malhechor á los tribunales. ¿Cuál sería el esceso de dolor de esta Santísima Virgen al saber con qué indignidad, con cuántos desprecios, con cuánta inhumanidad fué tratado en los tribunales impios de los sacerdotes, de Pilatos, de Herodes no menos por los jueces que por sus mismos acusadores? Cuando despues del tormento cruel de los azotes, cuando apenas le habia quedado figura de hombre, le presenta Pilatos al pueblo para lograr su compasion, y este pueblo horror del género humano y execración de las mismas fieras, desea y pide su sangre con mas ansia y con voces grandes y tumultuarias *que sea crucificado, que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. ¿Qué impresion no haria en la afligida madre de Jesus esta conducta de aquel pueblo ingrato que no habia recibido de su hijo sino beneficios?

Sabe la escena del pretorio, oye los gritos y clamores de muerte, sale.... ¿A donde vais triste y afligida Señora, por las calles de Jerusalem ocupadas de un gentio inmenso que conduce al calvario entre los empellones, las burlas, las blasfemias y todo género de malos tratamientos al inocente cordero Jesus hijo de vuestras entrañas, cargado con la cruz en que ha de ser crucificado como un facineroso y malhechor? ¡Padre eterno! ¿Por qué tanta crueldad con esta hija predilecta? Por qué esponeis á Maria á la prueba de un dolor tan insoportable? Siempre

ha sido el cúmulo de la inhumanidad, y como el mayor de todos los suplicios, obligar á los padres á presenciar los tormentos y la muerte de sus hijos, pero vos lo quisisteis, Señor, quisisteis que María Santísima presenciase los tormentos y la muerte de su hijo, que le viese con sus ojos mismos, que oyese sus últimos suspiros, que traspasase su alma la espada de dolor y que apurase hasta las heces el caliz de la amargura.

¡Qué impresion tan fuerte y qué conjunto de sensaciones desagradables escitaría en el corazón tierno y afectuosísimo de María el encuentro de Jesús en la calle de la amargura!

La madre de Ismael en el desierto, no teniendo con que alimentar á su hijo se apartó de él y no tuvo valor para verle morir; pero la madre de Jesús no permitió perder de vista ni separarse del suyo, le siguió hasta el calvario, le vió caer exhausto de fuerzas, oyó los golpes de los martillos que atravesaban con clavos sus pies y sus manos, le vió levantado en alto en la cruz, desnudo y espuesto á los ojos profanos y crueles de la soldadesca y del populacho, le vió morir entre los desprecios, las irrisiones, entre los dolores mas acerbos y crueles despedazado todo su cuerpo y su alma hasta de oprobios..... Si las hijas de Jerusalem no pudieron sufrir el verle con la cruz á cuestras sin llenarse de compasion y derramar abundantes lágrimas ¡qué

torrente de dolor, dice el Padre San Bernardo no entraria en el corazon de su misma Madre al presenciarse los tormentos de su pasion! Si todos los sentidos de Jesucristo padecieron un suplicio ¿cómo no habian de padecer los sentidos y el corazon de María? ¿cómo pudo presenciarse un espectáculo de la muerte mas atroz é inhumana sin haber muerto mil veces á su presencia, á no haber sido sostenida por milagro?

Cuando Dios mandó á Abrahan que sacrificase con su propia mano á su hijo Isac, perdonó á Sara y no quiso que presenciase el sacrificio; y cuando condenó á su hijo unigénito á muerte, quiso que María Santísima su madre, estuviese presente al sacrificio de un hijo que era mucho mas amable que Isac. ¿Qué tormento seria el de esta amantísima madre! ¡Ah! Jamás se há visto tormento mayor.

Pero este dolor de Maria Santísima viendo padecer á su hijo, fué mucho mayor, porque todo lo veia sin poderle prestar el mas ligero alivio ni consuelo. Todos los miembros del cuerpo de su hijo estaban despedazados y no podia aplicar remedio á sus heridas, veia sus pies y manos traspasados con los clavos y no podia arrancarlos, su frente coronada de espinas y no podia quitárselas, su cabeza inclinada y no podia sostenerla, sus ojos llenos de sangre y sudor y no podia limpiarlos.....

Amados mios, contemplad vosotros lo que mi corazon siento al vivo, pero mi lengua no puede suficientemente espresar. El Salvador, cansado y falto de fuerzas por la abundancia de sangre que habia salido de sus venas, se queja de su sed y pide el mas leve socorro. *Sitio. Tengo sed.* Y aquellos tigres inhumanos le dan para apagarla hiel y vinagre, y no la es lícito á la madre mojar la lengua de su hijo moribundo siquiera con una gota de agua... ¡Espectáculo cruel! El hijo lleno de dolores vé á su madre á sus pies, ea visto de ella, pide un socorro, ella desea dárselo y se la niega. ¡Virgen Santa! ¡Qué martirio tan insoportable! Hé aquí la espada de dolor que atraviesa tu corazon. Se acuerda de las veces que ha regado sus lábios con la leche de sus virginales pechos; quisiera convertir su corazon y su alma, toda en licor para darle á beber y librarle de aquel tormento abrasador, pero no la es permitido y ha de sufrir ademas la pena de verle alargar hiel y vinagre por sus incansables verdugos.

Quisiera recibir al menos los últimos suspiros y el último triste consuelo oyéndose llamar madre y viéndose encomendada al discípulo amado; quisiera levantar sus brazos con el deseo de abrazar los pies de su hijo, y queda frustrada de este consuelo, su amor impaciente la hace levantarlos una y otra vez.... esfuerzos inútiles, de un amor grande,

¡cuántos dolores costais al corazón de una madre, que halla solo el desconsuelo de no lograr el bien que desea?

Virgen Purísima; es verdad que paristeis en Belén, sin dolor alguno, al amantísimo Jesús, pero allí mismo empezaron vuestros dolores y fueron incesantemente en aumento hasta el calvario, en que le perdisteis entre la abundancia de dolores y acerbísimos tormentos; allí oisteis á Jesús espirando: *Muger vé á ahí á tu hijo*, allí oisteis su despedida, y entre aquellos dolores hicisteis hijos vuestros á los hombres. Jesús murió y los dolores de su madre no acabaron con la muerte de su hijo. Su corazón maternal fué atravesado con aquella lanza que despues de la muerte atravesó el costado del Salvador. Entonces traspasó de nuevo su alma la espada que anunció Simeón. La lanza, es verdad, abrió el lado del hijo difunto, pero su alma no estaba en su cuerpo, no sufrió el dolor de la herida, María recibió todo el golpe y el dolor. Sí, su martirio fué mas prolongado que la pasión de su hijo, sus dolores fueron inmensos.

Pero... ¿qué he hecho yo amados hermanos míos? ¡Ah! Yo os he hablado de los dolores de María como de una madre semejante á las demás y como de un hijo semejante á los hijos de los hijos de los de los hombres; como de una madre que amaba á su hijo con el amor de las mugeres, y que sien-

te como suelen sentir las criaturas. Señora, mi corazón y mi entendimiento son demasiado terrenos para espresar los sentimientos y afectos del amor divino. Almas justas, que sabeis en cuánto escede el amor divino á los amores y sentimientos carnales, vosotras conocereis mejor el término de los dolores de María. Yo solo diré que no es posible conocer lo intenso del dolor de María Santísima sin conocer el amor de esta madre á su hijo divino. Que si el corazón del que ama no puede ver á la persona amada sin participar del dolor, tanto mas cuanto mayor es la medida de su amor, ningun corazón ha podido jamas padecer un martirio mas cruel que el de María, porque nadie ha presenciado jamas tantos tormentos con un corazón que haya amado mas. Que la madre de Jesús no amó á su hijo como aman las mugeres á los hombres, que amó con una intension inesplicable á su Dios y á su Redentor, que su corazón no era sino caridad desde que Dios, que es la misma caridad, habia hecho de su vientre virginal su santuario, de aqui es que *sus dolores fueron grandes*, comparables solamente con su amor divino, y de aqui es tambien que *fueron grandes sus ejemplos*.

Ejemplos de sufrimiento, de constancia y de resignacion. Hermanos míos, el dolor de María no debe mirarse como una perturbacion de la razon, como un arrebató que arrastra á los mayores excesos,

ó como una impaciencia contra las disposiciones de la providencia de Dios. En vano buscareis en la madre de Jesus los torrentes de lágrimas, el arrancarse los cabellos, el romper sus vestiduras y el poner en el cielo sus lamentos; su dolor es fuertísimo como el de la muerte, pero todo encerrado en su corazón; es violento pero racional, la virtud sola es su principio; la fortaleza hace su dolor mas grande y mas permanente por lo mismo que no se desvancee y se desahoga por defuera. El dolor de María está enteramente sujeto á la voluntad de su Dios, no deja lugar á las quejas ni á las murmuraciones.

Los ángeles de paz lloraron amargamente, la naturaleza toda se llenó de luto, el sol se eclipsó, tembló la tierra, los sepulcros se abrieron, las piedras se despedazaron al suceder la muerte del hijo de Dios, pero María está en medio de todo al pie de la Cruz, con aquella grandeza de alma digna de una madre de Dios: su corazón está lleno de amor, atraviesa sin miedo por medio de los soldados y las turbas, se pone al pie de la Cruz de que está pendiente su hijo: *Stabat juxta crucem*, le vé y asiste hasta el fin de aquel triste espectáculo sin turbarse. ¡Qué fortaleza! qué constancia! qué generosidad! Cuando David oyó solamente la muerte de su hijo Absalon, el amor paterno venció su fortaleza, y sus clamores resonaron por todo el palacio, Llorando la muerte de su hijo olvidó su dignidad.

¡Dónde estás, hijo mio: por qué yo no he muerto por tí! ¡Cuánta debilidad en el rey que vence á los gigantes y los filisteos! María vió morir á su hijo, y sin embargo no se dejó arrastrar de tanta flaqueza. Toda la naturaleza se turbó, y entre su terrible estrépito hubo una cosa mayor que el dolor de esta Madre, que fué su constancia y fortaleza. Asistió á aquel espectáculo de sangre, recogió las palabras últimas de su hijo, oyó hasta sus últimos suspiros, aquel clamor grande que llegó hasta el cielo y separó su alma de su cuerpo sin que nada fuese capaz de perturbar la constancia invencible de la Madre de Dios... *Stabat juxta crucem.*

No creais que esta inflexibilidad era efecto de una alienacion de sentidos ó de un ánimo frio é indiferente, no; era solo efecto de una perfecta sumision y resignacion á la voluntad de Dios. Ved aquí el ejemplo grande que nos da en sus dolores: Razon tenía para quejarse siendo madre, y madre tierna y amorosa, de la dureza con que era tratado su hijo; siendo tan santa debia tener horror á los tratamientos y muerte que se daban al mas justo de los hombres, pero estando su voluntad sujeta á la de Dios, nada hizo sino resignarse y ofrecer incesantemente con toda sumision y sin queja alguna el amargo caliz de la pasion de su hijo.

En el corazon de María Santísima luchaban dos amores opuestos y fuertes, el amor de la vida de

Jesus, y el amor de la redencion de los hombres para que con ella se cumpliese la voluntad de Dios, el uno constituye su martirio, el otro hace su sacrificio: el amor de Jesus hace que María sienta y sufra todas las penas, el amor de la divina voluntad hace que todas las acepte; el uno agita cruelmente su alma y el otro la consolida y confirma: el uno la lleva á un océano de dolores, y el otro la dá una conformidad y resignacion sin término. Por eso dice el Padre Ambrosio que estaba María al pie de la cruz ofreciéndose á sí misma al Padre eterno y añadiendo su sacrificio al sacrificio de su Hijo para la salud de todos los hombres: allí conservaba paz entre tantos dolores porque habia aprendido del Salvador la obediencia hasta la muerte, y á apurar el caliz amargo que Dios les alargaba.

Yo molestaría vuestra paciencia y causaría vuestra atencion y no acertaría jamás á manifestar los intensos y grandes dolores de Maria y sus grandes ejemplos; pero tal es la reseña que puedo hacer os de la grandeza de la Madre de nuestro Dios y Salvador, así honró á su Madre en este mundo, porque así honra el Señor á los que ama y escoge por suyos.

¿Qué nos queda que hacer hermanos míos? Buscaremos con ansia los placeres y riquezas del mundo? ¿Suspiraremos por las comodidades y regalos de la grandeza humana? Si somos del mundo, si el

mundo nos ama y regala, no somos de Dios ni somos hijos de Jesús y de María. Los trabajos, las persecuciones, los abatimientos y la humillación, hé aquí la suerte de los Santos y la herencia de los hijos de Dios; en esto conoceremos que Dios nos ama, si nos prueba y nos aflige. Y ¿qué hemos de hacer en las tribulaciones y trabajos que incesantemente nos rodcan? ¿Habeis venido á contemplar los dolores de María? pues entended que una compasión estéril é infructuosa nada vale. Si nos preciamos de ser sus hijos y devotos imitemos los ejemplos de humildad, de paciencia, de constancia, de obediencia y resignación; aprendamos todos á sacrificarnos á la divina voluntad. ¡Qué impropio y que reprehensible es en un cristiano el jurar, maldecir, desesperarse y dar todas las señales de un frenético por una desgracia, por una pérdida, por un mal que acaso dispone el Señor para su mayor bien!

¡Hermanos míos, suframos nuestros trabajos como sufrió María Santísima sus dolores, subamos con María Santísima al calvario, unámonos con ella á la cruz de Jesús, resignémonos como esta Señora con la voluntad de Dios. Somos sus hijos y debemos seguir sus ejemplos. Ejemplos de humildad y de paciencia; ejemplos de sufrimiento y resignación; ejemplos de virtud.

Hé aquí cómo daremos consuelo á la Reina de

los Mártires y mitigaremos sus dolores, cómo seremos devotos fieles é hijos reconocidos, y cómo nos dará su proteccion y rogará por nosotros esa Madre Dolorosísima para que despues de los tormentos de este mundo gocemos en su compañía el descanso y las recompensas eternas. Amen.

F. E. G.

HOMILIA PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

Hosanna filio David; benedictus qui venit in nomine Domini. Matt. cap. 21 v. 9.

Hosana al hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hé aquí el cántico que nos repite hoy la Iglesia y con que nos recuerda el triunfo con que nuestro Divino Salvador Jesus quiso entrar en Jerusalem cinco dias antes de ser sacrificado. Sabía muy bien que se aproximaba el tiempo de su pasion, sabía muy bien que sus enemigos le buscaban para perderle, pero se llegaba la hora señalada y quiso entrar en la ciudad con el triunfo de un rey vencedor., como quien iba á romper las cadenas que aprisionaban á todo el género humano y á darle la salud, la redencion y la vida. "Acercándose á Jerusalem, nos dice el » Evangelio, y habiendo llegado á Bethphagé y » al monte de los olivos, envió Jesus dos discípulos diciéndoles: Id al castillo que está frente

» á vosotros y hallareis una pollina atada y su po-
 » lino con ella; desatádla y traédmela, y si al-
 » guno os dijere algo, decid: que el Señor tiene
 » necesidad de ellos, y al instante los dejará. To-
 » do esto sucedió para que se cumpliera lo que
 » está dicho por el Profeta por estas palabras: De-
 » cid á la hija de Sion: Hé aquí á tu rey que vie-
 » ne á tí lleno de mansedumbre, sentado sobre
 » una pollina y un pollino hijo de la que está
 » acostumbrada al yugo. Y habiendo ido los dis-
 » cípulos lo hicieron como se lo había mandado
 » Jesús: y trageron la pollina y el pollino, y pu-
 » sieron sobre ella sus vestidos y á él le hicieron
 » sentar encima: y mucha tropa de gentes esten-
 » dió sus vestidos en el camino; otros cortaban
 » ramas de los árboles y las echaban en el camino,
 » y las gentes que precedían, y las que seguían
 » á *Jesús* clamaban diciendo: Hosana al hijo de
 » David: bendito sea el que viene en el nombre
 » del Señor."

Así verificó su entrada en Jerusalén el rey de mansedumbre; tal es el triunfo de Jesús que hoy nos recuerda la Iglesia, y en cuyo honor acaba de entonar los himnos de alabanza y de poner en vuestras manos las palmas y ramos para que la ayudeis á celebrar su alegría; y tales fueron las medidas y disposiciones que el Divino Maestro quiso tomar para su entrada en Jerusalén. Sigamos en

este rato las palabras del Evangelio y hallaremos que el Señor toma las mismas medidas y disposiciones todos los días para entrar en nuestras almas. Así procuraré manifestarlo, y para el acierto imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion poderosa de María Santísima. Ave María.....

Hosanna filio David.....

Nuestra alma, hermanos míos, es la Jerusalen á que todos los días se acerca Jesucristo para entrar en ella á darla la paz, así como antes de su pasion se aproximó á la Jerusalen de la tierra para obrar en ella la redencion. El Evangelio nos dice: que Jesus se acercó á Jerusalen. Sí, amados míos, Jesucristo es el que se aproxima á nuestras almas habiéndonos nosotros separado y alejado de él por el pecado. ¿Cuándo volveríamos á acercarnos á él, si él no viniese primero á nosotros? ¿cuándo daríamos señales de vida, si él no nos diese su aliento y nos dejase sepultados en las sombras de la muerte? ¿cuándo empezariamos á amarle, si él no nos amase primero? ¿cómo volveríamos á pensar en él, siendo así que no somos suficientes ni siquiera para tener un buen pensamiento y deseo sino que toda nuestra suficiencia es obra suya? Jesus viene á nuestras almas, no porque nosotros le busquemos ó llamemos así como no le buscaba Jerusalen, sino por su voluntad y misericordia,

por una gracia que el Señor quiere hacernos

Para acercarse á Jerusalem, nos dice el Evangelio, que llegó Jesus primero á Bethphagé y al monte de los olivos. Antes de entrar Jesus á dar la paz á la Jerusalem de nuestras almas las conduce tambien por el camino real de Bethphagé y el monte de los olivos. No se une á nosotros sin acercarse por la pureza de una buena confesion y el ejercicio de las obras de caridad. Hé aquí lo que el Señor nos pide antes de unirse á nuestras almas: la confesion que nos debemos á nosotros mismos y las obras de caridad que debemos á Dios y á nuestros prójimos. Habiendo pecado, es preciso, amados míos, que nos limpiemos y purifiquemos por medio de una humilde y dolorosa confesion: sin esta no entrará Jesus á dar la paz á nuestras almas. Mientras ocultemos dentro de nosotros nuestros delitos y crímenes, la conciencia nos estará continuamente remordiéndolo, presentándonos nuestras heridas y reprendiéndonos con dureza y rigor. ¡O gusano temible que mientras vive nunca deja de roer nuestro corazon, y que como nunca deja de vivir, nunca deja de roer! Pero una confesion humilde es el arma que tenemos para aniquilarle y arrojarle de nosotros. Una confesion pura y entera de todo lo que nos atormenta hecha con humildad y con dolor al ministro de Jesucristo, es el camino por donde conduce Jesus á nuestras al-

mas para entrar en ellas con el triunfo de la paz. Por esto habiéndose de unir íntimamente á nuestras almas en este tiempo santo en el sacramento adorable de la comunión, cuida de preveniros con el tiempo santo de cuaresma, con los clamores y avisos de sus ministros y principalmente con el santo sacramento de la penitencia que dé la paz y sosiego á nuestras almas, y esta es la que debeis procurar hacer debidamente con dolor, con propósito y como es necesario para que sea una verdadera confesion. Con esta os aproximareis al monte de los olivos, porque quedando en paz, vosotros empezareis á amar á Dios, á suspirar y desear á vuestro Dios y obrareis tambien la misericordia y caridad con vuestros prójimos. Os costará muy poco el ser solícitos de sus necesidades, socorrerlos segun vuestras fuerzas, el ser condescendientes y el amarlos.

Jesucristo envió á dos de sus discípulos al castillo que estaba enfrente de ellos. Este castillo que está enfrente de los discípulos del Señor, es el alma pecadora, que por su soberbia y obstinacion es contraria y se opone de frente á los auxilios de nuestro Redentor. El alma pecadora por su soberbia y vanidad edifica una torre levantada y opuesta á su Dios. Tales son aquellos que se vician en los deseos de vanagloria; los que aman los primeros asientos y distinciones en la tierra y las salutations en las

plazas, los que envueltos en sus apetitos, en sus deseos, en sus intereses temporales y mundanos corren por el camino ancho que lleva al precipicio y se desdennan de dirigir su mirada al camino que conduce á Dios. Torres débiles, sin piedra ni solidez porque en ellas no hay virtud ni caridad, torres sin otro cimiento que el betun, porque el alma que deja la consistencia de las buenas obras se envuelve en el cieno de los torpes deseos y apetitos. Estas enormes torres son tanto mas fáciles de derribar cuanto mayor es su elevacion, porque otro tanto mayor es su vanidad; pero el alma pecadora levanta á su alrededor el muro de su obstinacion y pertinacia. Este es el muro difícil de derribar. Con facilidad puede demolerse el castillo de la soberbia con las armas de la predicacion, de la lectura, de los infortunios, de los egemplos; pero á todo resiste la obstinacion y pertinacia. Cómo podrá derribarsela soberbia de un alma que con una obstinacion y dureza inconcebible ni quiere oir los preceptos, ni se deja ablandar de los consejos, ni se la puede obligar con la blandura, ni amedrentar con las amenazas, ni mudarse con los castigos ni arrepentirse y someterse con los beneficios? ¿No puede decirse que la obstinacion hace casi imposible el conquistar y demoler la soberbia de las almas?

Pero lo que es imposible para el hombre es muy posible para Dios. El Señor de toda miseri-

cordia la envia dos de sus discípulos, la envia su santo temor y su santo amor. El temor para que la haga volver en sí con las amenazas y castigos, y el amor para que la atraiga con suavidad y dulzura ofreciéndola premios y recompensas. El temor, que es el principio de la sabiduría, y el amor que es el complemento de la ciencia verdadera. El uno que la quita la maldad y la limpia de la culpa, y el otro que la dá el bien y adorna con la justicia. El temor que quita su iniquidad, y el amor que la infunde la santidad y virtud. Confesémos ingenuamente, hermanos míos, que el Señor envia estos dos discípulos por su bondad y misericordia, que gritan sin cesar á las puertas de nuestra alma soberbia y obstinada para moverla á dejar el mal y obligarla á obrar el bien. El temor la dice en voz alta: *Quiescite perverse agere* dejad de obrar la maldad, y el amor: *Discite bene facere*. Aprended á obrar el bien. Aquel la dice: *Arranca, destruye, Este edifica y planta*. Aquel *Apártate del mal*, y este: *Obra el bien*. El castillo del alma pecadora está de frente y contra estos discípulos del Señor porque nada hay mas contrario al temor y amor de Dios que la soberbia y obstinación, pero el temor rompe el muro de la obstinación haciendo presentes los suplicios y tormentos eternos, y el amor derriba la torre de la soberbia dando á conocer los premios, la gloria celestial, la mayor honra y altura

que puede gozar un alma y en cuya comparacion todo es despreciable y de ningun valor. Asi llegan los discípulos del Señor al castillo de nuestras almas, y asi es como la ciudad mucho tiempo antes pecadora y cuyos habitantes eran salteadores y homicidas merece llamarse, como vaticinó Isaías (1) ciudad del justo, ciudad fiel.

Dos virtudes son muy necesarias al alma para servir á su Dios. La simplicidad y la libertad. La simplicidad y mansedumbre para no ser soberbios y la libertad para no ser perezosos. Estas virtudes son el asna y el pollino que el Señor quiere que desaten sus discípulos en nuestras almas y le lleven á él. Están ligadas con la vergüenza y el temor. El hombre se avergüenza muchas veces de ser humilde y sencillo, y no obra el bien que quisiera por el temor y los respetos humanos. Aquel que está instruido en lo que debe obrar y del modo con que debe arreglar sus costumbres, pero que en la ocasion de obrar se acobarda y confunde, tiene la simplicidad pero ligada con la vergüenza. Aquel que como un mercenario ve venir al lobo y echa á correr en vez de hacerle frente, aquel que como siervo perezoso vé las espinas y malezas en el huerto de su Señor y no alarga su mano á arrancarlas

ó las arrima el fuego para destruirlas; aquel que vé obrar el mal, que oye la blasfemia y la impiedad, y que no consiente en ella, que la detesta, pero que no la reprende del modo conveniente al lugar y las personas, el que no toma la defensa de su Dios á quien oye ultrajar, tiene en su alma el pollino ligado, es decir, tiene la libertad pero atada con las ligaduras del temor. Es preciso romper estas ligaduras y ser sencillos y humildes y tomar sin vergüenza el yugo del Señor sobre nosotros, y tambien lo es no ser perezosos ni cobardes para correr sin reparo por los caminos de la ley del Señor; y estas ligaduras las rompe en nuestra alma el temor y amor de Dios. El amor libra á la simplicidad de la vergüenza, y el temor santo enseña á quién se ha de temer y libra al alma del temor y de las flaquezas humanas. Rotas ya estas ligaduras llevan la simplicidad y la libertad al Señor como él se lo manda, es decir: no emplean estas virtudes para conseguir favores humanos, ó bienes y comodidades terrenas, sino para conseguir frutos de salud eterna y ejercitarse en todo género de buenas obras.

¿Quién se atreverá á preguntar á los discípulos, por qué rompen estas ligaduras sino nuestra ignorancia, nuestra hinchazon ó soberbia ó el temor de perder nuestras comodidades y regalos que se oponen á que tengamos esta sencillez y masedumbre y esta santa libertad? Pero el Señor tiene ne-

cesidad de estas, el Señor quiere que seamos sencillos y prudentes, que seamos humildes, y que no nos avergoncemos de confesarle delante de los hombres.

Los discípulos dice el Evangelio, llevaron el asna y el pollino á Jesus y pusieron sobre ella sus vestiduras, y le hicieron sentar encima. Las vestiduras de los discípulos son los adornos de todas las virtudes. El temor y el amor divino proporcionan al alma los medios de ejercitarse en el servicio de Dios y en la práctica de todas las obras buenas, y hacen que Jesus tome en ella su asiento. Hacen que el alma obre el bien, que solo apetezca agradar á Dios y buscar la vida eterna; y que caminando de virtud en virtud suspire por salir de su cuerpo y unirse con Cristo.

En este estado, dominando así Jesus al alma cristiana, todos los pensamientos y deseos se someten á Jesucristo, todas las obras se ponen bajo el imperio y voluntad de Jesucristo á la manera que las turbas tendían sus capas y cortaban los ramos para ponerlos por donde pasaba Jesus en su entrada en Jerusalem. Y como las gentes que le precedían y seguían clamaban diciendo: Hosana al hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor, así en el alma en que Jesus toma asiento y entra triunfante, tanto las luces y virtudes naturales, aquellos afectos que recibe con la naturaleza, pero

que no son suficientes para conseguir la salud como las luces y gracias sobrenaturales que el Señor la infunde y comunica, tanto las gracias de la creación como las de la salvación todas claman sin cesar: *Hosanna filio David benedictus qui venit in nomine Domini Mat. c. 21 v. 9*, todas se dirigen á alabar y engrandecer á Dios y á procurar la salud eterna, no por los propios méritos sino por los méritos infinitos del que viene en el nombre del Señor.

Así, hermanos míos, así quiere Jesús entrar triunfante en la Jerusalén de nuestra alma. y antes nos llama por los gritos de la conciencia que nos disponen á una buena confesión, nos avisa por el temor de sus castigos y el amor de sus premios, trabaja para derribar el castillo que le oponemos de nuestra vanidad y soberbia y las murallas de nuestra obstinación, rompe las ligaduras de nuestra vergüenza, nuestra cobardía, nuestro miedo y respetos del mundo con que tenemos amarradas las virtudes. El Señor tiene necesidad de nosotros.... ¿Qué? ¿No es dueño y suficiente á sí mismo, criador de todo y con poder para criar de nuevo cuanto quiera? Si Hermanos míos, así es, pero no está contento sino se enseñorea y domina en ese corazón que le negáis. El Señor os le requiere y le pide: *Hijos os dice á cada uno, dame tu corazón.*

Hermanos míos, ¿Será posible que al acercarse el Señor á vuestras almas le rechacéis y no queráis

recibir? ¿Dareis á vuestro Dios el desconsuelo de llorar sobre vuestras almas asi como lloró sobre Jerusalem? Será posible que viniendo el Señor á buscaros y traeros la paz y los consuelos os hagais los desentendidos y querais desconocer el dia de vuestra visitacion? Temed, porque han de venir dias en que os cercarán vuestros enemigos, os reducirán á la mayor angustia y no dejarán en esa alma que se ha obstinado y resistido á su Dios piedra sobre piedra como sucedió á Jerusalem. Abridle vuestras puertas, apresuráos á manifestarle vuestra conciencia por medio de una verdadera confesion que os restituya la tranquilidad, destruid en vuestra alma los vicios y arrancad cuanto le desagrada, salid del pecado y emprended la carrera de la virtud hasta lograr que Jesus esté siempre de asiento en vuestras almas.

Dios mio, obrad esta entrada feliz en todos nosotros, llenadnos de vuestra gracia y de la alegría santa que produce la virtud para que os bendigamos en este mundo y despues os cantemos con los ángeles y bineaventurados: Hosanna en las alturas. Hosanna al hijo de David. Bendito sea para siempre el que viene en el nombre del Señor. Amen,

F. L. G.

SERMON SEGUNDO DE RAMOS

QUE SUELE PREDICARSE POR LA TARDE.

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus sedens super asinam et pullum filium subjugalis. Mira que viene á tí tu rey lleno de mansedumbre sentado sobre una asna y su pollino hijo de la que está acostumbrada al yugo. Matt. 21. v. 50.

CATOLICOS.

La Iglesia santa llena de dolor, cubierta de luto, sin sus adornos, sin sus aleluyas y sin sus cánticos de regocijo y de solemnidad, ha levantado su voz y no ha cesado de decirnos en esta santa cuaresma que nos convirtamos al Señor, que dejemos los caminos de la iniquidad, que invoquemos á Dios mientras se digna escucharnos, y que en el momento en que confesemos nuestros pecados y hagamos frutos dignos de penitencia hemos vivificado nuestras almas y merecido la amistad del que es grande en mise-

ricordias. No contenta esta piadosa madre con exhortarnos de este modo, nos ha ofrecido en este santo tiempo sus oraciones, sus sacramentos, su pureza, su santidad y sus ministros. Ha hecho suyas las palabras con que los profetas anunciaron el reinado del vencedor del mundo y del infierno, y nos ha propuesto á su divino Esposo venciendo las tentaciones de Satanás despues de un riguroso ayuno de cuarenta dias, sanando á la hija de la Cananea, librando al atormentado por el demonio mudo, alimentando en el desierto con cinco panes y unos peces á cinco mil hombres, desafiando á los Fariseos á que le chasen en cara el menor pecado y siempre *Dios y hombre verdadero* cargado con nuestras miserias y revestido con el poder de su divinidad para doctrinar á las turbas, enseñar á los pueblos y fundar sobre bases eternas el imperio de la paz que no tendrá fin como lo dice Isaias.

Hoy nos lo presenta entrando triunfante y victorioso en Jerusalem en donde es recibido con Hosanas ó demostraciones de júbilo y alegría por un pueblo que proclama *Bendito* al que viene en el nombre del Señor. Hoy hace que resuenen en nuestros templos decorados con palmas y ramos de oliva estas palabras del profeta = Decid á la hija de Sion: mira que viene á tí tu rey lleno de mansedumbre sentado sobre una asna y su pollino hijo de la que estaba acostumbrada al yugo. *Ecc rex tuus venit*

tibi mansuetus sedens super asinam et pullum filium subjugalis.

De este suceso bíblico, amados oyentes, se vale nuestra madre la Iglesia para escitar en nuestros corazones los mas ardientes deseos de recibir á nuestro Salvador con todas las disposiciones de unas almas verdaderamente contritas y humilladas. Nos lo propone para que nos preparemos á recibir dignamente al Dios de la gloria en la comunión pascual á que están obligados los fieles capaces de ella, y nosotros debemos meditarlo para no ser como los pérfidos judíos que habiendo recibido al prometido hijo de David con las demostraciones de un entusiasmo estéril se enfurecieron á los pocos dias contra su divina magestad pidiendo á gritos su muerte, y que viniese su sangre sobre ellos y sobre sus hijos. Lejos de nosotros tan horrendo crimen. Prevengámonlo disponiéndonos para recibir al Señor segun se merece: hagámonos dignos de que los sacerdotes nos quiten las ligaduras de nuestros pecados, asi como los apóstoles desataron al animal que se menciona en el Evangelio, segun lo nota San Atanasio: preparémonos en una palabra con una buena confesion simbolo del vestido nupcial con que debemos llegar al altar santo, y habremos cumplido de este modo con los deseos de nuestra tierna y amorosa madre que no piensa mas que en la santificacion de sus hijos.

Una buena confesion para comulgar dignamente en cumplimiento del precepto pascual. Ved aquí lo que se nos pide en este día y de lo que voy á ocuparme *demonstrándoos la necesidad, utilidad y conveniencia de la confesion sacramental, y enseñándoos á hacerla bien.*

Dios omnipotente á quien tanto costó destruir el imperio del pecado, ilustrádme con vuestra gracia sin mirar á mi indignidad. Apartad de mis labios las palabras de la sabiduría humana llenas de orgullo, de falsedad y de mentira, y dignaos inspirarme las mas á propósito para movernos á verdadera penitencia. Os lo pedimos, Dios mio, por intercesion de vuestra madre y señora nuestra María Santísima, á quien saludamos llena de gracia diciéndola con el Angel *Ave Maria.*

Ecce res tuus venit tibi mansuetus....

Todo está de nuestra parte en esta Semana Santa para recorciarnos con Dios y librarnos de la ominosa esclavitud de nuestros pecados. El Dios grande en misericordias nos convida con su gracia y amistad, y una de dos: ó queremos aprovecharnos de la sangre del cordero sin mancha derramada para lavar los pecados de los hombres: ó seguimos en nuestra infernal insensatez al traidor Judas condenado á los suplicios eternos por haber vendido alevosa-

mente á su divino maestro y sido el primer profanador de la Eucaristia. ¿Será dudosa la eleccion entre estos dos extremos en los fieles que asisten á este santo templo para celebrar devotos los misterios de nuestra redencion? No: no seré yo el que dude de vosotros. Sois hijos de la religion divina; teneis fé y os supongo con deseos de vivir sóbria y piadosamente como nos lo encarga el Apóstol. Pero católicos, aunque es cierto que la bondad de nuestro Dios nos concedió su gracia en el bautismo ¿podreis decirme quién es el que la conserva? Dichosos sobre toda ponderacion los que no han perdido la gracia bautismal! No me dirijo yo en este dia á estos venturosos hijos del Padre celestial sino para suplicarles que pidan al Señor, que habita en ellos, por los que le han ofendido gravemente: por los desdichados pecadores esclavos de la culpa á quienes diré con toda la energia del mas profundo convencimiento, que perdida la gracia bautismal por el pecado mortal nos es imposible recuperarla sin una buena confesion sacramental.

Ella es tan necesaria al pecador cristiano que sin su medio no puede salvarse. Asi lo ha dispuesto nuestro Señor Jesucristo al dar potestad á los apóstoles y á sus sucesores los sacerdotes para atar ó desatar: para perdonar ó retenir los pecados á los que son de su rebaño; y así se ha practicado siem-

pre en la Iglesia santa. Se lee en los hechos apostólicos que muchos fieles recurrían á los apóstoles confesando sus pecados. Orígenes dice: que "hay obligacion de descubrir al sacerdote hasta los pensamientos mas secretos." Tertuliano, que "el crimen es un peso sobre la conciencia de que solo se descarga uno declarándole á los ministros de la Iglesia" San Juan Crisóstomo, que "obstinarse en ocultar las llagas de su corazon es despreciar el Evangelio y contradecir á Jesucristo." San Ambrosio, que "para justificarse hay que comenzar por confesar su pecado" y San Agustin, que "apartarse de la confesion es sacrificar su suerte eterna y correr á su perdicion." Este es el sentir de todos los santos Padres, el de los teólogos, el de los sabios, el de todos los cristianos. Pero cómo no ha de ser así si la confesion sacramental es un dogma de fé que nadie puede negar sin ser herege? con que no hay remedio, pecadores: ó confesarse debidamente, ó contar con los fuegos sempiternos. Esta es la alternativa que nos propone nuestra religion divina.

La recta razon reconoce, admira, aplaude y venera esta verdad rebelada, como todas las que creemos y confesamos los fieles. Porque decídmelo hombres entendidos: ¿Hay cosa mas digna de la misericordia del Dios Omnipotente que murió crucificado por los pecadores, que el proporcionarles me-

dios de espiar sus pecados y librarse de sus consecuencias, los eternos tormentos? Pues esto es lo que logra el pecador que ofendió gravemente á su Redentor, detestando sus culpas, confesándolas arrepentido en el tribunal de la penitencia y diciendo humillado como el publicano del Evangelio—"Señor: pequé. Tened misericordia de mí." Si aun los hombres más feroces y desalmados se ablandan y ceden de sus derechos al ver á su ofensor arrepentido y humillado que les pide perdon invocando su piedad: ¿qué no hará por nosotros aquel Dios misericordioso que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva? Aquel Dios que perdonó á los Israelitas cuantas veces confesaron sus pecados pidiéndole misericordia, que revocó la sentencia de destruccion fulminada por Jonas contra los Ninivitas: que suscitó á Judit para salvar á los penitentes de Betulia: que traspasó el pecado de David en cuanto se confesó culpable... Aquel Señor de bondad sin límites que se mostró benigno y compasivo con la Samaritana, con la pública pecadora con la adúltera, con Zaqueo, con el Buen Ladrón y con cuantos le invocaron en sus necesidades, ¿habia de ser para los cristianos arrepentidos un Dios de bronce? Ni aun los mismos impíos pueden abrigar en su corazon esta idea repugnante. Y si no ¿por qué los maestros de la impiedad reinante buscan á los confesores en la hora de su muerte? Por qué los libertinos y blas-

femos recurrir á nuestro ministerio cuando no hallan remedios humanos en sus apuros? Por qué ha de ser Católicos.... Por qué ha de ser? sino porque su recta razon les dicta que no hay ciencia verdadera sin el apoyo del santo temor de Dios, y que fuera de la religion de Jesucristo todo es horror, toda miseria, toda confusion y todo infierno? Yo invoco en este momento la autoridad de las capacidades que me escuchan para que me digan en la plenitud de su buen juicio, si no son dignos de eterna maldicion los cristianos que no creen en la confesion sacramental como en un medio necesario para espiar los pecados después del bautismo cometidos como lo manda creer nuestra santa madre la Iglesia Católica Apostólica Romana en cuyo seno queremos vivir y morir como hijos suyos.

Es ademas provechosa, útil y conveniente la confesion sacramental por los efectos que causa en el penitente. Ella borra la mancha de todos los pecados, nos libra del imperio del demonio y de los castigos del infierno: nos restituye todos los derechos á la herencia del cielo, adorna nuestras almas con el esplendor de la gracia, es con esta el principio de todas las virtudes y nos hace templos vivos del Espíritu-Santo. La confesion sacramental nos proporciona la paz que anunciaron los ángeles á los hombres cuando nació el Redentor de las naciones, nos llena de consuelos afirmando

nuestra esperanza, disipando nuestros temores y remordimientos y trasformándonos en hombres espirituales y divinos como trasformó la gracia á las Magdalenas, Pelagias y Egipcíacas: á los Pablos, Justinos, Ciprianos, Agustinos, Brunos y otros miles penitentes. La confesion sacramental.... pero el instinto religioso que el Espíritu-Santo infundió en vuestros corazones ¿no vocea, clama y dice en vuestros interiores, que la confesion sacramental hace ángeles de pecadores? Pues siendo esta una verdad reconocida, convengan todos en que la confesion es necesaria, útil y conveniente al pecador cristiano, y tratemos del modo con que debe hacerse.

La confesion sacramental es una acusacion sincera y dolorosa de los pecados cometidos por el cristiano, hecha al sacerdote autorizado para oir, juzgar, perdonar ó retener, enseñar y dirigir al penitente por los caminos de la virtud á la gloria. Nuestro catecismo de doctrina cristiana dice que para hacer una buena confesion son necesarias estas cinco cosas=Exámen de conciencia: dolor de corazon: propósito de la enmienda: decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia=De ellas diré lo preciso para que recordando lo que debeis saber como cristianos no hagais nulas vuestras confesiones.

EXÁMEN DE CONCIENCIA. Siendo como somos

tan pecadores tenemos necesidad de conocer todos los pecados de que debemos acusarnos. Para hacer este exámen de conciencia debemos, ante todas cosas, colocarnos en un profundo recogimiento y pedir á Dios su asistencia, implorando en nuestro favor la proteccion de Maria Santísima, de los ángeles y de los santos del cielo. En seguida confiados en la piedad divina debemos traer á la memoria todos los pecados que hemos cometido desde la última confesion bien hecha, ó desde el bautismo, si se han hecho mal las confesiones, ó no se hizo la primera. Para ayudar y favorecer la memoria conviene mucho que se repasen los mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia y las obras de misericordia, porque viendo en ellos nuestras obligaciones podremos conocer lo que en nuestras obras, palabras, pensamientos ú omisiones hemos delinquido. Nuestra conciencia ilustrada con las luces de la Fé es una antorcha que nos ilumina en esta importantísima operacion. Debemos escucharla, pero si no es suficiente por haberse oscurecido con errores culpables, no por eso falta resina en Galaad para remediar este defecto. La oracion humilde pidiendo luces al Padre celestial, siempre rico para los que le invocan, jamás es desatendida por aquel Dios de misericordia que nos dice—"Pedid, y recibireis. Llamad y se os abrirá." Tambien teneis doctores que os sabrán enseñar, en vuestros párrocos y sus

confidentes que os instruirán, animarán y confirmarán en la resolución de hacer una buena confesion desvaneciendo los pretextos que para no hacerla alegan nuestras pasiones, nuestra ignorancia ó nuestra malicia. Consultad si lo necesitáis, á los sacerdotes del Señor y no hay que detenerse mas que en hacer actos de contriccion que son los que deben determinaros á ocuparos en un diligente examen de conciencia.

DOLOR DE CORAZON. Para una buena confesion es necesario tener un dolor sobrenatural de haber ofendido á Dios. Este dolor consiste en tener un verdadero pesar de haber pecado contra nuestro amable Redentor; contra un padre amoroso que nos cuida con mas sollicitud que la gallina á sus polluelos como se dice en los libros santos. Viene á ser en sentir de los ascéticos, una voz secreta del corazon con que dice el pecador arrepentido:="Yo haber ofendido á un Dios tan amable, tan bueno, tan santo y omnipotente, que pudiendo haberme arrojado en los infiernos me llama y ofrece cariñoso la gloria eterna! Cómo no muero de sentimiento y dolor? Me pesa Dios mio de haberos ofendido. Os pido perdon de mis culpas, las detesto con las veras de mi corazon y voy á confesarme de todas ellas con firme propósito de la enmienda para conseguir la gracia que ofrecéis á los que hacen una buena confesion."=Ved aquí, oyentes míos, cómo

debe ser el dolor que debéis tener para confesaros bien. Pedílo á Dios puesto que es un don que concede su Divina Magestad al que se lo pide rectamente. Unid á este dolor el propósito de la enmienda que consiste en decidirse á vivir en lo sucesivo cristianamente, y veamos como se han de

DECIR LOS PECADOS AL CONFESOR. El sacerdote egerce en el sacramento de la penitencia los oficios de juez, los de médico espiritual y los de maestro paternal: y el penitente los de reo, los de fiscal acusador y los de testigo. Ningun juez puede sentenciar sin conocimiento de causa. No hay médico que pueda curar enfermedades que no conoce: ni maestro que enseñe, sin tener ideas de la índole y disposicion del que se le confia á su enseñanza y direccion. Es pues absolutamente necesario que el penitente diga sencillamente al confesor todos sus pecados, con las circunstancias que puedan agravarlos ó disminuirlos, para que el ministro del Señor pueda formar un juicio recto y justo del estado de su alma. Es preciso que le descubra todos los secretos del corazon, para que conocidas todas sus necesidades sean consideradas en el tribunal de la penitencia. Debe hacer su confesion *íntegra* sin dejar pecado alguno: *simple y verdadera* diciendo las cosas como se hallen en su conciencia despues del diligente exámen de que se ha hablado: *dolorosa* como se ha dicho: y *obediente*, como que se hace á

un representante de Jesucristo encargado de salvarnos perdonándonos los pecados que le confesamos. La verdad, amados oyentes, tiene su lenguaje propio, y de él debeis usar en la confesion huyendo del estudiado florido y elocuente de los que con él quieren fingir y engañar. En el confesionario no cuadran bien las elegancias, bellezas y ornatos de la diction. Allí la verdad y solo la verdad pura y sencilla es la que conviene. Decidla á vuestro modo y manera. Confiad en la ciencia, en la prudencia, en la direccion y en la caridad del confesor siempre interesado en favor de vuestras almas. Escuchádlo como á ministro de Jesucristo. Aceptad gustosos la penitencia que os imponga. Cumplidla con espíritu contrito y humillado que es el que á Dios agrada, y nada mas necesitais saber para hacer una buena confesion que os disponga y prepare para recibir al rey de la gloria que viene á vosotros lleno de mansedumbre en el sacramento de la Eucaristia, á que vais á acercaros en cumplimiento del precepto de la comunión pascual. *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.....*

Afortunado y feliz mil veces el pecador que tiene la dicha de hacer su confesion sacramental del modo que dejo espuesto! El solo causa mas regocijo en el cielo que noventa y nueve justos. Es la oveja perdida y traída en los brazos de la infinita misericordia al redil del pastor divino. Es el paralí-

tico sanado por el amantísimo Jesus. Es el ciego á quien ha dado vista su Divina Magestad, el leproso á quien ha curado, y el muerto á quien ha resucitado. És un miembro vivo de la Iglesia santa en quien se complace el Omnipotente, á quien acaricia María Santísima, con quien se recrean los ángeles, se regocijan los bienaventurados y se asocian los justos. Es en fin el hombre mas grande de la tierra, porque su destino es el de temer á Dios y observar sus mandatos, que es en lo que consiste la grandeza de hombre en esta vida como lo dice el sabio.

Ahora bien, amados oyentes: Siendo la confesion tan necesaria, útil y conveniente como os he manifestado: y estando competentemente instruidos para hacerla bien: ¿no os determinareis á practicar desde hoy mismo las diligencias precisas para hacerla como os lo manda nuestra madre la Iglesia? Todo está á vuestra disposicion para purificaros, justificaros y salvaros. En qué pues vacilais, ni en qué os deteneis para llegaros al tribunal de la penitencia á recibir la gracia que tanto necesitais para merecer la amistad de aquel Dios que tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres? Yo no os supongo en el número de los insensatos que quieren vivir sin Dios, sin Religion y sin virtud. No os considero afiliados bajo la infernal bandera de los que se mofan de nuestra re-

ligion adorable haciendo irrisión de sus sacrosantos misterios: ni tengo motivos para creer, que seais de la clase de aquellos impíos que, declarando guerra al Omnipotente, se atreven á insultarlo en el frenesí de su incomprensible arrogancia. Pero si por desgracia hubiese en este auditorio hombres sin fe, sin creencias religiosas y sin esperanzas en el Redentor de nuestras almas, preciso es que tengan entendido que yo no predico en este día á los incrédulos. Mis palabras se dirijen hoy á los que creen y confiesan todas las verdades y doctrinas que nos enseña nuestra madre la Iglesia: á los que dóciles á las inspiraciones del Espíritu-Santo creen que el pecador cristiano no puede ser perdonado ordinariamente sino por una confesion bien hecha. A estos diré para concluir:

Preparaos fieles, preparaos para recibir dignamente al Señor de la gloria que viene á vosotros lleno de mansedumbre bajo los humildes y cándidos accidentes de una hostia consagrada: Estais convidados á las bodas del celestial Esposo; y para asistir á ellas, necesitais las vestiduras de la gracia depositadas en el sacramento de la penitencia. Con que, á la penitencia: y para mejor asegurarla, medita con espíritu compungido los misterios que nos ocupan en esta Semana Santa. Fijad en vuestra mente para que jamás se aparten de vuestro corazon las doctrinas y ejemplos con que nos

enseña nuestro maestro y Redentor, en estos dias de misericordia, y confiad en el que ha derramado su sangre por salvarnos. Pensad en una palabra, en hacer una buena confesion para que con ella os hagais dignos de recibir á Jesucristo sacramentado, y de ser con él virtuosos en la vida, justos en la muerte y felices eternamente en la triunfante Jerusalem de la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON PRIMERO DE MANDATO.

Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem sicut dilexi vos. Os doy un nuevo mandato: que os améis los unos á los otros como yo os he amado. Joan. c. 13. v. 34.

¡Qué admirable es Dios en sus divinos atributos católicos! ¡Qué admirable es nuestro Dios en sus divinos atributos!! Su ser inmutable y simplísimo por el que existe desde la eternidad: su omnipotencia á la que toda la naturaleza obedece y se subordina: su inmensidad que todo lo ocupa: su sabiduría que con admirable economía gobierna y dirige el universo y todas las cosas á sus fines, y su santidad en que no cabe el menor defecto: recomiendan sí, y demuestran invenciblemente la grandeza, el poder y perfeccion de nuestro Criador y conservador, y nos obligan á rendirle gracias, veneracion y respeto. Pero su caridad..... Su amor y benevolencia para con los hombres: es

el Océano insondable en donde se abisma la razón y desfallece el entendimiento humano.

Cria Dios al hombre de la nada dotándole de una alma racional y de unas potencias novilísimas con que lo distingue de los demás seres: y los cielos con sus benéficas influencias, la tierra con sus preciosas producciones, los mares con la multitud de animales que abraja en su seno, y cuanto es objeto de nuestros sentidos, son los primeros rasgos de su poder y bondad á favor de esta obra de sus manos. Pero como si estos beneficios no fueran bastante demostración de su amor, quiso por una libre elección vestirse de su misma naturaleza, rescatarla á costa de su misma sangre, y sacarla del caos de miseria en que su desobediencia la habia sumergido! Quiso padecer ultrajes, desprecios y los más atroces tormentos para ganar nuestra amistad, para borrar la sentencia de condenación que teníamos merecida y para hacernos participantes de la gloria celestial de que estábamos escluidos. Estos fueron los deseos de su amoroso corazón en esta vida: por eso emprende la dolorosa carrera de su pasión; y el atropellamiento feroz con que lo prenden, el desprecio insultante con que lo tratan, la crueldad infernal con que descargan en su delicado cuerpo virginal hasta cinco mil azotes; el escarnio con que coronan su sacratísima cabeza de penetrantes espinas, y el taladrar sus santísimos

pies y manos con duros clavos para ponerlo á la vista y afrenta de todo el mundo, no son mas que demostraciones de su amor y pruebas de la encendida caridad con que nos ama. Si, piadosos oyentes: Jesucristo nos ama hasta lo infinito. Asi lo demuestran los misterios que celebra la Iglesia en estos dias. Asi nos lo estan diciendo, ese altar sacrosanto depositario de toda la gloria celestial, esas sagradas imágenes, y todo cuanto se vé en este templo, ó casa de nuestro Dios.

Pero Señor Dios omnipotente: no bastará padecer, sufrir y morir por los hombres para satisfacer vuestras ansias y dejar bien establecido el amor que nos teneis? no, católicos. Aun no queda contento con esto el corazon de nuestro buen Jesus: pues llegado el tiempo de pasar de este mundo al eterno Padre, y queriendo abrazar á los hombres con el fuego del amor divino, reúne á sus discípulos en el cenáculo, y aunque no sea posible explicar todo lo que allí obró en favor de nuestras almas, os manifestaré, segun pueda, el nuevo mandato que nos dejó para que seamos Angeles en la tierra, y os diré con el Evangelista=Vecinos de N. amáos los unos á los otros: pues que asi os lo manda Jesus con estas palabras de mi testamento=*Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem sicut dilexi vos.*

Padre de las luces, amantísimo Redentor nues-

tro, cuya real presencia veneramos rendidos en el augusto sacramento de vuestro amor: ilustrad mi entendimiento y purificad mis labios para que acierte á engrandecer vuestras obras y hacer entender á estas gentes, que su felicidad consiste en amarse los unos á los otros. Esto Señor os pedimos por medio de vuestra santísima Madre, á quien no obstante sus penas, sus desconsuelos, dolores y lágrimas, la decimos llenos de ternura. Mitigad Virgen adorable: mitigad vuestro dolor: pues aunque muere vuestro santísimo hijo, muere Señora porque nos ama: muere para que nos amemos, y muere para llenarnos de las gracias que nos alcánzais siempre que con devocion os saludamos con las palabras que oísteis al Angel cuando os dijo AVE MARIA.

Mandatum novum do nobis....

No es el amor profano el que nos recomienda Jesucristo en el nuevo mandato que nos dejó antes de ir á padecer por nosotros. Es segun los Santos Padres, un amor divino que de descendientes de Adan nos trasforma en queridos hijos de Dios, de soberbios en humildes, de terrenos y carnales en espirituales y celestiales. Es un amor que hace de la tierra un nuevo cielo. Un amor que escluye todo pecado, puesto que fomenta la mas ardiente caridad, y nos mueve á servir suave y dulce-

mente á Dios y amar á nuestros prógimos, no precisamente como á nosotros mismos segun se nos previene en un precepto del decálogo, sino como amó Jesucristo á sus apóstoles en esta vida, segun lo espresan sus palabras y advierten los teólogos. Este es el amor de ese nuevo mandato en cuya observancia consiste el cristianismo, el que nos da á conocer por discípulos del Redentor, el que nos eleva sobre nuestra misma naturaleza y el que solamente se aprende en la escuela de aquel divino maestro en cuyas manos están los corazones de los hombres como se dice en el eclesiástico.

Busquemos pues este amor celestial, piadosos oyentes; busquemos esta preciosa margarita, no entre los sábios de la carne, entre las pasiones que nos combaten, ni en ese mundo enemigo de nuestras almas, entregado á las disputas de los hombres, segun los oráculos sagrados, sino en las divinas instrucciones y ejemplos de nuestro maestro celestial sacrificado por nosotros. Si el amor propio nos arrastra, si la envidia nos precipita, si la soberbia nos domina y los vicios nos esclavizan y oprimen, trasportémonos por un momento á ver lo que pasa esta tarde en el cenáculo y alli hallaremos cuán fácil, cuán delicioso, cuán dulce y agradable es el amarnos los unos á los otros.

En efecto. Viendo el hijo del eterno Padre

que la humildad es el fundamento del amor que queria establecer entre nosotros, se presenta en la sala de los misterios sacrosantos. Se ciñe una larga toalla, toma en sus manos sacratísimas una bacía con agua y se arrodilla á los pies de sus apóstoles para lavarlos, limpiarlos, besarlos, y estrecharlos en su amoroso pecho. Se niega San Pedro á ser lavado y limpiado por su divino maestro: pero conminado con la exclusion del reino de los cielos, se presta á ser lavado y el Dios de los humildes lo lava y purifica de los afectos carnales diciéndole que aunque por entonces no conocia el significado de lo que su divina magestad hacia, lo sabria despues. Sabiendo tambien Jesucristo que las enemistades, los agravios, las injusticias, ódios y persecuciones de nuestros prógimos podrian dificultar el amor á sus personas, se abalanza á los pies del mas perverso de los hombres. Lava el divino Jesus al traidor Judas. Lo acaricia, lo halaga, se enternece y le dice=Discípulo querido, hijo de mis entrañas aqui me tienes á tus pies. No aborrezcas á tu maestro, á tu padre, á tu hermano y á tu amigo que va á dar su vida gustoso por salvarte. Ama como yo te amo, y no te perderás. ¡O leccion verdaderamente sublime capaz de desterrar la malevolencia de los enemigos mas feroces! ¿No bastarás para establecer la paz, la concordia, la amistad y la caridad entre los hombres? aun no se contenta

con esto nuestro amantísimo Jesús, católicos. El divino autor de la fé y de la gracia no halla en estas asombrosas humillaciones mas que unas disposiciones necesarias para recibir el amor con que queria divinizarnos: pues concluido el lavatorio de los pies, se sienta con sus apóstoles á la mesa y da principio á su discurso con unas palabras que el evangelista no acierta á explicar debidamente. "Con vivas ansias, les dice, he deseado tener con vosotros esta reunion y celebrar en vuestra compañía esta pascua antes de padecer. El infierno se ha conjurado contra mí. Los hombres solicitan mi muerte y yo voy contento á morir por salvarlos y hacerlos dichosos y felices: pero al mismo tiempo tendré medio de permanecer con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Os hablaré: os acariciaré: me hallareis en todas partes. Os serviré de un alimento mucho mas precioso que el maná de los hijos de Israel; *Hoc est corpus meum*: Este es mi cuerpo que ha de ser entregado por vosotros. *Hic est enim calix sanguinis mei*. Esta es mi sangre que ha de ser derramada por la remision de los pecados. Ya hijos míos podeis comer mi mismo cuerpo: podeis beber mi misma sangre y ver á donde llega mi cariño. ¡O amor verdaderamente ingenioso y omnipotente! Ya habeis vencido, Señor: ya habeis vencido. Ni á vos os queda mas que hacer, ni á nosotros nos resta mas que desear.

Todo católicos: todo lo tenemos con Jesucristo real y verdaderamente presente en el santísimo sacramento del altar. El poder que comunica el eterno Padre para vencer á nuestros enemigos: los pensamientos celestiales que inspira el Espíritu-Santo para sentir aquel torrente de delicias que ofrecen los castos abrazos del divino esposo, la bondad infinita de nuestro Dios, su ciencia y sabiduría, su santidad y pureza, su amor inmenso y su caridad incomprendible, vienen á divinizarlos cuando recibimos dignamente aquella sagrada hostia, conjunto de los prodijios, y milagro de los milagros del amor omnipotente de nuestro Redentor glorioso, á quien Isaías llama *el príncipe de la paz, el padre del futuro siglo, el soberano de los reyes y la esperanza de las naciones*. Tenemos en fin con ese augusto sacramento un culto que destruye todos los otros cultos, que hace caer á sus pies al Faraon de los Egipcios, al Baal de los Samaritanos, al Dagon de los Filisteos, á la Diana de los Efesios y al Júpiter de los Griegos y Romanos. Con él dice el Psalmista salva nuestro Dios á los hombres y á los jumentos: es el único y universal sacrificio de amor y reconciliacion aceptable, grato y digno de la divinidad, y el que lo recibe dignamente está unido á Dios, y Dios á él, como lo expresa el Evangelista. ¿Cómo pues no hemos de amarnos, querernos y estimarnos si nos alimentamos del amor? ¿Cómo ha de haber ódios, enemis-

tades, riñas y pendencias en donde habita la paz, en donde descansa el Eterno, y en donde reina Jesucristo? Sin embargo, nuestro amable Redentor aun se detiene con sus apóstoles para declararles espresa y terminantemente, el objeto y fin principal de sus doctrinas celestiales. Les dice que él es el camino, la verdad y la vida de los justos; que es manso y humilde de corazon: que él está en el Padre y el Padre en él; que les enviará el Espiritu-Santo y con él la paz; que su partida les era muy útil, y que en compendio, todo lo dejaba reducido al mandato de amarse los unos á los otros como él los habia amado. *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem sicut dilexi vos.*

Si, amables oyentes. En amarnos consiste toda la ley de Jesucristo. En la mútua caridad que nos encarga el hijo del Altísimo se aseguran nuestra salud, nuestra dicha, nuestra ventura y nuestra felicidad. Si vosotros os amais de corazon, venturoso sobre toda ponderacion será este pueblo. Reinarán en él la paz, la concordia, el órden, la amistad mas pura y la confianza, y sus habitantes serán las delicias del escelso. La caridad mútua es la leccion que nos dá la sabiduría eterna, es su precepto por escelencia, es el sello que debe distinguir á sus discípulos, y con ella será este pueblo de N. un remedo del cielo, una morada de justos, una reunion de discípulos de Jesucristo. ¿Puede darse una perspectiva de mayor pla-

cer y gusto qué la que presenta una congregacion de fieles alimentados con el amor de los ángeles? Tener todos los bienes y carecer de todos los males ¿no es la felicidad á que puede aspirar el hombre en esta vida? Pues si quereis tener esta dicha, *amáos los unos á los otros* como os lo encarga un Dios de amor sacrificado por vosotros, porque os ama. Si deseais vivir en pacífica, próspera, amistosa y social fraternidad, fijad vuestra vista en Jesus, cumplid lo que os manda en su testamento, *amáos los unos á los otros*. Si os cumple tener en este valle de lágrimas una vida celestial sin inquietudes, animosidades, querellas, pleitos ni odiosas contestaciones, seguid los consejos y ejemplos del hijo del Altísimo, observad sus preceptos, *amáos los unos á los otros*. Si quereis que se concluyan las calamidades públicas, que se acaben los apuros y compromisos que os afligen, y la brisa de los placeres mas puros recree vuestras almas, mirad á vuestro divino maestro: no os apartéis del camino que os señala, *amáos los unos á los otros*.

Esto es lo que nos encarga el Angel del gran consejo al ir á morir por redimirnos. Esto es lo que nos aconseja nuestro Jesus divino en el lavatorio de los pies y en la institucion del santísimo sacramento del altar; y esto lo que vuelve á intimarnos en su santísima pasion dando al alevoso Judas el dulce nombre de amigo, sanando á Malco, perdonando á Pe-

dro, consolando á las hijas de Jerusalem, ofreciendo la gloria al Buen Ladron, pidiendo perdón al Padre eterno por los que lo crucifiraron, dando á los hombres todos por madre á María Santísima y quedando por último con los brazos abiertos y su costado patente para recibir á cuantos quieran su amistad.

Ved aquí las doctrinas de nuestro Redentor ¿Puede haberlas mas humanitarias, benéficas ó filantrópicas como las llaman en el dia? Si ellas no hubieran humanizado y civilizado al mundo ¿no seríamos mas feroces que las fieras de la Hircania? Contestad filósofos: sed racionales y decid, mientras que yo digo á los honrados vecinos de N. en el lenguaje que oyeron nuestros Padres.

Católicos amables. Siendo las enseñanzas de Jesucristo las mas á propósito para hacernos ángeles en esta vida ¿podremos dejar de amarnos, de querernos, de estimarnos y de vivir unidos como hijos de un mismo Padre? ¿Será posible que se encuentre entre vosotros algun protervo tan atroz que no deje ahora mismo sus odios, sus venganzas, sus resentimientos y mala voluntad para abrazar á su hermano y establecer con él la paz que nos predica esta tarde Jesucristo con sus palabras, con sus obras y con sus ejemplos? Si por desgracia hubiese aquí algunos temerarios que se atreviesen á renegar de la divina religion que profesamos los españoles, para vivir licenciosamente como los impíos que tie-

nien escandalizado al mundo entero: yo tambien me atreveré á decirles = Hijos de perdition: *amaos los unos á los otros* aunque no sea mas que por vuestro propio interes. Amaos para que huyan de este pais los robos, las infidelidades, las discordias, las parcialidades injustas, y las peligrosas divisiones que increpó el apóstol en los de Corinto. Amaos.... pero no. No os ameis precisamente por motivos terrenos, *amaos los unos á los otros* para cumplir con el nuevo mandato que nos deja Jesucristo para nuestra dicha y felicidad. Amaos en fin como deben amarse los cristianos, y de este modo estad seguros como lo estaba San Pablo, de que ni el mundo, ni el infierno, ni los ángeles, ni las potestades, ni criatura alguna será capaz de arrancarnos la caridad que se halla en nuestro Jesus divino. Celebrareis con fervorosa devocion los misterios que nos recuerda en estos dias la Iglesia Santa. Os preparareis competentemente para hacer una buena confesion; y alimentándoos con el pan de los ángeles que se os administra en el Smo. Sacramento del altar, andareis fortificados el camino que os resta para llegar al monte santo de la gloria que á todos os deseo. Amen.

A. M.

SERMON SEGUNDO DE MANDATO.

Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos. Habiendo amado el Señor á los suyos que estaban en este mundo, en el fin los amó mas. Joan. cap. 13.

Con qué espresiones, hermanos míos, con qué espresiones mas enérgicas y elocuentes pudiera el discípulo amado manifestarnos mejor el amor infinito de Jesús á los hombres, que con las que acabais de oír en el Evangelio: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos. Habiendo amado siempre Jesús á los hombres en el fin los amó mas?* La historia de la vida de Jesús es la historia de las obras de su amor. El la empleó toda en enseñar á los hombres el camino verdadero de la salud, en instruirlos y facilitarlos los medios para seguir por él, en enseñarlos con su palabra y su ejemplo una ley santa, suave, pacífica y toda divina, en sanar á los enfermos, librar á los endemoniados, absol-

ver á los pecadores y salvar y redimir á todos de la esclavitud del demonio a costa de su sangre y de su vida: Pero trasportémonos al cenáculo, coloquémonos al rededor de este banquete venerable, fijemos nuestra consideracion en aquella última cena que celebra el divino Maestro con sus discípulos, y veremos que allí su amor escede infinitamente al que habia manifestado á los hombres en todo el curso de su vida. *He tenido*, les dice, *he tenido un grande y ardiente deseo de celebrar con vosotros esta Pascua antes de empezar á padecer*: humillado y como si fuera un siervo y el menor de todos se pos-tra y lava los pies de sus apóstoles dándoles el ejemplo y la leccion mas eficaz y persuasiva para que mutuamente se sufran y respeten los unos á los otros, los dá el mandato último, aquel compendio de toda su religion y doctrina, el que repetidas veces los habia encarecido, pero que ahora los recomienda como su última voluntad y como en señal para ser conocidos por suyos, el precepto divino de la caridad, el precepto de amarse los unos á los otros: afectado de ternura les dice que *no comerá ni beberá ya con ellos*, y lleno de sentimiento por dejar á los hombres obligado tambien de la necesidad de volver á su Padre, instituye el adorable sacramento de la Eucaristia, nos deja en ese adorable sacramento de su omnipotencia su cuerpo, su alma, su divinidad, se queda con nosotros hasta la consumacion de

los siglos. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo in finem dilexit eos.* ¿Pudiéramos haber nosotros esperado jamás tantas finezas del amor de Jesús?

En medio de tantos afectos, de tantas reflexiones, de tantas maravillas y grandezas como se escitan y agolpan en nuestra alma... el poder omnipotente de Jesús, su providencia, su misericordia, su sabiduría, su amor, su bondad, sus humillaciones, su doctrina..... Mi entendimiento vacila y no acierta mi voluntad à qué dar la preferencia y elegir para materia de mi discurso en este rato. Pero deseoso mas que de todo de vuestra instruccion y provecho, voy à detenerme à dirigiros las palabras de Jesús que hablan en este día con cada uno de vosotros. *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* El Señor quiere celebrar con vosotros la Pascua; la Iglesia nuestra madre os insta con su precepto para que os acerqueis à la sagrada mesa, el tiempo es llegado y yo creo lo mas oportuno en esta ocasion el instruirus ó recordaros el modo con que debeis recibir al Señor sacramentado. Dispensadme Señor vuestros auxilios que os pedimos por la intercesion de María Santísima Ave María.

Cum dilexisset...

Tres cosas debeis considerar para acercaros à recibir la Santa comunión: lo que habeis de hacer antes de comulgar, al tiempo de comulgar y despues de comulgar. Para acercaros à la sagrada

comunion es necesario que seais discípulos de Jesucristo, el mismo declaró que no quería celebrar la pascua sino con sus discípulos. Sino estais animados de los sentimientos de su religion y de su espiritu, si os falta la fé de este adorable misterio, si os alimentais solo de un respeto y sumision exterior sin someter vuestro entendimiento y vuestro corazon al Señor, no sois dignos de la participacion de la mesa santa porque estais tan lejos de ser discípulos de Jesucristo que antes os mirará como á sus enemigos... ¡Pero no somos todos discípulos suyos desde el momento que somos cristianos? ¡Ah! ¡Pluguiese al cielo, que todos conservásemos la fé que recibimos en el Santo bautismo! ¡Pluguiese al cielo que no viviésemos en un siglo de incredulidad en que se sacude impunemente el yugo suave y ligero de la fé! ¡Pluguiese al cielo que fuesen nuestros dias como los primeros del cristianismo y que todos nos gloriásemos con el tesoro inestimable de nuestra creencia. ¡Apartemos nuestra consideracion de unas ideas tan melancólicas y sensibles! Somos discípulos de Jesucristo desde el momento en que somos cristianos, si, pero no basta creer hermanos míos, no basta el ser discípulos de Jesucristo, es necesario tambien ser sus amigos.

Nemo accedat nisi amicus, dice San Juan Crisóstomo. No, dice este Santo, no se acerque á la sagrada mesa ningun Júdas, ningun hipócrita,

ningun traidor; ningun avaro; ningun escandaloso, porque no es para ellos el manjar de esta mesa divina, no vengan sino los discípulos fieles y sinceros. *Nemo accedat nisi amicus*. Los mundanos, los escandalosos, los impíos no tienen aqui lugar, y si tuviésen atrevimiento á ponerse delante, nosotros que somos sacerdotes del Señor y dispensadores de sus misterios nos valdriamos sin temor del poder que el Dios vivo ha puesto en nuestras manos para prohibirles su uso. Aunque viniese un monarca del mundo, aunque fuese el mas victorioso y el mas tirano le haríamos entender las prohibiciones y amenazas del supremo Señor cuyo celestial banquete venia á profanar. Asi disponia este Santo á su pueblo de Antioquía para la accion mas importante de la religion cristiana, y este es el precepto que el Apóstol habia intimado á toda la Iglesia en aquellas breves palabras que, segun el Santo Concilio de Trento, comprenden todas las disposiciones con que debe llegar á comulgar todo el que desee tener parte en Jesucristo. *Probet autem se ipsum homo*. Pruébese el hombre á si mismo, consulte y pregunte á su corazon: examine su conciencia delante de Dios y averigüe si puede contarse en el número de los discípulos y amigos del Señor, y si su conciencia no depone á su favor, si halla que no puede humildemente gloriarse de ser amigo verdadero de Jesucristo no ten-

ga la osadía de acercarse á tomar el cuerpo y la sangre del cordero sin mancha, no sea tan temerario que se haga reo del cuerpo y la sangre de Jesucristo y quiera recibir la muerte en el manjar de la vida. *Qui manducat et bibit indigne reus erit corporis et sanguinis Domini.*

¿Y qué ha de hacer este para celebrar la Pascua y cumplir con el precepto de la Iglesia que le obliga á comulgar? No hay otro medio hermanitos mios, que purificarse con la penitencia. Es necesario para no ser sacrílegos romper antes los lazos del pecado, desprenderse de las criaturas, hacer un esfuerzo generoso y reconciliarse con Dios por medio del sacramento de la penitencia. Para esto se ha establecido el tiempo santo de cuaresma; la Iglesia nos recuerda durante ella todo lo que nuestra religion tiene de mas sagrado y respetable, nos pone delante las verdades mas capaces de conmover y empieza á llamar nuestra atencion y despertarnos con la terrible ceremonia de poner la ceniza en nuestras cabezas para recordarnos que somos polvo y que ha de llegar un dia en que hemos de morir y dejar este mundo.

El Cristiano que desea comulgar dignamente en la pascua, debe desde el principio de la cuaresma llamarse á sí mismo, entrar en su corazon, examinar su conciencia, prevenirse con ayunos, con oraciones, con limosnas y sobre todo acercarse á

menudo al tribunal, ponerse bajo la direccion de un confesor prudente, medicinarsc hasta cobrar la salud y poder acercarse á recibir el pan de los fuertes. Bien sé que no es necesario tanto en aquellas almas justas que habiéndose formado una vida cristiana y ejemplar, se ocupan comunmente en un tenor de vida pura, arreglada y virtuosa, en aquellas almas que temen y huyen del pecado y de las ocasiones de cometerle, que meditan en las verdades eternas y se alimentan con frecuencia de la sagrada comunión, en aquellas almas que lejos de un desabrimiento y repugnancia hallan un deleite y unos consuelos inesplicables en participar del pan de la mesa santa; su vida toda es una preparacion continua; una comunión les sirve de disposicion para otra, pero á aquellos cristianos que profesan una vida mundana y distraida, á aquellos que se glorian de vivir segun las máximas del mundo, cuyas amistades, divertimientos, empleos son una cadena de pecados eslabonados, á aquellos que carecen de la esperiencia de las cosas divinas y dejan pasar los años enteros sin reflexionar sobre el asunto de su salvacion, á los que dan el último lugar de todo al cuidado de velar sobre su corazon y habiéndose hecho una conciencia libre, ó por mejor decir, licenciosa y disoluta, no hallan cosa que les esté mejor que el no pensar jamás ni querer saber lo que pasa en sí mismos, á aquellos que no

comulgan sino por fuerza, por no poder menos, por cumplimiento cuando el precepto les apremia ¿les servirá su vida de preparacion para comulgar?

San Juan Crisostómo no podia entender cómo algunos cristianos juzgaban tiempo suficiente los cuarenta dias de la cuaresma para purificarse de los pecados de todo el año y para prepararse para recibir por la Pascua á Jesucristo en el sacramento. Estudia limpiar antes tu conciencia, decia San Agustin, con oraciones, con ayunos, con limosnas, y recibe con esta preparacion la Eucaristia. ¿Qué dirian estos Santos si vieran á la mayor parte de los cristianos de nuestros dias dejarlo todo hasta el dia mismo de la comunión, y creer que se hace lo bastante con recogerse unos pequeños momentos á leer malamente en un libro antes de confesar, confesar de prisa y atropelladamente los pecados, y acercarse inmediatamente á comulgar?

Desengañémonos Hermanos míos que no es esto prepararse para recibir al Señor, no es cumplir con el precepto de la Iglesia; es mas bien despreciar á vuestro Dios y ultrajar al santísimo sacramento, no es alimentar á vuestras almas con el pan de la vida, sino darlas la muerte. Ved aqui porque las sacerdotes, los dispensadores y ministros de los dones de Dios tiemblan y temen mas que to-

dos los cargos de su santo ministerio el ponerse en el tribunal de la penitencia. No, no es como quiere decirse el amor de su comodidad y descanso, no es que les asuste la multitud y enormidad de los pecados de los penitentes... ¡Ah! cuando una alma verdaderamente contrita confiesa sus delitos y miserias, cuando las detesta de todo su corazón y propone la enmienda, cuando da todas las señales de un verdadero arrepentimiento, el confesor mezcla gustoso sus lágrimas con las de su penitente, y recibe la mayor complacencia en estender su mano para ejecutar la obra mas grande que se hace sobre la tierra, para absolverle en el nombre de Dios y declararle por libre de todos sus pecados. Pero ¿qué ha de hacer? ¿Por qué no ha de temblar cuando llega una turba de penitentes forzados, indispuestos, tibios, cuando ve por la confesion que van sin dolor sin propósito, que no se apartan de las ocasiones, que no dejan los escándalos que exhalan sus bocas el olor pestilencial de sus blasfemias juramentos, maldiciones y palabras indecentes, que un año, otro y otro han vivido en los mismos excesos y que no dan esperanzas de corregirse, que no han cumplido las penitencias anteriores, que no han restituido la fama ni la hacienda á su prójimo, que no se han reconciliado con sus enemigos, cuando ve que son de aquella clase de penitentes de quienes dice san Agustin que no quieren desatarse á sí

mismos sino atar al confesor robando una absolucion de que son indignos? Si el pecador que se ve en tal estado de corrupcion hubiese venido con tiempo á ponerse bajo la direccion del confesor este le hubiese aconsejado, dirigido y puesto en disposicion de poder recibir la absolucion y comulgar en la pascua; pero venir á la precisa, venir totalmente estragados con los vicios, sepultados en la maldad, muertos de muchos años, y querer con una confianza presuntuosa que el confesor os desate, os resucite y os dé lugar para acercaros á la mesa de Jesucristo. ¡Ay hermanos míos! Escelama el padre san Bernardo, estos prodigios son de la jurisdiccion de Dios únicamente y este milagro es superior á nuestras fuerzas. Por mas que sea vuestra dignidad, por mas que sea el esplendor y lustre de vuestra fortuna y poder en el mundo, no esperéis que por respeto á vuestra persona aventure el confesor la reverencia que debe al sacramento y que sea infiel á Dios dispensándole á los indignos. ¿Qué os vendrá pues á suceder? Que os quedaréis sin absolucion, que no podreis cumplir con el precepto, que sereis notados y escarnecidos, que llenareis de inquietud y dolor al pastor encargado de vuestras almas, que se hará público vuestro mal ejemplo y lo que es aun peor y por desgracia mas frecuente que rompereis todo freno y toda consideracion y os avanzareis á ser sacrilegos, que os acer-

careis á recibir á Jesucristo en la comunión y á celebrar su pascua sin ser sus discípulos ni amigos.

Este es el atajo que se suele tomar. Muchos cristianos no quisieran que llegase jamás el día de recibir á Jesucristo, así como los fariseos le estorbarian si pudiesen que entrase jamás en su ciudad pero como aquellos: *timebant plebem* temen á la plebe, disimulan, ceden á la necesidad, se unen y mezclan con los verdaderos discípulos y le reciben también, pero llenos de hipocresía, de falsedad y por los respetos humanos. En su corazón son enemigos de Jesucristo, son pecadores endurecidos en la culpa y resueltos á permanecer en ella, les importa nada la gracia de Dios y sus sacramentos, pero quieren conservar las exterioridades y apariencias de religión, no se atreven á declarar abiertamente y á negarse á la mesa santa con todo el desprecio que les inspira su corrupción, *timebant plebem* temen al mundo. Es tal vez un superior cuyo escándalo recaería en su persona y en perjuicio de sus intereses; es un padre que sería notado de su familia y les dañaría con su mal ejemplo; es una mujer que daría vehementes sospechas á su marido y mancharía su reputación; es una persona cualquiera que si no comulga será tenida por licenciosa é inmoral.... es necesario evitar estas consecuencias y hallarse presente á la mesa de los fieles

en esta pascua, hay un pastor que notará la falta, hablará, obrará contra ellos, los dejará notados cuando no pueda otra cosa; no tienen osadía para atropellar con el temor de los hombres, *timebant plebem*; pero tienen la abundante para sacudir el yugo del temor de Dios y se determinan á comulgar, pero por una especie de fuerza, sin prepararse con la debida penitencia, y de aqui es que este sacramento que habia de ser para ellos el manantial de las luces viene á ser el principio de su endurecimiento y obcecacion, que comen y beben su juicio y su condenacion, que se hacen reos del cuerpo y la sangre de Jesucristo *Qui manducat et bibit indigne, reus eris corporis et sanguinis Domini*.

Hermanos míos, no os dejéis arrastrar jamás de semejante tentacion, no os pongais á un peligro tan perjudicial para vuestras almas, recibid al Señor, y si hallais que no estais dispuestos, preparaos con tiempo, con voluntad haciéndoos sus discípulos sinceros, sus amigos poniéndoos en su gracia por una buena confesion. Esto es lo que habeis de hacer antes de comulgar.

Veamos lo que debeis hacer al tiempo de comulgar. San Gregorio nos dice que antiguamente cuando los cristianos habian de comulgar les decia el diácono en voz alta: *Llegad con fe, con reverencia y con amor*. Ved aqui las disposiciones con que debeis estar adornados en la sagrada mesa, con

fé para saber discernir el cuerpo del Señor de los manjares del mundo, debeis entrar en vosotros mismos, contemplaros y preguntar ¿quién soy yo? y ¿quién es el Dios de magestad que se oculta en los sagrados accidentes? ¡Ah! ¿Cuántos afectos, cuántas reflexiones no escitaria aun en el alma del mas ignorante la Fé y contemplacion de este misterio! Pero la mayor parte de los cristianos se acercan á comulgar sin hacer antes consideracion alguna sobre el manjar que van á recibir: mezclan y confunden los egercicios de la confesion y comunión, se dan golpes de pecho, bajan los ojos, abren la boca y engullen, se puede decir, mas bien que reciben, la comunión, porque ni entienden la grandeza de aquella accion que obran, ni de aquel Señor que reciben: *Vos adoratis quem nescitis*. Adorais lo que no sabeis, se les podria decir. De aqui es la falta de reverencia, el descaro y poca compostura que se nota en muchos cristianos al tiempo que comulgan, el poco aseo y limpieza de su cuerpo en los unos, el demasiado lujo en otros con que procuran agradar y traer hácia sí mas bien las miradas de los hombres que las bendiciones de Dios, la inquietud é impaciencia con que estan en la Iglesia si es que no se salen á conversar inútilmente á la calle si se retarda algun tanto el darles la comunión, de aqui es la distraccion, el ningun recogimiento, las posturas poco humildes y las muchas irreverencias

que notamos al rededor de la mesa santa y que nose perdonarian á sí mismos los hombres si las tuviesen en un convite del mundo ó delante de una persona respetable.

¿Qué hariais si os dijeran que un rey del mundo queria hospedarse en vuestra casa, que tenia un designio particular en favoreceros con esta honra, que pretendia nada menos que dejaros ennoblecidos para siempre y colmados de honores y riquezas? ¿Qué cuidados, qué actividad, qué respeto y sumision! ¿Qué no haceis cada dia para obsequiar á un amigo? Comparaciones comunes y familiares, dice el P. san Juan Crisóstomo, pero que por eso mismo hacen mas perceptible el punto que tratamos, y nos dan á entender cuál debe ser la reverencia de un cristiano al hospedar en su pecho al rey de los cielos y la tierra, y con cuánto respeto deberá llegarse á comulgar.

Tambien es necesario llegar con amor. Este es el sacramento, hermanos mios, del amor de Jesucristo, esta es la prenda y el legado que nos dejó en su testamento en prueba de su amor; es muy justo que el hombre corresponda á un amor tan escesivo. Jesucristo se entrega todo al hombre en el sacramento de la Eucaristia y el hombre debe entregarse todo á su Dios, abandonar los gustos y placeres del mundo, sacrificar sus sentimientos y apetitos, renunciarlo todo y despojarse de todo por

amar á Jesucristo: ¡infeliz de aquel que se presente en el convite sin ir vestido con la vestidura nupcial, sin llevar su alma enriquecida con la caridad y amor de Dios! De aquí debe nacer un ansia, un deseo de comulgar, un hambre por alimentarse continuamente del pan de los ángeles. ¿Qué podremos decir de los cristianos que tienen tal astio á este pan sagrado que si estuviera en su mano dejarían pasar toda la vida sin recibirle? ¿Qué dan arcañas con esta comida santa? ¿Con qué amor de Dios recibirán la comunión los que aun no han quitado el escándalo que han causado con su mal ejemplo, los que no han perdonado á su prójimo, los que no han desterrado de su corazón el aserto al pecado, y al tiempo mismo de recibir al Señor meditan ofenderle de nuevo? ¿A cuántos podemos decir en la mesa del altar lo que Jesús en el cenáculo: *Qui intingit mecum manum in parapside, hic me tradet*. Estos mismos que se alimentan de la comunión han de ser traidores y enemigos de Jesucristo. Y si es reprehensible esta conducta de los cristianos al tiempo de comulgar, no lo es menos la que se observa, por lo comun, despues de haber comulgado.

Como si fuera un tiempo perdido el que se emplea en conversar con Dios, en darle gracias por un beneficio tan extraordinario, en deleitarse y llenarse de los consuelos y dulzuras de un manjar de vida

eterna, en corresponder con afectos, con propósitos, con sacrificios, en aprovecharse de la presencia de Dios y de las muchas gracias con que nos brinda, se huye, digamoslo así, del Señor, se le abandona, se le desprecia. Apenas se ha comulgado cuando se le vuelve la espalda, y si se retrasa algun tanto el dar la cédula de comunión en este tiempo, ya no se encuentra á algunos en el templo. Y ¿á dónde van? *Post bucellam introivit in eum Satanas*. Pudiéramos decir de estos miserables como de Júdas nos dice el Evangelio, á consumir sus maldades, á volver á sus pasatiempos y embarazos, á sus mismos vicios y malas costumbres, á tratar de vender á Jesus como Júdas. Lejos de ver en muchos cristianos que comulgan una vida nueva y ejemplar, el día mismo de su comunión suele ser el de sus impaciencias, de sus maldiciones, de sus torpezas; con las mismas ropas con que se han adornado para venir al altar corren á los espectáculos y bailes en donde tantas veces han peligrado, y que acaban de detestar en la penitencia. *Post bucellam*,.... Como si ya lo hubieran hecho todo, como si hubiesen cumplido con Dios porque han cumplido con el mundo, se descargan con comulgar de una inquietud y cuidado que les agitaba, y en el día mismo de la comunión vuelven con mayor desahogo á dar rienda suelta á las mismas pasiones que han propuesto corregir y re-

frenar, y como los perros se tragan su mismo vómito. *Post bucellam.....*

Bien sé que muchos cristianos conservan por algun tiempo el temor de Dios, quiero convenir en que haya pocos pecadores tan olvidados de Dios y de sí mismos que al menos por algun tiempo no se hagan fuerza y procuren vivir como cristianos y dar muestras de haberse convertido: pero hermanos míos, digo con san Agustin, no basta lograr algun buen suceso contra nuestros enemigos, no nos hemos de contentar con hacer algunas treguas con ellos, ni darnos por satisfechos con haber sacudido su yugo algunos dias, y haber ganado la victoria por algun tiempo. El espíritu engañador no reñirá con nosotros, no nos disputará el triunfo, se le concede aun á los mas perdidos y es uno de los artificios de que se vale para aprisionarles despues mas estrechamente. En la guerra con los enemigos de nuestra alma son muy peligrosas las treguas y la suspension de hostilidades, y comunmente no tienen otro efecto que dar mas fuerzas á nuestros enemigos, irritar la concupiscencia y avivar las pasiones. Despues de una libertad y una paz engañosa quedareis vencidos y os hallareis mas esclavos y mas pecadores que nunca. Es necesario vencer completamente. El que ha comulgado y penetrado en su contemplacion en este don de Dios, no debe gustar jamás de los deleites

desabridos del mundo, no debe volver jamas á unirse con los enemigos de Jesus, debe vivir en solo Dios y para Dios. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo.* Este es el pan que baja del cielo para que el que le coma no muera jamás. *Hic est panis de cælo descendens ut si quis ex ipso manducaverit non moriatur.* Verdad es que nuestros enemigos son muy poderosos y temibles, pero tambien lo es que en el pan sagrado de la Eucaristia se nos dà una fuerza y virtud superior à la de todos ellos.

Si el tiempo me lo permitiera me estenderia en manifestaros con la doctrina católica, y no por un puro capricho ó congetura, los efectos prodigiosos que obra la comunion en un alma justa: os diria que cura las enfermedades espirituales, la falta de fuerzas, los tedios y desmayos para obrar lo bueno, las inclinaciones à lo malo; os diria que si viviendo en la tierra con solo su contacto curaba las enfermedades mas desesperadas ¿qué no hará la presencia de Jesus sacramentado unido estrechamente con nosotros? os diria que una sola comunion bien hecha es capaz de libraros de todos los males y haceros unos santos. Que si erais violentos, apasionados, sensuales y dados à los deleites os hará apacibles, modestos, mortificados y sufridos: si erais vanos y ambiciosos os hará rendidos y humildes, la comunion en fin os trasformará en otros hom-

bres, y el mundo todo cobrará por ella nueva vida.
Panis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita.

Baste el indicaros y remitiros á vuestra propia experiencia y contemplacion y voy á explicaros un misterio que acaso tendreis por incomprensible. Muchas veces habeis oido esta misma doctrina, muchas veces despues de San Pablo, despues de las eficaces exhortaciones de los Santos Padres; habeis oido á los ministros del Santuario ésplicar y ponderar la eficacia y virtud del sacramento de un Dios que se nos da en alimento, tambien hace muchos años, y son muchas las veces que os llegais á la mesa divina, y sin embargo vuestras almas son las mismas, no habeis adelantado un paso en el amor y en el servicio de Dios, no habeis empezado á ser Santos: los hombres siguen en sus extravíos y el mundo no sale de su corrupcion. Asi es desgraciadamente, hermanos míos, y la razon de este misterio, es porque comulgais, pero comulgais mal, comulgais sin las disposiciones necesarias, sin poneros en la gracia y amistad de Dios, porque comulgais, pero os acercais á la mesa santa sin fé, sin reverencia, sin amor, porque os retirais de ella sin devocion violenta y precipitadamente sin querer escuchar á Jesus que os habla en el corazon, sin darle gracias y deteneros á gustar y contemplar las dulzuras del manjar sagrado: la razon de este misterio es porque comulgais tarde, por fuerza y

sin reparar en lo que debeis hacer antes de comulgar, al tiempo de comulgar y despues de comulgar. Por eso, decia el Apostol, hay entre vosotros tantas flaquezas, tantas enfermedades, tantas muertes repentinas, porque comulgais mal y el pan de la vida produce en vosotros la muerte.

Entrad ya en vosotros mismos, hermanos mios, examinad lo que debeis al Señor y lo que mejor os conviene, no lleveis vuestra temeridad al estremo de abusar por mas tiempo de el convite sagrado, resolvéos á celebrar dignamente la Pascua. El Señor tiene un deseo grande en celebrarla con vosotros. *Desiderio desideravi...* Reflexionad las palabras de Jesus en el cenáculo, observad todas sus acciones, laváos vuestros pies, es decir limpiáos de todas vuestras imperfecciones por pequeñas que sean, porque no tendreis parte en él si no estais enteramente limpios, imitad su humildad, guardad el precepto que tanto os recomienda de amaros los unos á los otros. ¡Acaso no volvereis á gustar mas en esta vida de este divino manjar! Llegáos á comer el pan de la mesa santa de un modo que os haga dignos de comérle tambien en el reino del Padre. Quiera el Señor por su infinita bondad, que despues de recibirle encubiertó bajo los accidentes eucarísticos, le goceis sin enigma, sin inquietud y con toda la claridad de la eterna bienaventuranza por los siglos de los siglos=Amen.

PLATICA DE PENITENCIA

QUE SUELE PREDICARSE EN ALGUNOS PUEBLOS EL
JUEVES SANTO POR LA TARDE.

Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam: Dios mio: ten piedad de mí segun tu grande misericordia. Ps. 50. v. 1.º

Penitencia, católicos: penitencia y mortificación se os ha predicado desde tiempo inmemorial en esta tarde. Ministros evangélicos, celosos por el bien de las almas, se han valido de las palabras con que Jeremias, Eccequiel, Jonás, Joel, Zacarias, y otros profetas escitaron á los pueblos á hacer penitencia, y nada mas pudieron arbitrar para demostraros la necesidad en que se hallan los pecadores de ejercitarse en aquella virtud reparadora. Una y otra vez se os ha hecho entender, que el pecado ó se destruye con la penitencia, ó lleva infaliblemente al que lo comete á los fuegos sempiter-

nos: que para los hombres no tiene mas que dos puertas el cielo; la de la inocencia y la de la penitencia. Yo añado demasiado convencido, que jamás tuvieron los hombres tanta razon para temer la ira de Dios como en el presente siglo: y que si no nos mortificamos y hacemos, penitencia de los pecados que hemos multiplicado como las arenas del mar, todos pereceremos sin remedio.

Si en los dias de Noé se llenó la tierra de abominaciones y el Señor manifestó su pesar de haber criado al hombre, haciendo perecer en las aguas del diluvio á cuantos provocaron sus venganzas: en los nuestros los espantosos progresos de la impiedad, de la irreligion y del mas escandaloso libertinage, parece que preparan los caminos á aquella general desercion de la fé que ha de preceder al dia grande de ira, de calamidad y de miseria. Si un fuego abrasador redujo á cenizas las ciudades nefandas de Pentópolis, y el honor de un Dios ultrajado quedó de algun modo satisfecho con el castigo de sus profanadores, ahora en que los torrentes del vicio arrastran á casi todos los mortales, en que de la virtud no ha quedado mas que un nombre sin significado, y en que no se ven mas que refractarios y apóstatas de las máximas del evangelio, sustituidas por unas doctrinas disolventes que estremecen á los justos y alarman á los sensatos, podemos asegurar con San Gre-

gorio que está próxima nuestra ruina, que la católica España va á perecer en los horrores de su esterminio, que los pecadores van á sufrir la suerte desastrosa de los Datanes, Coreés y Abirones del pueblo ingrato. Ello es que el Omnipotente está sobre nosotros: con la espada de la divina justicia para confundirnos en los infiernos si no destruimos los pecados con la penitencia; ó con la copa de sus misericordias para salvar nuestras almas, si humillados y contritos abrazamos el plan de mortificacion y penitencia que nos predicán en estos dias, la Iglesia santa con sus exhortaciones, nuestro Jesus divino con su ejemplo, la historia del universo con sus infalibles testimonios. El Eterno con las amenazas de sus venganzas, la filosofía con sus razones y yo con la manifestacion de estas verdades que serán el objeto de vuestra atencion en este breve rato.

Nos mira con tanta solicitud nuestra madre la Iglesia, nos ama tanto y nos cuida con tal esmero, que viendo al infernal dragon rugir por devorarnos, se ocupa constantemente en conjurarlo, en prevenirnos contra sus asechanzas, en fortalecernos con sus doctrinas celestiales, en darnos un *alerta* continuado para que no seamos sorprendidos en la luz del cristianismo, y en amonestarnos para que vivamos sóbriamente, que nos ciñamos el inexpugnable escudo de la fé con que siempre se vence al mun-

do, al infierno y sus potestades. Pero cuando mas manifiesta esta tierna madre el interés que le merecen sus hijos, es cuando los vé bajo el imperio de Lucifer; cuando los contempla destinados à ser víctimas eternas del furor satánico encargado de atormentarlos en los fuegos sempiternos. En este caso.... pero no veis cuán triste, desolada y sin consuelo gime en estos dias? A sus cánticos de solemnidad y regocijo ha sustituido las lamentaciones y trenos de Jeremias. De ella puede decirse con mas propiedad que de la Jerusalem cautiva=*Llorando pasó toda la noche! Hilo a hilo corren las lágrimas sobre sus mejillas! Se ha oscurecido el oro de sus templos! Se ha mudado su color óptimo, y está mortalmente acongojada!*=Llora, amados oyentes, llora, sufre, se aflige y padece agonías de muerte nuestra madre la Iglesia porque hemos pecado y ofendido gravemente al Dios del amor hermoso, de la misericordia infinita y de la bondad inmensa. Nos vé atrozmente lastimados por la sangrienta fiera del pecado. Vé que vivimos muertos en nuestros crímenes y delitos; deplora nuestra indiferencia insensata; y sabiendo que solo con la mortificacion y penitencia podemos salvarnos, ella misma se nos presenta mortificada y penitencial para animarnos à imitarla.

¿Llegará nuestra maldad hasta el extremo de despreciar las amonestaciones de una madre que

no piensa mas que en sacarnos del infeliz estado del pecado al de la gracia? ¿Puede comprenderse la ceguedad é insensatez de los que en su mayor peligro se resuelven à perecer, antes que valerse del remedio pronto, fácil, seguro é infalible que pudiera salvarlos? Pues ved aqui el caso de los pecadores que desprecian la solicitud con que la Iglesia santa anhela por su salvacion recomendandoles la mortificacion y penitencia. Yo suplico con las veras de mi corazón à todos los que se crean en esta posicion desesperada, que miren por sí, que se decidan à tener una vida mortificada y penitente, y esperen confiados en el que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Si esto no es bastante, si las instancias de la madre y maestra de la verdad no mueven à los pecadores à entrar en los caminos de la mortificacion y penitencia, veamos lo que sobre este particular nos dice la sabiduría eterna, el mismo hijo del eterno Padre conversando con los hijos de los hombres.

Jesucristo, amados oyentes, nació en los brazos de la mortificacion, en ellos vivió y en ellos murió para enseñarnos prácticamente à mortificarnos. Nació en un establo y fué reclinado en un pesebre prestado, y prestado de bestias como lo dice mi melífluo Padre San Bernardo. Vivió oscurecido, perteneciendo à una familia pobre y

miserable. Al principiar su vida pública se nos presenta desfallecido de hambre en el desierto, hecho el asombro de la mortificación, el modelo de la penitencia y el ejemplar que debemos seguir para vencer y humillar á los enemigos de nuestras almas. Ayuna cuarenta dias, apura el amargo caliz de las amarguras, penas y aflicciones: Ora sin cesar, se humilla hasta lo infinito, combate al mundo sus pompas y vanidades, triunfa de Lucifer, y nos demuestra la conducta que debemos tener para salvarnos. Es verdad que despues de estas victorias, ejércitos de ángeles bajan del cielo á enjugar las lágrimas y servir al Dios de las penurias y de la mortificación, pero esto fué, dicen los santos padres, para demostrar á los hombres que el padecer es el principio del gozar, que la penitencia abre los tesoros de la infinita misericordia de un Dios que llena de bienes á los contritos y penitentes. Últimamente, llegada la hora de la passion, reasume nuestro Redentor todas sus fuerzas para padecer y sufrir los tormentos mas acerbos. Le rodearon los dolores del infierno, y ¿será posible hallar criatura comparable en sus penas, martirios y aflicciones con las de nuestro divino Jesus? Mañana os hablaré de esto con los auxilios de la gracia.

La historia del universo tambien nos demuestra que desde el principio de los tiempos hasta la con-

sumacion de los siglos se han predicado, predicán y predicarán siempre la mortificacion y la penitencia. El patriarca Noé fué el primero que predicó la necesidad de la penitencia, viendo que toda carne habia corrompido sus caminos de rectitud. Moises la recomendó al perjuo, é hizo que se publicase entre los hijos de Israel, los profetas todos claman y dicen en nombre de Dios á los pueblos:==Convertíos: haced penitencia: abandonad las sendas de la iniquidad: rasgad vuestros corazones y entended que en el momento en que arrepentidos de corazon principiéis á ser verdaderos penitentes, habeis vivificado vuestras almas y merecido la amistad del que es grande en misericordias==Aparece el precursor del Mesias en las inmediaciones del Jordan, y su clamor no es otro que el de mortificacion y penitencia, dando eficaz ejemplo con sus asombrosas austeridades aprobadas y elogiadas por el mismo Jesucristo. "Id, dice nuestro Redentor á los apóstoles" Id, enseñad á todas las gentes, predicádes la penitencia y bautizad á los que se conviertan. Los que crean serán salvos, pero los que no, se condenarán." Salen de Jerusalem los enviados del Señor, se estienden por todo el orbe, hablan en todas partes el language del Espíritu-Santo que los poseía y "Convertíos, convertíos y haced penitencia" era el tema de sus pláticas y sermones en todos los ángulos de la tierra. Los santos Padres, los Conci-

lios, la tradicion mas constante, los fieles de todos los tiempos y lugares han dicho, dicen y dirán convencidos á los pecadores.==Si os convertis al Señor y haceis penitencia, Jesucristo perdonará vuestros pecados, os auxiliará en la vida y en la muerte, y despues os hará eternamente felices en la gloria. Pero si negligentes y obstinados rehusais convertirlos, si sordos á los gritos de nuestra religion os empeñais en seguir pecando, si os escandalizan los nombres de mortificacion y penitencia, y preferis las sendas de los impíos para vivir licenciosamente, en este caso temed la ira del omnipotente concitada con vuestros pecados, morireis en vuestro pecado y caereis al lugar de los tormentos, dice Dios por sus profetas. Yo me reiré en el dia de vuestra perdicion, cuando os acontezca lo que temeis sin provecho alguno. Si no haceis penitencia, todos, todos perécereis del mismo modo. *Nisi penitenciam egeritis, omnes similiter peribitis.* Ved aqui católicos la ley indefectible del Eterno, todos los pecadores estamos sujetos á ella, y no hay remedio: Ó hacer penitencia, ó sufrir los castigos de un Dios ultrajado é insultado. Ó acogernos al pabellon de la clemencia divina mortificándonos y haciendo penitencia, ó preparémonos para habérnoslas con un Dios de santidad que en nada cede de sus derechos, segun Tertuliano. Ó llorar con espíritu penitencial ó dejar que se agraven las calamidades públi-

cas, que acaben de dementarse los hombres para que nuestra España sea una sodomia impura, una Babilonia adúltera, la nacion maldita que condenó ingrata al Redentor de la raza humana. Penitencia ó infierno: y por si acaso hay quien adopte las blasfemias de los que dicen que estas eternas verdades son invenciones de curas y frailes interesados en engañar á los fieles, venga aquí esa filosofía que tanto invocan los que la desprecian, y ella nos dirá si lo que dejo espuesto es atendible.

Hay cosa mas racional que el aplacar con un voluntario castigo á un Dios ofendido que no pide mas que la penitencia para perdonarnos? Estando establecidos premios para la virtud, y castigos para el crimen ¿podrán dejar de ser castigados los pecados? Y debiéndose castigar con el infierno ó con la penitencia ¿qué deberemos escoger en recta razon? Dígalo el sentido comun. Si el buen juicio nos aconseja la amputacion de un miembro dañado que pone en peligro nuestra vida... Si tomamos las medicinas mas repugnantes para curar las enfermedades corporales ¿nos hemos de resistir á las que nos propina el médico celestial de nuestras almas Jesucristo? Ocupados de dia y de noche en adquirir y aumentar los bienes terrenos ¿no han de merecernos interes alguno los eternos? Somos nosotros más que Dios? Esto, esto es lo que vienen á decir esos hombres vertiginosos que se titulan *ilustra-*

dos, porque saben fingir y engañar á los demas, porque tienen la funesta habilidad de hacer pasar el bien por mal, el vicio por virtud y la virtud por vicio: y porque con erguida frente y tono impio ensalzan y preconizan doctrinas infernales, que, dando rienda suelta á las pasiones, fomentan esa licencia escandalosa que ha de perder la sociedad si no se refrena. Mas que Dios quiso ser Lucifer, y mas que Dios quieren ser los que escarnecen las creencias, usos, prácticas y costumbres de nuestros Padres, llamándolas cosas del odioso oscurantismo, y teniéndolas por incompatibles con la ilustracion reinante. Mas que Dios quieren ser los que, vegetando de los deliciosos jardines de Epicuro, se hallan satisfechos con vivir como los brutos que no tienen inteligencia, los que tienen un pesar por llevar la imagen de Dios en sus almas, y los que se conducen con un aire de ateismo que no se tendria por posible si no se viera. Y hemos de predicar á estos emisarios del infierno la mortificacion y penitencia? A unos hombres que se atreven á ridiculizar lo mas sagrado y divino ¿qué podrá decirles la filosofia cristiana? Que á pesar suyo hay un Dios omnipotente que arrojó del cielo á los infiernos á cuantos se rebelaron contra su Criador: que este Dios tiene en su mano venganzas eternas con que hace entender á los impíos que es justo, poderoso y eterno: que los cristianos ofrecen por contestacion á sus deplora-

bles aberraciones esta súplica inspirada por la caridad.

“Ilustrad, divino Redentor nuestro: ilustrad con vuestra gracia á los que blasfeman vuestro santo nombre. Atraed á vuestro rebaño á los que extraviados siguen los principios en que van á perecer si no les alargais vuestra mano compasiva. Iluminá-los con las luces de la fe, para que convertidos entren en los caminos rectos de la mortificacion y penitencia, y seais alabado, bendito y glorificado por todos los siglos de los siglos.” Esto es lo que dice la filosofía cristiana á los que llamándose filósofos ilustrados niegan la existencia de un Dios que no pueden desconocer: De qué parte está la recta razon? Díganlo los racionales, mientras que yo me dirijo á un pueblo fiel que entiende muy bien al que le dice:

Mortificacion y penitencia, católicos: mortificacion y penitencia para desenojar á nuestro Dios: y hacernos dignos de sus eternas misericordias. Mortificacion y penitencia para ahuyentar á la bestia del Apocalipsi que ha invadido nuestro reino con pecados y abominaciones que no conocieron nuestros padres. Mortificacion y penitencia, en fin, para disponernos y prepararnos á ser ángeles en la tierra con la observancia del nuevo mandato de amor, de que os tengo hablado.

Todas las clases de la sociedad cristiana tienen

señalados los caminos que las ha de conducir al cielo. Los ricos deben ir á él por la limosna, los pobres por la paciència, los grandes por la humildad, los amos por la condescendencia, los criados por la sumision, los magistrados y jueces por la vigilancia y la justicia, los artesanos por el trabajo, los casados por la fidelidad, los padres de familia por el celo, los afligidos por la resignacion, y los venturosos que viven en prosperidad por la accion de gracias y buen uso de su posicion: pero los pecadores, todos sin la menor escepcion, no pueden salvarse sin la mortificacion y penitencia. Sin aquella mortificacion y penitencia que os predicán en este dia la Iglesia santa con sus amonestaciones, el divino Jesus con su ejemplo, la historia de nuestra religion con sus infalibles testimonios, un Dios justo con las amenazas de sus eternas venganzas, la razon humana con sus propias luces, y yo con lo que acabo de esponeros. Abracemos pues aquella saludable penitencia que salvó á los Ninivitas y á los pecadores hijos de Israel: aquella penitencia que hace justos, santos y perfectos á los que la practican, y aquella mortificacion penitencial que hace ángeles de pecadores, que impide las venganzas de un Dios justo, que levanta las calamidades de los pueblos y todo lo puede y alcanza de aquel Dios de bondad que bajó de los cielos á la tierra por la salvacion de los pecadores. Imitemos al real pro-

feta David en sus penitencias, ya que lo hemos seguido en sus pecados. Convirtámonos, y si el infierno se ha regocijado con tantos pecados como se han cometido en esas plazas y calles, alegremos al cielo con los cánticos penitenciales que van á entonar los ministros del Señor en la procesion que se prepara. Principiádla ya sacerdotes del Altísimo: principiádla y vean los hombres, los ángeles y hasta las furias infernales que si hemos sido pecadores tambien somos penitentes: que si hemos ofendido á Dios con nuestras lenguas, tambien ahora las movemos para confesar públicamente nuestros pecados y para decir en voz alta:

Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.....

A. M.

SEGUNDA PLÁTICA DE PENITENCIA.

Pœnitentiam agite. Haced penitencia—*Matt.*
cap. 3. v. 2.

Al hablaros en este rato de la necesidad de hacer penitencia, no intento manifestaros la obligacion que teneis de recibir la absolucion de vuestros pecados por medio del confesor á quien debeis descubrir vuestras conciencias, porque sé que como fieles cristianos estais convencidos de este deber y de que este es el medio establecido por nuestro Divino Jesus para conceder el perdon al pecador y reconciliarle con Dios. Voy á hablaros de otro género de penitencia, de una penitencia de que os cuidais muy poco, pero que os es muy necesaria, de la penitencia exterior que consiste en castigar el pecado con obras saludables y satisfactorias.

Es preciso que sepais, hermanos mios, que

ademas de la penitencia interior, que consiste en aborrecer y detestar el pecado y no volverle á cometer, hay otra penitencia exterior que se llama satisfaccion de obra, que es la penitencia que impone el confesor y las que debe imponerse á sí mismo. Esta penitencia, estas obras de mortificacion, esta venganza y castigo del pecado es necesaria, bien sea que miremos á Dios como ofendido ó al hombre que es el ofensor. No me contentó, ni quiero deciros solamente que es necesario cumplir las penitencias que impone el sacerdote; el no hacerlo sin una causa muy legítima, sería una profanacion y sacrilegio, es necesario que además nos encarguemos de otras obras de mortificacion y castigo sobre las que nos impone el confesor como juez.

Dios ofendido es el motivo primero de esta necesidad. Dios pide una satisfaccion. Bien pudiera perdonar toda la culpa y perdonar al mismo tiempo toda la pena; pero al perdonar el pecado quiere manifestar no solo su poder y misericordia, sino tambien su sabiduría y su justicia. Dios quiere que conozca el hombre la proporcion que hay entre la culpa y la pena, y si dejára el pecado sin castigo, no podria conocerse esta proporcion. Tambien el hombre pecando se obliga al pecado con los pensamientos, las palabras y las obras, y Dios le obliga sábiamente á que se des-

obligue del pecado por la penitencia, con la contricion de corazon, la confesion de la lengua y la satisfaccion de las obras, lo que no se verificaría si Dios perdonara sus culpas al pecador sin exigir mas que el dolor interior y arrepentimiento de ellas. La divina sabiduría quiere esta dificultad que llevan consigo las obras de mortificacion para disminuir los pecados que se fomentan con la facilidad del perdon. La facilidad en perdonar, da aliento para delinquir, y por esto la sabiduría divina ha dispuesto no solo que el pecador ignore si ha conseguido la gracia, sino tambien que le cueste el sufrir y arrostrar obras penales para que no se precipite de nuevo y con facilidad en el pecado.

Lo exige asi tambien la divina justicia, que en cierto modo quedaría desacreditada perdonando toda la culpa sin la compensacion de alguna pena. Recordad, hermanos míos, que todo pecado es una injuria que manifiesta y lleva consigo el desprecio y la crueldad contra el mismo Dios. Dios es quien manda ó prohíbe, y el pecador al obrar el mal es el que desprecia todas las atribuciones divinas por contentar al pecado. Desprecia su poder á quien desobedece libremente como si no tuviera fuerzas para castigarle; desprecia su sabiduría no sometiendo como debe su voluntad á la de Dios; su bondad teniendo en mayor bien sus

apetitos que todos los bienes del cielo; su inmensidad pecando en presencia de su mismo Dios y como si Dios no le viese; su liberalidad despreciando sus recompensas; su justicia no aterrándose con sus amenazas; su santidad cometiendo acciones que Dios aborrece infinitamente; desprecia en una palabra todas las divinas perfecciones y ademas de la injuria y el desprecio, comete la mayor crueldad, porque si Dios pudiera faltar le destruiría el pecador. El pecador hace todo cuanto puede para herir y aniquilar al mismo Dios, y aunque le falta el poder, no le falta la voluntad. Quisiera el hombre, cuando peca, que Dios ó no conociera sus pecados, ó no los aborreciera, ó no pudiera castigarlos, que es lo mismo que desear que Dios no sea Dios, que no sea sábio, justo y poderoso. *Malicia verdaderamente cruel y en su mo grado execrable*, dice el padre san Bernardo (1) *que desea que perezca el poder, la justicia y la sabiduría de Dios*. Semejante injuria del pecador á su Dios. ¿No merece el debido castigo? ¿Es acaso una injuria ó rebellion tan tolerable que deba despreciarse? La justicia de Dios no la desprecia y aunque por su misericordia muda la pena inmensa y eterna debida al pecado, en pena lleva-

(1) Serm. 3. de Ressurr. Domi.

dera y temporal, requiere sin embargo alguna satisfaccion como reparadora de la honra que se le ha quitado. Por esta razon no perdona el Señor al pecador enteramente la pena, y quiere que satisfaga de algun modo su deuda afligiéndose y castigándose. Asi manifiesta no solamente su omnipotencia y misericordia, sino tambien su sabiduría y su justicia.

De aqui es que el espíritu de penitencia que anima á los pecadores ya arrepentidos, como que es una participacion de la justicia divina y de aquel odio que tiene Dios al pecado, los conduce á castigar sus delitos y poner en orden su voluntad rebelada contra Dios, no solo sometiéndose, humillándose, doliéndose, no solo con una penitencia interior, sino tambien con una penitencia exterior, castigando y vengándose en su cuerpo, como que muchas veces ha sido la causa principal de sus delitos; castigando su cuerpo porque saben que Dios, como sumamente sábio y justo, perdona al alma á condicion de que se aflija y atormente el cuerpo. De aqui es que el alma penitente vistiéndose de los sentimientos del corazon divino, se llena de celo por reparar la honra que ha quitado á su Dios y se arma de severidad contra su cuerpo para vengar tan graves ultrajes. Y ved como las mortificaciones y penitencias son necesarias atendiendo al ofendido que es el mismo Dios. Vais á ver que

no, lo son menos por parte del ofensor que es el hombre.

La penitencia y mortificacion es necesaria al pecador mirando á lo pasado que es el pecado cometido, mirando á lo presente que es el reato del pecado y los malos hábitos contraidos, y mirando á lo futuro para no volver á pecar. Le es necesaria la penitencia dolorosa al pecador mirando á lo pasado por esto mismo, porque es pecador, porque pecó. ¿Creeis que en habiendo confesado, quiero convenir en que sea con las debidas disposiciones, habeis cumplido con todo y podeis echaros los pecados á la espalda, como si jamás los hubierais cometido? Mirad con atencion lo que hicieron los santos que conocian mejor que nosotros lo que debian hacer. Un David habiéndose dejado llevar de su pasion aunque supo despues por el profeta que Dios le habia perdonado, no dejó en toda su vida de afligirse amargamente y regar el pan con sus lágrimas. Un Pedro á quien el Señor miró con compasion, lloró toda su vida y lloró amargamente. Una Magdalena despues de haberla asegurado Jesucristo el perdon, jamás hizo paces consigo misma, y por el espacio continuo de mas de cuarenta años, fué un modelo de Penitencia mucho mayor que lo habia sido en otro tiempo de escándalo. Preguntad á estos y á otros muchísimos santos por qué lloran y se afligen, por qué penan, castigan y

maltratan su cuerpo con asperezas continuas, con ayunos y todo género de mortificaciones despues que saben que están perdonados; y todos os dirán: porque pecamos, porque aunque no seamos culpables por la misericordia de Dios, basta el que lo hayamos sido, porque debemos perseguir siempre en nosotros á este enemigo de Dios á quien no temimos dar acogida.

Y á la verdad, hermanos mios, el afanarse tan poco por las culpas pasadas, el amar y acariciar tanto al cuerpo despues de la confesion, es una deshonra que hace una doble injuria á Dios despues que ha concedido el perdon. Ved aqui las peores heridas del pecar, haber pecado y no satisfacer, dice san Cipriano (1). El no dolerse de los pecados hace que Dios se irrite mas que por el hecho de pecar, dice san Juan Crisóstomo (2). Y si aun despues de conocer que se nos ha concedido el perdon, debemos estar solícitos de satisfacer á Dios con penitencias, como lo hicieron los santos; ¿qué debemos hacer no estando ciertos de este perdon? ¿qué mayor desórden que estar ciertos del mal que se ha cometido, inciertos de que se haya perdonado y vivir tranquilos, vivir en el placer, en el contento

(1) Serm. de Laps.

(2) Homill. 60 ad pop.

y no hacer penitencia? El alma á la sola memoria de haber pecado debiera encenderse en un santo enojo y castigar en el cuerpo y en el alma las ofensas de su Dios. ¿Cuánto mas deberá hacerlo sabiendo que ha pecado y no sabiendo si al presente es justa, si su arrepentimiento fué verdadero, su propósito eficaz, cuando no sabe, en una palabra, si ha conseguido el perdón deseado? Solitarios que huis á los desiertos á entregaros libremente á todo género de austeridades, vosotros todos los que huis del mundo, abandonais sus comodidades y regalos, y os sepultais en los cláustros á vivir en la mortificación y penitencia, los que os condenais á largas peregrinaciones, á sufrir grandes abatimientos, á llevar sobre vosotros la mortificación, ¿por qué os atormentais tan extraordinariamente si para perdonar el pecado basta una ligera confesion y cumplir unas ligeras penitencias? ¡Ay, hermanos míos! Ved aquí otros tantos testigos que deponen de la necesidad que tiene el pecador de hacer penitencias dolorosas atendiendo á lo pasado.

Y si esto no os satisface, y pretendéis todavia sacudir el yugo de las mortificaciones, levantad vuestra vista al Calvario y mirad á Jesus salvador de los pecadores y modelo de los penitentes; mirádle entregado en manos de una multitud arrebatada, y enfurecida por el espíritu infernal de la impiedad; mirádle envilecido, degradado é infama-

do con las mas odiosas imposturas, insultado con las irrisiones mas amargas, deshonrado con los mas sangrientos ultrajes, renunciado, detestado y reprobado con las mas horribles blasfemias, vendido por uno de sus apóstoles, negado por su pueblo, desconocido y abandonado, al parecer, por su mismo padre y hecho el objeto de los rigores del cielo, y de los anatemas de la tierra. Lo que el hombre Dios ha hecho y ha padecido para espiar los pecados ajenos ¿no será justo que el hombre pecador lo padezca y lo sufra, á lo menos en parte, para espiar sus pecados propios? ¿No será justo que pruebe el caliz de oprobio y de ignominia que Jesus bebió y apuró hasta las heces? Si así vemos que toma venganza de los pecados en el que solamente es fiador de ellos y nunca pecó ¿qué venganza tomará del hombre que peca cada dia? El pecado, hermanos míos, reclama del hombre la mortificacion y penitencia y la necesita tambien, no solo mirando á lo pasado, sino mirando á lo presente que es el reato que queda y los malos hábitos contraidos.

Aunque Dios nos haya perdonado, la culpa y la pena eterna, queda en nosotros como ya os dicho el reato de la pena temporal y los malos hábitos contraidos por los actos pecaminosos. Es necesario arrancar las raices del mal para que no vuelva á brotar: Las penas satisfactorias curan las reliquias

del pecado y quitan los hábitos viciosos, dice el Santo Concilio de Trento (1). Para desarraigar las reliquias del pecado no basta simplemente volver á la gracia de Dios, es necesaria la penitencia que con su aspereza hace deponer las malas costumbres contraídas y desnudarse de los hábitos envejecidos y reliquias infelices de la culpa. Por eso el Rey David pedia con tantas instancias al Señor *Lávame mas y mas y límpiame de mi pecado*. El Profeta le habia asegurado ya el perdón ¿qué nueva limpieza necesita? Se quitó la llaga dice San Juan Crisóstomo, y quiere disminuir también la cicatriz. No quiere solamente el perdón de los pecados quiere tambien mayor honor y mayor gloria.

Ultimamente despues de quitado el pecado, su reato y los malos hábitos que deja, es necesaria la mortificación y penitencia, mirando á lo futuro, para impedir las nuevas caidas y pecados. ¡Ay hermanos míos! Si todas las veces que pecamos hiciésemos una rigurosa penitencia, esta nos serviria de un recuerdo y remedio poderoso para no volver á pecar. El hombre, dice mi Angélico Doctor Santo Tomás, no vuelve con facilidad á los pecados en habiendo experimentado la pena de ellos (2). Toda curacion

(1) Sess. 14 c. 8.

(2) Suppl. q. 15 art. 1.º in corp.

dice San Gregorio (1), cuanto mas dificilmente se consigue tanto mas despues de alcanzada se guarda con esmero y con cautela. ¿Qué ha de hacer el pecador viendo que por grandes pecados cometidos y que ha confesado no paga otra pena que rezar un rosario ó alguna otra oracion en su casa ó en la Iglesia, sentado con toda comodidad? No teme volver cuanto antes al pecado. Si por los hurtos, las deshonestidades, las venganzas, las blasfemias y demas pecados se impusieran en el tribunal de la penitencia las mortificaciones que solian imponerse en los primeros tiempos del cristianismo, no inundaria por todas partes la maldad y se contendrian los pecadores experimentando los muchos años que costaba el conseguir la reconciliacion.

¿Qué podremos decir en vista de esto de los pecadores que buscan de intento un confesor que imponga penitencias fáciles y ligeras? Enhorabuena que lo que no se purifica el alma en las aguas de la penitencia y el reato que no se paga en esta vida con satisfacciones, ha de ser purificado despues con el fuego del purgatorio y se ha de pagar con las penas de aquel lugar, pero ¿no es mas prudente y acertado limpiarse con el agua que con el fuego? ¿Aprovecharse del tiempo de la miseri-

cordia que dejar el satisfacer para el tiempo de la justicia? Y con esas penitencias tan ligeras ¿se pueden pagar todas las deudas del pecado aun despues de absuelto, se pueden desvanecer todos los hábitos contraidos, y se pueden impedir todas las recaídas en los mismos pecados? El santo Concilio de Trento nos dice (1) que no podemos llegar de lleno al perdon de nuestros pecados sin grandes llantos, sin grandes trabajos y sin grandes mortificaciones. Este ha sido siempre el espíritu que ha regido á la Iglesia. Años enteros de penitencias, ayunos rigurosísimos, vestirse de saco y de cilicio, muchas horas de oracion al dia, abstenerse de salir de casa y de otras recreaciones honestas, tales eran las obras penitenciales que se imponian en los primeros siglos de la Iglesia y aun mas rigurosas segun la gravedad de los pecados. Tal era el aprecio que haciam de la penitencia en aquellos tiempos en que los cristianos conocian mejor que ahora su grande necesidad, tanto para satisfacer á Dios por las injurias del pecado como para arrancar la mala costumbre y para impedir los peligros de las recaídas. Si ahora no usa la Iglesia de este rigor, no es porque haya mudado su espíritu invariable, no es porque el camino del cielo se ha-

(1) Sess. 14 c. 2.

ya hecho más ancho, no es porque las penitencias satisfactorias sean menos necesarias, es porque: *No hay quien haga penitencia de su pecado*, como se quejaba Jeremias en su tiempo (1). Es porque el pecador no quiere entender el destrozo que ha hecho pecando, es porque ni medita, ni sabe apreciar las fatigas y la sangre del Redentor que le compró tan caro el perdón, es porque las penitencias aun ligeras se rehusan cumplir, se buscan pretextos y excusas para no aceptarlas, porque no falta penitente que las acepte y tiene después la indolencia ó el atrevimiento de no cumplirlas, y la Iglesia se ha visto precisada por la tibieza y falta de fé de sus hijos á mitigar su rigor y á imponer unas penitencias leves aunque quede con el sentimiento de que no sean tan fructuosas y de que hayan de suplir en el purgatorio lo que les falta.

Almas solícitas de vosotras mismas, almas que aborreceis el pecado, que conocéis los males de vuestra rebelión, que veis los estragos que ha hecho en vosotras, que no quereis volverle á cometer, que deseais curar vuestras llagas y borrar vuestras cicatrices, un remedio teneis: *Pœnitentiam agite. Haced penitencia*. Un remedio eficaz pero que, como

habeis visto, es absolutamente necesario: *Penitencia.*

Bien sé que el nombre solo de penitencia asusta á las personas del mundo, que los ayunos, oraciones, limosnas y todo género de mortificaciones se mira como cosa para solos los curas y frailes y aquellos que quieren ser santos; os parece que esto no habla con vosotros y que estais esentos de las penitencias por vuestro estado, vuestros oficios y destinos: Pero si es verdad que no podeis ayunar, podreis muy bien tener piedad del pobre y darle limosna ó visitar y consolar á un enfermo, podreis rezar cada día el Santo rosario y algunas oraciones devotas en vuestro mismo trabajo, podreis oír misas y confesar y comulgar con frecuencia. Si os es muy duro afligir con asperezas vuestras carnes: no es difícil privaros de algunas recreaciones permitidas, dejad alguna vez por penitencia los juegos, excusáos de los bailes y concurrencias festivas, de las conversaciones agradables, abstenéos de satisfacer los deseos de vuestros ojos viendo alguna curiosidad, vuestra gula privándoos de algun manjar de vuestro gusto que se os ponga delante; y si aun esto os parece mucho, disponéos al menos á llevar de buena gana todo cuanto de cualquier modo tuvieseis necesidad de padecer en las fatigas de vuestro oficio, en las incomodidades de vuestro matrimonio, en la educacion de vuestros hijos en la inclemen-

cia de la estacion, en los peligros de los caminos, y en todas las tribulaciones que el Señor os envíe ofreciéndolo todo á la divina justicia en penitencia por los pecados cometidos.

Hay dos clases de penitencia, una que elegimos voluntariamente, y otra que sufrimos por fuerza bajo el azote de nuestro Padre celestial que le descarga sobre nosotros para nuestro bien. Y tambien con este género de penitencia, dice el Concilio de Trento (1) podemos satisfacer á la divina justicia si recibimos las adversidades con sumision á la divina voluntad y las llevamos con tolerancia sin quejarnos de su magestad sino bendiciendo y amando su justa sentencia y su misericordia, y diciendo con el Buen Ladrón: *Padecemos justamente porque recibimos lo que merecen nuestras obras*. Ni nosotros queremos, ni la Iglesia os manda, ni Dios os exige que huyais á los desiertos, que abandoneis vuestras casas y oficios y paseis las horas y los dias en la Iglesia orando y mortificando vuestras carnes, no os manda unos ayunos tan rigurosos que os estorben el cumplir vuestros afanes y tareas, el Señor es un acreedor compasivo y recibe la paga en toda clase de moneda con tal que se le pague. Se contenta con que le pagueis con esos mismos

(1) Sess. 14. c. 9.

trabajos y esas mortificaciones que sufris en vuestros afanes, con esas pérdidas, disgustos y enfermedades que os envía, con esas mismas molestias á que os sujetais para ganar el pan. Si, el pan y el cielo podeis ganar á un mismo tiempo si sabeis y quereis llevar vuestros trabajos con espíritu de penitencia.

La locura y desgracia del hombre, es el desaprovechar las ocasiones favorables y que en vez de bendecir á Dios y ofrecerle los trabajos, se queja, se irrita, jura, blasfema y el miserable se hace mas esclavo del demonio con lo mismo que podia satisfacer á su Dios. ¡Qué locura mayor, hijos míos! El Señor nos envía los azotes, y de todos modos tenemos que sufrirlos, pero ved aquí la grande diferencia: si los aceptamos y llevamos con espíritu de penitencia son satisfactorios y nos sirven para aplacar á la divina justicia, y si no los aceptamos y los llevamos con desesperacion, con ira, jurando y maldiciendo, ni nos sirven de satisfaccion ni mérito, y aumentan el número de nuestros pecados..

Aprended, hermanos míos, á sacar fruto de vuestros trabajos y afanes, de vuestras adversidades y contratiempos, recibidlas con resignacion y llevadlas con paciencia y os serán tan útiles como los ayunos, los cilicios y las mortificaciones que os impusieseis voluntariamente. Procurad, como el san-

to y penitente David tener siempre sujeta vuestra alma á vuestro Dios. El que de improviso, dice un doctor contemplativo, recibe una palmada ó el golpe de una piedra que le han arrojado sin ánimo de herirle gravemente se irrita, se llena de enojo y mira á quien se la tiró, pero si vé que ha sido un amigo suyo, recibe el golpe no como un agravio sino como prueba de favor y de amistad. Hé aquí el modo de recibir los trabajos que nos envia el mejor amigo y mejor Padre.

Si despues de manifestaros la necesidad de hacer penitencia y lo fácil que os es el hacerla no os persuadís y resolvéis á ser penitentes, yo no tengo otra cosa que deciros sino que habeis hecho muy mal en pecar: que si tanto aborreceis la penitencia, debisteis haber aborrecido mas al pecado: que si no teneis corazon para padecer ni las penitencias voluntarias por Dios, ni las forzosas que Dios os envia, habeis hecho muy mal en contraer deudas. Pero sabed, que ya que las habeis contraído os es indispensable el pagarlas. Hombre que has pecado, ¿Piensas que has de huir el juicio de Dios? ¿Que has de durar siempre despreciando á Dios? ¿Es posible que viendo en todos los lugares y en todos los tiempos ejemplos de la severidad con que Dios castiga los pecados, seas tan necio que creas que solos los tuyos han de quedar sin castigo? ¿Piensas que la justicia de Dios está lejos de tí? Ahora es el

tiempo de la misericordia y que Dios te concede para hacer penitencia, si la rehusas, no por eso huirás del juicio de Dios, tendrás un juicio sin misericordia, un juicio de condenacion y tormentos.

Corramos, hermanos míos, y no perdamos tiempo en acogernos á las aguas saludables de la penitencia y aprovechemos el tiempo de la misericordia. Miremos á Jesus crucificado ejemplar de penitencia, á su madre afligida siempre en los caminos del dolor y la tribulacion, á los santos llenos de méritos y virtudes y siempre en la penitencia. Nosotros hemos pecado, somos deudores á Dios, pues hagamos penitencia. Penitencia os ofrecemos, Dios mío, y no cesaremos de hacerla hasta conseguir vuestra misericordia, vuestra gracia que nos haga dignos de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON PRIMERO DE PASION.

Verè languores nostros ipse tulit: et dolores nostros ipse portavit. Verdaderamente tomó nuestras culpas y soportó nuestras penalidades. Isai. capítulo 53 v. 4.

Este, católicos: este es el día cuya memoria hizo derramar lágrimas á los antiguos profetas, al hijo de Dios cuando vió de lejos los muros de Jerusalen, y á cuantos supieron anticipadamente el horrendo é inaudito espectáculo que en él habrían de presenciar los ángeles, los hombres y las potestades infernales. Día terrible! que no há tenido igual en los tiempos antiguos, ni lo tendrá en los venideros. Día de sangre, de fiereza, de crueldad, de tormentos y de muerte en que tuvo lugar un suceso de eternas consecuencias en los cielos, en la tierra y en los infiernos!

¡Un Dios hecho hombre padeciendo y muriendo como criminal en un árbol afrentoso! ¡El hijo

del Altísimo humillado con el peso de nuestras culpas, deshonrado con la ignominia y fealdad de nuestros pecados... Hecho el oprobio de los hombres, la abyeccion de la plebe y el objeto de la indignacion divina!..... Jesucristo entregado á la ferocidad y barbarie de un pueblo ciego y exaltado... Acusado por sus mismos sacerdotes, pontífices y doctores de la ley... sentenciado por un juez extraño... arrastrado, azotado, escarnecido, maltratado y crucificado por una brutal soldadesca... ¡Qué horror tan asombroso! ¿Quién, Señor, decia un profeta, quién podrá creer estas cosas? ¿Quién ha podido oirlas semejantes? Es tan incomprensible á la razon humana el misterio de la cruz, dice San Pablo, que los sábios lo tienen por locura, y los judíos por escándalo. La sabiduria de los sábios y la prudencia de los prudentes del siglo se burlan sarcásticamente del misterio de nuestra redencion, lo rechazan como indigno de un Dios, improperan á los fieles parodiando las invectivas de los que nos llaman supersticiosos, ilusos y fanáticos y sostienen que se degradan los hombres que creen en las humillaciones de un Dios entregado en manos de pecadores. Pero yo les demostraré que la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo son un misterio de salvacion y de gracias para el mundo, si lo consideramos con las luces de la Fé.

Porque, cristianos: la pasion de nuestro Señor

Jesucristo no se ha de considerar como un hecho histórico que pasó hace diez y nueve siglos; como un asunto trágico capaz de hacer derramar algunas lágrimas mientras se refiere, ni mucho menos como un dracma inventado por fanáticos declamadores de mitologías para engañar al vulgo, como quiere hacer creer la mordaz crítica del impío; sino que es necesario mirarla como precio de nuestra redencion, y creer que nuestros pecados fueron los crueles verdugos que atormentaron y quitaron la vida á nuestro Jesus divino. Debemos estar firmemente convencidos de que si nuestro Redentor sufre, padece y muere á la violencia de los mas atroces tormentos, es porque tomó sobre sí nuestras culpas y cargó con nuestras penalidades, que es lo que significan estas palabras de mi testo. *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.*

Jesucristo pues cargado con todos los pecados del mundo, se presenta en el tribunal de la divina justicia, el eterno Padre descarga sobre su hijo un golpe omnipotente, lo destroza, muere Jesus, se consuma el sacrificio y queda vencido el infierno, el pecado destruido, Dios aplacado y satisfecho, y los hombres redimidos. En esto consiste el misterio de la pasion y muerte de nuestro Redentor de que voy á hablaros despues de decir con toda la efusion de un alma enternecida.

Cruz adorable: Signo precioso de nuestra verdadera libertad que mereciste sostener al rey de los cielos y al Señor de todo el mundo, dad aliento eficaz á mis palabras, esforzad mi flaqueza para que pueda explicar lo que sufrió en ese sagrado leño nuestro amantísimo Redentor. Apartad de mis labios las frases de la elocuencia humana y poned en ellos la unción del Espíritu-Santo, infundiéndome el fervor de los hijos de la gracia. Os lo pedimos por medio de aquella madre aflijida que recibió de vos la gracia con que la halló el Angel cuando la dijo AVE MARIA.

Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. Ut supra....

Es de fé que Jesucristo borró con su sangre la sentencia de condenacion justamente fulminada contra el mundo delincuente. Pero para que entendáis esta verdad y conozcaís en lo posible lo que costó nuestra redencion, es necesario que sigais á Jesus en los pasos de su pasion dolorosa. Entremos pues en el huerto de Getsemani puesto que en él entra nuestro Redentor despues de haber obrado los misterios del cenáculo de que os tengo hablado. Allí vereis que el unigénito del padre y la figura de su sustancia toma sobre sí los pecados de todos los pueblos y naciones: los pecados de todos los siglos y de todas las edades; los pe-

cados de todos los pecadores pasados, presentes y futuros: porque el eterno padre puso en Jesucristo los pecados de todos los hombres como lo dice el Apóstol. *Posuit... in eo iniquitatem omnium nostrum*. El hijo del Altísimo, siendo la santidad por esencia, se presenta delante de la divina justicia afeado con los horrores de todos los pecados. Aparece como soberbio, como avaro, como envidioso, como ladrón, como maldiciente, como asesino, como impuro como sacrilego, como adultero y como lascivo. Se presenta como herege, como apóstata, como incrédulo, como impío, como libertino y como ateo para salvar y redimir a todos los pecadores, y dice al eterno Padre. = Padre mio, si es posible, alivíadme y suspended el golpe que merecen los pecados que tengo sobre mí: pero si no puede ser, hágase vuestra santísima voluntad. Aquí me teneis dispuesto á todo por salvar á los pecadores. = Pero la divina justicia enfurecida contra el pecado no se detiene en fallar contra Jesús. No, no es posible, se le dice, dejar de beber el amargo caliz que voluntariamente has elegido. Es preciso que sufras, padezcas y mueras entre los mas horribles tormentos. Los cielos, la tierra y los infiernos se declaran contra tí para castigar los pecados que tanto repugnan á la divinidad. = Desamparado nuestro Redentor de su mismo eterno Padre, abandonado de sus discípulos, entregado á

su flaqueza y viéndose próximo á caer en poder de las potestades infernales, desfallece y cae en tierra. La riega con un copioso sudor de sangre, se halla oprimido y atribulado en un mar de amarguras, desconsuelos y aflicciones; y, medita católicos, medita sobre lo que padece Jesucristo en este lance, porque yo ¿cómo he de poder hacer percibir las angustias y pesares de este José abandonado por su Padre desde que lo vió cubierto con los andrajos del pecado? considerad sobre lo que Jesucristo padeció en el huerto, y si aun teneis fuerzas para ofenderle y ultrajarle con nuevas culpas, asombráos de vuestra propia perfidia, temed vuestra perdicion.... Pero no: alabad mas bien al que satisfizo por vuestros pecados á costa de tantos padecimientos, y prosigamos.

Resuelta irrevocablemente en los consejos eternos la muerte de Jesus como precio de nuestros pecados, se presenta el pérfido, alevoso y traidor Júdas con la gente mas insolente, atrevida y detestable, y besando fingidamente á su divino maestro lo entrega á aquella chusma presidida por el príncipe de las tinieblas: Habla nuestro Redentor en este lance crítico el language de la divinidad, y sus perseguidores caen aterrados en la tierra de que no se levantarían si no urgiera nuestra redencion. Pero como Jesucristo estaba decidido á padecer y morir por salvarnos, les dice con magestad.==Yo soy el

que buscais. Esta es vuestra hora. Prendedme y cumplid lo que de mí han anunciado los profetas: =Dicho esto se apoderaron de su persona sagrada: lo maltratan, lo prenden, y atado, lo llevan como si fuera un facineroso á la populosa Jerusalem, en donde todos, todos se regocijan y deleitan con los padecimientos del justo desamparado de Dios y de los hombres. Insolentados los judios con el triunfo de tener preso á Jesus, lo presentan ufanos y orgullosos á sus más furiosos enemigos, á Anas Pontífice y á Caifás Príncipe de los sacerdotes. Testigos comprados lo acusan, los escribas y ancianos lo tratan con desprecio, furor y rabia buscando contra él falsos testimonios, un esbirro atrevido le dá una fuerte bofetada porque habia contestado la verdad, los circunstantes celebran con feroz sonrisa esta afrenta, y Caifás dice con solemnidad. =Ha blasfemado. ¿Qué necesidad hay ya de testigos? Habeis oido una blasfemia cuando ha dicho que es él Cristo hijo de Dios vivo. ¿Qué os parece? =Que es reo de muerte: contestaron todos. Que es reo de muerte; y principiaron á escupirle en la cara, á maltratarlo á puñadas, y á vendarle los ojos para darle bofetadas y decirle: =Profetiza, profetiza; adivina, y dínos quién te ha dado =San Pedro niega en esta hora por tres veces á su divino maestro, y Jesucristo padece lo que no puede comprenderse.

Dios mio ¿Será posible que el que se ha ocupado en dar vista á los ciegos, en curar á los cojos y leprosos, en resucitar á los muertos y en enseñar á todo el mundo los caminos de la felicidad eterna sea tratado de un modo tan bárbaro é inhumano? Si, señores, Jesucristo quiso ser tratado cruel é inhumanamente por sus mas furiosos enemigos; y esta es la ocasion de advertir á los desgraciados y perseguidos que pongan su vista en el Dios de las virtudes para sufrir con paciencia y resignacion los trabajos y adversidades de esta vida. ¡Ó vosotros los que gimiendo en este valle de lágrimas sois víctimas de persecuciones injustas, mirad á Jesucristo entregado á las potestades infernales y aprended á sobrellevar las miserias y calamidades con que el Omnipotente os prueba y purifica! Imitad á Jesucristo paciente, sufrido, manso y humilde de corazon, y no maldigais á los que os ofenden, injurian y persiguen. Mirad tambien á san Pedro, á aquel principe de los apóstoles que poco antes tan esforzado, valiente y decidido negó al que tantas veces lo habia confesado por hijo del Altísimo; y temed una caida semejante. Hombres sin caridad; que al ver pecar á vuestros prójimos os teneis por santos y perfectos, mirando á vuestros hermanos como réprobos, miráos en san Pedro, y entended, que nuestra cosecha no es otra que la del pecado en que fuimos engendrados. Pecadores que

habeis negado à Jesucristo cuantas veces le habeis ofendido, sed dóciles á las divinas inspiraciones como lo fué san Pedro, y llorad como él vuestras infidelidades. Esto es lo que se os enseña en las ocurrencias de la pasion de Jesucristo.

Venida la mañana, dice el testo sagrado, todos los principes de los sacerdotes con los escribas y ancianos tuvieron consejo para hacer morir á Jesus. Lo declararon reo de muerte, y entregándolo á una plebe amotinada, sedienta de sangre divina, lo llevaron con infernal algazara al palacio de Poncio Pilato para pedirle que condenase á Jesus segun la declaracion de los sacerdotes. Pilatos examina á Jesucristo, le pregunta y vuelve á preguntar, se hace cargo de todo, y se convenció de que Jesus es inocente. Diccá los judios que no halla razon para quitar la vida à aquel hombre, y los judios se alborotan, se exaltan, amenazan y furiosos piden á voz en grito la muerte de nuestro redentor. Nuestro siglo comprende muy bien lo que son estos motines populares sin necesidad de mayores esplicaciones, y percibe cuál seria la posicion de Pilatos en la sedicion que manejaron los sacerdotes en el pueblo judio para quitar la vida á Jesucristo. Ello es que Pilatos tiembla con la aptitud imponente de los judios á quienes en vano trata de calmar. Les dice, tratando de eludir la sentencia de muerte contra Jesus. = Hay costumbre entre vosotros de perdonar á un reo de

muerte en este tiempo, ¿Quereis que ponga en libertad al rey de los judios?—Nó: contestaron todos con la mayor exaltacion. No á este, sino al facineroso y asesino Barrabás. Entonces el inicuo gobernador entregó á Jesus á una compañía de soldados para que le azotasen y los soldados descargaron sobre el redentor del mundo hasta cinco mil azotes. ¡Cinco mil azotes con la mayor crueldad y sevicia sobre el cuerpo virginal de Jesucristo, Católicos! Como lo pondrian? Despedazado, hecho un mar de sangre y sin figura de hombre como lo habia dicho el profeta. Sin embargo, aun no se contentan con esto los ministros de Satanás: pues que en tan repugnante estado, le ponen en su sacratísima cabeza una corona de espinas, lo visten con una ropa encarnada, le hacen tener en la mano una caña, y tratándolo como á un rey de burla le dicen con mofa y escarnio: “Salud, rey de los judios” Qué paso este para Jesucristo, amados oyentes! Me rodearon los dolores del infierno, podia decir con el Psalmista. Me rodearon los tormentos del infierno: porque mirándome el cielo, con todos los pecados de los hombres descargó sobre mí su furor omnipotente. Todos me han desamparado, mis apóstoles han huido, Pedro me ha negado: no veo á mi lado mas que desapiadados enemigos, crueles verdugos que me martirizan llenándome de oprobios. Qué situacion tan lastimosa! Reflexionad so-

bre ella, y si teneis humanidad, compadecéos del desgraciado y oprimido.

Jesucristo azotado, coronado de espinas, lleno de llagas, de dolores y tormentos, es llevado otra vez á Pilatos, y Pilatos se admira y estremece al verlo tan maltratado. Repite sus preguntas y cada vez se convence mas de que Jesus es inocente, y sus enemigos, envidiosos, crueles y criminales. Lo toma de la mano, lo saca á los balcones públicos, lo presenta á los judios y les dice: ECCE HOMO. Mirad al hombre que me habeis traído. En cuanto los pontifices y sus ministros lo vieron principiaron á gritar y á decir=Crucifícale. Crucifícale.=Yo crucificar á vuestro rey? no hallo causa alguna para crucificarlo:=Nosotros no tenemos mas rey que el Cesar. Si no lo crucificas te declaras contra el Cesar.=Entonces Pilatos oyendò estas palabras les entregó á Jesus para que lo crucificasen, diciéndoles:=Ahí teneis á vuestro rey: crucificadlo.=

Pero, juez injusto, infame, cobarde y desalmado, ¿cómo condenas á muerte á Jesucristo, si lo confiesas santo é inocente? No acabas de convencerte de que Jesus es el justo por quien se ha interesado tu muger, la santidad sin defecto, y el hijo del Altísimo? Cómo pues lo entregas á sus enemigos para que lo crucifiquen? Autoridades de la tierra, del cielo os ha venido la autoridad que ejercéis, no para oprimir al inocente sino para protegerlo y defenderlo

contra los que lo persiguen. No imiteis á Pilatos aunque los tumultos populares os comprometan. Sed fieles ministros del omnipotente, y obrad segun la ley eterna y las que se derivan de ella. Mirad que vosotros tambien sereis juzgados como juzgueis.

Ya está Jesucristo en poder de sus enéimigos. Ya las furias infernales apuran los recursos de su saña y ferocidad para atormentar al Dios hombre cargado con nuestras culpas. Ya en fin no hay remedio para nuestro redentor. Los judios ponen en sus des-hollados hombros la pesada carga de la cruz, y á golpes y á empellones como si fuera una bestia se la hacen llevar al monte calvario. Desfallece y cae en tierra por primera, segunda y tercera vez, ve llorar á las hijas de Jerusalem y las consuela: encuentra á su santísima Madre y la consuela diciéndole que va á morir por los pecadores: llega por fin al calvario y como si nada hubiera padecido, puede decirse que aqui principia la dolorosa pasion de Jesucristo.

Desnudan enteramente al hijo del eterno padre, lo tienden en el árbol afrentoso, le atraviesan sus santísimos pies y manos con duros clavos, lo cuelgan del árbol de la cruz poniéndolo en medio de dos ladrones á la vista y afrenta de todo el mundo... Y quién soy yo para explicar lo que padece en este paso el Redentor de las naciones?

La muerte elevosa de Abel, el sacrificio de Isaac

y el de la virgen hija de Jepté, el paciente Job comido de gusanos en un muladar asqueroso, Manasés entre cadenas, José vendido por sus hermanos, Isaías en el formento de la sierra, los hombres de dolor de que nos hablan las historias, todo esto es muy poco para representar á Jesus sin su buen parecer y hermosura, humillado, herido por la mano de Dios y hecho de peor condicion que un leproso en los brazos de la cruz. Acercuémonos piadosos oyentes, acercuémonos á la cruz en que padece Jesucristo: rellexionemos sobre la intension y gravedad de los tormentos que afligen á nuestro Redentor y no perdamos de vista qué si el hijo del Altísimo es atormentado con tanta crueldad, es porque tomó sobre sí nuestras culpas y soportó nuestras penalidades. *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit.*

En el calvario, señores, se han alojado las ciencias y conocimientos con que deben ilustrarse los hombres. Allí ha puesto su cátedra la sabiduría eterna: virtuosos y sábios serán los que aprendan y practiquen lo que desde la Cruz les enseña Jesucristo. Este Hombre Dios cosido con duros clavos al leño ignominioso, vé á su santísima madre y la encomienda á san Juan nombrándola madre de los pecadores. Mira con ojos de misericordia al Buen Ladrón y le ofrece la gloria. Dice que aun tiene sed de padecer por los hombres, y le dan

hiel y vinagre. Vé á los judios enfurecidos y rabi-
 sos contra su sagrada persona, conoce el infernal
 deleite con que le ven sufrir y padecer los mas
 atroces tormentos, y dice á su eterno Padre=Per-
 dónalos, padre mio: perdónalos, porque no saben
 lo que se hacen. Vé por último que todo estaba
 consumado, y dando un grito que aterró al infier-
 no para siempre, inclinó su cabeza y murió el Re-
 dentor de los hombres, el Criador del universo, el
 que ha de juzgar á los vivos y á los muertos.

Si, católicos. Murió Jesucristo, y murió porque
 tomó sobre sí nuestros pecados y cargó con nues-
 tras penalidades, como lo he repetido para que
 jamás se os olvide. Murió Jesucristo por salvarnos
 y redimirnos, por hacernos dichosos y felices en
 la gloria. Murió Jesucristo, y para que lo entien-
 dan los incrédulos, el sol se oscureció en su muer-
 te, la luna se ensangrienta, tiembla la tierra, el
 yelo del templo se rasga, los sepulcros se abren, la
 naturaleza se trastorna y el Centurion confiesa que
 verdaderamente Jesucristo era el hijo de Dios. Ya
 murió Jesucristo: y védlo aquí (*). Mirád á nues-
 tro Redentor: véd, como lo han puesto nuestros
 pecados. Dios mio: ¿Sois vos el que ha criado los
 cielos y la tierra? ¿Qué fiera sangrienta os ha pue-
 sto de este modo? ¿Quién te ha quitado la vida Je-

(*) Lo que sigue se dice con un crucifijo en la mano.

sus adorado? Nosotros, Señor: nosotros te hemos crucificado con nuestras culpas y pecados. Pero arrepentidos de todo corazon, queremos amaros y servir os como vuestros hijos: queremos ser buenos cristianos; nos proponemos cumplir con la ley de caridad que nos intimais desde esta Cruz adorable. ¿No es así amados oyentes míos? ¿No es cierto que quereis amar y servir á Jesucristo con vuestra alma, con vuestro cuerpo y con todas vuestras potencias y sentidos? Pues si no es así: si no quereis al Redentor de nuestras almas, tomádo, crucificádo, seguid en los caminos del vicio y séd mas criminales que los judios. Tomád á este Redentor y saciád en él vuestra rabia. Tomád.... Pero no; no esto, amables vecinos de N. Decid mas bien conmigo:

Señor mio Jesucristo: Dios y hombre verdadero: Criador, Padre y Redentor mio: en quien creo, en quien espero y á quien amo sobre todas las cosas. Me pesa Señor: me pesa de haberos ofendido, solo por ser vos quien sois. Por ser tan santo, tan bueno y tan amable. Me pesa, una y mil veces me pesa de haberos ofendido, y os prometo no volver á pecar. Misericordia Padre amoroso: misericordia y gracia en esta vida, y la gloria eterna en el cielo que á todos deseo. *In nomine Patris, et filii et spiritus sancti.* Amen.

SERMON SEGUNDO DE PASION.

Cap. 19, de S. Juan.

Ecce Homo. Ved aqui al mejor de todos los hombres, al hijo mismo de Dios, al santo de los santos cuya vida ha sido una cadena de beneficios: ved aqui al hombre que bajó del cielo á la tierra, para salvar y redimir á los hombres y abrirles las puertas del cielo que se les habian cerrado por la prevaricacion del primer hombre: ved aqui á un hombre desfigurado, escupido, coronado de espinas, cubierto de llagas desde la planta del pie hasta la corona de la cabeza, clavado en una cruz, muerto del modo mas cruel é infame..... *Ecce Homo.*

Hermanos mios, en esta hora en que venís á oír de mi boca los trabajos y tormentos de Jesus en su pasion, nada puedo decir mas capaz para moveros á compasion y lástima que ponérosle á la vis-

ta y acompañaros con mis lágrimas á hacer las exequias del santo de los santos. Si, despues de tener á la vista á Jesus crucificado, nada nos queda que hacer sino prorrumpir en el mas amargo llanto, en la mas viva compuncion, en los sentimientos de dolor, de arrepentimiento, de penitencia, de mudar de vida; así que no esperéis de mí una relacion estensa y minuciosa de la pasion del Señor, entretegida de novedades y cuentos, que ni yo puedo hacer, porque nadie, segun dicen los santos Padres, puede saber quanto padeció Jesucristo, ni seria de utilidad y provecho para vuestras almas. La contemplacion de la pasion de Jesus es útil, es necesaria, es, segun san Agustin y san Bernardo, lo mas saludable para el alma, lo mas eficaz para curar las llagas de la conciencia, y en nada debemos gloriarnos, como dice el apóstol, sino en la cruz de Jesucristo, en la que está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion, pero ha de ser una contemplacion devota, cristiana, llena de afectos y resoluciones de poner en práctica los ejemplos de humildad, de obediencia, de sufrimiento, de caridad, y de todas las grandes virtudes que en ella encontramos.

Si habeis venido á este templo solo per curiosidad, á pasar el rato, á oir sin contemplar, ó á contentaros con una contemplacion vana é infructuosa sin resolveros á salir de vuestros vicios y pe-

cados, íos de aquí, si, os ruego encarecidamente que no me oigais en este dia, porque mis palabras servirán en el de vuestro juicio, en el tribunal del juez justo para vuestro cargo, para vuestro oprobio, para vuestra mayor condenacion. Pero si venis á compadeceros de Jesus, á llorar su muerte, á contemplar devotamente su pasion, venid que yo os pondré delante de la vista al mismo Jesus: *Ecce Homo*. Contemplemos, si, á este hombre y redentor nuestro, y entre las lágrimas de nuestros ojos y los afectos de nuestro corazon, aprendamos, para no olvidarlas jamás y aplicarlas á nuestras costumbres, las lecciones de virtud que nos dá en su pasion santa.

¡Cruz! Arbol precioso, depósito de mi Dios y salvador, esperanza y consuelo de los hombres, instrumento de nuestra salud, tú me has reconciliado y á todo el mundo tambien con nuestro Criador, en tí descansa el que no cabe en los Cielos y la tierra, por tí corre la sangre del Hombre-Dios. Cruz. Patibulo de los infames y malhechores, escándalo para el judío y necedad para el gentil, yo te adoro y te reconozco por el tesoro de mas precio y estimacion, tú me has franqueado la entrada en las mansiones eternas, yo quiero unirme á tí, y animado con mis oyentes de los sentimientos de respeto y veneracion con que la Iglesia te adora en este dia, todos os dirigimos con nuestro corazon y afectuosos sentimientos sus palabras: *O Cruz ave....*

Ecce Homo.

Aunque la envidia y el corazon lleno de malicia y perversidad de los Escribas y Fariseos habia trazado muchas veces prender con astucia y engaño y dar la muerte à Jesus el de Nazaret, à aquel Jesus tan solícito en hacer bien á todos, y que no tenia otro delito que el anunciar una doctrina santa y opuesta á todo vicio y relajacion; no lo hizo sin embargo hasta que quiso el mismo Jesus, hasta que llegó el tiempo señalado en los eternos decretos. Celebró la Pascua con sus discípulos despues de haber entrado triunfante en Jerusalen, y en aquella cena última que tuvo con ellos, despues de haberlos encargado tan vivamente que se amasen los unos á los otros, y de haber dejado á los hombres como herencia de su testamento y prenda que ha de durar hasta la consumacion de los siglos, su cuerpo y su sangre en el adorable sacramento de la Eucaristia, que instituyó, se llenó de turbacion y terror su espíritu y se quejó con la mayor amargura de que uno de ellos le habia de entregar á sus enemigos, y anunció á Pedro que habia de negar en aquella misma noche á su Maestro. Conmigo está comiendo á mi mesa y sobre ella está la mano del traidor. El hijo del hombre irá, como está profetizado, pero ¡ay de aquel por quien sea vendido á sus enemigos, que hubiera sido mejor no haber

nacido! dijo enternecido y con la mayor afliccion.

Salió en seguida con algunos de sus discípulos á orar, segun su costumbre, al huerto de Gethsemani, previniéndolos que todos se escandalizarian de él y le abandonarían en aquella misma noche, pero que él resucitaría y los consolaría; apartóse de los demas y llevó consigo solos tres, y encargándoles que orasen y velasen, se apartó tambien de estos y se puso á orar al Padre Eterno. Allí comenzó á padecer y á sepultarse en una prolongada agonía: Veia sobre sí el castigo que la justicia de Dios iba á descargar sobre el pecado, en el que se habia hecho su fiador; veia el caliz amargo de su pasion que habia de apurar hasta las heces, la cruz pesada de todos los pecados del mundo que iba á tomar sobre sus hombros, sabia que era la víctima destinada al sacrificio, y que se llegaba la hora.... Al ver los pecados de todos los siglos y de todos los hombres de que iba á cargarse, al ver el castigo tan terrible del furor divino, y que la ira del Señor no se aplacaba sino con una satisfaccion tan costosa, al ver tambien que aquella sangre que iba á derramar pediría venganza, con voces mas fuertes que la sangre de Abel, contra tantos hombres para quien habia de ser inútil y despreciada, su alma se entristeció con la tristeza de la muerte, su cuerpo se agoviò al presentir tanto género de tormentos, y la muerte tan terrible que le amenazaba tan de cer-

ca, y entre congojas y sudor de sangre dirigió su oracion al Eterno Padre diciendo: Padre mio, si es posible que pase de mí este caliz; si puede ser que yo no sufra los golpes de vuestra ira, si podeis apartar de mí este cáliz tan amargo sin que yo lo beba... pero hágase vuestra voluntad y no la mia.

Se levantó y fué à ver á los tres discípulos á quienes halló dormidos. Velad y orad, los dijo, para que no entreis en tentacion ¿no habeis podido velar al menos una hora conmigo? Se apartó de ellos y repitió por segunda y tercera vez su oracion al eterno Padre. ¿Cómo es posible, hermanos míos, que yo acierte á manifestar las angustias de Jesus en el huerto? ¿Cómo espresar lo que padeció su espíritu, aquel espíritu que daba la salud á los enfermos y el aliento de vida á los difuntos? pero en el huerto no es mas que el fiador de los pecadores, el que ha cargado con los pecados de todos los hombres, el delincuente que debe ser humillado, el que habiendo tomado la semejanza del pecado está lleno del oprobio, la vileza y la ignominia del pecado... Padre mio, decia con la mayor emocion, ¿no bastan para aplacaros las lágrimas y suspiros de vuestro hijo? ¿no han de mitigar vuestro furor mis súplicas y mi sangre? Apartad de mí el caliz de la pasion, pero hágase como vos quereis y no como yo pido.

Fué preciso que un ángel bajase del cielo á

consolarle y confortarle, y como hijo obediénte y humilde, se somete y resigna gustoso á la sentencia de muerte pronunciada contra él. Volvió á sus discípulos teniendo siempre el desconsuelo de hallarlos dormidos: Dormid ya y descansad, les dijo: hé aqui se acerca el traidor.

Judas llevado de la avaricia y venganza, habia resuelto entregar á su maestro, y apartándose desde el cenáculo, despues de concluida la cena, fué á buscar á sus enemigos y á proponerles su venta ¿qué es lo que me quereis dar y yo os lo entregaré? dijo á los fariseos. ¡Hombre malvado, perverso y traidor! ¿qué te ha hecho ese inocente cordero? ¿Es culpa el no permitirte robar? ¿Es delito suyo tu codicia? Y si tienes tanta ansia de dinero ¿por qué no le vendes á sus amigos, á su madre, á sus apóstoles, á sus discípulos fieles? ¿por qué aumentas á tu codicia la perversidad de venderle á sus enemigos dispuestos á sacrificarle? ¿Y no tienes paciencia para que te busquen y ofrezcan sino que le vendes rogando? ¿Tan poco vale Jesus? ¿Qué es lo que me quereis dar y yo os lo entregaré? Hé aquí, hermanos míos, la suerte de Jesus, y la que por desgracia tiene en nuestros dias su Iglesia y el patrimonio de su culto; la codicia, la venganza y la impiedad han vendido sus bienes á sus enemigos rogando tambien con ellos y dándolos por cualquier precio. Un Judas

que vende, y unos fariseos que compran, manifiestan cuál será la suerte de todos cuantos sigan temerariamente el ejemplo de su maldad. Hé aquí tambien, hermanos míos, el ejemplar de tantos pecadores que venden vilmente á su Dios, y que en vez de resistir, de pelear y esforzarse por conservar su gracia, buscan ellos mismos y corren en pos del pecado que huye y se aparta de ellos. ¿A qué vá el jóven disoluto á esa casa que se le cierra y que ha sabido abrirse sabiendo que en ella peligrá? ¿á esa concurrencia en donde tiene repelidas esperiencias de que se mancha con impurezas? ¿á esos festejos y espectáculos en que vé que se avivan sus pasiones fáciles de despertar? ¿A qué vá esa muger á buscar esa compañía y á recibir esos obsequios y regalos que sabe que tanto perjudican á su alma? ¿Ese hombre avaro, á los sitios donde se fragan las usuras y los contratos ilícitos, ese gloton á donde sabe que espone su vida con los excesos en comer y beber, ese impío á esas reuniones que son cátedras de irreligion, á esas lecturas indecentes y reprobadas que solo dejan inquietud y roban las semillas de educacion de virtud y de buena crianza...? Vos Señor apartais al pecador de la ocasion y el peligro, pero él quiere apartarse de vos, quiere venderos y vá como Júdas á rogar á vuestros enemigos para entregaros.

Convenido Júdas con los Escribas y Fariseos

en la cantidad de treinta monedas por entregarles á Jesus, se puso al frente de la turba armada, y conduciéndolos al huerto les dió por señal que aquel á quien le diere un ósculo era el mismo Jesus, que le prendiesen y amarrasen. Al hablar Jesus con sus discípulos se llegó Judas con sus turbas, y acercándose á él le dió un ósculo diciendo: *Ave Rabbi*. Dios te guarde Maestro. ¿No temblaría este hombre malvado al imprimir sus labios alevosos, impuros y sacrílegos en aquel rostro en que se miraban los serafines? ¿No conocería, después de tantas señales del poder divino de Jesus como habia visto este impio que leia su corazon, y que le eran manifestos sus viles secretos? ¿No le bastaba á este hombre codicioso y vengativo señalar á Jesus con la mano, que quiso juntar su rostro infame con el del cordero sin mancha?

¡O mi buen Jesus! Ya empezais á padecer y son vuestros tormentos tanto mas sensibles cuanto que vienen de un discípulo á quien amais. Si así os trata el amigo ¿qué podeis esperar de los Escribas y Fariseos que os aborrecen de muerte? ¡Cuánto dolor debió causaros el beso del discípulo hipócrita! Pero Jesus siempre manso, siempre humilde, siempre deseoso de la salud de todos los hombres, le dice: Amigo ¿á qué has venido? Judas ¿con un beso entregas al hijo del hombre? Hé aquí como habla el Señor en el fondo del corazon al pecador

al tiempo mismo que corre sin freno en pos de sus delitos, cuando se halla mas de asiento en sus crímenes ¿no es verdad que á pesar suyo, oye en su interior la voz de su Dios que le dice como á Júdeas: Amigo ¿á dónde vas? ¿qué es lo que haces? ¿qué motivos tienes para venderme? Es verdad que me has ofendido, que te has rebelado contra mí, que no quieres mi gracia y amistad, pero vuelve en tí, aun tienes tiempo de acogerte á mi piedad: y si el pecador desatiende esta voz de cariño y de ternura, el Señor le habla tambien con la voz del terror: ¿Por qué quieres entregar al hijo del hombre? ¿qué te ha hecho tu Criador, tu Redentor y tu Dios, para que le dejes por seguir esos placeres que te pierden?

El apostol hipócrita y traidor habia dicho á los sajones que prendiesen y atasen á Jesus cáutamente, pero antes se dirigió á ellos el mismo Jesus preguntando ¿á quién buskais? y respondiendo que á Jesus Nazareno les dijo: Yo soy. A la voz del que es, del que ha criado los cielos y la tierra, y de cuyos dedos estan pendientes todas las criaturas, todos cayeron postrados. Legiones de ángeles hubieran bajado del cielo en defensa de Jesus, pero no permitió que Pedro y demas discípulos fieles le defendiesen con la espada, era preciso que bebiese el caliz que le estaba preparado, y se contentó con decir: Si me buskais á mí dejad ir á mis

discípulos, y dejándose prender y atar les dijo: ¿Por qué habeis venido a prenderme con hachas y espadas como si yo fuera un ladrón ó saltador? ¿no estaba á vuestra vista todos los dias enseñando en el templo? ¿por qué no me prendisteis? ¿es posible que no solo me prendais sino que lo hagais con tanta afrenta? Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum.*

Hé aquí descubierto, hermanos míos, lo que os escandaliza en los sucesos del mundo. Sí, el Señor sufre, tolera, calla, espera con paciencia; tiene su hora el pecador y el malvado, hora de tinieblas y desórden, hora en que obra como si á nadie hubiera de responder, con desenfreno, sin respeto y sin temor; en su hora persigue al justo, blasfema de su Dios, todo lo quisiera aniquilar y destruir: es la esplosion de un volcan que todo lo arrasa, nada hay en su día y hora respetable ni sagrado, se llena de contento en sus triunfos y medita llevarlos adelante. ¿Acaso el Señor no le vé, ó no tiene poder para resistirle y perderle? Sí, pero esta es su hora y el poder de las tinieblas. Dios deja obrar al pecador con todo su delirio y frenesí, pero llegará tambien la hora de Dios, la hora de las venganzas, no una hora de momentos como es la vida toda del pecador, sino una hora eterna, y entonces...!!

Atado y preso Jesus le llevaron con algazara á la casa de Anás sin otra razon que por ser suegro del Pontífice Caifás. Ningun derecho tenia este hombre para tomar la confesion á Jesus, pero él se tomó la licencia de hacerlo; preguntóle por sus discípulos y doctrina: Yo, le respondió Jesus, he hablado públicamente, he enseñado delante de todo el mundo, en las sinagogas y en las calles, nada he hecho ocultamente, ni he tenido motivos para esconderme, ¿por qué me preguntas á mí? pregunta á los que me oyeron. Un criado de los que estaban presentes apenas oyó esta respuesta dió á Jesus una grande bofetada diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Bofetada que lloraron los ángeles y serafines; pero este manso cordero que vino á sufrir y á enseñar le dijo: Si yo he hablado mal acúsame ante el juez, y si bien ¿por qué me hieres? Las injurias y venganzas particulares ofenden tanto al Señor que le obligan á quejarse. No, no es lícito alterar el órden de la justicia; Jesus nos enseña que el juez es quien debe conocer y juzgar al delincuente y en manera alguna debemos los particulares tomarnos la venganza.

Anás remitió á Jesus preso y escoltado á la casa del Pontífice Caifás sin haberse cuidado de corregir ni castigar el insolente atrevimiento de su criado, porque parece que todo era lícito y laudable siendo en perjuicio de Jesus. El Príncipe de

los sacerdotes y todo el concilio buscaba falsos testigos contra Jesus para que muriese y no los hallaban, porque aunque juntaban muchos, no estaban concordados. Jueces inícuos, injustos y malvados, si nadie os ha dado queja ni delacion alguna, si no teneis testigos, si no teneis causa formada ¿por qué mandais prender à Jesus con tanta afrenta? ¿Por qué le maltratais, abofeteais y buscáis testigos, y testigos falsos? ¿Qué quereis averiguar? ¿Si Jesus es el Mesias prometido? Pues escudriñad las Escrituras que le señalan con sus propios caractéres: averigüad los milagros, llamad á los que curó, haced que declaren los que han visto la resurreccion de Lázaro, que depongan Jairo, el Centurion, la viuda de Nain, la Cananea y otros muchos; pero esto sería buscar la verdad, averiguarla y hallarla, y no era esta la intencion del concilio: por eso buscan testigos, pero testigos falsos. Ya está determinado que Jesus ha de morir, ya no hay que escuchar á la razon, ni á las leyes, ni al derecho, ni á la justicia, no se quiere saber la verdad, se trata solo de oscurecerla y de buscar pretextos para que aparezca legal el atentado mas injusto y cruel.

¡Miserables! Si ha de ser lo que vosotros deseais ¿por qué os embarazais en los medios? ¿Por qué gastais tiempo en buscar formalidades? Si sois dueños de la vida y de la muerte: habeis prendido á Jesus

está en vuestro poder y vuestras manos, pues que muera de una vez y obrareis la maldad de un asesino particular, y no os cargareis con el crimen mucho mas detestable y punible de obrar como jueces injustos. Pero era preciso hacer el mal y quedar impunes, justificar la muerte del Salvador con el pueblo: perderían su crédito y opinion los jueces si le condenasen sin averiguacion ni proceso, nada importaba faltar á la conciencia y á Dios, pero no querian quedar en mal lugar con los hombres, era preciso cubrir el espediente aunque fuese añadiendo injusticia sobre injusticia y maldad sobre maldad. ¡Ojalá que el mundo no hubiera visto en sus tribunales muchos procesos y causas semejantes!

Al fin se presentaron dos testigos diciendo que le habian oido decir: que destruiría el templo de Dios hecho de mano y edificaría en tres dias otro que no fuese hecho de mano de hombres. Viendo Caifás que callaba Jesus á estos falsos testimonios le dijo: ¿nada respondes á lo que testifican contra tí? Pero Jesus no quiso responder á un tribunal y testigos tan inicuos.

A este tiempo hubieron de sacar á Jesus al átrio para deliberar entre sí los jueces en vista de los testimonios de los testigos. Entonces volvió el Señor su rostro y vió á su apóstol Pedro; á Pedro que habia ya negado á su maestro detestando y jurando que no conocia á tal hombre, á Pedro, que con la mi-

rada de su maestro se acordó de sus promesas, de su valor, de aquella arrogancia con que se habia ofrecido á morir con él si fuera necesario.

Al prender á Jesús en el huerto buyeron y le abandonaron sus discípulos, pero Pedro le amaba, le siguió á lo lejos y entró entre la multitud en las casas de Anás y Caifás deseoso de ver la suerte de su maestro, y requerido por las criadas y las gentes del patio de si era discípulo de Jesus negó y afirmó que no le conocia: Jesus le miró y le miró con compasion, con aquellas miradas de su gracia bienhechora, y Pedro salió de aquella compañía y empezó á llorar y lloró amargamente: ¡Cómo nos atreveremos á fiar en nuestras fuerzas y á esponernos á los peligros á la vista de este ejemplo? ¡O dulce Jesus! ¡Un discípulo os vende, una turba desenfrenada os prende y atropella, un criado insolente os hiere, unos jueces inicuos os condenan, unos testigos falsos os calumbian, en el átrio hallais una soldadesca licenciosa y libertina que os insulta y al apóstol Pedro que os niega! Qué conjunto de tribulaciones y angustias se agolpan contra vos! Pero amados míos ¡Qué eficaces son las miradas del Señor! ¡Lo que ilustran, lo que abrasan, lo que vencen. ¡Ah Señor! En tantas ocasiones como tenemos la desgracia de negaros y apartarnos de vos por el pecado, no nos abandonéis ni nos deis una penitencia tan estéril y desesperada como á Judas, volvéos Señor, á

nosotros y miradnos como mirasteis á Pedro.

Despues de haber entregado á Jesus á las bur-
las y escarnios de los soldados y sayones que le
atormentaron en aquella noche con innumerables
injurias, volvieron á llamarle al Concilio. luego que
fue de dia y se reunieron muchos mas sacerdotes
y ancianos de la plebe resueltos á preguntarle so-
lemnemente y de oficio, y á condenarle de todos mo-
dos: Si tú eres Cristo, le dijeron, dínoslo. Si os di-
go la verdad no la creéis, respondió Jesus, y si pre-
guntándoos la enseñare no me responderéis ni sol-
tareis; si preguntaseis con ánimo sencillo, pero no
preguntais para creerme sino para matarme; dentro
del corazon teneis formado el proceso y firmada
la sentencia ¿quereis que os ayuden mis lábios á pro-
nunciarla?

Yo te conjuro, le dijo el Pontífice Caifás, yo te
conjuro por Dios vivo que nos digas si tu eres hi-
jo de Dios bendito, y Jesus viendo que le pregun-
taba la verdad en el nombre de su Padre, á quien
amaba y obedecía, le respondió abiertamente. Tú
lo has dicho. Yo soy, y os aseguro que vereis al hi-
jo del hombre sentado á la diestra del Padre y que
vendrá en las nubes de los cielos. Caifás rompió en-
tonces sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado, vos-
otros mismos lo acabais de oir, ¿qué os parece? Si
tú das por cosa sentada que es una blasfemia la que
acabas de oir, y prorrumpes en voces y esclama-

ciones ¿qué esperas que digan esos otros tan infames y perdidos como tú? Luego tú eres el hijo de Dios le dijeron los demas. Vosotros lo decis, les dijo Jesus, y entonces todos le condenaron diciendo *Reus est mortis*. Es reo de muerte.

En este momento se puede decir que se soltó todo el infierno en aquellos ministros cruelisimos para injuriar á Jesus, escupirle y hacer burla de su deidad y cubrirle con todo género de dénuestos é improperios: pero no bastaba esto para saciar la ira de aquellos jueces sanguinarios, querian darle una muerte mas cruel, la muerte con que castigaban los gentiles á los mayores criminales y dispusieron entregarle al Presidente Pilatos para que le condenase. ¿Qué acusacion trais contra este hombre? dijo Pilatos cuando se le presentaron. Si no fuera un malhechor, le respondieron, no te le entre gariamos. Pues si asi es, tomadle vosotros y juzgadle segun vuestras leyes. A nosotros, contestaron, no nos es lícito quitar la vida á nadie. Hemos hallado á este hombre inquietando á nuestra gente, prohibiendo que paguen el tributo al César y diciendo que él es rey. = Decidnos antes que paseis adelante, qué hacia Jesus para inquietar á Israel? Corregir y reprender los vicios, establecer su doctrina celestial, dar virtud á los cuerpos y á las almas y mandar dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, ¿es esto inquietar y conmover á

Israel? ¿Y es todo el pueblo y toda la ciudad, un corto número de hombres relajados y perdidos á quienes desagrada la verdad y la virtud y acomoda vivir en paz inalterable con sus vicios? ¡Ah! Este ha sido y es el lenguaje del mundo y los pretextos de que se vale el malvado para perder al justo.

Pilatos preguntó á Jesus si era efectivamente él el rey de los judios, y Jesus le respondió: Tú lo has dicho. Conoció el juez la inocencia de Jesus y que le habian prendido por envidia, y se propuso evitar el juzgarle y creyó hallar la ocasión luego que oyó decir que era Galíleo. Le remitió á Herodes quien se alegró de verle porque tenia noticia de sus milagros y esperaba verle hacer maravillas en su presencia. Mil preguntas impertinentes y curiosas le hizo este juez y á nada quiso responder Jesus, porque á los curiosos y malignos, á los que no buscan la verdad con recta intencion, á los que se burlan de las cosas y personas santas, los castiga el Señor privándolos de su divina palabra. Le mandó vestir de blanco como á loco y se le devolvió á Pilatos despues que se burló de él con todos los que le acompañaban. Siempre la maldad mira á la inocencia como locura y deshonra.

Me habeis traído á este hombre, les dijo Pilatos, como que revolvía el pueblo y preguntado de-

lante de vosotros yo no he hallado causa en él á pesar de vuestras acusaciones. Tampoco Herodes á quien os remití. Yo le soltaré enmendado. Conocia este juez la inocencia y disponia al mismo tiempo castigarle para que se enmendase. ¿No era lo justo poner en plena libertad al inocente? y ¿de qué delito se habia de enmendar si ninguno habia cometido? Creyó que era bastante condenarle á sufrir azotes, pero no satisfechos los acusadores clamaron: crucifícale, crucifícale, no le queremos enmendado sino muerto. = Yo no hallo causa en él, repitió Pilatos. = Sin embargo, crucifícale, crucifícale con voces mas altas. = ¿He de crucificar á vuestro rey? = No tenemos otro rey sino al César y amontonaban las acusaciones y calumnias contra el Señor. Mira de cuanto te acusan, dijo Pilatos á Jesus ¿nada respondes? Pero Jesus nada quiso responder, de modo que Pilatos estaba admirado. Este juez débil é irresoluto deseaba complacer á los acusadores y salvar la vida de Jesus, y temia en vista del aviso de su muger para que no tomase parte en la sangre de aquel justo. Creyó lograr su deseo aprovechando la ocasion de la Pascua; en que, segun costumbre, se concedia á los judios la libertad de un reo el que ellos pidiesen. Habia uno en la cárcel llamado Barrabás, ladron, sedicioso y que habia cometido un homicidio y proponiendo á Jesus y á Barrabás no dudaba que

elegirian à Jesus. ¿A quién quereis que ponga en libertad, les dijo: á Jesus ó Barrabás? No queremos á Jesus, respondieron las turbas seducidas y concitadas por los Escribas y Fariseos, dános á Barrabás. *Non hunc sed Barabbam.* = ¿Qué he de hacer de Jesus? = crucificalo, crucificalo.

¿Lo ves pecador? ¿reconoces el ejemplar de tu conducta cuando eliges entre la verdad y la mentira, entre el vicio y la virtud? ¿Qué haces cuando te decides á seguir la impiedad y cometer el pecado? Dios con sus preceptos, la Iglesia y sus ministros, tu conciencia y tu razon te ordenan y proponen la penitencia, la caridad, la asistencia á los ejercicios piadosos, el ayuno, la separacion de malas compañías, te piden la fé y una fé que se alimente de la virtud; pero tu te burlas de todo y prefieres correr á esas diversiones inútiles, á esas compañías detestables, á esos pasatiempos impropios de un cristiano, no quieres á Jesus quieres mas bien á Barrabás, y que muera Jesus, que se pierda tu alma, nada te importa Dios, ni la virtud, ni el infierno. ¿Que muera Jesus! ¿Cristianos! ¿Será alguno de vosotros de los que detestan á Jesus y quisieran crucificarle desterrando de entre nosotros su culto, sus templos, su religion y sus ministros? ¿De los que en sus conversaciones, en sus obras y en todos sus pasos se advierte la impiedad con que está contaminado su corazon? ¿de

los que se complacen en injuriar, en oprimir y atropellar á todo lo que pertenece á Jesucristo? Yo le suplico, si alguno me escucha, que vea todo el horror de su conducta en los amotinados y alborotadores contra Jesus, y que prefieren á Barrabás, y que se dé prisa á salir de su error echándose en los brazos de Jesus, yo os suplico á todos que desagravieis á Jesus de esta afrenta honrándole, gloriándoos de ser suyos, deseando servirle y que viva para siempre Jesus, que no se acabe su culto, su religion ni sus ministros á pesar de todos los esfuerzos unidos de la impiedad y del infierno. ¡Que viva Jesus! y que no oiga ni vea mas nuestra nacion las blasfemias y execraciones, los robos y atentados sacrílegos de sus templos, ni las persecuciones, destierros y muertes de sus celosos ministros.

Viéndose frustrado Pilatos con esta medida, adoptó otra mas cruel para libertar á Jesus de la muerte; le sentenció á azotes y atándole los sayones á una columna descargaron sobre su cuerpo santísimo golpes sin número y sin piedad hasta correr arroyos de sangre á sus pies. Cansados los verdugos de azotarle hicieron una corona de espinas penetrantes y la clavarón en su cabeza; pusieronle una túnica de púrpura y una caña por cetro en sus manos, y sentándole en un banco por trono fué el objeto de la burla de los soldados del

Pretorio, quienes le prodigaron los insultos, las irrisiones, las bofetadas y todo género de tormentos y desprecios. En esta forma le hizo presentar Pilatos al Pueblo para moverle á compasion diciendo: *Ecce Homo*. Ved aquí el hombre que me habeis entregado; ved aquí á un hombre desfigurado, herido de pies á cabeza, coronado de espinas. *Ecce Homo*. Este es el mismo que me habeis entregado, y que os traigo para que conozcais que no hallo causa en él, vedle cubierto de llagas y corriéndole la sangre de la cabeza á los pies, que en esta forma ya no podrá haceros daño. *Ecce Homo*. Para que no receleis que es vuestro Dios mirád que es hombre mortal y pasible, y que no ha quedado en su cuerpo parte sana. Mirád al hombre mas inocente y mas castigado. *Ecce Homo*. ¿Qué quereis hacer ya de él? Crucificalle, crucificalle clamaron las turbas. Os he dicho ya que yo no hallo causa en él. = Pues nosotros, respondieron, tenemos una ley, y segun nuestra ley debe morir.

Ved aquí, hermanos mios, la ley del impío y delincuente, la ley de los apetitos y los vicios: La ley del Señor ordena al juez la rectitud y justicia, al superior la moderacion y buen ejemplo, al pecador la mortificacion y penitencia; pero el juez, el superior y el que peca tienen su ley, una ley que no es la del Señor, la ley de sus costumbres, y segun su ley debe morir Jesus. La ley del Señor

manda á los padres enseñar y corregir á sus hijos, á los jóvenes ser obedientes y apartarse de las ocasiones y peligros, pero los padres y los hijos alegan otra ley, la ley de la costumbre, la ley de los ejemplos, la ley del mundo, tienen tambien su ley y segun ella debe morir Jesus. La ley del Señor manda al rico ser compasivo y limosnero, al pobre sufrido y resignado, á la doncella el retiro y el recato, la honestidad y el vestido sin lujo, al avaro le prohíbe las usuras, al lascivo los placeres, á los enemistados las venganzas; pero el rico y el pobre, la doncella, el avaro, el lujurioso, el vengativo y todo el que quiere hacer su gusto tiene su ley, nada le importa la ley del Señor, todos alegan excusas y pretextos para hacer su voluntad, y segun su ley debe morir y ser crucificado Jesus. Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Así clamaba aquella desenfrenada turba, y así clama el pecador cuando se resuelve á crucificar de nuevo á Jesucristo en su corazon.

Aturdido Pilatos preguntó de nuevo á Jesus de donde era. Estraña pregunta despues de haberle atormentado tan cruelmente, este juez imbecil pretendia sin duda buscar algun pretexto para remitirle á otro tribunal y exonerarse de este cuidado, pero Jesus nada quiso responder. ¡Qué! le dijo Pilatos ¿á mí no me respondes? ¿ignoras que tengo poder para ponerte en libertad y para

crucificarte? ¡Jesus miol yo no doy un paso en la historia de vuestra pasion sin tropezar no solo con tormentos y sangre, sino tambien con informalidades, atropellamientos é injusticias. Este juez tan débil y cobarde con los Fariseos, solo es atrevido y poderoso con el inocente agoviado de tormentos y baldones. ¿Ignoras que tengo poder para salvarte, y le tengo para crucificarte? ¡Miserable! Te engañas, no tienes poder ni para lo uno ni lo otro. Si eres juez no puedes atropellar la justicia, ni condenar al inocente; no puedes barrenar las leyes y sentenciar á tu placer; no puedes hacer la ley de tu voluntad, sino acomodar tu voluntad á la ley justa.

Venid jueces, venid todos los que dominais en el mundo, venid pueblos, venid hombres todos á oir la respuesta del divino Jesus, á aprènder la leccion de política mas sana y social que se ha dado en el mundo, á ser jueces rectos, á ser reyes moderados y benéficos, á ser súbditos fieles, á ser hombres justos. *Non haberes potestatem adversus me ulla, nisi tibi datum esset desuper. No tendrías potestad alguna contra mí, si no te se hubiese dado de arriba.* Mira que esa jurisdiccion y poder que ejerces no es tuyo, tiene un principio mas cierto y mucho mas elevado, es de Dios y él te ha de tomar cuenta estrecha del modo de ejercerle. Esa potestad que ejerces como juez, no es

emanada del hombre, es un cargo que los jueces reciben de Dios y de que ha de tomarlos razon el mismo Criador en su juicio irrevocable y riguroso, y ¡ay de los que no hayan sido jueces justos! ¡Pueblos! esas autoridades que os gobiernan son representantes del mismo Dios, y en ellas no debéis mirar ni respetar al hombre, sino á Dios que os gobierna por el hombre.

Pilatos instaba por dejar en libertad á Jesus porque no hallaba causa en él, y de nuevo comenzaron las turbas á vocear y decir: si le sueltas no eres amigo del César, porque apruebas la conducta de un hombre que, haciéndose Rey, se ha hecho enemigo del César. No era hombre Pilatos dispuesto á perder su destino y la gracia del César por defender la justicia, y halló remedio á todo lavando públicamente sus manos y diciendo: Tomàdle, estoy inocente de su sangre, vosotros os vereis. Y el pueblo hebreo tomó sin escrúpulo alguno sobre sí la sangre del justo. Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

En aquella hora fué entregado Jesus á sus enemigos, le hicieron cargar con la cruz á cuestas, y subiendo con ella hácia el Calvario, cayó bajo su peso, atropellado y lleno de fatiga, una, dos y hasta tres veces entre las befas, insultos y desprecios; al llegar al sitio destinado, le desnudaron bárbaramente, le tendieron sobre la cruz y clavaron de pies y

manos en ella y levantaron en alto poniéndolo entre dos ladrones.

Fieles, hé aquí la escena trágica y sangrienta que habeis venido á recordar. (Aqui tomará el sacerdote el santo Cristo) *Ecce Homo*. Ved aqui á Jesus crucificado. Habeis oido sus tormentos y la sublime doctrina y grandes ejemplos que nos dá en su pasion, oid las lecciones de sabiduría eterna que nos dá desde la cruz, que mas bien es su cátedra que su patíbulo. Aqui concede el perdon y ofrece su gloria al ladron arrepentido, pide al Padre eterno por sus enemigos, y disculpa á los mismos que le crucifican, recomienda á su Madre á todos los hombres, oid su voz desconsolada que se queja de la sed que le aflige, de una sed de tormentos si son necesarios mas para redimir almas, de la sed de ganar pecadores y abrir el cielo á todos: Escuchad aquella voz grande que manifiesta su mayor afliccion, con que se queja del desamparo del Padre eterno: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado *Ecce Homo*: contemplad á este hombre que no tuvo donde reclinarse ni con qué cubrirse al nacer, y que al morir muere desnudo en el patíbulo de los malhechores, y no teniendo donde apoyarse, despues de unaagonia de tres horas, espira encomendando su espíritu al Padre, é inclinando su cabeza sobre su pecho. *Ecce Homo*. Ved aqui á Jesus crucificado y muerto á manos del pecado, ved aqui los efec-

tos y estragos de la culpa, ved aquí el castigo de la divina venganza contra el hijo de Dios que tomó á su cargo satisfacer por el pecado.

¡Hombre incrédulo y libertino, hombre avaro, jurador y maldiciente, muger mundana y disoluta, jóven sin pudor y sin vergüenza.... ¡Ay Jesus mio! ¿Qué voy á decir á los demas, que no deba decirme primero y con mas motivo á mí mismo? Mis culpas, Señor, mis escesos y desvaríos, las ignorancias de mi juventud; mis ingratitudes, mi pertinacia en apartarme de vos, mi poco celo y mucha frialdad al ver vuestras ofensas, mis viles condescendencias con el mundo, mis vicios verdaderos y mis aparentes virtudes, mis culpas repetidas, y mis vanas penitencias, y el monton de pecados de toda especie que agovia mi alma, es lo que os ha puesto en este estado de lástima. Permitidme que os diga tambien: *Ecce Homo*. Ved aquí al hombre mas pecador y delincuente; no permitais que me aparte de vos sin lograr el perdou y lavar mis pecados en vuestra sangre preciosa. Y si los enemigos de mi alma me tientan, si me brindan con sus placeres y deleites, presentáos, Señor, á mí y decidme. *Ecce Homo*, mira la obra que vas hacer, mira el castigo que me vas á dar; y si atropellando vuestra ley y despreciando vuestro amor y vuestra presencia, huyo de vos, me hago el sordo y os vuelvo de nuevo á ofender, no me abandonéis, presentáos á mi al-

ma rebelde y decidla tambien: *Ecce Homo*. Mira infeliz la obra de tu pecado, mira el castigo que me han dado tus culpas, mira la sangre que he derramado por tí ¡Jesus mio! Yo no tengo afectos ni palabras, yo no estoy para formar discursos, vos conocéis Señor mi corazón, yo no sé sino llorar á vuestros pies y ofreceros mis desordenados suspiros. Yo quiero el perdón de vos que sois el Dios de las misericordias.

Justos y pecadores, vamos todos á llorar á los pies de este divino Jesus; ¡que no se pierda en nosotros el fruto de su sangre preciosa! Está con los brazos abiertos para recibirnos, levantado en alto para vernos y escucharnos. Aquí nos teneis Padre amoroso, arrepentidos, humillados, conmovidos con los ejemplos y doctrina de vuestra pasión, resueltos firmemente á enmendarnos y con todas las veras de nuestra alma os decimos: Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor y Salvador mio, á quien amo, á quien alabo y reconozco por un Dios, me pesa, una y mil veces de haberos ofendido. ¡Que no os ofenda mas, y se acabe para siempre el crucificaros y ofenderos! Perdón, Señor, perdón para todos, perdón y misericordia por los méritos infinitos de vuestra pasión santa. Amen.

F. L. G.

SERMON PRIMERO DE DESCENDIMIENTO.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. El que perseverare hasta el fin será salvo. Matt. cap. 24 v. 13.

Jesús ha espirado á manos de sus enemigos en el suplicio de los malhechores; su cuerpo Santísimo ha quedado pendiente de la cruz despues de una prolongada agonía; una madre amantísima que le llora, unos discípulos que con libertad y hasta con atrevimiento piden al juez que le ha sentenciado su cuerpo, y le dan honrosa sepultura en un sepulcro nuevo, unas turbas insolentes y en continuo desórden y alboroto, que le insultan y escarnecen..... Hé aquí, hermanos míos, lo que pasaba en el calvario en el tiempo á que nos referimos, segun nos dice el evangelio, y lo que hemos venido á contemplar. Hé aquí lo que nos recuerdan esas venerables y tristísimas imàgenes y to-

do el adorno lúgubre que advertimos en este templo.

¡Madre aflijidísima! Vé ahí á tu hijo, no un hijo á quien adoran los ángeles, á quien visitan y obsequian sencilla y humildemente los Pastores. á quien buscan y ofrecen postrados en su presencia sus dones los reyes, no un hijo seguido y lleno de las bendiciones de las turbas, sino espuesto á las burlas, castigado como un impostor y falsario, cargado de baldones y oprobios, lleno de heridas y muerto en una cruz. Solá vuestra virtud y constancia ayudada de los auxilios del altísimo ha podido sosteneros á su lado en el calvario. ¡Grande es como la estension de los mares vuestra afliccion!

El justo José y Nicodemus, discípulos de vuestro hijo, van á bajarle del patíbulo y daros el consuelo de verle envuelto en una sábana límpia entre cien libras de aromas y sepultado en un sepulcro nuevo; porque todo es poco para su piedad y veneracion á su maestro: pero antes van á ponerle en vuestros brazos, y vais por postrera vez á abrigar en vuestro seno al hijo de vuestras entrañas, al que alimentasteis con vuestros pechos, al que ocultasteis de Herodes, al que ofrecisteis en el templo, al que habeis contemplado tantas veces conferenciando en vuestro corazon. ¡Ah! este es el instrumento de vuestro martirio y os queda aun

este terrible dolor que padecer: Yo busco á la madre de mi Dios, dice san Buenaventura, y no la hallo, en María en quien solo encuentro las espinas, los clavos, la lanza, la esponja y la cruz, yo busco su corazon y solo halló en su lugar la hiel, la mirra y la amargura. Solo encuentro angustias, aflicciones y dolores. ¡Hija hermosísima de Sion! ¿Dónde iré á buscar personas desconsoladas y afligidas con quienes compararte? ¿Qué mayor angustia, ni qué espectáculo podrá presentarse mas triste y doloroso que María con el cadáver de su querido Jesus lleno de heridas, desfigurado, derramando sangre por todas partes y conocido solo de el amor de la madre que le abriga en su regazo con unos brazos desfallecidos por el sentimiento?

¡O tú José, digno discípulo de Jesus, hombre verdaderamente rico que te has hecho dueño del que dá la salud y la vida y del que todo lo alimenta y lo domina en los cielos y la tierra! con tus dedos cierras los ojos de aquel que con los suyos dió vista á los ciegos, cierras la boca de aquel que dió habla á los mudos, envuelves las manos del que curó á los paralíticos, ligas los pies del que dió el movimiento á los cojos y tullidos, unges con aromas al que llenó al mundo del buen olor de su santidad, tu limpias la sangre del costado de Jesus, que sanó con su contacto á la que

padecia flujo de sangre, tu lavas en el agua el cuerpo del hombre Dios que nos ha lavado á todos ¿qué luces encenderás en las exequias del que es la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? ¿Qué endechas y lamentaciones fúnebres cantarás al que alaban sin cesar los ejércitos celestiales? ¿Qué lágrimas derramarás por un muerto que al tiempo mismo que lloraba resucitó á Lázaro despues de cuatro dias sepultado? ¡Dichosas tus manos, que llevan al que sostiene á todo lo criado! ¡Dichosísimos José y Nicodemus! Ejércitos de ángeles os acompañan en vuestra obra de piedad, ellos os dirijen, os ayudan, os dan ánimo y esfuerzo como á los Tobías, no tienen que subir vuestras oraciones porque Dios y el cielo está con vosotros. ¡Hombres felices y afortunados.....!

— Basta, hermanos míos, no pienso ocupar en este rato la cátedra de la verdad y recordaros la escena tristísima del descendimiento de Jesus para enterneceros y ponderár con ayes y lamentos las angustias de su Madre y la piedad de sus discipulos, yo pido vuestras lágrimas en esta tarde á la vista de ese divino Jesus y su afligida Madre, pero no las pido para Jesus y María, ni quiero una compasion natural y unas lágrimas estériles como las que derramariais en un teatro en una escena tràgica y sangrienta representada con arte, las

quiero para vosotros mismos como encargó el mismo Jesus á las hijas de Jerusalem. En vez de unas lúgubres declamaciones que solo producen sensaciones del momento y sentimientos que se olvidan y pasan, ocupémonos de alimentar nuestras almas con verdades eternas, con afectos y resoluciones saludables que se desprenden, digámoslo así, de la contemplacion del descendimiento de Jesus y de sus circunstancias.

Una turba tumultuaria clamaba tambien al lado de la cruz: Si eres el rey de Israel baja y creemos en tí (1). Por lo mismo, dice el Padre san Bernardo (2) porque es rey de Israel no abandona el trono de su reino. No dará ocasion para quitarnos la perseverancia que es la que solamente ha de premiarse. No dará ocasion á que enmudezcan y callen las lenguas de los que predicán y consuelan á los pusilánimes y los animan á sufrir los trabajos de su estado, como tendrian que hacerlo si Jesus hubiera abandonado su cruz. Hermanos míos, Jesucristo habia enseñado que era necesario perseverar hasta el fin para salvarse, y Jesucristo perseveró en la cruz hasta el fin de su vida, para que nada le faltase, para darnos el ejemplo admirable de la perseverancia y hacernos

(1) Matt. cap. 26.

(2) Serm. 1. de Ress.

ver la necesidad que tenemos de perseverar en el estado y en las aflicciones que el Señor nos envia.

Con su ejemplo voy á convencerlos de esta necesidad y conveniencia, y ayudado tambien de sus auxilios, que imploramos por vuestra mediacion, Madre afligida; permitid que en el dia de vuestro dolor y desconsuelo os recordemos la salutacion del Angel y os confesemos llena de poder y de gracia. Ave María.

Qui autem perseveraverit....

No hay cosa mas fácil, y ¡ojalá no fuese tan comun y frecuente! que el perseverar en los lugares amenos y deliciosos, y en las acciones que ofrecen gusto y placer, pero el perseverar en los dolores y trabajos es cosa muy difícil y muy rara. Examinemos lo que obligó á Jesucristo á perseverar en la cruz, y aprenderemos, ó al menos no podremos escusarnos de llevar con perseverancia nuestra cruz y de morir si fuere necesario, crucificados en ella. Al oír solamente el nombre de cruz y de trabajos nos estremecemos y horrorizamos, miramos en ella un patibulo, un tormento, un instrumento de muerte; pero mirémosla con los ojos del alma, levantemos la consideracion á aquel que nos la manda llevar, al lugar á que nos conduce y á los frutos que nos proporciona, y lejos de sernos dura y pesada su carga la llevaremos con

complacencia y con gusto. Así lo hizo y nos dió el ejemplo Jesucristo. ¿Por qué cargó con su cruz y siguió en ella sin quejarse ni desplegar sus labios hasta morir? Porque era el caliz que le había dado el Padre y como hijo obedientísimo le bebió hasta las heces. Jesus amaba con un amor inefable al Padre eterno y sabía que el Padre eterno le amaba. Un caliz que le enviaba un Padre tan cariñoso no había de ser sino para su bien y su gloria, y esto le bastó para apurarle con resignacion y con placer.

El Padre eterno quiso desposar á su hijo unigénito y le dió por esposa á la Iglesia, pero manchada, llena de arrugas y de imperfecciones, contaminada con los pecados de todos los hombres, pero que estaba en su mano el hacerla hermosa, resplandeciente, sin mancha y llena de santidad lavándola con su sangre, y Jesus amó á la Esposa que le dió su Padre y no le fué duro ni pesado su sacrificio por hermoscarla y enriquecerla. Si el Patriarca Jacob guardó los ganados de Laban sufriendo los calores, los frios y privándose del sueño por siete años por desposarse con Raquel á quien amaba, y los siete años y otros siete mas los llevó con tanto gusto que le parecieron pocos dias. (1) ¿qué extraño es que el hijo de Dios

(1) Gen. cap 29.

quisiese perseverar con gusto tres horas en la cruz por una Esposa que habia de ser madre de muchos millares de Santos? El amor á Dios que le mandó padecer, y el amor á los hombres por quienes padecia, ved lo que hizo perseverar á Jesucristo en la cruz. Y tambien el mirar el término y los frutos que proporciona.

Por la cruz habia de llegar á aquella gloria eminentísima y alegría sin término, á aquella grande exaltacion que le hiciese superior á todos los principados y potestades. Se humilló, dice el Apóstol; y por eso Dios le exaltó y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Ved, mis amados hermanos cómo debéis llevar la cruz y lo que debéis atender para perseverar en ella. Los que estais sometidos á una suerte de trabajo penoso para vivir, los padres que tenéis hijos que sostener y tal vez indómitos é indóciles á vuestros consejos, los maridos que tenéis una esposa descuidada, infiel ó insufrible, las esposas que tenéis un marido desleal y que os maltrata, los que habeis perdido la libertad, la salud, la hacienda, los que llorais al padre, al hijo, á la muger legítima á quien amabais, ó al bienhechor que os amparaba, los que por tantos títulos de que abunda el mundo vivis en la afliccion y el dolor.... Esa es vues-

tra cruz, cruz á que estais crucificados y que no podeis dejar, pero no os detengais á mirarla, mirad al que os ha puesto en ella, que es aquel Padre amantísimo sin cuya Providencia y disposicion nada sucede en el mundo. ¿Y por qué no ha de sernos grato y hemos de aceptar con gusto lo que el Señor nos envia? ¿Por qué no hemos de decir todos con Jesus: Dejados beber el caliz que nos dá nuestro Padre? No mireis tampoco á los trabajos presentes, mirad al término á donde os conducen y las recompensas eternas que os labran; mirad el premio de la otra vida que escede á todos los dolores y trabajos de la vida presente, porque no son condignos ni tiene proporcion alguna los padecimientos y tribulaciones de este mundo con la gloria, las delicias y compensaciones del cielo. Mirad al término y no desfallecereis con los tropiezos y dificultades del camino; mirad á la recompensa y deseareis padecer mas, mas cruz para merecer y recibir mas.

Contemplad á esa madre afligida en la inundacion de sus dolores y hallareis los mismos ejemplos de sufrimiento y perseverancia, y que son los mismos los motivos los que alientan y confortan á esta *Esclava del Señor* resignada en la voluntad, sin mas voluntad que la voluntad de su Dios. Aquí aprendieron tambien los apóstoles y los santos y en ellos hallareis los mismos ejemplos que imitar y ra-

zones que aprender. ¿Quién, decia el apóstol, nos podrá separar del amor de Jesucristo? ¿La tribulacion? ¿La angustia? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecucion, la espada ó la muerte? ¡Ah Señor! Por tu amor nos dejamos mortificar continuamente y que nostraten como corderos destinados al degüello. Y que ¿sufrirán con tristeza, con angustia, con desesperacion, entre maldiciones y blasfemias y deseando bajar de la cruz? Ponian su vista en Jesucristo y en las recompensas eternas y todo les era suave, dulce y llevadero; miraban al amor de su Dios que nos amó y vió á su hijo para salvarnos, mirahan á Jesus que nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros. Estoy lleno de consolacion, decia por esto el apóstol, estoy rebotando de gozo en todas las tribulaciones, yo sé muy bien quién es el Dios en quien creo, estoy cierto del depósito que me espera, y ¿quién no se goza en los trabajos sabiendo que una tribulacion leve y momentánea obra en nosotros una medida grande de gloria? Si, hermanos míos la contemplacion de la gloria á que dirigia su vista el apóstol y los santos les hacia llevar con gusto y reputar por momentáneos y despreciable todos los trabajos de este mundo. *Pensamientos tan grandes dice San Cipriano (1), ¿qué persecucion puede vencerlos?*

(1) Lib. de Exhort. Martyr.

¿qué tormentos son capaces de destruirlos?

Inferid, y confesad que si no sufrís, si no lleváis con gusto la cruz que Dios ha puesto en vuestros hombros, si deseáis bajaros á todo trance de esa cruz en que la divina providencia os ha crucificado, es porque no meditáis, porque no la sabéis apreciar, porque la miráis demasiado y no levantáis como Jesus, María Santísima, los Apóstoles y los Santos vuestros ojos al Padre benigno y amoroso que os la regala y á las recompensas y la gloria que os proporciona. ¿Quereis precipitaros, salir cuanto antes de ese estado que habeis abrazado y que en vuestro sentir os ha salido mal, de esa pobreza que os aflige tanto tiempo, de esa enfermedad que os agobia y os ha robado el gusto, quereis, en una palabra no perseverar en la cruz? ¡Ah hermanos míos! ¡Qué terrible y desconsolador es el perder la perseverancia en los trabajos!

Bien sé que el mundo os hablará en otro lenguaje; los ejemplos os enseñarán otra doctrina, la ciencia hinchada y esterminadora del siglo os aconsejará como el último recurso y como esfuerzo de un espíritu grande el suicidarse en los grandes conflictos, porque esta ciencia maléfica nada ofrece y nada espera mas allá de la muerte; los malvados os acostumbrarán á las exajeraciones, impaciencias y voces desesperadas y aterradoras, nadie

os consolará sino ese divino Jesús con su perseverancia en la cruz hasta el fin.

Para haceros esta verdad mas palpable os recordaré solamente el ejemplo de Júdas Apóstol traidor y modelo de los impíos y desalmados de nuestro siglo á quienes es indiferente vivir y morir y que enseñan que cuando la vida es insopor- table es una carga que debe dejarse. Volvió en sí el miserable, conoció el crimen de su venta y traí- cion, pero no pudo sufrir su vergüenza, no tuvo valor para volver á ver á su maestro y los demás Apóstoles, y se ahorcó á sí mismo: no quiso per- severar en la cruz de su remordimiento y con- fusion y creyó bajarse de ella con darse la muer- te; pero no evitó su cruz, la cambió por otra ma- yor, porque, hermanos míos, el demonio y el in- fierno tiene tambien sus cruces, cruces de tormen- to y desesperacion eterna, cruces pesadísimas que solo producen á los que las llevan horror, llanto y confusion, su ignominia no tendrá fin y se hará pública delante de todas las naciones, y su ver- güenza delante de Jesús hubiera sido mo- mentánea y le hubiera logrado el perdon y la gloria.

Preciso es estar tan obcecados como Júdas pa- ra seguir su abominable ejemplo, ¿os quedará du- da ya para elejir entre Júdas y Jesús? ¿Querreis arrojaros impacientemente de esas cruces en que

Dios os ha puesto antes que el mismo Señor os desenclave de ellas? Ya lo veis, amados míos, cambiarais las cruces de la tierra por las del infierno, las temporales por las eternas. Es necesaria la perseverancia hasta el fin para salvarse; es necesario despreciar las burlas, las irrisiones, y los errados conceptos de los hombres como los despreció Jesucristo y conservarse con firmeza y resignacion en los trabajos que nos pone la Divina Providencia como ese Señor se resignó y conservó en la cruz. En ella está el título de nuestro reino y no podemos abandonarla sin renunciar á toda nuestra herencia y todos nuestros derechos.

No, Dios mio, no dejaremos olvidar jamás estas verdades, ni perderemos de vista vuestro ejemplo para ser pacientes, sufridos y conformarnos constantemente con la voluntad de Dios en los bienes y en los males. No seguiremos la maldad del despechado Júdas por mas que nos inste el demonio, y nuestras pasiones, y por grandes que sean nuestros infortunios y desgracias. Acudiremos siempre á vos dulce Jesus.

Favoreced piadosa Madre nuestra, estas resoluciones de nuestra alma; todo lo podemos alcanzar por vos, vos Señora tuvisteis á Jesus en vuestros brazos al nacer, y le teneis tambien despues de difunto, porque así quiso el Señor para darnos á entender que en la vida y en la muerte, en

las alegrías y pesares y en cuantas veces busquemos los favores de Jesus los conseguiremos por vuestro medio y por vuestra intercesion, por vuestras angustias y dolores, alcanzadnos la paciencia y sufrimiento en los trabajos, la perseverancia hasta el fin, que no bajemos de nuestras cruces sino cuando el Señor nos lo ordene; que sepultemos al pecado y envolvamos en nuestra alma á Jesus ungiéndole con los aromas de las obras de justicia y de virtud y santidad, y que le ofrezcamos tambien un sepulcro nuevo labrado en la dureza de nuestra conciencia, una vida nueva, una vida propia de unos discípulos y de unos hijos amantes de Jesus y de María.

Así es, hermanos míos, como honraremos dignamente el descendimiento de Jesus crucificado, así celebraremos sus exequias, seremos dignos de acompañar a los piadosos discípulos José y Nicodemus, y despues á los ángeles y bienaventurados que por haber perseverado hasta el fin le adoran por su rey y le llaman sin cesar Santo, Santo, Santo.

F. L. G.

SÉRMON SEGUNDO DE DESCENDIMIENTO.

Consumatum est. Todo está consumado. Joan. capítulo 29 v. 30.

¿Lo habéis oído, amados oyentes míos? Todo se ha consumado, todo se ha cumplido. Hé aquí las últimas palabras que poco antes de espirar pronunciaron esos divinos labios, esos labios cárdenos á fuerza de los tormentos. La obra ha sido acalada, decía nuestro querido Jesus. Con efecto: los profetas anunciaron con anticipacion el tiempo fijo de su venida, las circunstancias de su nacimiento, que nacería pobre y desnudo dijeron: y un pesebre de humildes pajas fueron su primer abrigo. Su celo por la salvacion de los hombres, su trato, familiaridad y bondad con los pecadores, su caridad acendrada hácia toda clase de razas y de gente, se hallan bajo cada frase y en cualquier expresion de los profetas santos. *Reparador del género humano* le llamaba ya Eccequiel. En el sentir del profeta Isaias,

él habia de ser nuestro Rey, Padre del siglo futuro, Príncipe de la Paz. Y si bien al anunciar su nacimiento ensalzaba sus entrañas de piedad y misericordia para con los hombres, valiéndose de las consolables palabras "alégrate Jerusalem, sacude el polvo que oprime tus ojos y levántate, que el día de tu redencion se acerca," tambien el mismo Isaias marca con letras de sangre la ingratitud de los hombres y el destrozo que nuestros pecados habian de obrar en el precioso cuerpo de nuestro buen Jesus, *Cognovit bos possessorem suum et asinus præsepe domini sui*, decia el Señor por boca de su profeta: conoce el irracional á su dueño y á la casa de su Señor, empero Israel me ha desconocido; Israel se ha desentendido de mí... Desde la planta de los pies á la cabeza no hay parte sana en él, y completaremos el lastimoso cuadro de su pasion y de su muerte, con solo añadir las sentidas frases del Real Profeta "taladraron mis pies y mis manos: todos mis huesos podian contarse.... Dividieron entre sí mis vestidos, y mi túnica fué sorteada. *Consumatum est*. Mi obra ha sido acabada. He consumado pues la obra de la redencion del género humano. Ha pasado ya la terrible hora del padecer y de mis tormentos.

Hé aquí lo que en este momento me parece escuchar de boca del divino hijo de Maria, que pendiente y descoyuntado yace en ese tosco leño. ¿Qué

hacemos pues? Todo se ha concluido, nos dice: ya he acabado de padecer, el tiempo de mi descanso ha llegado... ¿Y no habrá quien de vosotros se apresure á bajar de la cruz á nuestro buen Jesus á fin de que su cuerpo descanse en dulce y silencioso reposo? Corramos pues con los pasos de la fe, y acompañemos en tan buena obra piadosos, tiernos y devotos á los fieles discípulos de Jesus, José y Nicodemus. Hasta aqui todo ha sido sufrir: todo ha sido dolores; justo es que ya principien las honras y el descanso. ¡Felices una y mil veces los que acertaron á proporcionar al ensangrentado cuerpo del hijo de Dios aquellas y éste! En un tiempo en que hasta los mas fieles discípulos de Jesus le abandonaban llegando hasta el extremo de negarle el honroso y felicísimo dictado de maestro y cuando solo de enérgicos y perseguidores se veía rodeado aquel divino Señor: cuando amotinadas turbas acababan de amenazar á las primeras autoridades de Jerusalem se nos ofrece un modelo de fidelidad y constancia en las dos personas de José y Nicodemus el Evangelio mismo confirma mi idea. "Después de la pasión y muerte de Jesus, nos dice: José de Arimatea, uno de los discípulos del Salvador se llegó á Pilatos y le suplicó le permitiese bajar el cuerpo de Jesus y darle sepultura. Lo que concedido por Pilatos vino el referido José de Arimatea acompañado de Nicodemus que traía como unas cien li-

» bras de perfumes y aromas, y bajaron el cuerpo
 » de Jesus. Elcual perfumado y envuelto en una
 » sábana fué depositado en un sepulcro nuevo
 » que habia en un próximo huerto todo de la pro-
 » piedad del ya nombrado José." Desde este mo-
 mento por consiguiente dieron principio para Jesus
 las honras, y el que poco antes era insultado, escu-
 pido, abofeteado y escarnecido: ahora lo vemos aca-
 tabo, venerado y bendecido por dos fieles discípulo-
 los, su santísima Madre y demas piadosas mugeres
 que la acompañaban. Seamos por lo tanto, ama-
 dos mios, del número de estos; lamentemos la ce-
 guedad de los judios que atrajo sobre su misera-
 ble descendencia las maldiciones del cielo: lloremos
 igualmente la vergonzosa debilidad de Pilatos que
 asi faltó á los deberes que le imponia una justa é
 imparcial conducta posponiéndola á bajos y serviles
 respetos humanos: y honremos á Jesus sacándole
 de ese madero de sus tormentos tomando ejemplo
 de la piadosa y leal conducta de José y Nicodemus
*Si huimos del pecado, si nos apartamos de los vi-
 cios; he aqui el mejor medio de desenclavar á Jesus:*
primera parte de mi discurso. Si adictos á la ley
justa del Señor practicamos las virtudes: he aqui
 la manera y forma mas adecuada para honrar á
 Jesus: segunda parte.

¡Desconsolada reina y afligida Señora....!! Des-
 consolados están vuestros devotos porque os con-

templan traspasada de dolor, pero, confiados, porque todo el que os busca halla remedio en vuestra piedad. Inspiradme palabras que edificando á mis oyentes produzcan frutos de salud y de vida. A este fin os saludamos con el arcángel San Gabriel diciendo: Ave María.

Consumatum est.

Antes de pasar adelante justo es nos detengamos un momento en contemplar el lastimoso espectáculo que nos ofrece el tierno y piadosísimo acto del descendimiento de nuestro Redentor Jesus del santo madero de la cruz. Reparad allí á la Santísima Virgen, á la inconsolable madre de nuestro Salvador que traspasada de dolores está todavía siendo partícipe de la pasión y de los tormentos de su hijo. Natural era que al ser desenclavado se dieran golpes cuyo eco resonase en el lastimado espíritu de María. ¡Y cuán grande no seria su aflicción al considerar las aguzadas puntas de la cruel corona que así habia afligido la delicada cabeza de su inocente Jesus! ¿Eres tú, hijo mío, le decia, el adorno de los cielos, la gloria de la celestial Jerusalem, y el consuelo de tu madre? ¿En dónde se ocultó aquella dulce severidad que imponia á los atrevidos é hipócritas, aquella dulzura de carácter que atraia en pos de sí á los pecadores, y aquellos ojos de piedad y misericordia que convidaban á peniten-

cia á todas las naciones? Ah! que aquí no veo mas que desolacion y amargura.

Esos pies y esas manos que tantas veces se fatigaron para remediar el mal y hacer el bien de los hombres: los mismos hombres los han descoyuntado y desgarrado al duro golpe del martillo. Esa noble é inocente cabeza en donde ni cupo ni podia haber otra cosa que pensamientos altos, elevados, de munificencia, generosidad, y grandeza, la veo ¡santo Dios! taladrada agujereada y toda ella destrozada y ensangrentada. Reparad finalmente en ese precioso rostro desfigurado por asquerosas salivas, en esa lengua lívida y seca de la que se desprendian tantas palabras de felicidad y de consuelo. Ni perdonaron al amoroso corazon del hijo de Dios los sentimientos de cariño y de amor para con los hombres fueron pagados con una cruel lanzada! Con razon esclamaría en estos momentos aquella afligidísima Señora. "Vosotros todos los que » atravesais por esos caminos ved y considerad si » hay dolor igual al mio!" Yo amaba al mejor de los hijos, y ya no existe! Yo tenia por hijo al mas hermoso de los hombres, y vedlo aqui afeado su rostro, desfigurado y ennegrecido. ¿Dónde pues está mi amado?

¿Y por qué así, queridos oyentes míos? ¿Por qué tanta desolacion? Por nuestros pecados. Nuestras iniquidades son los clavos que traspasan á

Jesús: nuestros crímenes son las espinas que le punzan, nuestros delitos son la cruz cuyo peso le agobia. Ea pues, salgamos de nuestro letargo y démonos prisa á sacarlo de esa cruz. Tú hombre maldiciente, refrena tu lengua, calma tus pasiones, respeta el buen nombre y reputacion de tus semejantes, y á ciertas ó supuestas ofensas no vuelvas mal por mal, sino ven y aprende en ese vivo ejemplar, paciencia, humildad y mansedumbre. Gentes licenciosas é inmoderadas en vuestros deseos, no paseis adelante: el hijo de Dios es aquel que veis asegurado con clavos á un madero; vuestros desafueros le han puesto así, y solo vuestro arrepentimiento puede sacarlo de situacion tan penosa. Deteneos en la carrera de vuestra perdicion y aprovechaos del tiempo, mientras tiempo se os concede de perdon y misericordia. ¡Sí gran Dios! misericordia os pide este pueblo estraviado algun día en sus vanos y vergonzosos deseos. Os crucificaba pecando porque no os conocia bastante: mas ahora reconocido á vuestros favores y beneficios confiesa no solo vuestra grandeza y poder para perdonar pecados, sino que no hay verdadero placer ni gozo fuera de vos: sin vos Señor no hay nada.

Contribuid tambien á desenclavar á Jesús con la enmienda de vuestra conducta, vosotros hombres indolentes é injustos, que mas de una vez

habeis sacrificado la honra y fortuna de vuestros semejantes. Nada importa que Jesus haya muerto por vosotros, si vosotros insistis en no aprovecharos de su muerte. Nada importa que la sangre del inocente Jesus haya sido derramada en el calvario, si vosotros á fuerza de ser injustos no imitais su justicia convirtiendo en vuestro propio mal, los superabundantes medios de salud y de vida que emanan de esas llagas abiertas de ese desangrado pecho por vuestro amor y cariño. ¿Quereis desenterrarle? ¿Quereis bajarle de la cruz y darle honrosa sepultura? Pues mudad de conducta, y sea principio de una nueva vida este momento en que el hijo de Dios cumpliendo todo cuanto de él escribieron los profetas ha consumado la obra de nuestra redencion. Digamos con David: "Desde este momento doy principio á consagrarme á vuestro servicio: sea esta mudanza obra de vuestra diestra." No á nosotros Señor, no á nosotros se debe tanta dicha, sino solo á vuestro nombre sea dado el honor y la gloria.

Acábense de una vez los odios y las venganzas, jamás resuene en vuestros oídos la terrible palabra *enemistad*. ¡Ah! creo muy bien que el hombre mas cruel y vengativo renunciaria muy gustoso al vano placer que le podría resultar de satisfacer una injuria ó un agravio por grande que fuese, si estuviera realmente penetrado de lo mu-

cho que semejante conducta aumenta los dolores de nuestro Salvador en la cruz.

Ponderad cuanto gustéis las injurias que os han hecho, ó desafueros que hayan podido cometer contra vuestras personas, vuestra honra y vuestros bienes: Empero sed francos y confesad si fijando vuestra vista en esa cruz, teneis valor para ejercer vuestras venganzas... Nadie mas inocente que Jesus, nadie mas justo, nadie mas bondadoso, todo él era bondad y amor. Nadie en fin poseia medios mas fuertes para destruir y aniquilar á sus enemigos, y sin embargo nadie mas pacífico, manso y humilde que Jesus. ¿No recordais aquella exánime pero dulce y amorosa voz con que esclama en medio de sus tormentos? "Padre mio, perdónalos porque no saben lo que hacen." Y si lo que se ha escrito está escrito para nuestra instruccion segun el Apóstol ¿deberán ser perdidos para nosotros el ejemplo de moderacion, de humildad y mansedumbre que nos presenta el hijo de Dios? ¿Serán frustrados los designios de una sabia y altísima providencia al escoger un ignominioso patibulo para obrar la redencion de las gentes? Pero no..... que Jesucristo, poco antes de morir, nos ha dicho: "ejemplo os doy, para que asi como hago yo obreis vosotros." Y al intento, queridos mios, tenia dicho á sus apóstoles y discípulos en la mejor de sus divinas oraciones, "Perdó-

nanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos à nuestros deudores." Hay acaso entre vosotros quien no haya repetido muchas veces estas palabras? Pues bien: si os preocupa el odio; si la ira ó la venganza de algun resentimiento tienen lugar en vuestros corazones, ya están juzgados: vosotros mismos habeis pronunciado vuestra condenación: "Perdónanos nuestras deudas, decís, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores." ¿Y cómo perdonais? escitando vuestras pasiones contra el infeliz que ha tenido la desgracia de ofenderos, poniendo en juego cuantos arbitrios os sugiere una imaginacion acalorada para hacerle sentir los efectos de vuestra ira. Pues vosotros lo habeis dicho "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores." Con el rigor que juzgueis sereis juzgados por aquel que mas de una vez nos tiene dicho "perdonad, si quereis ser perdonados.

No nos engañemos. En nosotros está el dar honrosa sepultura á Jesus si nos apartamos de los vicios y de cuanto pueda contaminar nuestra alma. Pero téngase presente que para tan grande obra no basta que nos contengamos en el mal, sino que es necesario que procedamos á hacer el bien. En una palabra: no es suficiente huir del pecado: es necesario así mismo *practicar las virtudes.*

Segunda parte.

En el camino de la salvacion no hay obra imperfecta, y quien en la vida espiritual se estaciona indudablemente atrasa. "El no adelantar, decia mi gran Padre san Bernardo, es volver atras." No se da medio entre el pecado y la virtud: no basta por lo tanto decir *no pecc* es indispensable tambien añadir: *procuro ser virtuoso*. Finalmente no me cansaré en recordar la leccion practica que teneis á la vista. No podia obrar el mal el que era la misma inocencia, y sin embargo no satisfecho con ser *justo* por esencia, quiso igualmente obrar el *bien* para nuestra edificacion y ejemplo. Aquel le honra mas, quien mejor procura imitarle caminando siempre á la perfeccion. "Séd perfectos, decia Jesus á sus discípulos, como mi Padre celestial lo es."

Y bien amados míos: ¿Procuráis llenar vuestros deberes adaptando vuestra conducta á aquellas máximas de sabiduría eterna? A tres clases de obligaciones estan reducidas las que todo hombre tiene que cumplir. Obligaciones para con Dios, para consigo mismo, y para con sus semejantes. Y si debo hablar cual á un ministro de Dios cumplo, no me es posible disimular que la corrupcion del siglo que atravesamos es incompatible con el

fiel y esacto cumplimiento de aquellos deberes. Quisiera, hijos míos, estar dotado en este momento de aquella elegancia y energía en el buen decir que ha eternizado la memoria de nuestros santos Padres: suplirá no obstante mi buen deseo y el celo por la salvacion de vuestras almas á fin de que aprovechando estos momentos en que celebráis el descendimiento de nuestro comun Padre y Redentor Jesús os mueva á seguir su ley santa con menosprecio de cuantos vanos deleites y efímeros placeres os ofrece el mundo.

Deberes para con Dios. ¡Qué difícil es llenar estos en una época en que los dias destinados al servicio del Señor son cabalmente en los que con mas profusion abundan el desvarío y la profanacion! Un solo dia en la semana es el señalado al culto del Señor, y seamos francos: ¿aquel dia se emplea con el órden y regularidad que debiéramos? Ojalá trascurriese esento tan siquiera de culpas! Pero lejos de eso semejantes dias son los escogidos para entregarse á peligrosas diversiones y á excesivos gastos con ruina quizá de inocentes familias. Contestádme si vuestros propios remordimientos os lo permiten. ¿Es católica, ni aun cristiana semejante conducta? Ah! qué de pensamientos se agolpan á mi pobre imaginacion cuando comparo nuestra desarreglada conducta con la de mil pueblos privados de los beneficios de la redencion

que se obró en el calvario. Aquellos, hoy, mañana y siempre buscando el día para bendecir al Señor: vosotros profanando el único que está señalado para darle gloria y bendecir sus misericordias. Ellos infelices, privados de la verdadera luz y sin la antorcha de la fe adoran y creen encontrar á cada paso á su Criador y bienhechor: vosotros insensatos cerrais los ojos á la luz que os ilumina, y precipitándoos de abismo en abismo procurais haceros insensibles á los llamamientos del cielo. ¡O dulce Jesus de mi vida! Grande, muy grande es vuestra piedad y misericordia! Hacedla completa en este momento con nosotros para que dignamente podamos honrarnos en el descendimiento del madero santo de la cruz. Comprendemos muy bien la grande obligacion que tenemos de servirlos constantemente, y si hasta ahora hemos vivido disipados, en adelante seremos sóbrios, consagrándonos, cual tus fieles discípulos José y Nicodemus en vuestro santo honor y servicio, no sólo llenando los deberes que de justicia os debemos, sino los que tambien tienen relacion con nuestras mismas personas y con las de nuestros semejantes.

Las obligaciones para con nosotros mismos y nuestros prójimos estan reducidas á las que cada uno debe cumplir segun su condicion y estado, de tal modo que de su cumplimiento nos resulte una

verdadera felicidad, si alguna podemos tener en esta vida. Ni os presentaré otro modelo que el que teneis á vuestra vista para que vuestra conducta sea en esta parte santa como debe serlo. Decidido Jesus á obrar nuestra redencion, quiso al mismo tiempo ser un vivo ejemplar de la conducta que debieran tener todos los hombres por quienes derramó su preciosísima sangre. Por lo tanto desde luego es conocido por su mirar modesto, por su suave y dulce hablar, por sus gratos y cariñosos modales aquel hombre de quien Isaias tenia dicho que con nadie disputaría; que no acabaría de quebrar la caña desarraigada y maltratada por el huracan, ni apagaría el fuego que aun humeaba, que se dejaría llevar como manso cordero al patibulo y recibiría el golpe mortal sin quejarse. Jesus no experimenta en su patria sino desprecios y contradicciones, entre sus parientes envidias secretas, y en sus discípulos inconstancia y declarada veleidad. Empero nuestro divino Maestro siempre sossegado y sin turbacion jamás interrumpe los buenos oficios que le inspiran su caridad y celo á favor de los hombres. Cargado de cadenas y sin poder sustentar el grave peso de la cruz sufre oprobios sobre oprobios, tormentos sobre tormentos; se deja arrastrar de tribunal en tribunal y experimentando en todas partes las mismas bárbaras crueldades, en todas partes conserva la misma

tranquilidad, la misma paz, la misma mansedumbre.

Conozco muy bien que no es fácil comprendais esta conducta vosotros hombres carnales, para quienes el ídolo de todos vuestros deseos, el objeto á que se dirijen todos vuestros pasos es el fausto de los honores, el sonido de la fama y mundana gloria, la pompa y regalos de la opulencia, el lustroso estrépito de una gran fortuna y alta dignidad, bienes todos caducos y perecederos que todos los dias se escapan de entre las manos, bienes estériles, cuyo único fruto son los disgustos, las riñas, disputas y escándalos. Porque la inocencia, la verdadera dicha y la paz no se hallan fuera de Jesus.

¿Qué viene pues á ser el hombre aislado y sin trabazon con Jesucristo? Su entendimiento pobre y oscurecido y sus sentidos falaces y engañosos, ¿á dónde podrá ir con seguridad? Las pasiones le oprimen, los deleites le acarcean remordimientos y todo lo que le rodea son esperanzas burladas, enemigos implacables que le perseguen, amigos que le venden, honras que le inquietan, riquezas que turban su reposo, y aparente felicidad que le constituye en una verdadera desgracia. Nace el hombre entre lágrimas y suspiros, vive lleno de penalidades y disgustos y muere en fin entre pesares por lo pasado y sin esperanzas para el porvenir. Este es el

hombre aislado y desasido de Jesucristo. Mas en Jesucristo y por Jesucristo todo muda de aspecto, todo se perfecciona. El hombre inmortal se levanta sobre las ruinas del hombre débil. El hombre hijo de Jesus es aquel hombre grande en lo próspero y feliz en la desgracia, que desafía á los tiempos, hace frente á todas las angustias, y superior sin soberbia, humilde sin bajeza, liberal y caritativo siendo rico y sufrido en la pobreza espera con resignacion el término de su peregrinacion y vida, para dar principio á una eterna exenta de todo disgusto y pena. He aquí el hombre cimentado en Jesucristo.

Id ahora enemigos de la ley santa, id llenos de presumida ignorancia ó de pérfida malignidad á imputar al evangelio los torrentes de lágrimas y de sangre que desde los tiempos de Jesus hasta nuestros dias inundan con frecuencia la tierra. Unicamente os diré para confundiros que asi como la verdadera filosofía no es responsable de vuestros desvarros y blasfemias, del mismo modo tampoco la religion de Jesucristo es causa de las maldades y escandalosos bandos que apadrinan los que afectan profesarla.

Gobernaos mis queridos oyentes por la pura y sana doctrina que Jesus predicó por su evangelio y sus obras, y estad seguros del cumplimiento de vuestros deberes para con Dios, para vos-

otros mismos y vuestros semejantes. De esta manera y apartándoos de los vicios y del pecado podéis dignamente desenclavar á Jesus y contribuir á honrarle en su sepultura. Y vosotros filósofos por mal nombre entendéis que ese Jesus á quien ahora despreciáis ha de reinar, mal que os pese, sobre vosotros, y puestó que no queréis que sea para vosotros un Dios de bondad y de misericordia, él será un Dios juez, un rey severo, ó tambien un Salvador, empero un Salvador á quien habeis ultrajado, escarnecido y crucificado, que no solo tomará venganza de vuestros pecados sino que tambien de las gracias que habeis malogrado y del tiempo que habeis perdido.

Mas ¡ó buen Jesus! No sea así: jamás lleguen á cumplirse tan tristes y funestos presagios. Acor-daos, mi Dios, de que habeis dicho, y nunca faltarán vuestras palabras, que no queréis la muerte del pecador sino que se convierta y viva: que no vinisteis á buscar á los justos, sino á salvar á los pecadores. Salvadlos por consiguiente, Señor, ilustrad su entendimiento, despertad sus sentidos y conozcan por fin á ese Dios que fijó en una cruz y en una actitud humillante los espera con los brazos abiertos, la cabeza inclinada y su costado que rebosa gracia y misericordia para el frágil y miserable pecador. Por lo que á nosotros toca, Señor, instruidos y convencidos como estamos por la voz

de vuestro Padre celestial, confesamos á voz en grito que *tú eres Cristo hijo de Dios vivo*. Concedednos vuestra gracia para la enmienda de nuestras costumbres, para hacernos dignos por nuestra conducta de celebrar vuestras honras con los fieles José y Nicodemos, y para recibir aquel amor de fuego que enviásteis sobre la tierra desde el cielo. Todos Señor acudiendo á ese trono de piedad y misericordia no cesaremos de clamar confiados: *Piedad, amantísimo Jesus, mientras caminamos por este piélago de miserias y desgracias. Misericordia Dios mío, misericordia por toda la eternidad. Amen.*

G. V.

SERMON PRIMERO
DE MARÍA SANTÍSIMA EN SU SOLEDAD.

Quæsi vi quem diligit anima mea, quæsi vi et non inveni illum, vocavi et non respondit mihi. Busqué al amado de mi alma y no le hallé, le llamé y no me respondió. Canticum canticorum cap. 5.

Saciada la ira y venganza de los Escribas y Fariseos, derramada la sangre del hombre Dios, oscurecido el sol, rasgado el velo del templo, abiertos los sepulcros y desenterrados los muertos, Jerusalem envuelta en las tinieblas y la confusion, Jesucristo la víctima que acaba de sacrificarse bárbaramente, cerrado en un sepulcro y cubierto con una pesada losa, el espanto y pavor llenando el corazón de los habitantes de la ciudad deicida en medio de un horrible silencio, sola María, la Madre de Jesus, esta alma triste y desconsolada es quien en estos momentos de confusion y terror hace oír su débil voz

y se deja ver hecha el cuadro mas lastimoso, anegada de angustias y dolores, desamparada y sola, revolviendo en su alma la escena trágica y espantosa que acaba de presenciar, preguntando por el amado de su alma y llamándole con toda la amargura de su corazon. *Quæsivi quem diligit anima mea, quæsivi et non inveni illum, vocavi et non respondit mihi. Busqué al amado de mi alma y no le hallé, pregunté por él y le llamé y no me respondió.* María privada de su hijo, María despues de su hijo sepultado, María en su soledad.... Este es, amados míos, el misterio doloroso que habeis venido á contemplar, este es el objeto que os ha conducido á este santo templo.

¡Ah! ¡Si yo tuviese acierto para penetrar en el corazon de la mas dolorida madre! ¡Si me fuese posible manifestaros los ocultos sentimientos de María Santísima! ¡Si vosotros pudieseis comprender el dolor de la Virgen y Madre desamparada! ¡Si todos ardiésemos en deseos de tomar parte en sus penas y dolores y nos esforzamos à ofrecerla nuestros consuelos!!! Discípulo amado encendido en el amor que bebiste en el pecho del divino maestro, Mugeres piadosas que tan de cerca presenciasteis las penas de María, ángeles santos que rodeabais admirados, y silenciosos y absortos á vuestra reina, vosotros pudierais decirnos, si no todo, lo que nos bastase al menos para conocer y saber compadecer

su angustia. Deseoso de satisfacer vuestra devoción, y mas que todo de escitar vuestra piedad, os invito à venir conmigo à acompañar en este rato à la Reina de los mártires. Venid hijas de Sion, almas todas redimidas por Jesucristo, venid à ver à la Reina del mundo y Señora de las naciones desolada y desierta, y hecha el oprobio y desprecio de todos cuantos la miran; venid, no para ser indolentes é insensibles sino con un ansia y un deseo sincero de consolarla y remediar sus penas. *Quæsi vi et non inveni... vocavi et non respondit mihi. Busqué al amado de mi alma y no le hallé, pregunté por él y le llamé y no me respondió...* Estas son las palabras que se oyen de su boca y el motivo de su pena.

Ponderemos su dolor en la ausencia de su hijo y de su Dios, resolvámonos à buscarle con su ansia y su solicitud. Tal es el plan de mi discurso y el fruto que quisiera lograr de mis oyentes. ¡Dichoso yo, hermanos míos, si al hablaros de una madre que nos concibió por sus hijos en los dolores del calvario, y que en su soledad quedó sin otro consuelo que los hombres redimidos con la sangre de Jesus crucificado, obtengo de vosotros unos vivos sentimientos, unos fuertes deseos de buscar de veras à Jesus, una firme resolución de abandonar todo por buscar à vuestro Dios, una compasión de María en su soledad que os haga entrar

en el ansia de consolarla y buscar con ella al amado de vuestras almas! Vois sabeis, Señor, lo impotente de mi capacidad, pero yo os diré que nada es imposible para vos, y que todo lo puede el hombre con la gracia. Sea esta la que hable é instruya, la que mueva y escite los corazones de mis oyentes, que esta es la que os pedimos por la intercesion de esa Madre llena de dolores y llena tambien de gracia.

Ave María.

Quæsi vi.....

Si llegasemos à comprender el vivo amor que ardia en el corazon de la madre de Jesus, si pudiesemos entender lo que cuesta á un alma santa la separacion y ausencia de su Dios, si acertasemos á ponderar la cualidad de la mejor de las madres privada de su único hijo, de la mas santa de las criaturas desamparada de su Dios, de la madre de un Dios con su hijo cerrado en un sepulcro, pudieramos conocer algo del acerbo dolor de María Santísima en su soledad. Recogida en el recinto de una humilde casa, en medio de la oscuridad de la noche de mas confusion de todos los tiempos, huye de sus fatigados miembros el sueño apacible que restituye al ánimo la tranquilidad, y se ofrecen de repente á su alma los pasos tristes de la escena trágica y sangrienta que acaba de presenciar en el mismo dia. Aquel hijo á quien adoraban los ángeles y por cuyo poder han sido fabri-

cados los cielos y la tierra, aquel hijo por quien han sido hechas todas las cosas que son; y sin él que nada se ha hecho, aquel hijo en quien el Padre eterno tiene todas las complacencias, preso, vilipendiado, escupido, conducido ante los tribunales, reputado por peor que un facineroso, hecho el oprobio y la burla, de la plebe, cruelmente azotado, coronado con una corona de penetrantes espinas, agoviado con el enorme peso de una cruz, atropellado hasta caer repetidas veces en tierra, arrastrado entre las blasfemias de los unos, la bárbara alegría de los otros, la compasion de los menos, y la confusa griteria de todos al patibulo infame de la muerte..... Aquel hijo figura de la sustancia del Padre y en todo igual con el Padre, desnudo enteramente, clavado en una cruz, levantado en alto, entregando su espíritu al Padre despues de haber derramado toda su sangre y estar todo su cuerpo descoyuntado.... ¡Ah! todo esto pasó, es verdad, pero mil y mil veces se presentó de nuevo á la angustiada madre en su retiro cada uno de estos y otros muchos pasos de horror haciendo en su alma una impresion tan viva como si realmente los estuviera presenciando y traspasando cada vez mas su corazon la espada de dolor. Siente su corazon, pero como corazon de un alma la mas santa, de una madre la mas amante, de una Madre de su Dios, de una criatura que

conoce mejor que todas las demas el precio y valor de su perdido Jesus. Por eso tiende su vista por todas partes, busca al amado de su alma, pero no encuentra sino la túnica ensangrentada de su hijo devorado por una fiera péxima. *Quæsiivi... et non inveni.*

Débil consuelo pero suficiente muchas veces para un alma que ama la presencia del objeto que ocupa su corazon. ¡Ah! contemplaba María en su soledad, en medio de los insultos y desprecios, en medio de los tormentos y las llagas, en la calle de la Amargura y en el Calvario, en la cruz y en medio de los ladrones yo veia á mi hijo y su presencia daba aliento á mi vida, consuelo á mi pena, fortaleza á mi angustia y pábulo á mi esperanza, yo oia su voz moribunda, y aunque su despedida atormentó mi alma, oia al fin al que tiene palabras de vida eterna; una lanza cruel me hizo conocer que ya estaba separada de su divino cuerpo el alma santa que le animaba, pero.... quedaban aun para mi consuelo los restos de su mortalidad. ¡Hijo mio! yo te tuve en mis brazos, yo te abrigué en mi seno, yo te besaba tus llagas y me consolaba con tus mismas heridas, pero una losa pesada me ha separado de tí, un sepulcro me ha privado de tu presencia, ya no veo aquellas manos pródigas en hacer bien á los hombres, aquellos ojos atentos siempre á las necesidades de los

hombres, aquella boca manantial de doctrina para la salud de los hombres, aquellos pies veloces para correr y pasar por todas partes haciendo bien á los hombres..... *Quæsiui... et non inveni. Filia Jerusalem nuntiate dilecto quia amore langueo. No puedo resistir al impulso de mi amor, yo no puedo vivir sin el amado de mi alma.*

No podemos negar que María Santísima estuvo perfectamente instruida en los arcanos de nuestra redencion, que sabía perfectamente que convenia que Jesucristo padeciese para que así pudiésemos entrar en el reino de los cielos, que vino al mundo para satisfacer por los hombres y á ofrecerse víctima, hostia y sacrificio por los hombres. Este conocimiento y consideracion parece que debería aliviar algun tanto su dolor y mitigar su pena viendo aunque á tanta costa consumada la obra de la redencion de los hombres. Pero esto es cabalmente lo que hace mas sensible y amarga su soledad. Contempla aquella sangre inocente derramada sin fruto y despreciada de tantas bárbaras naciones que habian de rehusar abrazar la religion de salud y de vida; hollada de tantos cristianos que olvidarian el cuantioso precio de su rescate. Yo, no pudo menos de decir con la mayor amargura de su corazon, yo esperaba ver al mundo convertido, renovadas las costumbres, desterrados los vicios, la gloria en los cielos y la paz á los hombres

en la tierra, pero veo á tantos hombres ciegos y guias de otros ciegos obstinados en su error; á tantos que abandonando las fuentes de aguas vivas y cristalinas se han hecho, para beber, cisternas de aguas corrompidas y pantanosas; y si mis enemigos hablasen contra mí, si los que me niegan y desconocen me maldijesen lo llevaría con paciencia, pero veo también á aquellos que han comido á mi mesa, amigos míos y conocidos míos, veo á los hijos de mi misma Madre la Iglesia, reengendrados con las aguas del bautismo, admitidos al redil del Pastor divino y apacentados con sus santos sacramentos, les veo crucificar de nuevo á mi hijo, y atravesar sin cansarse nunca mi corazón. *Filii Matris meæ pugnauerunt contra me.*

Sí, amados míos, en aquellos momentos del desamparo y soledad de la Madre de Dios, cubrieron su alma de la oscura nube de tormentos la traicion de Júdas, la negacion de Pedro, la perfidia de los judios, la rabiosa envidia de los fariseos, y tantas ofensas como habian cometido y habian de cometer los hombres contra aquel Dios que acababa de sacrificarse por ellos; tantos pecados que habian de cometerse por risa, por diversion y sin remordimiento. Allí atormentaban á su alma tantas irrisiones y mofas como habian de reproducirse contra Jesus en su Iglesia, en su doctrina y en sus ministros; tantos tormentos como habian de des-

cargarse contra los discípulos fieles y tantas persecuciones contra todo el que confesase y creyese en Jesus. Allí atormentaba á su alma ese libertinaje y licencia desenfrenada de pensar y manifestar hasta con arrogancia y descaro los pensamientos tan comun y decantada en nuestro siglo y que desgraciadamente halla tantos sectarios cuando no se detiene en negar los dogmas de una religion que el impío no entiende ó no quiere entender porque condena su maldad, en poner en ridiculo sus ceremonias sagradas, en destruir su disciplina, en mofarse de sus ministros y su culto. Allí atormentaba su corazon esa filosofía incrédula que declara la guerra y disputa su poder al mismo Dios, que separa y rompe los vínculos sagrados del Padre con sus hijos, de los esposos con sus consortes, esa filosofía engendradora de guerras que para complemento de su perversidad destruye toda la moral y toda sociedad haciendo comun el fin del hombre y el fin de los jumentos. Allí veia esas lenguas, que por desgracia hemos oido tan repetidas veces, tan aguzadas para hablar el mal, y dispuestas para hacer morir al inocente; veia á tantos monstruos cuya garganta es un sepulcro abierto, revuelven su lengua con dolo, corre el veneno de los áspides debajo de sus lábios, está su boca llena de maldicion y de hiel, sus pies son veloces para correr á los homicidios y á las escenas san-

grientas, no conocen el camino de la paz. Allí sentía con el mas profundo dolor que sus mismos hijos y hermanos peleaban contra ella y que no eran discípulos verdaderos del divino Maestro que dió por señal para conocerlos el que se amasen mutuamente, y enseñó que ni la fe que traspasa los montes, ni la distribución de toda la hacienda á los pobres, ni las penitencias mas rigurosas, ni el martirio mismo es nada si falta la caridad. Veía á tantos secuaces del discípulo traidor seducir y entregar al enemigo con un ósculo de paz á los inocentes y sencillos.

Sentía esas emulaciones que no son para obrarlo mejor sino gérmen de tantas discordias, de tantos pleitos, y de aquel desórden con que cada uno busca y antepone su bien particular á la causa de su religion y de su Cristo. Veía en toda edad y en todo sexo la corrupcion general de las costumbres, veía..... Me haria demasiado molesto, hermanos mios, si hubiera de recordar tantas abominaciones cometidas y que habian de cometerlos hombres ingratos á su Redentor como se presentaron en su soledad al alma aflijida de María y atormentaron su corazon. *Quæsivi... et non inveni.* Busca al amado de su alma en el calvario, le busca en la cruz y en el sepulcro, le busca entre sus amigos y conocidos, pregunta por él á sus mismos hijos y discípulos y en ninguna parte le halla

cómo no la ha de ser sensible su soledad! Nada es comparable con este dolor, nada penetró tanto su corazón como esta pérdida de su hijo. Le busca, pregunta con la mayor ansia por él y no pudiendo sufrir una ausencia tan penosa desfallece por la fuerza y vehemencia de su amor. *Filiæ Jerusalem nuntiate Dilecto quia amore langueo.*

¿Son estos nuestros suspiros, es semejante nuestra ansia por buscar á Jesus en la horrible soledad en que vivimos despues de haber sepultado á nuestra alma en la culpa? ¿En ese terrible desamparo en que vivimos dejando á nuestra alma sin su Dios por el pecado? ¿En esa pérdida tanto mayor y mas temible que la de María, cuanto que no es Dios el que nos ha dejado, sino que nosotros somos los que hemos dejado á Dios? Preguntamos por él ardiendo en deseos de volver á él cuanto antes? ¿Buscamos al Señor por medio de la meditacion, le llamamos por la oracion, por la leccion de los libros santos, dejamos el lecho de nuestros vicios y salimos por las calles á encontrarnos con los guardas de la ciudad, los doctores y ministros de la Iglesia, quienes nos muestren la morada de Jesus reprendiéndonos nuestras costumbres, haciéndonos ver la fealdad de nuestros pecados y desórdenes? ¿Admitimos con gusto la palabra de Dios, que nos anuncian, y en que nos increpan nuestra mala vida, nuestros afectos y pasiones, las enfermedades que afligen

á nuestra alma? ¿nos dejamos herir de sus exhortaciones y dejamos persuadidos de ellas el velo de la simulacion, de la ignorancia, del olvido, la vestidura de la soberbia, de la presuncion, de la vanagloria? ¿Oímos con gusto á los que nos descubren nuestra miseria y nos hacen ver el estado de soledad de nuestra conciencia? ¿Desfallecemos de amor luego que nos sentimos sin nuestro Dios? Y si no empezamos á arder en el fuego del divino Esposo, de aquel dulce amor y deseo de hallar al que da la vida y virtud á nuestras almas, ¿desfallecemos al menos del pudor de nuestros delitos, de la fealdad en que yace sumergida nuestra alma, desfallecemos de la penitencia y maceramos nuestras carnes por el temor del juicio? ¿Nos apresuramos á venir á dejar nuestra vestidura de iniquidad al tribunal de la penitencia, especialmente en este tiempo santo en que la Iglesia nos llama, y con las lágrimas de una madre cariñosa y desairada nos convida con la indulgencia y el olvido, y nos hace sentar á su mesa á participar del pan de los ángeles y á beber la sangre del cordero que quita los pecados del mundo? ¿Preguntamos con sinceros deseos á los ministros de Jesucristo por el amado de nuestras almas?

Si comprendiesemos el estado lamentable de nuestra alma en la culpa, si viésemos el horror en que yace luego que ausentándose de ella el divino Jesus por cometer el pecado, queda hecha mansion

de los demonios, podriamos vivir tranquilos, divertidos y sin pena, diciendo con estupidez, *peccavi, et quid mihi accidit triste?* Conozcámoslo y contéplémoslo alguna vez, hermanos míos, y siendo vigilantes como Maria, seamos solícitos en aprovechar el tiempo de propiciacion y de salud, busquemos de la boca de los ministros del Crucificado la inteligencia de la ley del Señor para guardarla con todo nuestro corazon. Separémonos de todo viento de doctrina contraria á la que enseñó Jesucristo desde la cátedra de la cruz. Suspiremos por buscar á Jesus muriendo al vicio, crucificando nuestros desórdenes y viviendo solamente por Jesucristo y para Jesucristo.

Hé aquí el único alivio y el consuelo que podemos dar á Maria Santísima en su soledad, esta es la única y mejor prueba que podemos dar á esa afligida Señora de que sentimos sus dolores, y con lo que podemos endulzar la amargura de su pena. ¡Que halle en nosotros al que busca en todas partes sin hallarle!

Los tormentos, los oprobios, la muerte cuanto la ingrata y bárbara crueldad de los hombres ejecutó en Jesus, todo lo sintió su Madre, pero nada traspasó tanto su corazon como la separacion y ausencia de su Hijo, de su Dios, del amado de su alma. *Nunciate dilecto quia amore langueo.* ¿Cómo podemos vivir nosotros tanto tiempo en nuestra

espantosa soledad? Vendrá tiempo en que me llamareis y nos oiré, y os dejaré morir en vuestro pecado. ¡Terrible amenaza del mismo Dios! Me llamareis, nos ha dicho tambien, y yo os responderé que ya están cerradas las puertas, que no os conozco... Pero, amados míos, bueno es el Señor y suave y accesible para todos los que le buscan, jamas deja de oír el deseo de los pobres, y siempre está pronto para recibir la preparacion de sus corazones. Luego busquemos al Señor mientras podemos hallarle; obremos el bien mientras nos dura la luz porque vendrá la noche y ya no podremos trabajar; llamémosle y nos responderá, busquémosle con sinceridad y le hallaremos.

Hermosa entre todas las mugeres ¿Cuál es el amado de tu alma y le buscaremos contigo? *O pulcherrima mulierum ¿qualis est Dilectus tuus et queremus eum tecum?* Haznos participantes de tu gracia, de tu amor, de tu cuidado para buscar contigo á Jesucristo. Dinos quien es el amado de tu alma, aparta de nosotros el velo de la ignorancia, y simulacion; haznos sensibles á su voz y su doctrina, haz que le busquemos contigo por los caminos de la mortificacion y penitencia, de la oracion y del retiro, del arrepentimiento y de un firme y verdadero propósito. Dinos quien es tu amado y le buscaremos contigo por la humildad y abatimiento, por la pobreza y abnegacion de nosotros mismos,

por la sólida y verdadera virtud. Le buscaremos contigo, no ya en medio de las delicias y placeres, en las diversiones y pasatiempos, sino en los caminos de la tribulación y las persecuciones, en la escuela de la cruz que es donde habita el amado de tu alma.

Fasciscullus myrrhæ dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur. Sea también para nosotros Jesús crucificado un hacecito de mirra que abriguemos siempre en nuestro pecho. No apartemos jamás de nuestra alma como esa divina Madre la amarga memoria de sus tribulaciones y de sus ásperos y duros tormentos. Jesús crucificado, muerto y cerrado en un sepulcro sea nuestro continuo alimento y nuestra meditacion de día y noche. En Jesús crucificado aprenderemos la verdadera ley, la verdadera senda y el camino seguro. Aquí aprenderemos á ser sufridos y á gloriarnos en los tormentos y contumelias que tuviésemos la dicha de padecer por Jesucristo; á perdonar y aun á rogar á Dios por nuestros enemigos, á estimar en nada los trabajos y tribulaciones de esta vida seguros de que no son condignos de la retribucion que nos ganó Jesucristo, aprenderemos á estimar solo á Jesús, á despreciarlo todo por seguir á Jesús, á negar nuestros oídos y nuestro corazón á toda doctrina que no dimane de la cruz y á morir crucificados con Jesucristo antes que abrazar otra ley que la

que nos dejó en su testamento y nos confirmó con su sangre el hombre Dios, *Fasciscullus myrrhæ dilectus meus mihi*.

Madre aflijida, con toda la sinceridad de nuestra alma nos resolvemos á buscar con vos solo á Jesus crucificado, á este esposo divino de nuestras almas y abrigarle siempre en nuestro corazon, favorecednos con vuestra compañía, recibid el consuelo que debe daros nuestra resolucion, el consuelo de nuestro arrepentimiento y nuestras lágrimas que nos hagan dignos de acompañaros en vuestra soledad y despues en la alegría de la resurreccion. Amen.

F. L. G.

SERMON SEGUNDO DE LA SOLEDAD DE MARIA SANTISIMA.

*Quæsi vi quem diligit anima mea, quæsi vi illum
et non inveni. Busqué al amado de mi alma, le
busqué y no le hallé. Cant. cap. 3. vers. 14.*

Tal fué la pena y dolor de la Madre de Jesus al perderle à la edad de doce años en la fiesta de Jerusalem, que al hallarle en el templo despues de tres dias no pudo menos de reconvenirle en cierto modo esponiéndole sus quejas amorosas y el grande pesar y angustia en que habia estado su alma.... *Ego et Pater tuus dolentes te quærebamus* (Luc. cap. 2.) ¿Cuál sería el dolor y la angustia de esta misma Madre al perder otra vez al mismo Jesus con otra pérdida mas cruel y sensible por todas sus circunstancias? ¿Cuando sus mismos ojos habian sido testigos de la escena trágica en que habia sido víctima de sus enemigos, cuando sus

oidos habian sido traspasados con los suspiros últimos de su hijo moribundo, cuando le habia visto espirar en el pátibulo de los infames y malhechores; cuando ella misma habia tenido en su regazo su cuerpo difunto, cerrado sus ojos y palpado sus llagas, cuando ya no la quedaba esperanza alguna de hallarle, porque en su presencia habia sido encerrado y sellado en un sepulcro y se habia cubierto el monumento con una pesada losa? ¿Cuál sería su pena y afliccion cuando despues de retirarse del monte Calvario se hallaba en su pobre albergue en las noches de espanto y confusion que siguieron al dia de la muerte del hombre Dios, buscando ya en vano al amado de su alma? ¿Cuál sería su dolor en su desamparo y soledad?

Este es, hermanos míos, el misterio inesplicable que habeis venido á contemplar, este es el misterio que mueve y afecta nuestro corazon en donde se hace mas perceptible que en nuestro entendimiento. Despues de haberos congregado en este templo, sumergido en un respetuoso silencio, interrumpido solo por los cánticos lúgubres y las lamentaciones de sus ministros, en este templo humedecido aun con las lágrimas que habeis derramado en este mismo dia al oír los trabajos de la muerte y pasion de Jesus y en que resuenan aun vuestros suspiros y sollozos; despues de veros postrosados ante esa imágen dolorosa de María Santí-

simas en su soledad: ¿Qué me queda que hacer para ponderaros su dolor mas que dejaros en vuestro silencio escuchando á vuestro corazon? ¿Qué podré yo decir, ni cómo sabré explicar lo que no sé ni acierto á entender, ni cómo ponderar unos sentimientos que distan tanto de nuestra comprension quanto dista Dios de los hombres, el cielo de la tierra, la madre de Jesus de todas las mugeres del mundo? Respetando y congratulándoos por vuestra devocion y piedad os diré solamente que no os contenteis con una contemplación esteril é infructuosa, que no os detengais en una compasión de las penas de María puramente mundana y carnal: pasad mas adelante, penetrad sus sentimientos, observad su conducta, escuchad y aprended las lecciones que os dá en su soledad. *Quæsi vi quem diligit anima mea, quæsi vi illum et non inveni.* María Santísima ha perdido á Jesus, ha perdido á su hijo, ha perdido á su Dios, al amado de su alma; y su primera diligencia, su única ocupación es buscarle, no puede vivir sin él, su ausencia es la causa de su mayor afliccion y dolor..... hermanos míos, acaso tambien vosotros habeis perdido á Jesus, estais acaso en la soledad y desamparo de vuestro Dios por el pecado con que le habeis arrojado de vuestras almas, pues aprended y aprendamos todos de María Santísima en su soledad á buscar á Jesus y el modo con que debemos buscarle.

Este será el objeto de mi discurso y ¡quiera el Señor que sea tambien el fruto saludable que saquemos de este rato consagrado á contemplar á la Madre de Jesus en su soledad! Vos Madre afligida interponed vuestros ruegos y vuestra poderosa intercesion para que el Señor nos conceda los auxilios y gracias que necesitamos, y que os pedimos humildemente diciéndoos *Ave María*.

Quæsi vi.....

El justo y el pecador pueden quedar desamparados y ausentes de su Dios, pero con diferencias muy notables y por unos medios muy opuestos. El justo busca á Dios y Dios algunas veces se aparta de él, y Dios busca al pecador y el pecador huye de su Dios y le abandona y desprecia. El justo sin perder la gracia y pureza de su alma experimenta á las veces el tédio y desabrimiento en sus buenas obras, la frialdad y falta de afectos en su oracion, los trabajos, las contradicciones, las miserias y todas las penalidades; y el mismo Señor que llama y busca al pecador por todas partes, que llena sus manos de la abundancia y parece que bendice todas sus empresas, por un consejo adorable de su providencia se ausenta muchas veces y se hace sordo á los gemidos del justo que le invoca; y como que se complace en abandonarle á su dolor sin darle á gustar los consuelos de su

amistad y su gracia. El pecador despues de una guerra continúa y de unos esfuerzos violentos para acallar la voz de su Dios que le llama, que le repréndele, que le obliga tambien con beneficios y favores se decide á desconocerle y volverle la espalda y á vivir en cuanto pueda tranquilo en el pecado; ausente y enemigo de su Dios. El miserable pecador no siente ni llora la pérdida de su Dios, y se alegra de la soledad espantosa de su alma, y el justo siente la ausencia y desvío de su Dios mas que todos los males. Conoce muy bien un alma justa que nada es comparable con la ausencia y desamparo del Señor; que cuando Dios anima y fortalece, ni los infortunios, ni las persecuciones, ni la pobreza, ni los tormentos, ni la muerte asustan ni acobardan, y que todo lo pueden con la gracia del Señor que los conforta, pero saben tambien que de nada son capaces sin la ayuda y presencia de su Dios. Ved aquí lo que hacia amargo y cruel el dolor de María Santísima en su soledad, la ausencia de su Dios, tanto mas afflictiva y penosa para María cuanto su conocimiento y esperiencia de lo mucho que vale la ayuda y presencia de Dios era superior al de todos los justos. No siente tanto el padecer como el padecer sola, no tanto su aciaga situacion como la pérdida de su hijo. Ved aquí por qué busca con tanta ansia y pregunta sin cesar por el amado de

su alma. *Quæsiui quem diligit anima.* El infeliz pecador se jacta de no echar de menos á su Dios, y corre en pos del mundo sin querer entender que de nada sirven los placeres y riquezas, la salud y las diversiones, los bienes y regalos todos si le falta la gracia y amistad de su Dios; su situacion es tanto mas sensible y lamentable cuanto que ni conoce, ni llora, ni siente su desgracia, ni procura salir de ella. El justo tiene necesidad de buscar á su Dios, y el pecador la tiene tanto mas urgente cuanto es mayor su mal y mas irremediable su daño; ni el pecador ni el justo pueden ser dichosos ni tener tranquilidad sin hallar y poseer á su Dios, pues aprendamos todos á buscarle.==

Es verdad que el Señor está pronto á todos los que le llaman, que es bueno para todos los que le buscan y que oye la voz y atiende al deseo y la disposicion del ánimo de todos los que le invocan; pero tambien es verdad que hay un tiempo para buscar al Señor y que pasado este se le buscará en vano. Sin embargo de la bondad del Señor y su misericordia infinita buscareis al Señor y quedareis frustrados dice el P. san Bernardo (Serm. 75 in Cant.) si no le buscais *quando conviene, como conviene y donde conviene.* Hé aqui el modo de buscar al Señor para hallarle. Es preciso buscarle *quando conviene.* Solamente en esta vida, mientras vivimos en este mundo podemos buscar al Señor, este es el

día grande que nos concede para trabajar, y en llegando la noche de la muerte no podremos emprender obra alguna. Todo el tiempo de esta vida es tiempo de misericordia. Se obró la redencion en medio de la tierra para que beban todos los pecadores de la sangre derramada, pero esta sangre que regó y empapó la tierra, que reconcilió y unió al cielo con la tierra no penetró hasta el infierno; en vano será buscar ni esperar la amistad y compañía de Dios entre los ardores y tormentos eternos; no hay redencion en aquel lugar, no hay perdon para el que muere en pecado; no se vuelven á abrir las puertas que se cierran; Jesucristo ha muerto una vez, ha sido crucificado una vez y ya no vuelve á morir, murió por todos los pecadores, y no morirá por los condenados. ¿Luego solo y todo el tiempo de esta vida es á proposito para buscar al Señor? ¿Con que todo el tiempo que nos dura vivir en este mundo es tiempo aceptable de propiciacion y de salud? ¿Con que en cualquiera dia que busquemos ó llamemos al Señor le hallaremos y nos recibirá? Así es, hermanos míos, sea el que fuere nuestro estado y condicion, por grandes que sean las ofensas que hayamos cometido contra Dios, por mas que hayamos huido de su presencia, por alto que sea el muro de division que hayamos interpuesto entre Dios y nuestra alma, mientras vivimos en este mundo podemos hallar al Señor, nada

hay imperdonable en esta vida, nada hay que nos estorbe buscar al Señor y unirnos à él, toda nuestra vida es tiempo de buscarle. ¡Doctrina consoladora, doctrina que aleja toda desesperacion y dà el aliento y la esperanza, doctrina de un Dios de paz, de mansedumbre y de misericordia! Pero.... ¿Cuál es nuestra temeridad y obcecación hermanos míos! ¿Porque el Señor sea bueno hemos de ser nosotros malos? Qué... ¿Porque el Señor nos reciba en todo tiempo hemos de descuidar el buscarle cuanto antes? ¿Tál será nuestra imprudencia y obcecación que queramos pasar toda la vida sin Dios huyendo y resistiendo á los llamamientos de Dios y destinemos nuestros últimos momentos, ó cuando mas los años de nuestra vejez para buscarle? Esta es sin embargo la consecuencia que saca el mundo de la doctrina del Dios de paz y misericordia.

Enhorabuena, oímos decir comunmente con la mayor confianza y como si se hablase con toda la convicción que dà una verdad incontrastable, enhorabuena que se piense en Dios y en la eternidad cuando nos hallemos cerca del sepulcro, que en la vejez importuna y gastada gustemos de la virtud y negociemos nuestra salvacion; el mundo mismo nos rechazaría de sus alegrías, y nos negaría sus placeres, pero en la juventud no debemos sacrificarlos, justo es disfrutarla y entregar nuestro cora-

zon á los deleites y pasatiempos del mundo. Consecuencia no menos absurda que perjudicial doctrina opuesta enteramente al evangelio por mas que sea la doctrina de las conversaciones comunes de los teatros y de tantos libros inmorales con que se deprava la juventud ; doctrina que siguen las pasiones con gusto, y que recibe el corazon con avidez, pero doctrina diabólica, contraria á la razon y que solo puede producir frutos abundantes de corrupcion y de inmoralidad. Si solo mientras vivimos en este mundo podemos hallar al Señor, deberemos inferir con mas razon y mas provecho, busquémosle cuanto antes porque muriendo no podemos hallarle, busquémosle cuanto antes porque no sabemos cuándo hemos de morir, busquémosle cuanto antes porque no podemos contar con otro tiempo que con el presente, no con el pasado que no podemos volver á el, no con el que ha de venir porque no esta en nuestro arbitrio el prolongar un momento nuestra existencia; busquémosle, no en un tiempo incierto que no sabemos si se nos concederá, sino en el presente que el Señor nos concede, busquémosle á todas horas como María Santísima sin perdonar las del silencio y reposo de la noche, como le buscan los justos clamando sin cesar por su Dios, entregando su vida entera á su Dios, y sacrificándose al servicio de su Dios desde la primavera de sus dias.

Verdad es que el Señor sabe hacer grandes san-

tos de grandes pecadores, verdad es que en la vejez y despues de largas vidas licenciosas y mundanas hemos visto á muchos arrepentidos, edificantes y santos, pero vemos tambien que los jóvenes siguen por lo comun en su vejez los desvaríos y los malos caminos de su juventud, vemos tambien á muchos jóvenes morir en la mitad de su carrera y cuando menos lo esperaban. ¿Contamos nosotros con llegar á la vejez? Y cuando contemos de seguro con la vida ¿contamos con la gracia de Dios para arrepentirnos cuando el mundo se cansa de nosotros y nos escluya de sus concurrencias? En el órden regular de la providencia de Dios ¿nos haremos acreedores á sus gracias con una vida licenciosa y entregada al desenfreno de las pasiones? ¿Se apiadará el Señor de nosotros en los momentos últimos de nuestra vida por la sola razon de que en toda ella le hemos ofendido, despreciado y vuelto groseramente la espalda? Y cuando el Señor se apiadase de nosotros y nos diese sus gracias ¿no deberá ser mayor nuestra penitencia, nuestro pesar y nuestro sentimiento quanto mas hayamos tardado en unirnos á él y le hayamos ofendido? ¿Pues qué prudencia ni cordura es hacer un mal que acaso no podremos remediar, dejar pasar un tiempo sin saber si tendremos otro, y hacer lo que sabemos que despues hemos de sentir, llorar y arrepentirnos de haber hecho?

No seamos imprudentes y necios, no vivamos torpemente confiados, hermanos míos; no injuriemos á Dios poniendo límites al dominio que tiene sobre nosotros, no nos ha concedido el mundo, ni puede concedernos tiempo alguno, todo nos le concede Dios y Dios quiere que todo sea para él y todo le empleemos en su servicio; á todos nos llama igualmente y en todo tiempo; por iguales títulos le debemos la vejez y la juventud. Lo prudente, lo racional; lo que se conforma con la bondad y misericordia de Dios, es buscarle siempre y mucho mas desde el momento que tengamos la desgracia de perderle; buscarle sin cesar como los justos, y tanto mas que los justos cuanto tenemos mas necesidad de sus gracias y consuelos; buscarle sin treguas ni dilaciones, en el dia mismo que el Señor nos llama sin cerrar nuestros oídos á su voz, ni endurecer nuestros corazones á sus llamamientos, buscarle en el tiempo presente, único de que podemos disponer. Hé aqui como buscareis á Dios *cuando conviene*. Preciso es tambien para hallarle buscarle *como conviene*.

Convengo en que no habrá hombre alguno, especialmente entre los cristianos, que no busque alguna vez á su Dios, pero unos le buscan solamente en sus trabajos y aflicciones implorando los socorros y auxilios del Señor, de quien se olvidan con la mayor ingratitud en su prosperidad, en su

salud, cuando el Señor les ha favorecido y de nada necesitan. Otros por una especie de conciliacion inconcebible y repugnante quieren unir al mismo tiempo en su corazon á Dios con el mundo y alternan con serenidad entre los ejercicios piadosos y las concurrencias mundanas; asisten á los templos con devocion y á los espectáculos y fiestas con el mismo desahogo y tomándose las mismas licencias que los libertinos; oyen con gusto las lecturas y conversaciones santas, y no se retraen de tomar en sus manos libros perniciosos, ni de cooperar á las conversaciones poco honestas y poco caritativas, en un mismo dia tienen horas destinadas para buscar á Dios, llamarle y servirle, y horas para ofenderle. Otras almas hay que son constantes en seguir los caminos del Señor, que velan sobre sí y ponen todo el esmero posible en no apartarse de su Dios mientras Dios los ampara y favorece, mientras les conserva su salud, sus haciendas, su reputacion, sus destinos; que siguen á su Dios en la prosperidad y mientras no les cuesta ningun sacrificio, pero puestos á la prueba de la contradiccion, cuando Dios exige de ellos algun sacrificio; si se ven en la necesidad de perder la hacienda, el reposo, la comodidad ó de sufrir alguna pérdida temporal, por servir á Dios flaquean, se entibian, dudan y al fin ceden y se resuelven á perder á Dios antes que perder los bienes temporales.

rales. ¿Quiénes son pues los que buscan á Dios como deben buscarle?

No lo són, dice el Padre san Bernardo (ibid.), los que le buscan con frialdad, con negligencia y solo exterior y superficialmenté, sino los que le buscan de corazon y con un deseo ardiente sin perdonar medio ni fatiga alguna para hallarle. Jesucristo mismo nos dijo que no todos los que le llaman *Señor, Señor* entrarán en el reino de los cielos. Buscar y llamar á Dios cuando necesitamos sus socorros en nuestros males temporales es mas bien buscarnos á nosotros mismos que buscar á Dios; buscarle entre los vicios y sin abandonar los caminos del mundo y del pecado es buscarle solo exteriormente y sin deseo de hallarle; buscarle entre las comidas y regalos y abandonarle en la persecucion y los trabajos es vilipendiarle y venderle; preciso es buscarle con el ánsia que el ciervo sediento desea las aguas, buscarle, no por el temor, por la vergüenza, por los respetos humanos, por sola la esperanza de sus bienes sino principalmente por su amor uniéndose á él y no queriendo vivir sino en él y para él. El que ha de buscar á Dios, lejos de seguir sus propios deseos debe empezar por renunciarse á sí mismo, temerse y desconfiar de sí mismo, ponerse en guerra y en una continua vigilancia contra sus pasiones, temer la ira venidera del Señor, quien no se oirá

jamás á una alma malvada, ni habitará en un cuerpo sujeto al pecado, debe trabajar sin descanso por desarraigar sus malas costumbres, corregir sus afectos, y conformarse con el ejemplar de un Dios que se hizo hombre para enseñarnos y ser él mismo nuestro ejemplar.

Bien sé que para esto es necesaria la gracia del mismo Dios, y que no lo podemos conseguir por nosotros solos; ved aquí el móvil y la causa principal que debe obligarnos á buscar á Dios, no para lograr los bienes temporales que nada nos servirán aunque logremos todo el mundo, sino para alcanzar y conservar la gracia y amistad del mismo Dios. ¿Está vuestra alma sin su Dios? ¿Teméis el desamparo de Dios y os asombra y estremece el peligro de morir sin la gracia y amistad de Dios? Pues empezad á buscarle pidiéndole la luz para conoceros y enmendaros, la virtud para obrar, la sabiduría para acertar á reformaros, el don de la caridad para amarle, y aquel gozo con que solo se apetece á Dios, todo se abandona y desprecia por Dios y no se quiere otra cosa en el mundo sino á Dios.

No creais que intento llevaros por caminos difíciles, ni que os sea necesario para buscar á Dios de este modo vivir siempre en la soledad, en la mortificación, entre la tristeza y el llanto. Al contrario, hermanos míos, si hay alguna paz, si hay

algun gozo y consuelo verdadero en este mundo; si hay alguna alegría completa es la que experimentan las almas que buscan de veras á su Dios. *Lætetur cor quærentium Dominum*, dice el Real Profeta (Psal. 104 v. 3). Llénense de gozo y complacencia todos los que buscan al Señor. No, no se os exigen cosas imposibles ni extraordinarias para acobardaros y entristeceros. Entrad en vosotros, examinad vuestro corazón y si afortunadamente hallais que llevais con paciencia y sufrimiento los trabajos que Dios os envia; que seguís el camino de los mandamientos de su ley sin tropiezo, y que los cumplís con gusto, si veis que en vez de entibiaros adelantaís cada día mas en su servicio y es mayor vuestro fervor, y que lejos del tedio y repugnancia en las prácticas de la virtud y devoción hallais en ellas vuestra alegría y vuestros consuelos, conoceréis que buscáis á Dios *como conviene*.

No os tomeis, si no quereis, este trabajo, volved solo vuestra atención á esa afligida Madre, y si como ella buscáis á Dios con fervor, si todo lo olvidáis por buscarle y seguirle, si no le abandonáis en los trabajos acompañándole constantemente en el calvario y en la cruz, entre sus amigos y entre sus perseguidores, si os resignáis en todo con su voluntad, si os afligís por su pérdida y ausencia, y la sentís mas que todos los males, si solo deseáis vivir

en él, por él y para él, y preferís perder todos los bienes; todas las comodidades, sufrir todas las privaciones y padecer todos los tormentos antes que perderle, si le llamáis y buskais sin cesar desde el momento que falta de vuestra compañía, conoceréis y podeis gloriaros de que buskais á Dios como le buscan los justos *y como conviene buscarle.*

Contemplemos un momento mas á María Santísima en su soledad y desamparo y aprenderemos tambien á buscar á Dios *donde conviene.* Hé aqui hermanos míos, un error capital y el motivo principal de no hallar al Señor, el no buscarle donde debemos buscarle, el no buscarle donde está. "Mirad qué no os engañe alguno, nos dejó advertido el mismo Jesucristo (Marc. cap. 13) por-
 » que muchos vendrán en mi nombre diciendo
 » yo soy el Cristo, y arastrarán á muchos tras
 » de sí..... Si os dijere alguno vé, aquí está
 » Cristo, vé allí está, no le creáis porque se
 » levantarán falsos cristos y falsos profetas que
 » harán prodigios y portentos para engañar, si
 » fuera posible aun á los escogidos, vivid pues. pre-
 » venidos." Y en verdad, mis hermanos, que era necesaria toda la prevencion del Divino Maestro para no caer en los lazos y evitar la seducción. Pasaron los tiempos de una persecucion abierta y declarada al nombre de Cristo y no se tiene ya á honor y por un obsequio á Dios el perseguir y sacrificar á los

cristianos, pero dura aun el empeño de acabar en el mundo con el nombre de cristiano, duran aun y se aumentan cada dia las persecuciones encubiertas y disfrazadas con capa de celo y por lo mismo mucho mas terribles.

Los enemigos de Jesucristo son ahora domésticos, vienen á vosotros y se os acercan cubiertos con la piel della oveja y en su interior son lobos rapaces que han jurado destruir y devorar el rebaño del Pastor Divino, temen manifestarse á las claras por que serian conocidos y rechazados al momento, pero ponen en vuestras manos libros en que protestan ser cristianos, en que desean y claman por la pureza y reforma de la moral del Evangelio, siguen entretegiendo en ellos máximas atrevidas, mezclan los errores, y ponen casi sin advertirlos el veneno dorado con la amenidad de su language, continúan sus páginas inquietando y turbando el sosiego y la dulce calma de vuestra alma, y concluyen arrancándolos del corazón los sentimientos de la fé y la religion de vuestros padres, dejándoos en una indiferencia ó desprecio de toda creencia religiosa, y al fin, perdeis á Dios en donde creisteis hallarle. En sus conversaciones y trato os hablarán tambien con elogio de la humanidad, de la rectitud, la beneficencia, les oireis el mismo language de Jesucristo os tomarán de la mano y os conducirán ellos mismos á los hospitales, á las cárceles, á las casas de los ne-

cesitados. Vosotros mismos los vereis desprenderse con generosidad de sus bienes por socorrer á sus prógimos, pero guardaos, hermanos míos, guardaos; aprovecharán estos momentos favorables, observarán cuando han ganado vuestro afecto y logrado ascendiente en vuestro corazón... hé aquí, os dirán al tiempo mismo que alargan la limosna al pobre, hé aquí la única y verdadera religion. El Ser supremo no pide mas de sus criaturas, todas las demas prácticas y preceptos, todas las austeridades y privaciones que se nos dicen son invenciones supersticiosas de los que quieren vivir á costa de la credulidad de los pueblos. Dios no atiende á nuestras fragilidades, no se cuida de nuestras diversiones y desahogos, ni necesita enriquecerse con nuestros dones, ni... Oídlos, y vendrán al fin á dejaros sin sacramentos, sin templos, sin ministros, sin culto, sin Dios... No, hermanos míos os repito, no está aquí Jesucristo, huid de esas lecturas por halagüeñas que sean, evitad esas conversaciones, apartaos de esas compañías por mas agradables y accesibles, por mas caritativas y celosas que os parezcan, aunque sean personas respetables por sus destinos ó ministerios, aunque los vierais obrar prodigios, huid, no está allí Jesucristo, aunque un ángel baje del cielo y os anuncie, por un imposible otra doctrina que la del Evangelio, no le creais.

Hé aquí, hermanos míos, donde hallareis á Jesucristo, en su Evangelio, en su doctrina, en los caminos que él mismo nos dejó para buscarle. Preguntad por él á los ministros de Jesucristo puestos por él para conducirnos y gobernaros, ellos os darán á conocer la doctrina santa, de paz, de bienes, de conciliación, el camino verdadero que empieza y termina en Jesucristo. Os dirán que no busqueis al autor de la vida entre los muertos, entre los miserables contaminados con el error, entre el bullicio de los mundanos agitados de sus pasiones y vanos proyectos, entre los hombres de las calles y las plazas que viven y se alimentan del fraude, de la usura, de la rebelión.... os dirán que no le busqueis en las comidas y bebidas, en las diversiones y concurrencias, entre las liviandades ni en la satisfacción de los apetitos, os dirán que no hay otro camino que el que señala el Evangelio, el del calvario y de la cruz:

Fijad vuestra consideración en María Santísima, contad los pasos de su vida dirigidos todos por los caminos del Señor, y la vereis en la pobreza, en la humildad, en el retiro, en la oración, en los trabajos, la vereis seguir constantemente á su hijo sin abandonarle en las persecuciones, en los tormentos ni en el patíbulo, y que cuando la muerte la separa del amado de su alma, cuando el sepulcro oculta á su vista al hijo de sus entrañas, cuando pier-

de á su Dios, no por una pérdida criminal arrojándole de su alma y de su afecto por el pecado, sino porque Dios mismo se retira, se ausenta y quiere hacer apurar á esta alma bendita hasta las heces del caliz del dolor dejándola sin sus consuelos interiores, sin la fortaleza y los auxilios sensibles de su gracia, abandonada en cierto modo á sí misma y en la mas penosa soledad, le busca tambien sin cesar, *Quæsiui quem diligit anima mea*, le busca en la oracion, en la contemplacion, en el silencio, en la resignacion completa con la voluntad de Dios, alimenta su alma con la consideracion de los bienes celestiales, adora los misterios de la Providencia de Dios, que acaba de presenciar, penetra con su pensamiento los cielos abiertos ya y preparados para los justos, ama á su Dios, aunque siente que Dios se aleja de ella, *quæsiui quem diligit anima mea*.

Estos son los caminos por donde debemos buscar á Jesus, á Jesus que no se ha separado de nosotros sino que nosotros le hemos abandonado y perdido por la culpa, á Jesus á quien hemos ofendido é injuriado; estos son los caminos que nos enseñó María Santísima y que son los caminos rectos para hallarle, la oracion, la humildad, la mortificacion, el amor.

¿Hasta cuándo hemos de ser duros de corazon, hasta cuándo hemos de amar la vanidad y seguir la mentira? ¡Miserables hijos de los hombres que na-

ce mos en la tristeza y el llanto, vivimos en los trabajos, y morimos en el dolor! Hijos malvados que pasamos la vida añadiendo prevaricación á prevaricación! No nos entreguemos mas á la servidumbre de nuestros cuerpos para obedecer á la carne y satisfacer al vientre y á la gula; no mendiguemos mas por la tierra buscando en ella nuestros consuelos y nuestras satisfacciones; cuanto hay en ella es una sombra que pasa. No vivamos mas sin la gracia y amistad de Dios. Después de tantos años ¿qué hemos sacado de servir al pecado y al mundo? Acaso distamos ya muy poco del sepulcro y son muy cortos los dias, que nos faltan que vivir; aprovechémoslos, hermanos míos, para *buscar á Dios cuando conviene, como conviene y donde conviene.* La vida toda y miles de años que tuviéramos de vida empleados todos en el servicio de Dios no son condignos de la eterna retribucion que nos espera. ¿Por qué le hemos de negar unos cortos momentos que nos concede para darnos lugar á merecer las recompensas eternas?

No nos asuste ni defenga nuestra mala conciencia, ni el temor de haberle ofendido tantos años, ni la vergüenza de no poderle ofrecer sino una vida reprehensible llena de desvaríos y entregada toda al servicio de sus enemigos, podemos aun hablarle, aun tenemos tiempo, esforcémonos á romper cuanto antes las cadenas que nos amarran al

pecado; la ira y venganza de Dios no es como la ira y venganza de los hombres. "Si un esposo, nos dice por Jeremias (cap. 3 v. 1), repudiase á una mujer y separándose, ella se uniese á otro hombre ¿volvería jamás á admitirla á su compañía? ¿No se negaría siempre á unirse á una mujer prostituida y deshonrada? Pues tú pecador has divagado por todos los aires ilícitos, me has vuelto la espalda y te has unido con mis mismos enemigos, y sin embargo vuélvete á mí y yo te recibiré sin recordar jamás tus traiciones, ni echarte en cara tus alevosías." ¿Puedo yo explicar mejor sus sentimientos, su bondad y su misericordia? No, temamos pues su venganza, animémonos con la experiencia de su clemencia, no perdamos el tiempo en que debemos buscarle, y busquémosle como hemos visto que debemos buscarle, con el deseo, con la sinceridad, con la diligencia y el afecto que le buscó María Santísima. Busquémosle constantemente sin abandonarle en las persecuciones, ni dejarle por el temor de las pérdidas temporales, y busquémosle también donde debemos buscarle, en la compañía de los justos, en la escuela de su evangelio, en los caminos de su ley y sus ejemplos.

Nada más natural, hermanos míos, que convertir en sustancia propia aquello de que nos alimentamos. Si vuestras compañías son mundanas,

si vuestras ocupaciones y concurrencias son mundanas; si vuestras conversaciones y lecturas son mundanas, si los alimentais del estiercol, de la insipidez, vanidad y corrupcion del mundo, no podreis menos de ser tan inmundos, tan vanos, tan relajados, tan ciegos y tan abominables como el mundo. Probad y ved. Alimentaos de la divina palabra, haced que vuestras conversaciones sean del cielo, vuestras lecturas religiosas y santas; recordad à menudo la passion y la muerte del Señor y los dolores de su Madre, contemplad las delicias del cielo y las penas de los condenados, frecuentad los templos y asistid con devocion á los ejercicios y misterios que en ellas presencieis, acercaos algunas veces al año á recibir los Santos Sacramentos, alimentaos de las cosas santas y sercis tambien santos. Si asi buskais á Dios yo os aseguro que le hallareis; he dicho mal, él mismo os saldrá al encuentro, os saludará; se unirá con vosotros porque vais por sus caminos.

¡Qué dicha, hermanos míos, qué dicha hallar á Dios, estar unidos á Dios, estar en la amistad y gracia de Dios! ¡Qué dicha lograr no solo el perdón cuando merecíamos todo el rigor de sus castigos, sino tambien sus afectos, su amor! Si el Señor es bueno para los que le buscan, ¡cuál será su bondad para los que le hallan y poseen! ¡Cuántos consuelos, cuántas gracias, qué dones tan inesplica-

bles no infundirá en el alma de que toma posesion! ¡Qué estimacion, qué aprecio podrá hacer un alma que posee à su Dios y que empieza á gustar en el destierro las dulzuras y deleites de la patria de los bienes caducos y despreciables de la tierra! *Mihi autem adhærere Deo bonum est* (Psal. 72 v. 28). Ni quiero, dirá con el Profeta real, ni quiero, ni apetezco, ni suspiro por otros bienes que por estar unida á mi Dios... Todos mis cuidados, mis deseos, mis ansias y desvelos son el gozar continuamente y sentir su presencia. *Tibi dixit cor meum exquisivit te facies mea, faciem tuam Domine requiram.* (Psal. 26 v. 8). Si, el Señor la humilla, la prueba con enfermedades, persecuciones y trabajos, lo llevará todo con gusto con tal de gozar de la amistad de su Dios. *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi.* (2 Cor. cap. 12 v. 9). De aquí es que el alma feliz que ha experimentado una vez estos consuelos de su Dios nada teme mas que perderlos, nada siente tanto como el desvío de su Dios, nada halla tan amargo y cruel como la soledad y el desamparo de su alma, porque halla en ella un vacío que no puede llenar el mundo entero con todo cuanto tiene de halagüeño, un vacío y un deseo que solo Dios puede llenar y satisfacer.

Esta fué vuestra pena Madre afligida, este fué el grande dolor de vuestra soledad. *Quæsi vi quem*

diligit anima mea, quæsiui illum et non inveni.
 Buscásteis Señora al amado de vuestra alma en
 vuestra misma alma santa, única morada en don-
 de podiais hallarle en este mundo despues de los
 horrores del calvario, y ni aun en ella le hallásteis.
 No, jamás fuisteis infiel, lejos de mí esta impié-
 dad, no le abandonásteis ni conoció vuestra alma
 bendita el pecado, pero Dios quiso ausentarse de
 vos, suspender los favores y consuelos con que
 desde el principio os enriqueció abundantemente,
 y que gozásteis sin interrupcion, quiso ocultarse y
 suspender las gracias con que os habia fortalecido
 al pié de la cruz para haceros apurar hasta las he-
 ces del caliz de la amargura, para completar así
 vuestro doloroso martirio, y para que fuéseis tam-
 bien, así como nuestra Madre, nuestro ejemplar y
 aprendiésemos de vos los justos y los pecadores a
 buscar á Jesús. *Quæsiui quem diligit anima mea,
 quæsiui illum et non inveni.*

Por esta pena y dolor de vuestra alma alcan-
 zados del Señor, Madre y abogada nuestra; que
 nos dé su gracia para buscarle y para seguir cons-
 tantemente por los caminos de sus mandamientos,
 que nos conceda su amistad, que le hallemos y
 nos unamos á él en este mundo; y que como vos
 no le dejemos hasta gozarle también esentos del
 temor de perderlo y por una duracion sin fin en
 la gloria. Amen. = F. L. G. =

SERMON PARA EL DIA PRIMERO

DE PASCUA DE RESURRECCION.

Nolite expavescere; Jesum quæritis Nazarenum crucifixum: surrexit, non est hic. No os asustéis: Jesus Nazareno crucificado, á quien buscaís, ha resucitado, no está aquí. Marc. cap. 16 v. 6.

Pobres y desvalidos, enfermos y menesterosos, afligidos y penitentes, justos y pecadores, hombres todos, los que buscáis á Jesus Nazareno crucificado, no os asustéis ni temais; no está ya entre las afrentas é ignominias, entre los dolores y la muerte, no habita entre la oscuridad y lobreguez de un sepulcro, *ha resucitado: surrexit.*

Hermanos míos, no extrañéis que en este día de tanto regocijo, en este día en que resuenan los cánticos de alegría y la Iglesia se adorna con todas las señales de su triunfo, destierre yo de vosotros y de todo mortal el temor, valiéndome de las pala-

bras mismas con que el Angel del Señor, despues de haber revuelto la lápida del sepulcro de Jesus Nazareno, consoló á las mugeres que en la madrugada de este dia, segun nos refiere el Evangelio que acabais de oir, vinieron con aromas á visitar su sepulcro; porque sea la que fuere vuestra condicion y vuestro estado ¿qué consuelo ni qué nueva puedo daros mas satisfactoria y mas completa que deciros: Jesus Nazareno, el que fué crucificado, el que murió entre malhechores, ha vencido á todos sus enemigos, al infierno, al pecado y á la muerte: *ha resucitado*, como lo prometió.

Si, aqui estan comprendidos todos los consuelos, todas las grandezas, todos los tesoros de esa religion santa, de esa religion de paz, de esa religion tan sublime y bienhechora, obra toda del poder y sabiduria del mismo Dios; porque si Jesucristo no ha resucitado, en vano es nuestra predicacion y en vano es vuestra fé pero si es verdad que resucitó, no podemos menos de inferir que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, y si Jesucristo es Dios ni pudo engañarse ni engañarnos, y si no pudo engañarse ni engañarnos, cuanto nos dijo, cuanto nos enseñó, todos sus dogmas, su moral, el conjunto de esa religion adorable que nos ha dejado es obra divina.

Pues, hermanos míos, Jesus crucificado, nuestro Maestro, nuestro Doctor y nuestro Gefe ha resucitado realmente, y su resurreccion es el apoyo

de nuestra fé y el fundamento de todos nuestros consuelos y esperanzas. Así procuraré manifestaroslo en este rato.

Vuestra es, Señor, la causa que defiéndolo y espero me ayudeis con vuestros auxilios para hacerlo con el debido acierto y con provecho de mis oyentes. Se interesa vuestra gloria, porque justo es que sepan todas las gentes que sois el Señor Dios y que ninguno puede obrar vuestros prodigios y maravillas, ni conseguir vuestros triunfos. Dadme vuestra gracia que os pedimos por intercesion poderosa de vuestra Santísima Madre à quien felicitamos en este dia con las palabras de la Iglesia. Alegraos Reina del cielo porque el que ha nacido de vos ha resucitado. *Regina Cæli...*

Nolite expavescere.....

Esta generacion adúltera, decia Jesucristo à los Escribas y Fariseos, busca una señal, y no se le dará otra que la del Profeta Jonás, que así como estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así el hijo del hombre estará en el corazon de la tierra tres dias y tres noches. Deshaced este templo, les dijo el Señor hablando de su cuerpo, y al cabo de tres dias le reedificaré. Tan convencidos estaban los mismos judios que la resurreccion era la señal de la divinidad del Mesias, que insultándole en la cruz le decian que si era el Hijo de Dios ba-

jase de ella y créerian en él, y temerosos de qué resucitase como había prometido hicieron poner guardias sobre su sepulcro.

Toda la vida de Jesucristo había sido una prueba continua de su divinidad. Cuanto practicó desde su nacimiento hasta su muerte estaba anunciando por los Profetas, y todo tuvo su cumplimiento en Jesus. Cuantos milagros hizo, todas las maravillas que obró, todo anunciaba que era el enviado del Señor. El pueblo admirado de la santidad de su doctrina y de sus obras extraordinarias corría en pos de él y daba un testimonio público de que Jesus era el suspirado de las naciones. Los sordos, los mudos, los cojos, los tullidos y leprosos restituidos por su virtud á una salud completa, los muertos y sepultados vueltos á la vida confesaban y acreditaban que Jesus era el hijo de Dios vivo. Su muerte misma llena de valor y fortaleza manifestaba su divinidad, podrá sin embargo decirse que el hombre tiene virtud para sanar enfermos y obrar todos los prodigios, podrá decirse que puede morir con resignación y fortaleza, y que de todo tenemos ejemplos en Moises y los Profetas, pero podrá decirse jamás que un hombre tiene poder para resucitarse á sí mismo? Esta es obra exclusiva de Dios y que nadie ha hecho ni puede hacer sino Dios, y si Jesucristo la hizo, si Jesucristo resucitó, no fué puramente

un hombre, fué Dios. Veamos si Jesucristo resucitó y nada más tenemos que averiguar para conocer y confesar que es Dios.

Los enemigos de la religion de Jesus impugnaban principalmente el hecho de su resurreccion; los judios trataron de desmentirle y persuadir que los guardias que ellos habian puesto en el sepulcro se habian dormido y los discípulos habian robado el cuerpo de Jesus. Tanto les interesaba echar por tierra la verdad de este hecho, como que con esto solo destruian toda la nueva doctrina y concluian con la nueva religion: pero contra los esfuerzos de estos incrédulos é interesados tenemos un crecido número de testigos de todas clases que deponen de esta verdad. Jesus se aparece á las mugeres que van á visitar su sepulcro, las dice que avisen á sus apóstoles y discípulos, se aparece tambien á ellos, le ven, conversan, comen y beben con él, se convencen de que ha resucitado realmente, y aquellos apóstoles y discípulos que en los dias anteriores huyen llenos de temor á la vista de los enemigos de su Maestro y llegan al estremo de abandonarle y desconfiar de sus promesas, se declaran abiertamente por discípulos de Jesus, y apóstoles de su doctrina, se presentan impávidos en el mismo pueblo de Jerusalem, á la vista de sus enemigos y perseguidores y anuncian sin rodeos y con la mayor claridad: Que Jesus á quien

crucificaron los judíos y entregaron á Pilatos para condenarle ha resucitado. San Pedro tan débil en el pretorio confiesa á Jesus en medio de las plazas y las calles y convierte y bautiza por millares. Jesus ha resucitado decían los apóstoles, y convencidos de esta verdad abrazaban su doctrina hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, judíos y gentiles, sábios é ignorantes, personas de intereses, génios y caracteres encontrados y opuestos, y todos convienen en confesar y sostener la verdad de la resurrección de Jesus.

¿Qué importa que el infierno emplee todos sus esfuerzos, que los enemigos de la cruz quieran perpetuar su ignominia y aniquilar hasta el nombre de Jesus? ¿qué importan las amenazas, los castigos y suplicios mas crueles? Nada es capaz para contener ni amedrentar á los que publican la resurrección de Jesus, cada vez la anuncian con mas firmeza y valor, Jerusalem, la Judea, Roma, el mundo todo es corto recinto para contener el eco de sus voces y lejos de desistir y desdecirse á la vista de los tormentos, sellan con su misma sangre la verdad que anuncian; mueren con la mayor serenidad, se alegran y glorian de los suplicios, y se complacen en morir de un modo semejante á su Maestro, son arrastrados á los tribunales y desean mas bien ser condenados que absueltos. No es posible que tantos hombres de tan-

tos genios y de tantas inclinaciones se dejasen alucinar y creyesen una impostura, y lo es mucho menos el que sufriesen tantos tormentos y diesén su misma vida en defensa de un hecho de que no estuviesen convencidos. Tantos y tales testigos ni pueden engañarse, ni han podido proponerse el engañar, y el hecho que sostienen no puede menos de ser verdadero.

Los apolojistas de la religion pusieron en claro esta verdad contra los argumentos de los judios y gentiles y las calumnias de los sacerdotes y dificultades de los filósofos, y hoy mismo, hermanos míos; hoy mismo vive entre nosotros el testimonio de los primeros fieles que han trasmitido hasta nosotros y enseñado á celebrar con triunfo la verdad del misterio de la resurreccion de Jesus, que si hubiera sido una impostura se hubiera ya desvanecido como todas las demas, y lejos de ser asi se afianza y consolida con los siglos que trascurren. *Jesus ha resucitado.*

Hablo á un pueblo fiel y no tengo necesidad por lo tanto de estenderme en alegar pruebas y manifestar esta verdad; teneis la dicha, hermanos míos, de creerla por la fé, por el testimonio de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y de su Iglesia que os lo enseña; y solo me resta deciros que si Jesucristo resucitó, su resurreccion es el apoyo de nuestra fé, no puede menos de ser Dios

y con su resurreccion nos ha asegurado la divinidad de toda su doctrina.

¿Qué importa que la religion de Jesus nos mande creer misterios incomprensibles? ¿qué importa que no esté á nuestro alcance toda su sublimidad? ¿qué importa que el incrédulo quiera atterrarnos con cavilaciones, con discursos, con dificultades que nosotros no entendemos ni alcanzamos á responder? Jesucristo nuestro maestro no nos ha dejado espuestos á todo viento de doctrina ni al espíritu de disputa, en una sola palabra tenemos respondido á todos y á todo cuanto se nos oponga: *Surrexit. Ha resucitado*. El autor de religion que creemos, el que nos manda creer las verdades y misterios que nos revela el que ha fundado la Iglesia á que tenemos la dicha de pertenecer *Ha resucitado*. Es Dios, y cuanto nos dijo, cuanto nos enseñó, toda su religion es verdadera y divina, *Ha resucitado* y esto solo basta para satisfacer á todas las réplicas y dudas; con esto nos ha convencido del modo mas inequívoco de que es Dios, y nada mas tenemos que averiguar. El ha establecido sus ministros y su culto, ha fundado su Iglesia, ha puesto á sus apóstoles y sucesores para regirla y gobernarla, ha prometido estar con ella hasta la consumacion de los siglos y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... Dudas, ansiedades, temores, desconfianzas imposibles,

todo desaparece de nuestro entendimiento, porque el que así nos ha hablado *Resucitó*. Cuanto invente la impiedad, cuanto discurra la filosofía, cuanto apoye y defienda la pasión y el libertinaje, todos los testimonios y pretextos del hombre carnal y terreno, todos los deseos del ateo y del impío todo se desvanece, se disipa, se hunde á la voz irresistible y consoladora del Angel: *Surrexit. Ha resucitado*. Y ved como la resurrección de Jesus disipa todas las nieblas, disuelve todas las dudas, aclara todos los misterios y es el apoyo y fundamento sólido de nuestra fé.

Y lo es tambien de nuestros consuelos y esperanzas. Es verdad que si se limitaran á esta vida las esperanzas de los cristianos, seriamos los mas miserables de todos los hombres, nos impondriamos un yugo áspero é insoportable sin esperanza de recompensa, abrazariamos unas máximas repugnantes y contrarias á nuestras inclinaciones sin mas fruto que tener una vida triste y penosa, pero Jesucristo *Ha resucitado* y nos ha provisto de todo género de consuelos, de los consuelos inagotables de su religion adorable y sacrosanta, de una religion que tiene recompensas y una vida eterna y feliz para los suyos.

¡Qué tesoro tan abundante de consuelos! ¡Vida eternal! ¡vida de justas recompensas!... La pobreza, los infortunios y desgracias, la persecucion, los

tormentos, las enfermedades, la muerte ¿qué son á la vista de la recompensa que nos prepara la religion de Jesus. El hombre en sus miserias, en el estado deplorable de sus infortunios, postrado en el lecho del dolor, abandonado de los amigos, de los recursos, del mundo entero que le olvida en su desgracia, la religion, este don consolador disipa sus aflicciones y endulza sus amarguras. La muerte misma tan temible para el mundano la muerte de que detesta el impío porque la mira como la cesacion de sus gustos y satisfacciones ó el principio de sus eternas desdichas, que se daría por contento si fuese como desea, nada mas que el aniquilamiento de su ser, no solo no la teme el buen cristiano, sino que la desea con ansia porque levantando sus ojos á Jesus resucitado sabe y vé que la muerte ya no le despoja, sino que le enriquece, no le humilla sino que le ensalza, no le desfigura, sino que le comunica un resplandor y una luz infinitamente superior á su naturaleza, no le aniquila sino que le abre el paso para una vida de eternas delicias. ¿Qué importa que el justo esté oprimido, indigente y miserable en el mundo, y que el malvado triunfe lleno de orgullo y exaltacion? ¿Qué importa que el amante verdadero de su Dios esté sumido en la pobreza, los trabajos y desgracias y que los impíos y licenciosos naden en la prosperidad, en las riquezas y delicias?

¿Qué importa que veáis continuamente al piadoso y timorato oprimido de dolores y enfermedades al tiempo mismo que el libertino goza la salud y abunda en fuerzas para correr sin descanso en pos de sus vicios y de sus desvaríos? No os asustéis, Jesus ha resucitado y nos ha dicho que esta vida es caduca y perecedera, que todos sus bienes y deleites son efímeros y engañosos, que sus males son momentáneos, que desde los umbrales de la muerte empieza una vida eterna y en ella el juez de los vivos y los muertos dará à cada uno segun el mérito de sus obras. Que despues de esta vida hay otra en donde han de ser premiadas todas las virtudes y saciadas todas las esperanzas. Bien sé que el impío os dirá con un aire de triunfo que quién ha venido jamás del otro mundo para asegurarnos de su existencia y para decirnos lo que nos espera despues de la muerte: *Jesus ha resucitado*, decidles con el mayor consuelo y convencimiento *Jesus ha resucitado* y nos ha dicho que hay una vida inmortal despues de la muerte del cuerpo en que el vicio y la virtud han de ser juzgados en la balanza de la divina justicia. Mófense enhorabuena de nuestra credulidad, traténos de fátuos, de cobardes, de hombres miserables y seducidos, compadezcan nuestra ignorancia y debilidad como ellos dicen, blasfemen cuanto quieran, nosotros les diremos solamente que la resur-

reccion de Jesucristo nos pone á salvo de todos sus tiros y nos dà aliento para arrostrar los trabajos y miserias á título de participar las recompensas de su vida eterna.

Es verdad que para conseguir esta vida eterna, no basta el creer, sino que es necesario tambien cumplir los preceptos y practicar las virtudes que nos manda la religion del mismo Jesucristo, es menester imitar su ejemplo, tomar cada uno su cruz y seguir en pos de él por el camino del calvario. Dichosos, mil veces dichosos los que como las mugeres de quienes nos habla el Evangelio, empiezan à buscar á Jesucristo desde la madrugada, felices aquellos que aprovechando los primeros instantes de su razon, ofrecen las primicias del corazon à su Dios. Una paz inalterable para el resto de toda su vida es el fruto que sacan los que se acostumbran desde la juventud à llevar el yugo del Señor.

Jóvenes que me ois aprovechad estos primeros instantes, aprovechad la edad en que ahora os encontrais, no espereis para consagraros à Dios la edad de las pasiones y la primavera de los placeres, no el tiempo en que los negocios y ocupaciones de vuestro estado os pidan toda la atencion, no el tiempo de la vejez en que los achaques y dolencias os entretengan, ocupen y estorben, la virtud no tiene un momento mas favorable que el de la

juventud, el camino que lleva à la vida eterna, està lleno de obstáculos, es muy difícil, hay que superar dificultades sin número antes de llegar al término, y es necesario empezar muy temprano: pero ¿qué diré á los que habiendo llegado à la vejez no tienen que ofrecer á su Dios sino el escaso resto de sus dias y unas fuerzas débiles y cansadas? ¿Los diré que ya es tarde para empezar à servirle? ¿Los diré que habiendo vivido tantos años en un olvido total de la religion y sus obligaciones Dios no admite ya su penitencia ni el fruto tardío del sacrificio de sus últimos dias? No, hermanos míos, no os asusteis, consolaos todos los que buscáis à Jesucristo. *Jesus ha resucitado* y nos ha dicho que la misericordia de Dios es infinita, que aunque vuestros pecados no tengan número, aunque vuestros vicios hayan echado raíces profundísimas en vuestros corazones, un Dios mas poderoso en bondad que vosotros lo sois en malicia, tiene fuerzas para arrancarlas. *Jesus ha resucitado* y nos ha dicho que si hay premios para la inocencia y la virtud los hay tambien para el arrepentimiento y las lágrimas; que cuando al fin de la vida se le ofrece de veras todo el corazon al Señor, no reusa admitirle, que en cualquiera tiempo, en cualquiera dia, en cualquiera hora que el pecador le busque le oirá y recibirá á su amistad dándole parte en sus recompensas.

... ¿Qué motivos tan grandes de consuelo y alegría, hermanos míos! Justos y pecadores, jóvenes y ancianos, todos los que buscáis á Jesús crucificado no temáis, él es el origen y manantial de de todos los bienes, en él hallaréis el socorro en vuestras necesidades y la puerta franca que conduce á la vida eterna. Que teman los que se obstinan en apartarse de Jesús, en negar á Jesús en aborrecer su religion, en aniquilar y destruir su culto, que teman los que no quisieran oír su nombre para vivir en todo el desenfreno y la licencia á que los conduce su corrompido corazon, los que como las mugeres piadosas del Evangelio se preguntan con las mismas palabras, aunque en un sentido muy diverso: *quis resolvet nobis lapidem?* ¿Quién quitará de nuestra vista el estorbo de esa religion que nos aterra, de ese fanatismo que nos reprende, de esas observancias que deponen contra nosotros, de esos simulacros que tanto nos incomodan y que no podemos destruir? ¿Quién nos quitará de una vez esos censores inexorables que nos hacen aparecer al público como criminales y viciosos? ¿Quién desterrará de nosotros esa intolerancia y esclavitud y nos dejará libres para vivir segun nuestros deseos y apetitos? Que teman los que.... Pero ¡qué digo Dios mio! Hoy es el dia de vuestro triunfo, y de vuestro mismo sepulcro sale la voz que prohibe temer. Todo el tiempo de la vida

es tiempo de buscar á Jesus, los hombres todos pueden buscarle, Jesus recibe aun á los mismos que le han crucificado. Dios mio que todos os busquemos, que todos volvamos con ansia hácia vos, que todos celebremos la Pascua en la paz de Jesucristo. Hé aqui, amados míos, lo que á todos y á cada uno nos toca hacer, buscar á Jesus.

Bien sé que nuestra debilidad, nuestra ignorancia, nuestra inclinacion casi invencible al pecado, nuestro enemigo comun que nunca descansa; nos presentan infinitas dificultades y nos amarran fuertemente al pecado: pero no temais, la religion del que ha resucitado nos enseña que el desaliento es el mayor de todos escollos, que nunca es lícito mirar atrás porque quede todavía mucho camino, ni renunciar á la corona porque sea difícil la conquista. Hé aqui el mayor obstáculo de las conversiones, obstáculo que los pecadores tienen ahora presente mas que en todo el resto del año: hay muchos que quieren romper con el pecado, mudar de vida y convertirse, pero encuentran tantas dificultades, son tan estrechos los lazos, tan fuertes las ocasiones, las pasiones y costumbres que parece imposible vencerlas; esta es la piedra grande que les cierra la entrada y estorba el paso para buscar á Jesus. Hermanos míos no temais, no cedais á la pusilanimidad ni á la indolencia no os abandonéis á la frialdad y al desaliento. Si con motivo de esta fiesta

y cumplimiento pascual habeis dado los primeros pasos para buscar á Jesucristo, no se entibie vuestro fervor; ya que habeis tenido valor para venir al tribunal de la penitencia en estos dias, no olvideis las promesas y las resoluciones que habeis depositado en el seno del sacerdote. Tened firmeza para llevarlas adelante y vereis con que facilidad se allanan todas las dificultades.

Es verdad que la conversion es cosa dura, que no se arrancan sin violencia los objetos de las pasiones, que son costosos los sacrificios que Dios nos pide, pero estos mismos sacrificios tienen tambien sus consuelos, una victoria es el camino para otra, cada paso que dais hácia Dios es un nuevo derecho á los socorros y auxilios que promete á todos los que le buscan, no me cansaré de deciros que no os asusteis, si hasta este momento habeis estado en los sepulcros del pecado, si vuestras inclinaciones os ligaban al pecado, si vuestras costumbres inveteradas son la piedra que os cierra la entrada á Jesus, y si un sueño aletargado os ha cerrado los ojos á la luz de la verdad y de la conveniencia, Jesus ha resucitado y este puede facilmente destruir todos estos obstáculos. El dia de la resurreccion es el que ha escogido el Señor para obrar milagros de esta naturaleza. Empecemos á apetecer ya las cosas del cielo y á trabajar con eficacia para llegar á la posesion de aquella vida eterna en que se correrà el

velo de nuestra fé, veremos á Dios cara á cara y
seràn satisfechas todas nuestras esperanzas con los
consuelos y felicidades de la gloria.

F. L. G.

SERMON DE RESURRECCION
PARA EL SEGUNDO DIA DE PASCUA.

Resurrexit propter justificationem nostram. Resucitó para nuestra justificación. Roman. c. 4. v. 25.

Benditas sean vuestras almas, piadosos oyentes: benditas sean vuestras almas si habeis celebrado los misterios de nuestra redencion con el espíritu y fervor de los hijos de la gracia. Benditos sean los que se glorían con el Apostol de las gentes en la ignominia de la cruz, los que padecen, sufren y llevan con paciencia los trabajos y adversidades de esta vida, y los que arrepentidos y contritos se disponen para asistir á la mesa á que los convida la bondad inmensa de nuestro Dios: porque el cielo los llena de gozo en estos dias de alegría, de gloria y de magnificencia en todo el pueblo cristiano. Ha resucitado glorioso nuestro amable Redentor: ha resucitado nuestro buen Je-

sus, y ya no es un Dios desconocido, deshonrado y herido por la mano del Omnipotente, sino un Dios fuerte; grande y poderoso, que ha triunfado del pecado, que ha vencido á la muerte, y abierto las puertas de la gloria á los hombres todos. Ha resucitado el hombre Dios que murió tan atribulado en el calvario, y ya se acabó la iniquidad, se cerró el infierno y se destruyó su imperio como lo predijo Daniel. Resucitó Jesucristo, no aparentemente como Samuel á la voz de la Pitonisa, sino real y verdaderamente como lo confiesan los soldados y judíos que guardaban su sepulcro, como lo anunciaron los ángeles, como lo aseguran mil y mil apóstoles y discípulos que defendieron con su sangre esta verdad, y como lo celebra la Iglesia santa con cánticos de regocijo y sagradas alabanzas. Resucitó en fin glorioso y resplandeciente el hijo del Altísimo y para que nuestro gozo sea completo, resucitó por nuestra justificación segun san Pablo. *Resurrexit propter justificationem nostram.*

¡Qué consuelo este para los fieles, católicos! Nuestro Jesus divino clavó en la cruz nuestros pecados dejándonos redimidos; y hoy hace por nosotros mucho mas que lo que podíamos esperar. Se aparece á los discípulos que iban al castillo de Emaus como lo dice el Evangelio de este día: los instruye, confirma y radica en la fe explicándoles las Santas Escrituras, los dispone para que coman

el pan que bendijo y les partió en el acto de darse á conocer por su divino Maestro, y aquí teneis lo que hace por vosotros para que seais ángeles en la tierra. ¿No se os ha instruido en su nombre para que recibais dignamente el Santísimo Sacramento del Altar, y seais con él una misma cosa con Jesucristo? ¿Ha podido hacer nuestra Madre la Iglesia mas que lo que ha hecho para que os presentéis con decencia á recibir el sagrado manjar con que debeis alimentar vuestras almas en estos dias? No. Jamás tendrá razon el pecador para decir que en su condenacion ha tenido la menor parte el Dios de bondad que tan solícito se muestra para salvarlo y hacerlo feliz en la gloria eterna. Abiertos tiene los manantiales de la gracia en los sacramentos que nos sanan y justifican. Puesta tiene la mesa en que se le ofrece la comida que puede fortalecerlo en la peregrinacion de esta vida como el pan subcinericio confortó á Elias hasta el monte de Dios Oreb. ¿Por qué no se vale de estos medios que le dejó Jesucristo para sanarlo, instruirlo y alimentarlo con su mismo cuerpo glorioso? ¿Es acaso porque no halla gusto y placer en las cosas santas y divinas? ¿Es porque demasiado adherido á las carnales y terrenas se complace en ellas como los animales inmundos que no tienen inteligencia? Pues para que entienda las terribles consecuencias de tan desacordada conducta, y evite la

profanacion de nuestros misterios sacrosantos, yo que he demostrado los bienes inmensos de una buena confesion como preparacion necesaria, útil y conveniente para comulgar como lo manda la Iglesia, manifestaré en este sencillo discurso "que los pecadores que comulgan sin las debidas disposiciones vuelven á crucificar á Jesucristo con unas circunstancias mas odiosas que en el calvario, haciéndose mas criminales que los judios que le enclavaron en la cruz." Ojalá que ninguno de vosotros sea comprendido entre los sacrilegos de que voy á ocuparme, y que si se halla algun Júdas profanador de la eucaristia mire á Jesus resucitado para su justificacion y se convierta. Estos son mis deseos.

Virgen adorable: Ahora si que os saludamos alegre, contenta y regocijada. Hoy si que os decimos con la Iglesia santa=*Regina cæli lætare alleluia.*=Reina del cielo alégrate porque ha resucitado tu precioso hijo. Todos, Señora, estamos de enhorabuena: todos nos tenemos por dichosos y felices en alabaros, en bendeciros, en saludaros llena de gracia diciéndoos con el Angel AVE MARIA.

Resurrexit propter justificationem nostram.

Si nuestro Señor Jesucristo padeció, murió y resucitó fué para que fuesen los cristianos aquella

gente santa, aquel real sacerdocio y aquel pueblo de adquisicion de que nos habla el príncipe de los apóstoles. Fué para que mirando á la piedra de que hemos sido cortados nos decidamos á sufrir y padecer, á sepultar nuestros pecados en el sacramento de la penitencia, y á esperar la dicha y ventura que se concede á los hijos de la gracia en el Santísimo Sacramento del Altar. ¡Ah! Si nosotros siguiésemos fieles las doctrinas, ejemplos y enseñanzas de nuestro Divino Maestro, sin recibir mas que las celestiales inspiraciones de arriba, como nos lo encarga el apóstol! Seríamos en este caso una misma cosa con Jesus, y no tendríamos que predicar mas que de perfeccion, de santidad y de virtud. Pero como el enemigo ha sembrado tanta cizafia en el campo del Señor y se vean por desgracia entre los fieles tantos profanadores de la sagrada Eucaristia: de aqui la necesidad de interrumpir los acentos de placer que se oyen en nuestras solemnidades para increpar, reprender y amenazar á los que tienen el atrevimiento de comulgar sin las debidas disposiciones. A estos diré yo con toda la energia del ministerio que ejerzo=Hombres de razon y de fé:

En la ley antigua castigaba Dios severamente á los que profanaban su santo nombre y adorable magestad. Los rayos y relámpagos que impedían á los Israelitas acercarse á la montaña en donde el

Señor daba su ley, la muerte y confusión eterna de mas de cincuenta mil Betsamitas que miraron con curiosidad el arca de la alianza: Heliodoro cubierto de llagas por haberse atrevido á entrar en el santuario de Jerusalem: la terrible y espantosa suerte de los Antiocos, Baltasares, y Alcimos profanadores del templo santo y la ignominiosa destruccion del ídolo de Dagon á vista de la misteriosa arca, son rayos bien páteticos del celo con que miraba Dios por su culto y religion en aquel tiempo. Entonces se hacia respetar á fuego y sangre como el Dios terrible en su magestad: de este modo obligaba á los hombres á reconocerle y temerle como al Supremo Señor de todo lo criado. Pero en la ley de gracia... en esta ley de perfeccion y santidad en que se ven realizadas las figuras, cumplidas las profecías y abrogadas las ceremonias de aquella; son mucho mayores, mas asombrosos y mas terribles los castigos con que se vengán los delitos que se cometen contra aquel divino Señor sacramentado. Aunque ahora no salen torrentes de fuego de nuestros altares para abrasar á los profanadores sacrílegos aunque no caen rayos del cielo para esterminar á tantos temerarios é insolentes como se atreven á recibir indignamente el cuerpo santísimo de nuestro Salvador, y aunque no se abre la tierra para tragarlos vivos como á Coré Datan y Abiron, no por eso queda impune su delito, ni sus castigos

són menos terribles, menos ciertos, ni menos espantosos. Nuestro Dios no mudá el pan de vida eterna en hiel de aspiz para que despedace inmediatamente las entrañas del sacrilego, pero lo hiere con una maldición invisible: lo señala con un carácter de reprobacion abandonándolo á un réprobo sentido y se arma omnipotentemente contra los que comulgando sin las debidas disposiçiones lo vuelven á crucificar con unas circunstancias mucho mas odiosas que en el calvario.

Porque si los Judios, como lo dice san Pablo, hubieran conocido al Señor de la gloria, no lo hubieran crucificado. Sus ultrages se dirijian al hijo de José y de Maria: á un hombre á quien tenian por impostor, por perturbador del reposo público y por enemigo de Moyses y de su ley. Cuando pedian su muerte, creian que glorificaban á Dios y que vengaban los intereses de su culto. Es verdad que su ignorancia no los disculpaba á la vista de los prodigios, de la doctrina y santidad de Jesucristo; pero al fin lo desconocieron y cuando lo crucificaron no sabian lo que se hacian. Pero los cristianos que comulgan con conciencia de pecado mortal lo conocen, los sagrados velos con que está cubierto no le ocultan á la perspicacia de su fé: saben muy bien que es el Señor de la gloria, el hijo del Altísimo, el esplendor del Padre y el Salvador del mundo, y con este conocimiento se atreven á encarcelarlo en

un pecho dominado de demonios para que espire en él como en una cruz mucho mas ignominiosa que la del calvario. Muchos de los que crucificaron á Jesucristo recibieron su fè, espionaron sus culpas con la penitencia, fueron inundados con la gracia de los sacramentos y son gloriosos trofeos de la pasion y resurreccion de nuestro Redentor. Pero los cristianos que comulgan sin las debidas disposiciones viven voluntariamente en su infidelidad práctica, rechazan la amistad del que los ha salvado, asisten á la mesa celestial para burlarse desdeñosamente del pan de los ángeles que les ofrece la bondad inmensa de nuestro Jesus divino, y tan apenas podemos distinguirlos de los que hacen la corte á Lucifer declarado perpetuamente contra el Todo poderoso.

La culpa de los judios fué útil á los demas hombres. Derramaron una sangre que lavó nuestras manchas. Abrieron un costado del que nació la Iglesia de las naciones. Dieron la muerte á un justo cuyo sepulcro fué glorioso, y en que quedó vencida la misma muerte. En una palabra, esta fué una de aquellas felices culpas que sirvió para consumir la obra de nuestra redencion y sin la que no tendríamos la dicha de solemnizar la resurreccion gloriosa del Dios que nos reúne hoy en este santo templo.

Pero cuando los pecadores de estos tiempos lle-

gan al altar à crucificar de nuevo á Jesucristo... cuando van á hacerse culpables de su cuerpo y de su sangre recibiendo los indignamente, y cuando van á consumir el delito más atroz que se conoce... ¿qué utilidades? ¡Dios mío! ¿qué utilidades saca el mundo de sus sacrilegios? Los males públicos, las enfermedades populares, las muertes repentinas, las calamidades y desgracias con que el Eterno suele afligirnos, estos, estos son, dice el apóstol, á los de Corinto, los grandes frutos de las comuniones indignas *ideo inter vos multi imbeciles, et infirmi, et dormiunt multi*. Y si así hablaba san Pablo en el fervor del cristianismo á una Iglesia que só compaña de profetas, de apóstoles, de doctores, y de fieles que habían recibido el don de hacer milagros y la efusion visible del Espíritu-Santo si así se explicaba en un tiempo en que cada uno derramaba su sangre por Jesucristo y en que la sagrada Eucaristia hacia mártires y no sacrilegos... ¿qué diria gran Dios! ¿qué diria en nuestro siglo de los que debiendo ser santos, puros é inmaculados somos lo que somos? ¿Qué diria de los que complaciéndose en buscar escosos que reprender en los ministros del santuario los ponderan, exageran, y publican para hacer odioso al sacerdocio, y acabar de este modo con la religion santa que nos dejó el vencedor del infierno, del pecado, y de la muerte? Y ¿qué diria, católicos, que diria un san Pablo en

una época como la nuestra en que se han tirado balazos á los predicadores, en que se ha derramado sangre sacerdotal con brutal fiereza, y en que los que predicamos no podemos pensar mas que en cárceles, en persecuciones, en destierros, en cadalsos, y en la muerte? Que..... religion santa ¿me dejas sin expresion? No lie de mencionar las abominaciones que nos hacen reos de lesa Magestad divina acercándonos á la mesa santa sin las vestiduras de la gracia? ¡Ay señores de mi alma! Corramos, corramos el velo á tan horroroso cuadro, y convengamos de una vez en que si el Señor manifiesta su justo enojo castigándonos con calamidades públicas, con enfermedades, con escaseces y temores de grandes males; y si experimentamos tan general corrupcion de costumbres en todos los estados, tan poca fidelidad en los matrimonios, tanta disolucion en la juventud, tantas usuras y fraudes en los contratos, tantas casas y familias arruinadas y tanto infierno en medio de la sociedad cristiana, no es otro el origen que el mal uso que se hace de aquel sagrado manjar que para nuestra felicidad se conserva en aquel augusto tabernáculo. Este desorden es la raiz de nuestros males, la causa de nuestras desgracias y lo que nos hace peores que á los judios que le enclavaron en la cruz. Estos al fin martirizaron á un hombre Dios sujeto á nuestras enfermedades, y aunque sin saberlo, complican, siendo

verdugos de Jesus, las órdenes del Altísimo: Pero los cristianos que comulgan en mal estado insultan á Jesucristo en el esplendor de su gloria, lo deshonran cuando su padre le da honor y atraen las maldiciones del Señor sobre la tierra.

Además que en la sagrada historia no se lee que los que crucificaron á Jesucristo fuesen del número de aquellos ciegos á quienes habia dado vista, de aquellos cojos y leprosos que habia curado, ó de aquellos muertos que habia resucitado. Estos si no le defendieron contra la violencia de sus enemigos, al menos no se hallaron envueltos entre sus verdugos: á lo menos no se les oyó clamar: "Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Quitálo de nuestra presencia, crucifícalo, crucifícalo." Si no fueron gloriosos confesores de su nombre, tampoco los confundió la ingratitud con los que le enclavaron. Pero el pecador que se atreve á comulgar indignamente, el cristiano que va á insultar á su Dios en su mismo trono, es un ciego á quien ha dado vista su Redentor, es un muerto á quien ha sacado su bondad del deplorable estado del pecado al de la gracia, es un pérfido que obliga al mismo Dios á quejarse de este modo: "Si un enemigo mio, dice, si un infiel, un pagano, un gentil ó un ateo que no me conoce me llenará de oprobios, blasfemará mi nombre y me insultará lo sufriré con paciencia. *Si inimicus meus*

maledixisset mihi sustinuissem utique: Pero un amigo mio, un discípulo de mi Evangelio y un cristiano que es carne de mi carne y hueso de mis huesos paga mis favores con ultrajes? Un español me escarnece, me crucifica, me niega, me entrega á Lucifer, y nada quiere conmigo.....? Un español...”

Pues rebeldes: ya que llegais á crucificarme en el altar profanando una sangre que mil veces ha lavado vuestras manchas, y pisais una carne que debía ser la prenda de vuestra inmortalidad, no esperéis que yo pida perdón á mi Padre por vosotros como lo pedí por los que me crucificaron en el calvario. Mi sangre regada al pie del tabernáculo pide venganza como la del justo Abel. Si no os humillais arrepentidos os confundiré como al ejército de Faraon: vuestra suerte será como la de Judas primer profanador de la eucaristia á quien seguís, y una desesperacion eterna será el fruto de vuestras comuniones indignas.

Este, católicos; este, u otro mas espresivo podrá ser el lenguaje que use Jesucristo con los que llenos de pecados se acercan á la sagrada comunión. Ello es que san Pablo dice terminantemente que el que *come y bebe indignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, come y bebe su propia condenación.* Los santos Padres dicen que cuando comulgan los cristianos en su pecado baja Jesus á la mo-

rada hedionda de su alma para verse en ella escarnecido de sus enemigos, para sufrir sus burlas é improperios, y para verlos ufanos y orgullosos con la posesion del que tanto padeció por rescatarlo y redimirlo. La Iglesia Santa cuántas veces nos dice que no comulgemos sin ir bien probados, humillados, arrepentidos y devotos? Con que católicos: ó creéis, ó no. Si creéis, confesad vuestros pecados pidiendo misericordia. Imitad á los discípulos de Emaus que enardecidos con las doctrinas de Jesus se hicieron dignos de recibir el pan que les bendijo y partió, dejándolos convenidos de su resurreccion, y jamás olvideis que el hijo del eterno Padre, después de padecer y morir por salvarnos, resucitó para nuestra justificacion. *Resurrexit propter justificationem nostram.*

Si nada creéis, ¿qué os hemos de predicar? Una sola cosa. Que la muerte viene avanzando con la órden de haceros entender que los que no creen, se condenarán. Si, señores: la muerte viene furiosa con la espada de la divina justicia, y ¡ay de los que no se hallen fortalecidos con el manjar vivificador que tenemos en el Santísimo Sacramento del altar! ¡Ay de los pecadores que despreciando los beneficios de la redencion no sepultan sus culpas en el sacramento de la penitencia para resucitar con Jesucristo y recibirlo glorioso en la sagrada comunión!

Dios mio: que ninguno de los que os veneramos

en este santo templo sea confundido. Por vuestra pasión, muerte y resurrección os pedimos que sea este sermón para los profanadores sacrílegos que comulgan indignamente lo que la voz de Jesús para los Nicodemos y Centuriones convertidos en santos por vuestra gracia. Que no haya uno que no engrandezca vuestras obras para que reconociendo vuestra bondad omnipotente os saluden todos tres veces Santo y os bendigan en esta vida y en la eterna que á todos deseo.

A. M.

SERMON DE RESURRECCION
PARA EL TERCER DIA DE PASCUA.

Stetit Jesus in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis: Ego sum nolite timere. Jesus se presentó en medio de ellos y los dijo: la paz sea con vosotros. Yo soy, no temais. Lac. cap. 24 v. 29.

La paz sea con vosotros: Ved aquí, amados míos, las palabras con que saludó Jesucristo á sus Apóstoles presentándose á ellos, despues de haber resucitado; las que muchas veces les habia repetido durante su vida y las mismas que yo debo dirigirlos en este santo tiempo de Pascua, porque la paz debe ser el fruto de la contemplacion de los misterios santos que se os han recordado en estos dias: la paz, don inseparable de una alma que se ha reconciliado y hecho amiga de su Dios; la paz, porque sin ella no puede haber bien ni consolacion alguna en este mundo. Asi nos lo enseña la fé,

y por eso nos lo recomendó tanto el que vino á traer la paz á la tierra y nos la compró á costa de sus tormentos, y así tambien nos lo manifiesta bien á las claras la experiencia.

Apenas se deja ver la rebelion entre el Criador y el primer hombre, quando este quedó ya privado de toda felicidad y sujeto á innumerables miserias: entra la discordia entre los dos primeros hermanos y llega la desgracia hasta causar el primer homicidio: falta la union de los hermanos de José, y ya no habita el gusto, la alegría ni el bien en la casa de Jacob. ¡Cuántas son las desgracias de la guerra de un reino! ¡Cuántos los males que se siguen de las discordias de un pueblo, de una familia, de una casa....! Las riquezas, las comodidades, la abundancia, nada sacia, nada satisface, todo molesta é incomoda si nos falta la paz. ¡A qué detenerme en probar una verdad que tenemos conocida á costa de infinitas desgracias? Pero no puedo disimularos que no toda la paz es paz de Jesucristo, que no toda paz dá la quietud y dulce consolacion á las almas. Me ocuparé en este rato en manifestaros qual es esta paz santa por que debéis anhelar, esta paz que quisiera dejar grabada en vuestras almas y como fruto de mi corta tarea.

Vos Señor que sois el que podeis, el que teneis en vuestras manos los corazones de los hombres,

el que con tantas instancias encargasteis la paz, que resucitasteis así como nacisteis para dar la paz á los hombres, que toda vuestra ley, vuestros mandamientos y consejos se ordenan á establecer la paz, dignaos poner el acierto en mis palabras para que dando á conocer vuestra paz á estos fieles que se reúnen hoy á celebrar con regocijo el triunfo de vuestra resurrección gloriosa, se resuelvan á afiliarse en las banderas de vuestra paz, á resucitar con vos á la vida de la paz, á conseguirla en este tiempo recibiendo dignamente los sacramentos que vos mismo establecisteis para reconciliarnos con Dios, y enriquecernos con el tesoro de vuestro santísimo cuerpo sacramentado. Todos os pedimos humildemente esta gracia por la intercesión de vuestra Madre, á quien saludamos con la Iglesia en este día, *Regina celi lætare, alleluja.*

Stetit Jesus.....

Hay paz que da Jesucristo, y hay paz que dà el mundo, *Os doy mi paz, os dejo mi paz, pero no os doy una paz como la que dà el mundo.* Hay paz que Jesucristo aprueba, *la paz sea con vosotros. Bienaventurados los pacíficos;* y hay paz que Jesucristo condena. *No viene á traer la paz sino la espada.* Hay paz del justo y hay paz del pecador. La paz que dà Jesucristo la que Jesucristo aprueba, y la que es paz del justo consiste en tener una

tranquilidad ordenada consigo mismo, y con sus prójimos; como enseña san Agustín. Para tener la paz de Jesucristo es menester empezar por sí mismo; sujetar sus pasiones, reprimir sus deseos, mortificar sus apetitos, arreglar sus gustos; es menester componer los movimientos del ánimo, sujetarlos á la razón, y vivir en perfecta submission al Señor; es necesario sujetarse á la ley de Dios en un todo y apartarse del pecado, porque el que obra mal dice el Espíritu-Santo no puede tener paz. No; no tiene paz el impío, dice el Profeta Isaías, ¿cómo podrá tenerla el que tiene guerra con el omnipotente, el que tiene desenvainada y pendiente sobre su cabeza la espada de la justicia de Dios, el que dentro de sí mismo está devorado con los crueles y repetidos remordimientos de su conciencia? ¿Quién resistió á Dios, dice Job, y tuvo paz?

Así como la paloma condujo en su boca al arco de Noé el ramo de oliva, símbolo de la paz, así el hombre que tiene la paz de Jesucristo debe llevarla no solo en sí mismo, sino también procurando darla y sembrarla entre todos, aquietando discordias, aconsejando la union, evitando disputas, sufriendo contradicciones, enseñándola con su ejemplo y enfermando con los enfermos, abrasándose de celo contra los que escandalizan, haciéndose judío con los judíos, gentil con los gentiles para ga-

narlos para Jesucristo, y deseando ser analema por sus hermanos como el Apostol. Por eso enseñó Jesucristo que serían bienaventurados los pacíficos y llamados hijos de Dios, porque deben ejercer el oficio que tuvo el hijo de Dios en el mundo. Este fué el Príncipe de la paz, este aquietó y reconcilió los hombres con Dios, á donde quiera que se hallaba siempre encargaba la paz, la paz daba al justo y al pecador, la paz fué lo que mas recomendó, lo primero que habló á sus apóstoles despues de resucitado, y la herencia que quiso dejar en este mundo á sus hijos: *Hæc locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis.*

Considerad ahora, amados míos, considerad si amais á vuestros hermanos como amó Jesucristo, si haceis bien á vuestros enemigos, si orais por los que os calumnian y persiguen, si os fatigais por ganar almas para Dios, si reprendeis los vicios, si enseñais la virtud aunque sufraís contradicciones como lo hizo el divino Redentor: considerad si sois compasivos y misericordiosos y si obligais al cielo con vuestras oraciones á que descargue el rocío de sus gracias sobre vuestros hermanos; si sois padres y superiores segun el corazón de Dios, si sois esposas y doncellas puras y castas, si estais prontos á defender vuestra fe aunque sea á costa de vuestra sangre; considerad si sois jóvenes retirados y modestos, hijos obedien-

tes, esposos fieles, padres celosos, viudos continentes y cristianos perfectos; si amais la oracion y el retiro y si sufris los agravios y desprecios con un espíritu inalterable, y entonces advertireis si teneis la paz que dá Jesucristo. El cielo dá la paz en la tierra solo á los hombres de buena voluntad: preguntáos si habeis desterrado todo odio, si aborreceis la injusticia, si deseais bien á todos, si teneis esta buena voluntad, y si la hallais en vosotros persuadióos de que teneis la paz de Jesucristo porque estos son los caracteres de la paz del justo, de la que aprueba Jesucristo y de la que deseaba á sus discípulos despues de resucitado.

Veamos cual es la paz que tiene el pecador y que dá el mundo.

Hay tambien una paz fingida con que se venden mutuamente los hombres con un ósculo traidor como Judas vendió á su Maestro, hay una paz malvada con que se unen los malos para fraguar sus perversidades al modo que se pacificaron Herodes y Pilatos para condenar á Jesus, y hay una paz falsa que es la que se esfuerza á manifestar el pecador que se halla de asiento en sus vicios, que es la mas detestable y de la que dimanán las primeras. ¡Hombre pecador que te glorias de haber llegado á establecer el sosiego y tranquilidad en un corazon pervertido! ¡Ah! cómo te horrorizarías de tí mismo si entendieras qué caro has com-

prado ese sosiego funesto y esa paz que tanto estimas! Levanta esos ojos oprimidos con la sombra densa de la muerte, registra todas las huellas de tus pasos, contempla los caminos por donde has andado, ¡miserable! ¿Qué sacrificios tan dolorosos ha exigido de tí el infierno! ¿Fé, razon, conciencia, gracia, todo se lo has sacrificado, y pareciéndole todavía poco te ha requerido que le ofrezcas una víctima de mayor precio y te has visto en la necesidad de revelarte contra Dios, de consentir en apartarte de él con una separacion eterna; de renunciarle y negarle con una detestable apostasía!

El hombre no puede menos de conocer que tiene dentro de sí una conciencia que vela sobre sus acciones, que apenas desampara los caminos de su salvacion; cuando le llama é intenta reducir con sus temores y sobresaltos, que encargada por decirlo así de sujetarle á la observancia de la ley, castiga su trasgresion con amenazas y reconvencciones terribles, conoce que no puede quebrantarla sin sentirse turbado y despedazado con remordimientos crueles. Y ¿qué fruto saca de este conocimiento? Que para buscar la paz de su espíritu agitado procura ignorar la ley, olvidarla, oscurecerla, borrarla de su memoria, huir de la luz y decir como los impios del libro de Job: *Recede á nobis scientiam viarum tuarum nolumus*. Aparta Se-

Nor, aparta de mí el melancólico y congojoso conocimiento de tu ley, porque en ignorarla consiste la tranquilidad de mi vida. Quiero enriquecerme y recibir á manos llenas, usando de todo género de contratos; quiero mantener una amistad peligrosa; quiero vengarme de mis enemigos; quiero llevar adelante un pleito injusto aunque haya que corromper la integridad del juez; quiero recrearme en el juego y otras diversiones sean ó no sean inocentes; es verdad que mi conciencia parece que lo repugna y se resiente, yo me aquietaría consultando á confesores doctos, á directores prudentes que me advertirian con claridad lo que la ley permite y lo que prohíbe, pero no quiero oír una resolucion impertinente que me confunda mas, no quiero consultar á unos hombres fanáticos, á unos hombres que tienen por principio su interes á costa de necios que creen la doctrina que les quieren enseñar, yo solo debo querer mi bien sin atender á consultas. *Recede á nobis...*

Sin embargo de todas estas diligencias del pecador se cansan y adormecen alguna vez las pasiones y entonces la fé despierta la conciencia, la desengaña infundiendo en su voz una fuerza, una autoridad, un fuego que abrasa y consume el denso velo que ocultaba la enormidad de las culpas; se vé necesitado el infeliz pecador para sofocar este fuego que le atormenta, á extinguir la antorcha de la fé que le

encendió, para ahogar su conciencia, á destruir la religion, para aquietar su corazon á confundir y trastornar todas las ideas de su entendimiento y á olvidar la primera educacion que recibió de sus padres. De aqui nace que presta gratos oídos á los maestros de la impiedad y de la irreligion, de aqui nace el ansia de leer libros impíos é indecentes, de aqui nace la sed con que busca y bebe el veneno y abre las puertas de su alma al error. El impío se congratula de su caída, se empeña en provocar la ira divina, corre y se precipita de maldad en maldad, de delito en delito, se esmera en avivar las pasiones, buscando pábulo al fuego que le consume en compañías licenciosas, en libros inmorales, en conversaciones obscenas, en glotonerías se echa á pechos la copa fatal de la sensualidad esforzándose en ella á negar la razon y sumergir la fé. *Inebriati sunt... de vino prostitutionis ejus* (1).

¡ Pero ¿se hallan semejantes monstruos en la religion cristiana? Permita el ciclo, amados míos, que cuanto acabais de oír exista solo en mi imaginacion y que no vea el sol jamás semejantes maldades: Pero entended que si hallais hombres que procuren ignorar sus obligaciones y disimularse sus pecados, hombres que vician y corrompen su conciencia

(1). Apocal. Cap. 17 v. 2."

admitiendo la doctrina del mundo escluyendo la del Evangelio, hombres que para aquietar su corazón le adormecen con el veneno de la impiedad, hombres que se hunden y revuelcan con descaro en el cieno de la deshonestidad, hombres que viven con serenidad en medio de grandes pecados; entended, digo, que á este estado no han podido llegar por otro camino; porque solo así consigue la paz el pecador, y en esta infelicidad es en lo que consiste.

Ya habeis visto, amados míos, cual es la paz que dá Jesucristo y cual es la paz que dà el mundo; queda lugar á preguntar cual es la que debemos apetecer? La de Jesucristo es un don del cielo; es la que en su nacimiento anunciaron los Angeles á la tierra, es la que nos compró con su muerte, es la que nos dió con su resurrección, es la que predicaron sus apóstoles, es la verdadera; la que nos tranquiliza y fortalece en las miserias, nos alienta y consuela en los trabajos, es una señal de predestinación. La del mundo es el azote que envía Dios cuando está mas provocada su Justicia. Quiero enviar un castigo, dice el Señor por Jeremías, como le merecen las prevaricaciones de esta nación depravada. Y ¿qué es lo que hareis Señor? *Inebriabo eos ut sopiantur* (1) Embriagaré á este

pueblo, permitiré que se sepulte en un sueño ale-
targado de modo que sus ojos no vean y sus oídos
no oigan. El hombre se esfuerza y violenta para
apartarse de su Dios, y desgraciado del hombre si
yo me aparto de él dice el Señor por Oseas: *Væ eis
cum recessero ab eis* (1). El hombre en su falsa paz
se mofa y ríe de Dios, y Dios asegura que también él
se reirá y mofará al ver perecer al hombre en su re-
guedad y locura: *Ego quoque in interitu vestro ride-
bo et subsanabo* (2).

¡Dios mío! por grandes que sean los ultrages
con que hayamos provocado vuestras venganzas, no
nos castigéis con la falsa paz del pecador, no apa-
gueis los latidos de nuestra conciencia, no dejéis
de mantenernos en guerra con nuestras pasiones,
no os apartéis de nosotros y nos sepultéis en una
paz infeliz. Y si nosotros, hermanos míos, quere-
mos tener la paz verdadera, la paz Santa con que
hoy nos saluda Jesucristo, la paz que nos dejó por
herencia, contemplemos que este Señor la compró
á costa de trabajos, de contradicciones y de su-
frimientos, que no puede tenerse sin declarar la guer-
ra y llevar la espada en la mano contra todos los
desórdenes; contemplemos que solo se consigue
con el amor de Dios con el cumplimiento de su

(1) Cap. 9 v. 12.

(2) Proverb. Cap. 1.º v. 36

ley con la práctica de todas las virtudes. Empezad por reconciliaros con vosotros mismos, por quitar las manchas de vuestra conciencia, por reconciliaros con vuestros prójimos, olvidando todas vuestras quejas y desavenencias. La Iglesia os manda y á este fin os ha prevenido con las amonestaciones de sus ministros, que recibais en este tiempo el Santo Sacramento de la comunión. Si sabeis recibirle dignamente este es el fruto que producirá en vuestras almas: Paz, paz del justo. No malogreis este fruto precioso por vuestras malas disposiciones. Temed la paz infeliz con que Dios castiga al pecador. Nada mas disensiones, nada mas enemistades, odios ni rencores. ¡Quiera el Señor que mis pies sean tan preciosos como los de los apóstoles que anunciaban y llamaban la paz por donde quiera que predicaban! ¡Quiera el Señor que tengais una paz sólida, verdadera, constante que haga vuestra felicidad, vuestras delicias y unos hijos de Dios en este mundo y que despues os salude tambien el mismo Jesucristo como á sus apóstoles. La paz sea con vosotros. Yo soy, no temais. Amen.

F. L. G.

SERMON PRIMERO DE LA SANTA CRUZ.

Mihi autem absit gloriari nisi in cruce domini nostri Jesus-cristi. No permita Dios que yo me glorie mas que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Ad Galatas c. 6. v. 14.

En este pueblo, católicos: En este pueblo se dan hoy lecciones de ilustracion á los grandes y pequeños de la tierra. Ahí está la cátedra de la sabiduría eterna. En esa cruz adorable tienen los hombres un manantial fecundo de bienes, un depósito de conocimientos inagotable, el único tronque de la civilizacion con que debieran honrarse los políticos de nuestro siglo. Fuera de este centro sacrosanto estan las revoluciones y trastornos que deshonran á las sociedades, el fatalismo de los impíos, y las consecuencias funestas y lamentables que se desprenden de sus viciosas enseñanzas. Sin la cruz de Jesucristo todo es horror, todo confusion, todo calamidad y todo infierno. No lo esta-

mos viendo?..... Preciso es dejemos á los sábios de la época que se envanezcan con la fastuosidad de su conciencia carnal, que apuren los recursos del ingenio para engañar con sus mentidas frases á los sencillos, y que se atrevan á resistir al Omnipotente provocando sus venganzas, insultando su providencia y divinizando el crimen: que nosotros fieles hijos del crucificado siempre nos gloriaremos con el apóstol en la ignominia de la cruz y diremos á la faz del mundo todo, que no puede haber sociedad virtuosa sin ese signo de nuestra salud: que en la historia de sesenta siglos hemos aprendido que no hay mas filosofía que la del calvario; que en este mundo todo camina á su ruina: que todo se acabará, pero que las palabras de Dios son infalibles y eternas como él mismo: que lo que importa al hombre en esta vida es el saber salvarse y que es esta ciencia la mas cierta, la mas sencilla, la mas consoladora, la mas bella y la única necesaria es la ciencia de la cruz de Jesucristo sin la que no hay salvacion segun san Pablo. Estos sentimientos hijos de la revelacion son comunes y esenciales á los fieles: sin ellos seremos lo que se quiera, pero no católicos.

Es verdad que vivimos en un siglo en que para muchos es escándalo y locura la cruz de nuestro Redentor. Es por desgracia demasiado cierto que estamos rodeados de Alcimos perjuros, de Elio-

doros atrevidos, de Antiocos impíos y de Coreés, Datanes y Abirones, rebeldes que promoviendo los progresos de la impiedad nos obligan á mezclar en nuestras solemnidades el llanto y el dolor. ¿Pero dejaremos por esto de confesar á Jesucristo clavado por salvarnos en este madero afrentoso, convertido en trono de gloria desde que fué digno de sostener al Rey y Señor de los cielos y la tierra? Porque no quieran ser católicos esos cínicos y cresos opulentos que viven sin Dios, sin religión y sin virtud ¿nos hemos de avergonzar de ser hijos de un Dios crucificado? Maldicion eterna á los que siguen este diabólico derrumbadero. *"Bórrense dellibro de los vivos, y no se vean escritos sus nombres al lado de los justos"* dice por el real profeta.

La cruz de Jesucristo es como el emblema de nuestras dichas y venturas, es el trono de la divinidad, el principio de nuestra salud, la fuente perenne de las gracias, el árbol de la vida, el símbolo de nuestra fé, la prenda de nuestra esperanza, el incentivo de nuestra caridad, la escuela de todas las virtudes y la puerta única por donde puede entrarse al cielo. Cuando Dios quiso dar la paz á la Iglesia santa y regocijarla despues de los triunfos que consiguió del mundo y del infierno en las persecuciones de los Neronés, Trajanos, Décios, Severos y Dioclecianos, lo hizo inspirando á santa Elena madre del gran Constantino, que fuese á Jerusalem

para sacar la cruz de Jesus del lugar en que los idólatras la tenían sepultada. Las dificultades é imposibles que ofrecia esta empresa al poder humano, ceden al divino, intervienen milagros, se declara el cielo en favor de la invencion de la santa cruz, y esta insignia y señal de nuestra redencion y de nuestra fé se presenta á la veneracion de todos los hombres obligados á decir que la cruz impera, que la cruz vence, que la cruz repele todo crimen, como lo canta la Iglesia. Son pues inmensos los beneficios que reporta el mundo con la cruz de Jesucristo, y su virtud es tan poderosa que llena de gozo á los que militaron bajo sus banderas victoriosas, como lo experimentaba el hijo de Tarso cuando decia *Mihi absit gloriari nisi in cruce domini nostri Jesus-christi*. No permita Dios que yo me gloríe mas que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que os voy á manifestar en este discurso.

Virgen adorable: ¿No es vuestro este pueblo de N.? No nacen, viven y mueren sus habitantes invocando fervorosos vuestra proteccion? Pues vedlos, Señora, arrodillados ante vuestra dignacion para pedirlos la gracia que necesito. Os la pedimos saludándoos con el Angel AVE MARÍA.

Mihi absit gloriari nisi in cruce domini nostri Jesus-christi.

Aunque me he propuesto hablaros de los innu-

merables beneficios que nos vienen por la santa cruz y están encerrados en ella, no os persuadáis por esto, que yo sea capaz de explicaros y haceros conocer todo el mérito, grandeza y utilidad que Dios ha depositado en este árbol de nuestra redención. Esto es tan imposible à los hombres, como lo es el penetrar los misterios de nuestra fé y el principio y fundamento de todos ellos que es la pasión y muerte de Jesucristo de quien es la figura mas propia la santa cruz. Me contentaré con deciros en general que todo cuanto Dios ha hecho desde el principio del mundo y hará hasta el fin de él en el orden de la naturaleza y de la gracia, lo hemos de atribuir à la santa cruz, como nos lo enseña la Iglesia y con ella los santos padres y doctores. La cruz de Jesucristo, dice san Efreñ, fué verdaderamente la que santificó al mundo, la que ahuyentó las tinieblas del pecado y nos volvió la luz y esplendor de la gracia. Ella esterminó los errores y nos mostró el camino del cielo. Es la muralla inespugnable del cristianismo: y en ella tienen los hombres un lazo que nunca falsea, una escritura que jamás se borra, y un abismo de piedad que da salud à los enfermos, consuelo à los aflijidos, alivio à los necesitados, perdón à los pecadores, gracia à los justos, gloria à los santos y alegría à cuanto existe.

San Pablo esplicó muy bien la virtud de la cruz

cuando decia.==No permita Dios que yo coloque mi gloria en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.==Esto es, en la fé, en el continuo recuerdo y en la predicacion de los innumerables beneficios que nos han venido por la santa cruz, pues por ella hemos sido redimidos y justificados, hemos recibido la gracia para tener una vida piadosa, y nos reconcilió con Dios, nos hizo hijos suyos, hermanos de Jesucristo y acreedores al reino celestial. Por la santa cruz se nos dió clarísimo conocimiento de la bondad, caridad, misericordia y justicia divina: de la hermosura y escelencia de la virtud, y de la fealdad y horror del pecado. En la cruz de Jesus hallamos los mejores estímulos y motivos para amar á Dios, esperar en su misericordia, temer su justicia y aborrecer y huir del pecado, que son las cuatro cosas mas necesarias al cristiano. En la cruz tenemos los ejemplos mas eficaces para ejercitarnos en todas las virtudes, principalmente en la humildad, en la obediencia, en el menosprecio de nosotros mismos y en la penitencia. Todos nuestros trabajos, contratiempos y desgracias, sean de la clase que se quiera, estan ennoblecidos en la cruz, y ofreciéndolos al eterno Padre en union con los que en ella sufrió Jesucristo, nos proporcionan la gloria eterna. La cruz hizo vencedores del siglo á los apóstoles, dió fortaleza entre los mayores tormentos á los mártires, iluminó

á los doctores, sostuvo el fervor de los confesores, dió la castidad y pureza á las vírgenes, restauró el mundo que iba á perecer, confundió á los dioses de la gentilidad, echó por tierra los templos y altares donde eran adorados los demonios, trajo al mundo la justicia, la religion, la piedad y el santo temor de Dios, que apenas eran conocidos en él, y unió estrechamente con la divinidad á los que antes estaban tan distantes y apartados de ella como lo dice el apóstol de las gentes. Es la santa cruz semejante á los manantiales de agua viva donde tanto el sábio como el ignorante, la jóven vírgen como la madre de familia, el niño como el viejo, encuentran donde apagar su sed. Manaron de ella los siete sacramentos, y dicho está con esto que Dios, la gracia, la santidad, y la santa cruz, son una misma cosa para el católico ilustrado.

Esta cruz adorable fué esperada por los patriarcas, anunciada por los profetas, representada en un infinito número de figuras y pedida por espacio de cuatro mil años con sacrificios y oraciones. Fué la ocupacion de todos los siglos, y su virtud se dió á conocer muy principalmente en aquella vara misteriosa que entregó Dios á Moisés para que con ella pudiera obrar los prodigios y milagros mas estupendos. Y no admira lo que aquel célebre caudillo hizo con solo mover su vara prodigiosa? Si la introduce en las aguas del Nilo, todos los rios

y fuentes se convierten en sangre. Si la pica á la tierra, al momento se llena de una multitud de insectos ponzoñosos en daño de los enemigos de la religion que estableció el Omnipotente en el árbol salutífero de la cruz. Levanta la vara para pedir venganza al ciclo contra los Egipcios, y de repente se forman nubes espantosas, que aterrorizando con horrendos bramidos, truenos, relámpagos, rayos y granizo destruyeron los verdores de los campos matando á los hombres y bestias que había en ellos. Con la misma vara puso Moises al Egipto en las mas densas tinieblas. Con ella dividió el mar Bermejo para que el pueblo escogido pasase á pie enjuto por lo mas profundo, y con la misma volvió á juntar aquellas montañas de agua para ahogar á Faraon y á todo su ejército. Toca con la vara á un duro peñasco, y el peñasco brota raudales de agua para dar de beber á los hebreos que morian de sed en el desierto. Se pone en oracion el gefe del pueblo santo, y si levanta su vara son vencidas las tropas amalecitas, y si la baja sufren pérdidas las de Israel.

Señala con la vara el sitio en que se puso un palo con la serpiente de metal que habia de sanar á cuantos la mirasen, y aquí católicos, aquí tenemos clara y patentemente significadas las virtudes de la cruz de Jesucristo. Porque si los que miraban á la serpiente sanaban de sus dolencias, to-

dos cuantos con fe y devocion miran à ese sagrado leño son inundados de gracias consoladoras. Si la serpiente se puso en lo alto de un palo para que con facilidad pudieran verla todos, Jesucristo pendiente de la cruz atrae hácia sí á todo el mundo, y lo arrebató hácia la gloria. En una palabra las plagas que aflijeron al obstinado Egipto, la vara de Moises, la serpiente de metal, las maravillas del desierto, la columna de fuego, el Angel del Señor, el maná, el tabernáculo y el arca de la alianza, los sacrificios, oblações y holocaustos, el paso del Jordan, la destruccion de Jericó, la entrada de los Israelitas en la tierra de promision, la ley natural y escrita con todas sus ceremonias, todo, todo simbolizaba, figuraba y anunciaba al deseado de las gentes, al Dios que escogió el madero de la cruz para presidir desde él á todo el universo, para llenar de gracias y beneficios à cuantos fijen su vista en ese trono de la Divinidad aplacada y satisfecha.

Llegó por último el tiempo anunciado por David y la Sybila, y la cruz apoderada de Jesus reúne á todas las gentes de la tierra, las pone bajo el imperio de un Dios, de una fé y de un bautismo, y hace que no se vea en todo el universo mas que un solo pastor y un solo rebaño. A la vista de la cruz predicada por los apóstoles à los hijos de la fé se estremece la sinagoga, se oculta la idolatría, el

vicio se avergüenza, la filosofía falsa calla, los mágicos se confunden, las testas coronadas se humillan, los tiranos tiemblan, Lucifer se precipita vencido en los abismos, y el mundo entero respira, se humaniza, se civiliza, y se diviniza de un modo digno del que murió por salvarlo en esa santa cruz.

Las victorias milagrosas de los caudillos de Israel, los triunfos de los héroes y famosos conquistadores, los hechos en fin que arrebatan la admiración de los sábios de la tierra son *nada* comparados con las conquistas de la cruz de Jesucristo. Este signo precioso de nuestra salvación ha triunfado de los corazones de los hombres, los ha ilustrado con luces celestiales, les ha infundido la ciencia de los santos y con ella hasta los idiotas cristianos son mas entendidos que Sócrates y Platon, mas doctos que Séneca y Plutarco, mas elocuentes que los Demóstenes, Tulios, Horacios y Virgilio; porque sin verdad no hay ciencias ni artes. La cruz de Jesucristo ha cambiado el ideal de todo el mundo, haciendo de los salvajes mas feroces fieles morigerados, dóciles y humildes: les ha inspirado la resolución de gloriarse con el Apostol en las tribulaciones de la milicia cristiana; y de aquí la fortaleza, el celo y fatigas de los ínclitos confesores, las penitencias de los anacoretas, los prodigios de las órdenes monásticas, la heroicidad de las vir-

genes de los cláustros, la santidad de los hijos de la fé y todo ese conjunto de virtudes cristianas que vencen, triunfan, y se levantan sobre la estrepitosa vocinglería de los que no quieren tomar lecciones de verdadera ilustracion en la escuela de la cruz de Jesucristo.

No prueban estas verdades los diez y nueve siglos de persecuciones que va atravesando la cruz santa sin poder ser vencida jamás? A los impíos parecen un *anacronismo* las prácticas piadosas que sostuvieron la virtud de nuestros padres, una *inconsecuencia* al culto divino, y un *desaire á la ilustracion reinante*, los templos, los altares y las sagradas imágenes. Se han puesto á la cabeza del siglo de las rebeliones, alarmas y levantamientos, haciendo que los pueblos de su dominacion sean semejantes á los de Gomorra y Sodoma. Se han orgullecido con la idea de una felicidad que jamás pueden hallar en su elacion y soberanía y han pensado y obrado lo que todos tienen bien sabido. Pero los ingenios, las teorías, las frases y la política ¿no se desvirtuan cuando la esperiencia de muchos siglos ha dado por líquido, que un solo puntal puede salvarnos... y que este puntal, esta columna, este madero, es la santa cruz, emblema de todo lo seguro, sólido y eterno? La disolucion, el libertinaje y todos los crímenes que hemos presenciado y cometido ¿no han reclamado de la divina

justicia un castigo semejante al que sufrieron las ciudades nefandas de Pentápolis? Pues cómo no hemos perecido? Porque la santa cruz nos ha curado de la impiedad contagiosa que nos ha invadido en estos últimos tiempos: porque hemos leído en los libros santos que no hay ciencia, consejo ni sabiduría contra el Salvador del mundo: porque hemos visto y experimentado lo que dan de sí nuestras pasiones, y porque hay un curso providencial que arregla todas las cosas segun el ejemplar que se nos ha presentado en el monte santo de la cruz. A esta debemos el no estar ya confundidos como lo han merecido nuestras culpas. Si el mundo aun persevera: si Dios permanece en el ejercicio de su infinita misericordia sin precipitar en los abismos á tantos criminales como provocan sus venganzas, es por la virtud, por el poder y mérito de la cruz: pues clavado Jesucristo en ella aplacó la ira divina, satisfizo la justicia del eterno Padre, ató estrechamente al demonio para que no pudiera dañarnos, y quedó con los brazos abiertos para recibir en su gracia á cuantos la busquen arrepentidos y contritos.

Nada mas para un pueblo católico que se gloria con el apóstol en la cruz de Jesucristo, y se asocia con san Leon para decir, = "tu cruz, Jesus divino, es la fuente perenne de todas las bendiciones, y la causa de todas las gracias. Por ella sacan

los fieles fortaleza de vuestra flaqueza, gloria de vuestros oprobios y vida de vuestra muerte.”=Pero como de nada sirve el saber todo el conjunto de beneficios que reporta el mundo de la cruz de Jesucristo, el adorarla esteriormente y el usarla con frecuencia en todas nuestras acciones, si no practicamos estos actos de religion segun el espíritu de nuestra Madre la Iglesia, es necesario que advertais que en vano es este dia tan célebre en este pueblo, si ciñendo todos los cultos al exterior aparato presente nada se cuida del interior en que està el alma de la verdadera devocion. Jesucristo nos consiguió en la cruz la vida eterna, pero debemos hacerla efectiva con nuestras buenas obras conformando á este fin nuestras acciones con las de Jesus crucificado.

Ved aquí en compendio las disposiciones con que todos debemos celebrar esta solemnidad para contar con la virtud Omnipotente que depositó nuestro Redentor en el santísimo árbol de la cruz. Esto es lo que exige de nosotros la bondad divina para colmarnos de dichas y felicidades. Si correspondemos como se nos pide, seremos venturosos, pero si despreciamos las doctrinas celestiales que se contienen en la cruz, temamos nos suceda lo que denunciaba el Apóstol á los Galatas cuando les decia. “Os tengo dicho muchas veces, y ahora con las lágrimas en los ojos os lo repito por escrito, que

andan muchos entre vosotros que son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuya conducta los guía á su eterna perdición, pues no conocen más Dios que su vientre y sus groseros deleites con que llenan su alegría de la mas horrible confusión.”

Y no podré yo temer que haya algunos entre los que me están oyendo, comprendidos en esta reprensión de san Pablo, y que concurriendo á solemnizar la virtud de la santa cruz abriguen en su corazón proyectos de hacerla inutil? Si san Juan Crisóstomo y san Ambrosio dudaban de la perfecta caridad de solos tres ó cuatro de entre el numeroso concurso á que predicaban ¿no podremos recelar de que me escuchen algunos con indiferente curiosidad, con poca ó ninguna intencion de aprovecharse de las doctrinas sanas que les anuncio, y sin otros fines que los deprabados tan comunes en nuestro corrompido siglo? A vosotros toca responder y á mí el decir por todos=

Cruz adorable : A vos como á tabla de salvacion nos acogemos los que venimos á adoraros en este santo templo. Ya que el número de bienes que se desprenden de ese madero santo es infinito, á las aras de ese trono de misericordia se postran todos los concurrentes para pedir las gracias que querais derramar sobre nosotros. Los sacerdotes os pedimos aquel celo que debe formar nuestro carácter para reanimar la fé moribunda de los que creen como á

medias vuestros profundos misterios, para enseñar vuestras doctrinas y para tener una vida edificante propia de nuestro ministerio. Los pobres os piden socorro en sus necesidades, los pecadores el perdón de sus pecados, los justos aumentos de gracia, y todos juntos os pedimos fecundidad para los campos y ganados, salud para los cuerpos y muchas virtudes para las almas: para que alabando vuestras misericordias con un corazón recto y agradecido en esta vida consigamos morir como los justos, y reinar como vuestros devotos eternamente en la gloria. Que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON SEGUNDO

DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesus-christi: La Iglesia en el introito de la misa de este dia con el Apostol. Galat. cap. 6.

¡O altura y profundidad de la ciencia y sabiduría del Señor! ¿Quién se atreverá á comprender sus juicios, ó quién jamás se jactará de poder ser su consejero? La cruz, aquel patíbulo infame señal de maldicion y de oprobio; la cruz, señal de condenacion, de abatimiento y de afrenta; la cruz, destinada para castigo de delincuentes; la cruz, tormento del hombre justo, del santo de los santos, del cordero sin mancha, del Dios hecho hombre... es despues de tres siglos de persecucion la mas sangrienta y continúa, despues de los esfuerzos de los emperadores y magistrados para aniquilarla, despues de las astucias del gentilismo para borrar

su memoria, es digo, la señal de honor y de triunfo de los ejércitos, el adorno de las diademas y coronas de los emperadores y reyes, el objeto de la adoracion de los altares, el instrumento de nuestra salud y remedio, el baluarte contra nuestros enemigos, el carácter y señal de cristianos, y discípulos de Jesucristo con que nos gloriamos; porque no hay ciencia, no hay prudencia, no hay consejo contra las disposiciones infalibles del Señor.

Sí, hermanos míos: Cuando la sangre de los cristianos habia corrido por todas partes, cuando las potestades del mundo se habian conjurado para esterminar á toda costa al cristianismo, cuando parecia que la religion de Jesus no podria resistir los esfuerzos de una persecucion de tres siglos, miró el Señor con piedad á su herencia y la concedió la paz y la mas sincera proteccion bajo el imperio del gran Constantino. Su madre la emperatriz santa Elena, guiada de su fervor y piedad, trabajó infatigable haciendo retirar los muchísimos escombros, y demoler el templo de Venus que los idólatras habian edificado en el sitio mismo donde murió Jesucristo por los hombres para olvidar tan infinito beneficio; llevando su constancia hasta encontrar la cruz misma trofeo de nuestra religion, aquella cruz bañada en la sangre del divino Redentor, aquella cruz que fué el patibulo de Jesus Nazareno. La halló en fin y la reconoció por los

milagros que el Señor se dignó obrar con su contacto para quitar todo motivo de duda. Este hazgo, es la festividad que para eterna memoria veneramos en este dia con el título de invencion de la santa cruz. De la santa cruz, que desde este dia empezó á recibir el culto, la adoracion y el respeto de los mismos emperadores; de la santa cruz á quien se erigieron templos, y se adornó con prodigalidad, de oro y piedras preciosas; de la santa cruz que si antes fué patíbulo de infamia, escándalo para los judios, y necedad para los gentiles, es ya para los creyentes la señal de predileccion, la fortaleza y sabiduría de Dios, es ya el consuelo, las delicias y la gloria de los cristianos como quiere nuestra Madre la Iglesia con el Apostol. *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini.....*

Insensiblemente, hermanos mios, voy haciendo el elogio del madero santo..... pero..... ¿qué podré yo decir de éste árbol precioso en que está la salud, la resurreccion y la vida? ¿de este instrumento de la Divinidad por el que de condenados y esclavos, hemos sido hechos salvos y libres? ¿cómo me atreveré yo á elogiar á aquel leño saludable que tuvo sobre sí al que no cabe en los cielos y en la tierra? No, no me creo capaz ni pienso formar un discurso en obsequio de las grandezas y maravillas de la cruz. Me dirigiré únicamente á vosotros con las palabras de la Iglesia en este dia.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesus-christi.... Gloriémonos en la cruz de Jesucristo nuestro señor. Hemos tenido todos la dicha que la santa emperatriz Elena, de encontrar la verdadera cruz de Jesucristo. Cuando vinimos por primera vez á la Iglesia, se nos detuvo á las puertas como indignos de entrar en la casa del Señor sin estar marcados antes con la cruz que nos imprimió el sacerdote en la frente y en el pecho; en el santo bautismo y confirmacion, recibimos la señal de la cruz como investidura de cristianos y como el distintivo de hijos de la Iglesia y hermanos de Jesucristo, pues yo quiero amonestaros que os glorieis de la cruz que recibisteis, y que no os avergonceis de esa señal de cristianos con que estais marcados. *Nos autem...*

Dad Señor virtud y eficacia á mis palabras para que se graben en lo íntimo de los corazones de mis oyentes, y aprendan en la humildad de la cruz, la sabiduría del cielo, la ciencia de los santos, la fortaleza y la perseverancia de los justos. Os lo pedimos al pié de la cruz por la intercesion de vuestra Madre á quien al pié de la vuestra hicisteis tambien madre de todos los pecadores. Saludémosla con la reverencia y confianza de hijos. AVE MARÍA.

Cuando he dicho que voy á amonestaros en mi discurso á que no os avergonceis de la cruz,

no creais que voy á persuadiros solamente un consejo; voy á recordaros una obligacion, un precepto estrecho que estais precisados á cumplir. Cuando vinisteis á pedir la fé para recibir el bautismo, profesasteis la creencia de los misterios de la religion de Jesucristo, renunciasteis al demonio, al mundo, sus pompas, sus vanidades y sus deleites, y hechos hijos y miembros de la santa Iglesia os armasteis con la señal de cristianos que es la santa cruz. Desde aquel dia os obligasteis á profesar la fé de Jesucristo y á confesarla no solo con vuestro corazon, sino con vuestras palabras y con vuestras obras; no solo delante de los cristianos sino tambien delante de los tiranos y enemigos de Jesucristo. Por eso se os imprimió la cruz en la frente y en el pecho para que no solo con vuestro interior, sino tambien públicamente confesaseis vuestra fé sin avergonzaros de la cruz delante de sus enemigos. Nos obliga la fé, dice mi angélico doctor santo Tomás con el apóstol san Pablo, á creer con el corazon, y á confesar sin disimulo con la boca siempre que fuésemos preguntados aunque fuere por los perseguidores y tiranos, y con peligro de nuestra misma vida. Como la fé que profesamos por la santa cruz nos presta la vida eterna, y librándonos de la cautividad del demonio nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria, nuestros enemigos el mundo, el demonio y la carne, no per-

donan medio para que renunciemos y nós avergoncemos de la cruz y volvamos à su esclavitud y sus cadenas. Aunque son infinitas las artes de que se valen para perdersnos, podemos reducirlas à dos: al furor y al engaño; unas veces impugnando nuestra fé con persecuciones manifestas, y otras con persecuciones disimuladas, burlándose y mofándose de nuestras prácticas y buenas obras; unas veces valiéndose de la ira del leon, y otras de las astucias de la serpiente. En uno y otro caso estamos obligados à sostener la fé, y no avergonzarnos de la cruz.

Apenas se divulgó la luz del Evangelio parece que el infierno desató todas sus furias para perseguir à los cristianos; se hizo asunto de religion y política ahogar en su nacimiento al cristianismo, y los hombres, como habia anunciado el divino Salvador, creian hacer un obsequio à Dios entregando à los tormentos à todos los que confesasen à Jesus. Los destierros, la hoguera, los cadalsos, los edictos de los emperadores, las catastas, las fieras, los mas inauditos tormentos, la muerte.... Ved aqui lo que se prepara para todo el que confiese que es cristiano. Y ¿qué hicieron los apóstoles y los fieles de los primeros siglos? ¿Se avergonzaron de la cruz? ¿Temieron confesar su fé? ¡Ah hermanos míos! Ellos sabian que no es digno de Jesucristo el que no toma su cruz y le sigue; que el

que se avergüenza de conocer y confesar á Jesucristo delante de los hombres, no será conocido por Jesucristo delante de su Padre celestial: que no puede ser discípulo de Jesucristo el que no renuncia á su Padre, á su madre, á su muger, á sus hijos y á sus hermanos si fuere necesario por seguirle; habia hecho un profundo asiento en su corazon la doctrina de Jesucristo que enseñó que no temiesen jamás á los que pueden quitar la vida del cuerpo, pero que ninguna potestad tienen sobre el alma, y temiesen sí al que puede quitar la vida temporal y despues castigar al cuerpo y al alma al fuego eterno: no habian olvidado que les dijo: que era necesario perder el alma para ganarla, y que les enseñó que serian bienaventurados los perseguidos por la justicia; recordaban que les anunció, que no serian los discípulos mejor tratados que el maestro, que les perseguirian, que los traerian de tribunal en tribunal delante de las potestades del siglo, que les entregarian sus mismos hermanos; pero que no pensasen en lo que habian de responder, que él los confortaria con su espíritu y que se alegrasen porque su merced sería copiosa en el cielo.

Animados de esta divina doctrina no rehusaban los tormentos, desafiaban á los tiranos y salian llenos de alegría de los tribunales cuando habian sido sentenciados á padecer por Jesucristo. Si los jue-

ces les mandaban callar, Dios, les decian, nos manda hablar, juzgad vosotros á quien debemos obedecer, nada tememos, y todo lo reputamos como estiércol por ganar á Jesucristo. Ni la persecucion, ni la angustia, ni la tribulacion, ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el destierro, ni la muerte misma podrá separarnos de la caridad y amor de Jesucristo. Aquellos primeros cristianos se alegraban en los tormentos porque habian bebido del apóstol, que en nada podemos gloriarnos mejor que en la cruz; que no tienen proporcion alguna los sufrimientos de esta vida, con la eterna recompensa que les está prometida, y que una pequeña y momentánea tribulacion alcanza el inestimable don de la gloria. Los tiranos llevaban por todas partes los verdugos, las fieras, el terror, la sangre y la muerte; pero por todas partes se presentaban impávidos los ancianos, los niños, los hombres, las mugeres, los sacerdotes, los legos, á echarles en cara su locura y á confesar con alegría que no se avergonzaban del evangelio, que eran cristianos, y antes de ceder la paciencia y sufrimiento de los mártires, se acabó la fuerza de los verdugos; los miembros heridos y despedazados, dice san Cipriano, vencieron á las uñas que les herian. La persecucion aumentó el número de los cristianos, y en medio de los mayores esfuerzos para aniquilarlos, sellenaron las ciudades, las villas, los ejér-

bitos, las casas mismas de los tiranos de discípulos verdaderos de la cruz.

Así obraron los cristianos, cuando el demonio coligado con el mundo se armó como un león rugiente de la persecucion y la ira para arrancarles la fé: supieron ser fuertes y dejar su vida en los tormentos antes que avergonzarse de la cruz. Hermanos míos, la doctrina del Salvador siempre es la misma, iguales sus promesas y sus castigos, iguales sus preceptos y su Evangelio; lo que aquellos se aplicaron para sí, se nos dice á todos; y si los enemigos de nuestra alma empleasen para vencer-nos la persecucion y la ira, si se nos violentase por el terror á cometer algun pecado contra la ley del Señor, si nos afligen la pobreza, las enfermedades, los trabajos, los enemigos domésticos, los hijos ingratos, la pérdida de los intereses y destinos... entendamos que debemos gloriarnos siempre en la cruz de Jesucristo y que estamos obligados á perder nuestras comodidades, nuestros regalos, nuestros intereses, nuestra misma vida antes que ser infieles á Dios y perder la fé viva que profesamos con la cruz.

La misma obligacion tenemos cuando nos acomete el enemigo valiéndose de las astucias de la serpiente que son las tentaciones mas terribles. Cesaron en lo general las persecuciones y podemos libremente ser cristianos, pero ved que en la paz es

mi amargura amarguísima, puede decir la Iglesia con el profeta Isaías. En vez de la persecución abierta se ha inventado la burla, la risa, el vilipendio; se ha hecho común aquella ciencia insidiosa de los fariseos condenada por Jesucristo y se persigue al cristianismo tanto mas á salvo, cuanto que se encubre la persecucion con la capa de un falso celo por reformarle y reducirle á su pureza. Basta que uno se resuelva á ser buen cristiano, á frecuentar los santos sacramentos, á retirarse de malas compañías y á dar buen ejemplo en su familia y en su pueblo, para que se le llame hipócrita, necio, fanático; y para que se rian de él del modo mas insolente y provocativo. ¡Ah! y cuántos que no cederían ni á las amenazas, ni á los tormentos, que se harían mas fervorosos cuanto mas se les prohibiesen las prácticas de su piedad y devoción, cedén al menosprecio, á la burla, á un *que* dirán!... Persecucion intestina que no viene de los enemigos infieles, sino de los mismos cristianos. Faltaron los tiranos y verdugos, faltaron los tormentos y las cárceles, pero no faltan cristianos malvados, cristianos descarados y soberbios, cristianos envejecidos en el mal y sordos á la gracia, cristianos instrumentos del mismo Satanás, que no pudiendo sufrir la virtud en los buenos, la mofan, la escarnecen, y no quisieran sino que todos fueran tan desenfrenados y corrompidos como ellos.

De aquí las sátiras, los sarcasmos, la burla de los ministros del Señor, de aquí poner en ridículo las prácticas religiosas, los escritos impíos llenos de chanzas y chistes para desacreditar nuestra creencia; de aquí esa soberanía con que se decide de todo sin entenderlo ni dar prueba de sus dichos mas que porque ellos lo dicen, *benedicimus nos quia samaritanus es tu*, como decian á Jesus los fariseos, de aquí esas voces de ilusos, fanáticos, interesados, hipócritas, seductores, necios, inútiles, para todo..... Persecucion general que podemos decir con verdad que el mundo se compone de perseguidores y perseguidos; persecucion de un peso enorme porque no es facil explicar la tristeza y el agravio que padece el justo oprimido de la mofa y el escarnio del impío. El divino Jesus que tan raras veces se quejó de sus llagas, se quejó muchísimas de los insultos é improperios y el que murió sediento de penas, parece que murió harto de oprobios *saturabitur opprobriis* dice por Jeremias. Persecucion temible... pero hermanos míos estamos obligados á vencerla y á no avergonzarnos de la cruz.

Eritis odio omnibus propter nomen meum, nos dijo Jesucristo, os aborrecerán todos porque me confesais y seguis, no sois del mundo, por eso el mundo no os ama, si os desprecia, sabed, que primero me despreció á mí, pero consolaos porque vosotros estareis tristes y el mundo se alegrará,

pero vuestra tristeza se convertirá en una eterna alegría y las risas del mundo concluirán con el llanto sempiterno. No temas, dice el Señor, por Ecce-
 quiel, por mas que los pecadores se burlen de tus amonestaciones, yo te he provehido de una frente mas dura para despreciar sus improperios que la suya para no admitir tus avisos. Es verdad que es muy sensible verse burlado y despreciado de los hombres, pero esta es la prueba de la verdadera virtud; con la tribulacion prueba el Señor á los suyos como el oro se prueba con el fuego, ningun mérito tendríamos en hacer el bien cuando por ello recibimos alabanzas, y consultamos acaso mas á nuestro amor propio que al amor de Dios, el que obra el bien en medio de la contradiccion y el desprecio, este es el verdadero virtuoso. Todas las joyas, dice un doctor contemplativo, todas las joyas aunque sean falsas resplandecen en el dia claro; en el oscuro no resplandecen mas que las que tienen luz propia. Por eso como los joyeros para probar las piedras preciosas escogidas se van á las tinieblas; así Dios en las tinieblas del desprecio prueba á sus siervos para que se descubra mas claro el fondo de la luz que tienen en el corazon. Diré mas, hermanos míos, la prueba de que Dios ama á una alma, es enviarla trabajos y tribulaciones porque Dios no ama como ama el mundo. ¿A quién amó mas que á su madre santísima, y qué

criatura ha habido en este mundo mas anegada de penas y de angustias?

No os dejéis pues arrastrar de la vergüenza, alzad los ojos al cielo y mirad á nuestro Dios que en medio de una corte de espíritus gloriosos que no tiene número, no solo aplaude vuestras buenas obras, sino que por ellas os está preparando una corona inmortal é inmarcesible. ¿Sereis de un corazón tan vil, que por los dichos de un hombre necio, querais perder para siempre un bien eterno? ¿Qué mayor honra que ser el mismo hijo de Dios el que aplaude y premia vuestras acciones? Y si esto no os mueve bajad los ojos al profundo del infierno y considerad; qué vergüenza será bramar siempre debajo de los pies de Lucifer en el infierno, por no haber querido tolerar una ligera confusion delante de otros hombres iguales á vosotros! Se confundirán vehementemente dice un profeta, porque no entendieron el oprobio eterno que nunca se borrará. ¿Qué terrible vergüenza será para un cristiano, haber creído por la fe este oprobio eterno y no haberle evitado! El seguir la compañía de un perverso por no haber tenido bastante aliento para dejarle! El haber conservado una amistad escandalosa porque no se dijese que no se guardaba la palabra que se había dado de alimentarla; el haber continuado hasta lo último una enemistad cruel porque no se dijese que nació de cobar-

dia el conceder el perdón y no de amor de Dios! El no haber restituido los bienes mal ganados, porque no se dijese que quedaba pobre su casa! el no haber confesado y comulgado con frecuencia porque dijeran que era un hipócrita embustero! El haber mentido á menudo por evitar que le reprendan! Qué vergüenza será para un cristiano haber oído conversaciones indecentes, conversaciones en que se quitaba el honor y la fama á sus prójimos y no haberse atrevido á reprenderlas y separarse de ellas porque no dijese que dejaba la compañía!... Volved en vosotros los que sois perseguidos; mirad que los que os mofan quieren vuestro mal y que los que os desprecian son sólo los malos enemigos de vuestra felicidad. *Timens Deum*, dice el Espíritu-Santo *despicitur ab eo qui infami graditur via*: El que teme á Dios es despreciado solo de los que van por el camino de la perversidad.

Cristianos todos, concluiré diciendo *Gloriari oportet in cruce domini* todos estamos obligados á no avergonzarnos de la cruz. Los que sois perseguidos no os retireis por eso de servir á Dios con fidelidad, no os olvideis feamente que estais alistados bajo las banderas de la cruz, no temais ser despreciados por el Señor. No niego que sois dignos de compasión, sé que es pena gravísima el haber de quejarse como David: Somos el oprobio

de nuestros vecinos y el escarnio y la burla de los que estan al rededor de nosotros, pero es menester estar firmes y mostrar la frente con atrevimiento, repitiéndole en la cara á todo el mundo insolente, *no me avergüenzo del Evangelio de Cristo*. De otra suerte si nos avergonzáremos del Salvador, el Salvador el dia postrero se avergonzará tambien de nosotros. *Opportet gloriari in cruce Domini nostri Jesus-Christi....* Y vosotros, si hay alguno tan ciego que se burle del que obra bien, mirad que llevais la señal de la cruz en vuestra frente, ¿por qué locura no contentos con arrojar de vuestro corazon la cruz de Jesucristo y sepultarla como los gentiles entre los escombros y las inmundicias de vuestros vicios, quereis hacerla la injuria de arrancarla tambien del corazon de vuestros prójimos? Vosotros no sabeis de cuánto peso es en la balanza de la justicia divina vuestra culpa. Aprendedlo pues: Gravísimo pecado es, dice mi angélico doctor santo Tomás, burlarse de Dios y de aquello que es de Dios. Es un delito horrendo hacer escarnio de lo que pertenece al honor divino; sabed que para semejantes burladores no está prevenido un juicio solo sino muchos, porque tantas veces han de ser juzgados cuantas son las almas que persiguieron con sus escarnios. Y si ahora no ha llegado este exámen y por eso no temen la sentencia; el proceso está hecho, los testigos están ya exa-

minados, y solo falta que la muerte abra las puertas y entren á comparecer delante del juez infinitamente justo. No temen irse cargando cada instante mas de los lazos con que han de ser arrastrados á tan horrible tribunal, que son las obras pecaminosas que hacen y las piadosas que no dejan hacer. ¡Miserables!... Qué poco conoceis á qué apretura os reducís: Oid lo que os dice el Señor por Isaías; no queráis hacer burla, no sea que se os aprieten vuestras prisiones: os reduciréis á tal abandono de la divina gracia, impidiendo á los otros las obras de piedad, que no podreis hacer una; de donde como para árboles estériles de todo fruto no quedará mas para vosotros que el fuego eterno.

No, no sabré yo pronosticar otro fin al que se burla del bien que los otros hacen. Morir sin haber hecho jamás un bien para sí y conocer entre las llamas su locura y detestarla para siempre, pero siempre en vano. Nosotros insensatos, dirán, juzgábamos que era una locura la vida de los justos, y que su fin sería sin honra, y ahora están entre los hijos de Dios y su suerte ha sido entre los santos, y nosotros perecemos para siempre sin remedio. Pues aprended ahora á estimar la santa cruz, el incomparable beneficio de la cruz que recibisteis en el bautismo, aplicaos á separar de vosotros los escombros de los vicios y pecados que os impiden encontrarla;

no llevéis esta señal de hijos de Dios para vuestra mayor afrenta y condenación. *Gloriaos en la cruz del Señor.*

Gloriémonos todos, hermanos míos, en esta divina señal que por la gracia de Dios tenemos como cristianos, no nos avergoncemos jamás de la cruz, seamos firmes en la persecucion, miremos con desprecio las burlas y astucias de nuestros enemigos, entendamos nuestro verdadero bien, en la cruz de Jesucristo solamente hallaremos la salud, la vida y la resurreccion y por ella conseguiremos la salvacion y libertad eterna. Amen.

F. L. G.

SERMON PARA EL DOMINGO DE PASION.

QUE SE ACOSTUMBRA PREDICAR EN ALGUNOS
PUEBLOS.

*Pater, si possibile est transeat à me calix iste.
Padre mio, si es posible pase este caliz de mí. San
Mateo. c. 16.*

Qué objetos tan tristes y lamentables se presentan á nuestra vista en este memorable dia! ¡Qué ideas tan lúgubres, deluto y de amarguras se agolpan á nuestra imaginacion en estos momentos! Este mismo templo, sus altares, sus imágenes, sus ritos y sus circunstancias, todo nos hace ver un aparato lúgubre, tétrico y funesto con que nuestra madre la Iglesia santa quiere demos principio desde hoy á contemplar aquellos portentosos acontecimientos que habia decretado desde la eternidad la divina providencia; que habian anunciado los profetas, esperado los patriarcas, representados en tantas fi-

guras, ceremonias y sacrificios por espacio de cuarenta siglos...! digámoslo de una vez, los padecimientos, los dolores, las tristezas, las amarguras, los trabajos y penalidades:.... ¿de quién? Del hombre Dios, del unigénito del Padre y figura de su sustancia, de aquel á quien vieron los profetas sostener con sus tres dedos toda la mole de la tierra, del que derriba los encumbrados y poderosos cedros del Libano y destruye los robustos de Moab, en cuyas manos está el poder, la salud y la vida, del objeto de las complacencias del Eterno, por medio de un sacrificio jamas visto sobre la tierra, para reparar las culpas de un padre prevaricador y de toda su numerosa descendencia que la habian constituido en un estado de perdicion eterna! obra la mas grande que vieron los siglos pasados, y la mas estupenda que puede verse en los venideros; obra para hablar con el Crisólogo, que pasma á los angeles, admira á los cielos, espanta á la tierra, es superior á la carne, no cabe en el oido, no la alcanza la mente, no puede sostenerla la criatura, no es capaz de apreciarla, y se atemoriza al oirla. Si, cristianos: en este domingo llamado de *Pasion* se anticipa la Iglesia santa á su contemplacion, no porque desde ella principiase á padecer real y verdaderamente nuestro divino Salvador, sino porque como lo dice el Abad Ruperto quedó en este dia decretada definitiva é infaliblemente la perdicion y

muerde del autor de la vida en el inícuo Sanedrín, en la pérfida sinagoga de los pontífices, escribas y fariseos sus mas furiosos y encarnizados enemigos, cuyas virtudes y portentosas obras era la mas viva censura de su perfidia, de su maldad, de su hipocresía, semejantes á aquellos de quienes habla la Escritura santa que decian *«Oprimamos al justo injustamente porque es contrario á nuestras obras.»* Con razón vuestros piadosos antepasados, penetrados del mas acérrimo amor hacia los sacrosantos misterios de la dolorosa pasión de nuestro amable Jesus, quisieron consagrar en este dia su culto y su veneracion á un objeto, que siendo el mas misterioso compendio de los sucesos que admiraron los hombres y los ángeles en el calvario, nos presenta muy al vivo todo lo que el hijo del Altísimo padeció por salvarnos y redimirnos.

La oracion titulada del Huerto es la que ha ocupado dignamente á los sábios y celosos oradores que me han precedido. Ojalá pudiera imitarlos para haceros percibir que siendo aquella oracion el primer paso de la pasión de nuestro amabilísimo Redentor es el mas tierno, el mas lleno de misterios inefables, y el que comprende toda la economía de nuestra redencion. En él se deja ver el Señor de infinita magestad y grandeza doblando sus rodillas con la mas profunda humildad para pedir al eterno Padre que si le era posible, dejase

pasar el caliz de amargura que le propinaba la justicia divina para salvar á los pecadores; que apartase los tormentos, los dolores, las angustias, las tristezas y tribulaciones que veia venir tan de cerca; que alejase en fin aquel diluvio de burlas, irrisiones, blasfemias, calumnias, falsos testimonios, iníquas acusaciones, desprecios, oprobios, vilipendios é injurias que habia de sufrir de príncipes, sacerdotes, verdugos, soldados y lo mas ínfimo de la plebe; conducido de tribunal en tribunal, hecho el oprobio de los hombres y la abyección del vulgo para hacerle derramar su preciosísima sangre y verlo morir en el cruel é ignominioso patíbulo de la cruz en medio de dos ladrones. Se conduele Jesus de la triste é infausta suerte que aguardaba á su querido pueblo, á su viña escogida y predilecta que habia separado y distinguido entre todos los pueblos de la tierra, y de la ingratitude con que le habia de corresponder hasta prepararle una cruz para hacerle morir en ella: pero en especialidad se aflijía estremadamente nuestro Redentor por los que siendo sus adoradores y hecho profesión de observar su ley santa habian de convertirse en sus mas feroces enemigos; consideraciones todas que le obligaron á pedir al Eterno Padre el apartamiento de aquel caliz insoportable: pero sujetándose sin embargo á las disposiciones eternas en el decreto infalible de salvar á los pecadores.

Queda pues indicada la materia de mi discurso en que os haré ver lo que padeció Jesucristo en el huerto de Getsemani: el rigor con que lo trató la divina justicia, y su conformidad y obediencia al padre celestial. Para proceder con acierto y fruto de los fieles,

Gran Dios: solo vos sabeis lo que padecisteis por nosotros en el primer paso de vuestra dolorosa pasión. Comunicadme las luces que necesito para hacer entender á mis oyentes lo que os interesasteis en su salvacion eterna á fin de que se decidan á amaros, á servirlos y á imitarlos en vuestros ejemplos de sufrimiento, de paciencia y de resignacion en la voluntad divina. Os lo pedimos Señor por la poderosa intercesion de vuestra aflijidísima Madre y señora nuestra María Santísima á quien saludamos llena de gracia diciéndola con el Angel AVE MARÍA.

Pater, si possibile est transeat á me calix iste.

Desde el primer instante de la existencia de nuestro Redentor principió á realizarse aquella terrible profecía con que el santo Simeon predijo, que Jesus habia de ser el objeto de contradiccion y el blanco de los tiros infernales de todos sus enemigos. Puede decirse que aquel anciano ilustrado por el Espiritu-Santo anunció compendiosamente los padecimientos, angustias, conflictos, pe-

sares, fatigas y dolores que habia de sufrir nuestro Jesus divino por salvar á los hijos de los hombres, siendo su santísima vida un tejido de trabajos que ejercitaron su resignacion y paciencia, su anhelo por enseñarnos y salvarnos, y su perfecta conformidad con la voluntad divina de su eterno Padre. Abrid esos libros santos, entrad con la consideracion en el santuario de su preciosa vida, seguid todos sus pasos, y en todos ellos hallareis irrecusables testimonios de estas verdades eternas. Sin embargo, al dar fin á su mision sobre la tierra, se desencadenaron las furias del abismo contra el ungido del Señor, é hicieron el último esfuerzo para oprimirlo y acabarlo. Despues de cuatro mil años llegaba aquel plazo tan deseado en que el gran caudillo, que el padre habia enviado al mundo para que despojase á los principados y potestades triunfando públicamente de ellos en si mismo, como se esplica el Apóstol, debia salir de las sombras á la luz, de lo escondido á lo público, del rincon doméstico á un ancho y despejado campo á pelear las peleas que se le encomendaron en el cielo. Concluida la cena, y habiendo obrado los estupendos milagros del cenáculo, teatro de sus finzas y celestiales enseñanzas, sale con sus mas distinguidos Apóstoles y se dirige, no al bullicio y babilonia del mundo, sino al retiro de la soledad, como lo habia hecho otras muchas veces en donde habla él

á las almas justas, á sus mas queridos y favorecidos hijos, y en donde éstos conversan dulcemente con su Dios, al monté de las olivas, al huerto de Getsemani, campo elegido por él para dar principio al combate: porque si en el huerto de delicias habia el hombre declarado guerra á su Dios, en otro huerto de angustias y penas otro segundo Adán reparase su fatal derrota. ¿Y de quién vá acompañado? No de tropas, de príncipes terrenos, ni de próceres conocidos por su poder y rango esclarecido, como es costumbre entre los reyes, sino de unos pobres y miserables pescadores de lo ínfimo de la plebe.

Llegado á él con sus discípulos les mandó el Señor que orasen y velasen sin fiarse de aquel ardor que habian manifestado de padecer por él, por que aquel espíritu estaba asido á una naturaleza de carne tan flaca que solo el favor alcanzado de la divina gracia por medio de una humilde y ferviente oracion era poderoso para sostenerlos en la gran contienda que les esperaba. Apártase luego Jesucristo de ellos llevándose consigo á Pedro, á Juan y Santiago, para que así como habian sido testigos oculares de sus milagros en la casa de Jairo, y en el tabor de su gloria, lo fuesen tambien de sus amarguras en el monte de la mirra. Três solos acompañan al divino Jesus, á este adalid santísimo en tan sangriento combate. Ahora es cuando prin-

cipia á tener pavor y tristeza, ahora es cuando dice á sus apóstoles *"triste está mi alma hasta la muerte."*

¿Qué teneis Señor? ¿qué os asusta y amedrenta? No habeis enseñado á no temer á los que dan muerte al cuerpo porque su crueldad no puede penetrar hasta el alma? ¿Pues cómo es que ahora que debiais enseñar con el ejemplo manifestais tanto temor? Oid á san Lorenzo Justiniano, inquiriendo la causa de este pavor. "Qué es esto Señor, » dice, ¿se contrista el que recrea á los contristados? Se contrista el gozo? Se atemoriza la fortaleza? La virtud teme? La magestad se confunde » y anonada? Sois el Dios de los ejércitos y os intimida la pelea? Sereis inferior á vuestros soldados que vencen á sus contrarios, toleran suplicios, estinguen el fuego y doman las fieras? Es » cierto que la virtud divina levantó sobre los límites de la naturaleza á los confesores de la fé: » pero el mismo mediador desamparado quiso tener pavor y tedio." Y á la verdad nada hay en esto de extraño. La tribulacion era estremada. Jesus en un huerto, lugar separado del bullicio, asiento y domicilio del silencio y del temor, se siente agitado de fuera y herido de dentro con todo género de pesares. El veía con la mayor claridad cuanto habia de padecer dentro de pocas horas, el desamparado de Dios y de los hombres, la intension de

sus dolores, las deshonras, el descrédito de su persona, el triunfo de sus enemigos, el abatimiento y humillacion de su sabiduria: los escarnios de sus maravillas, el nuevo género de crueldades jamás ejecutadas con los mas atroces criminales. Veía que Herodes y toda su corte lo tendrian por un loco é insensato, que los sumos pontífices mas acreditados y respetados de los judios le reprobarian, le acusarian y pospondrian á un facineroso para hacerle morir afrentosamente, que lo azotarian, coronarian de espinas, escarnecerian y harian todo lo que de él se dice en los libros santos. Pero sobre todo dando una mirada triste por todos los siglos, se veia tan acongojado por el peso de todos los pecados del mundo, que sin un milagro de su omnipotencia moria á la violencia del dolor que le causó tanta maldad, tantos crímenes y delitos como eunegrecian las páginas de la historia universal de los hombres. Los siglos pasados le ofrecian el espectáculo mas horroroso con los pecados de la multitud de hombres que se abrazaban en los infiernos, porque habian despreciado con anticipacion su sangre preciosísima ofrecida para su salvacion, dicha y felicidad. De los pasados viene á su siglo, y en él tambien se le presenta una escena demasiado triste y lamentable. Todo el universo era idólatra, solo el pueblo judio creía en la divinidad; pero casi todos los de esta raza ingrata

la negaba con su conducta los honores que se merecía, entonces podia repetirse lo que habia dicho el Psalmista=*No hay quien haga el bien: no hay siquiera uno.*=Aquella Jerusalem por quien lloró el mismo Salvador, aquella ciudad de perfecto decoro, la Señora de las naciones, abrigaba en su recinto los errores de todas las demas, siendo ella la principal, y tal vez la única autora de su perdicion. Allí estaba la ingratitud personificada en los deicidas à quienes el Señor habia dispensado tantas gracias, favores y beneficios y con toda la odiosidad de tan incomprensibles maldades cargaba el amantísimo Jesús para satisfacer por ellas á la inexorable justicia del Eterno Padre! Se dirige tambien á los siglos futuros, y en ellos vé tantas heregías, impiedades, misterios de iniquidad y abominaciones, aun en los que se tenían por sus oradores, que hubo de desfallecer.

Aun cuando nuestro Redentor no hubiera cargado mas que con los pecados de nuestro siglo ¿no bastarian para agobiarlo y oprimirlo hasta lo infinito? El desencadenamiento de las mas virulentas pasiones, la impiedad, el libertinaje, el desenfreno, la licencia y la irreligion que como enfermedad contagiosa se han apoderado de todas las clases y estados, con tendencia á derrocar, si posible fuese, á la Esposa que habia de adquirir á costa de su preciosa sangre... Esos apóstatas infames

de la religion, que hizo felicés á sus padres. empeñados en sacudir el suave yugo del Evangelio para minar con dolor y nefanda hipocresía el edificio santo, echándola de doctores y sábios en esos cuentos y fábulas á que prestan oídos los hombres corrompidos que infestan la sociedad, esos habladores inflados con una sabiduría carnal, animal y diabólica, como la llama el apóstol Santiago, ocupados en atacar lo mas sagrado y divino, haciendo pasar la virtud por vicio y el vicio por virtud... pero á ¿qué tanta enumeracion de desacatos? Todos estos crímenes y otros infinitos de que no podemos formar idea llenaban de pena, de afliccion y de tristeza á nuestro Jesus adorado precisado á repetir *triste está mi alma hasta la muerte!* En tan terrible conflicto, pone su rostro en tierra para orar y decir á su eterno Padre=Si es posible, padre mio: pase de mí este caliz.=Qué ansiedad la de Jesus en este lance, católicos! *Angustiæ mihi sunt undique, et quid eligam ignoro.* Por todas partes me rodean las angustias, y no sé qué partido tomar; podia decir con mas razon que David á la intimacion del castigo que le proponia el ángel en pena de su vanidad. El espíritu está pronto, mas la carne está enferma. Pase de mí este caliz, padre mio. ¿No quedará satisfecha tu justicia con haber nacido en un establo, llorado sobre Jerusalem, vertido mi sangre en la circuncision, sufrido los trabajos

de la pobreza, de la austeridad y penitencia, y buscado con tanta fatiga á los pecadores para doctrinarlos é instruirlos en los caminos de la santificación? Si nada de esto basta: si no es posible que pase de mí este caliz de amargura, no se haga mi voluntad, sino la vuestra. No sea como yo quiero sino como tú lo dispongas. Si para librar á los hombres es necesario que yo padezca y muera por ellos, aquí estoy, "hágase vuestra voluntad. . . .

El Padre eterno se muestra inexorable, solo ve en su hijo los pecados de todo el género humano, solo ve una víctima cargada de execración, solo mira las ofensas cometidas contra la divinidad que quiere ser vengada. Busca Jesus consuelo en sus discípulos, pero los halla sumergidos en el mas profundo sueño. Sus mas favorecidos amigos duermen viendo en la mas angustiosa situación á su Divino Maestro, pero en cambio sus enemigos y perseguidores vigilan y trabajan en el plan de prender, atormentar y hacer morir á Jesus. Judas anda muy solícito por vender á su Maestro y entregarlo á sus enemigos. El cielo, la tierra, los ángeles, los hombres, su madre, Dios... todos, todos parece haber desamparado á aquel por quien todo fué hecho siendo el amparo de todos. En tan incomprendible conflicto se le aparece un ángel para confortarlo. Le hace presente la irrevocable sentencia de su pasión y muerte para que vivan y se

salven los hombres, y le anima para que se revista de fortaleza puesto que ya se acercaba el combate. Al ver nuestro Redentor que se cumplia el plazo en que rotos los diques del infierno habia de ser objeto de la rabia de los judios, y de la indignacion de la divina justicia, tiembla, palidece, se altera toda la economía de su cuerpo, se le abren los poros y por todos brota sudor como de gotas de sangre, con tanta abundancia, que corre sobre la tierra. ¡Pásmese el cielo y estremézcase la tierra al ver los abatimientos de nuestro buen Jesus! al verle entregado al pavor, á la tristeza, al desamparo y abandono de su mismo Eterno Padre, y á la consideracion de los infinitos pecados que llevaba sobre sí para lavarlos con su sangre derramada á la violencia de los tormentos mas crueles, de los dolores mas acérbos!

Católicos: ¡Qué multitud de reflexiones se desprenden naturalmente de lo que acabo de esponer conatreglo á la escritura santa! Los santos padres han escrito obras voluminosas, los ascéticos y predicadores evangélicos han agotado los recursos de su piedad y sabiduría, y los celosos párrocos españoles, por donde se comunican las doctrinas celestiales de nuestra religion adorable á la nacion católica, hacen esfuerzos heróicos para que los fieles pongan su vista en las aflicciones, tristezas, desamparos y desconsuelos de Jesus en el huerto de

Getsemani, confesando todos, que cuanto mas dicen de las angustias de nuestro Redentor mas les falta que decir. Yo concluiré reconviniéndome à mí y à cuantos se hallen en el caso de andar tan distantes y apartados del modelo y ejemplar que nos ofrecé el hijo del Altísimo en el huerto de sus mayores conflictos. El Dios hombre siente infinitamente las ofensas hechas à la divinidad, y nosotros que las cometemos las miramos con la mayor indiferencia, con frialdad y aun con desprecio. Al impecable por esencia, à la misma santidad por naturaleza le sacan sangre y lo ponen en la mas tormentosa agonía nuestros pecados, y nosotros no solamente no lo sentimos, sino que nos envanecemos y hacemos alarde de nuestras prevaricaciones. Jesucristo para satisfacer por nuestros delitos se carga con todos los rigores del cielo, de la tierra y del infierno, y nosotros ni aun queremos cumplir con las austeridades que nos previene la Iglesia para aplacar à la divina justicia. Jesus atribulado por nosotros, y nosotros contrariando los designios de nuestro Redentor. ¡Ah! temamos à un Dios irritado contra el pecado; pues si no perdonó, ni oyó las súplicas de aquel hijo en quien tenia sus complacencias, ¿qué hará con nosotros en el dia en que se acabe su sufrimiento? Si en el árbol verde y florido de virtudes se condujo con tanta severidad, cual será la que tenga con el seco privado de la

gracia? Consideremos, amados oyentes, la gravedad de la culpa por lo que padeció nuestro Jesus divino para destruirla y salgamos de una vez del estado de estupidez en que vivimos engañados con los fatídicos alicientes de nuestras pasiones. Convirtámonos.....

¿Pero cómo nos hemos de convertir sin vuestra gracia, divino Pastor, de nuestras almas? ¿Cómo hemos de ir á vos, si no nos sacais de los precipicios en que andamos, llevándonos en los hombros de vuestra infinita clemencia al aprisco de vuestros hijos predilectos? Ya Dios mio, dejais vengada la divina justicia con vuestra pasion y muerte. Aplicadnos vuestros méritos infinitos concediéndonos la gracia de conversion y penitencia para purificarnos, para corresponderos, y para vivir y morir como católicos. Así seremos gloriosos trofeos de vuestro triunfo, y nos haremos dignos de bendeciros y alabaros eternamente en la triunfante Jerusalem de la gloria. Que à todos deseo. Amen.

A. M.

OTRO SERMON PARA EL MISMO DIA.

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus. Jesucristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que le imitemos. Epist. 1.^a Petri. cap. 2 vers. 21.

Hace días, hermanos míos, que la Iglesia nuestra madre emplea todos los esfuerzos para apartar á sus hijos del demasiado apego y cuidados del mundo, y llamar su atencion al negocio mas interesante, al cuidado de su salvacion. Este es, los ha dicho, el tiempo aceptable, de propiciacion y de salud; ya es hora de despertar del sueño, de salir del olvido y del letargo en que adormecen los placeres y deleites, y de dedicarse á buscar de todas veras al Señor. Sabe que sus hijos son débiles y enfermos y con las lágrimas de una madre la mas compasiva y cariñosa los dice: que al menos una vez en el año vengan á alimentarse y recibir los Santos Sacramentos de penitencia y comunión, y pa-

ra que se dispongan debidamente á recibirlos los recuerda durante el tiempo santo de cuaresma las verdades mas terribles de su religion, redobra su celo, repite sus ruegos y llamamientos, no omite el recordar los misterios del amor de Jesus á los hombres, ni las amenazas y castigos que el mismo Jesus ha señalado en su Evangelio á los malos. En este día próximo ya á celebrar la memoria de los mas tremendos misterios y á admitir á la mesa santa á sus hijos, aumenta su luto, cubre sus altares, pone en boca de sus ministros las profecías de Jeremías, se anticipa y pone á nuestra vista la pasion de Jesucristo, el precio de nuestro rescate, el castigo del pecado, hace el último de sus esfuerzos y nos presenta á Jesus pendiente de la cruz. ¿Quién será tan irreligioso que al contemplar á Jesus crucificado no se mueva á sentimientos de compuncion? ¿Quién será tan soberbio que no se humille? ¿Quién será tan vengativo que no perdone, tan licencioso que no se contenga, tan estragado que no se modere, y tan pecador que no se arrepienta? Si al padecer Jesucristo en el calvario, se estremeció la tierra, se abrieron los montes, y el universo todo tembló y manifestó su dolor ¿no se conmoverá el hombre al recordarlo?

Hé aquí lo que debe servir para disponeros á oir los llamamientos del Señor y á no endurecer vuestros corazones á su voz, la pasion de Jesus, y

hé aqui el asunto de que, segun la costumbre de este pueblo, os voy á hablar en mi discurso. Yo no pienso detenerme en haceros una relacion estensa de lo que Jesucristo padeció desde que fué hecho presa de sus enemigos hasta que espiró en el patíbulo de la cruz, voy solamente á llamar vuestra atencion haciéndoos observar con san Pedro que el mismo Cristo padeció por nosotros dándonos el ejemplo para que sigamos sus pasos: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus*. Ponderaré en cuanto me sea posible: quien es el que padece, y por quienes padece, y á la vista de los ejemplos de Jesus conocereis que en su pasion nos enseña á amar y á temer á Dios. Pidamos antes los auxilios del Señor por la intercesion poderosa de María Santísima. Ave María.

Christus passus.....

En breves palabras , amados mios , nos dice el Apóstol san Pedro lo que nos conviene saber acerca de la pasion de Jesucristo , lo que por muchos años puede dar pábulo á nuestra continua meditacion , y lo que basta para hacernos entrar en el camino de la virtud: *Jesucristo*, nos dice, *padeció por nosotros para darnos ejemplo*. Sí, hermanos mios, el que ha padecido es Jesucristo; ese cada- ver que mirais cubierto de llagas, desfigurado y

pendiente de la cruz, que ha espirado en ella despues de haber sufrido infinitos tormentos, injurias y baldones sin término es Jesucristo; es el hijo único de Dios, es el Dios de gloria y magestad, el Soberano del mundo, à quien todo el mundo debería adorar como à su Señor; es el hombre mas santo, el mas justo, el mas benigno y amable; es aquel hombre pacífico de quien dijeron los profetas, que no abriría la boca para quejarse, que no acabaría de romper la caña hendida, que ni aun entre sus mismos verdugos daría la menor señal de queja, que no haría otra cosa que amar à los pecadores, llorar sus crímenes y morir por ellos; este es aquel hombre compasivo y sensible à todas las miserias de los hombres, que señaló su vida con tantos beneficios, que hizo tanto bien à todos, y que no supo hacer mal à nadie. ¡Que levanten la voz contra Jesus los que tengan motivo para quejarse de él! Jesucristo mismo desafió públicamente à sus enemigos, ¿quién de vosotros, les dijo, puede argüirme de pecado? Y nadie tuvo alevimientto à responder, porque nadie podia menos de dar testimonio à la verdad. El que padeció es Jesucristo. Bien pudo escusar su pasion, y con una palabra suya hubieran acudido millones de ángeles à esterminar aquel pueblo impío. El tenia poder para tomar su alma y para dejarla, él espiró cuando todo lo que estaba escrito del hijo del hom-

bre se había consumado, así como se entregó cuando quiso al furor de sus enemigos; él tenía en sus manos y podía inclinar donde quisiese las voluntades y corazones de los hombres; pero se había hecho el fiador de los hombres, había tomado á su cargo satisfacer por los pecados de los hombres, había aceptado el caliz de su Padre y el mismo Dios hecho hombre padeció, pero padeció por los hombres. *Passus est pro nobis.*

Olvidándonos ahora, hermanos míos, hasta de nosotros mismos, miremos solamente que Jesucristo padeció, y acordémonos de que padeció por nosotros. No perdamos de vista, si es posible, ninguna de las circunstancias de su sacrificio. El odio de los judíos prevaleció al fin contra la inocencia de Jesús, y el magistrado romano le abandona á su furor. Hé aquí, Salvador mío, la hora que tanto habeis deseado, la hora vuestra, la hora en que van á abrirse vuestras venas y vuestra sangre va á regar la tierra. La ley había prescripto límites á las penas de los reos, pero con Jesús no se observa otra ley que la de no guardar ninguna, se hace contra la virtud mucho mas de lo que era permitido hacer contra el vicio. Unos verdugos desapiadados descargan sobre el puro y castísimo cuerpo de Jesús una lluvia horrible de golpes, la sangre corre por todas partes, y su furor no se aplaca; ya no hay parte donde herirle y todavía le

hieren, no se cansan de maltratar á Jesus, y Jesus no se cansa de sufrir. Apenas le dejan un sople de vida, y temen que su muerte anticipada los prive del bárbaro placer de verle espirar en la cruz.

Acerquémonos á la columna del pretorio. ¿Es Jesus el que se presenta á nuestros ojos? ¿Esaquel cuerpo ensangrentado el hijo hermoso de María? De este instante habla el profeta cuando dice: *No le ha quedado ningun vestigio de su hermosura divina; le hemos visto, y no conociéndole hemos preguntado donde estaba.* Buscamos á nuestro Dios, y solo hemos hallado un hombre de dolores, humillado bajo el peso de la infamia, y herido de la mano de Dios.

Jesus era el rey de Judá, el rey del mundo entero, el rey de cielos y tierra. Sus enemigos vienen á insultar su dignidad real y á castigarle á un mismo tiempo. Forman una corona de duras y penetrantes espinas y se la ponen con violencia en la cabeza, le cubren las espaldas con un manto viejo de púrpura y le ponen en la mano una caña por cetro; doblan las rodillas delante de él, le insultan del modo mas ignominioso y cargándole de golpes y arrojándole salivas le dicen: *Salve Rey de los Judios.* Satisfecho su furor y despues de haberse cansado de injuriarle le presentan al pueblo en este estado tan triste y humillante. *Hijas de Sion,* dice

la Escritura santa, almas que amais á Jesus, *salid y venid á ver á vuestro rey ceñido con la diadema con que le coronó Jerusalem el dia en que se desposó con vosotras, el dia de la alegría mas grande de su corazon, este es el dia de su desposorio.* Pilatos le hace presentar en esta forma al público para mover á compasion á los judios: *Ecce Homo*, les dice. Ved aqui al hombre que me habeis traído para que le juzgue. Ved aqui al hombre que decis que seduce y engaña á las turbas que le sigen. Ved aqui á vuestro rey. Ya está enmendado y nada os dará que temer en el estado de muerte á que le han reducido los tormentos. Pero no estaba aun llena la medida de los padecimientos: no se habian cumplido todos los vaticinios de los profetas. Aquel pueblo inhumano é ingrato no estaba satisfecho con las injurias y afrentas por que habia hecho pasar á Jesus: no era bastante para saciar su furor el haberle apresado como á un ladron; el que le hubiese condenado el tribunal de los doctores de la ley; el que el pontífice y los sacerdotes le hubiesen declarado enemigo de Dios y de su templo; el que Herodes hubiese juzgado y declarado su sabiduría por una locura, y sus milagros por ilusiones y mentiras; no era bastante que en el tribunal de Pilatos fuese acusado y tratado como sedicioso, perturbador, enemigo del imperio y del César; no era bastante la humillacion y afrenta de anteponer al fa-

cineroso y bandido Barrabas y pedir la muerte de Jesus, sino que aun despues de ver castigado y herido de muerte al inocente clama el pueblo brutal pidiendo de nuevo su sangre y que sea crucificado.

¡Jesus mio! ¡No basta quitaros la reputacion, la honra, la salud, que han de quitaros tambien la vida? Al fin le hacen cargar con la cruz en que ha de ser crucificado, camina con ella al calvario, y apurado de fuerzas cae bajo tan penosa carga repetidas veces. Llega al fin al teatro del suplicio entre los empujones, los atropellamientos y las injurias, le desnudan bárbaramente y tendiéndole en la cruz le clavan en ella y levantan en alto poniéndole entre dos ladrones; alivian su sed, ó mas bien aumentan sus tormentos dándole á beber hiel y vinagre, le maltratan, insultan y blasfeman, y al fin muere, y muere por nosotros.

Por nosotros cuando aun no existiamos en el mundo, á quienes nada tenia que agradecer y de quienes nada podia esperar ni prometerse sino ingratitudes y ofensas; murió por los miserables hijos de Adan que por el pecado del Padre eran enemigos de su Dios; murió para reconciliar al cielo y la tierra; para mediar entre Dios y los hombres, para dar satisfaccion á la divina justicia; padeció y murió por todos los hombres sin escluir á los mismos que le crucificaban, por salvarnos y redimirnos á todos. *Passus est pro nobis*, y murió deján-

donos el ejemplo que debemos imitar, porque nada nos instruye tanto como la vista de Jesus crucificado.

Entendámos hermanos míos con el apóstol san Pedro, los ejemplos que nos dá Jesucristo en los tormentos de su pasión. El, nos dice este santo apóstol, tomó sobre sí nuestros pecados para pagar por ellos en su cuerpo sobre la cruz y lavarlos con su sangre y para que nosotros murásemos á los pecados, y vivásemos solamente á la justicia y á la virtud. Ha muerto por nosotros para empeñarnos en su amor, y para enseñarnos que su sangre no ha corrido en vano: Que si no sirve por nuestra obstinacion é ingratitud para borrar nuestros pecados, servirá para pedir venganza contra ellos.

El Apóstol san Pablo, así como todos los santos que abrasados del celo de su Dios y del bien de la humanidad, han emprendido la conversion de las gentes, nada hallaron mas á propósito que anunciar á Jesus crucificado. Y en efecto:

Al contemplar á un Dios hombre muerto por nosotros es preciso que nos acostumbremos á vivir solo para él, y á morir si es necesario á todo lo demás: es preciso que nuestros ojos se abran al llanto, y que nuestras lágrimas corran con abundancia. Viendo á Jesus crucificado, al que padece y muere por nosotros ¿seremos tan ingratos que no nos condolamos de su muerte y tan endurecidos

que no temamos nuestros pecados que son la causa de ella? ¿Seremos tan necios que viendo á Jesus crucificado no aprendamos á amar y temer á Dios? Si, hermanos míos, estos son los ejemplos que nos dejó Jesucristo. La contemplacion de Jesus en la cruz nos enseña á amar á Dios que nos dió á su hijo único y á amar á Jesucristo que se entregó y sacrificó por nosotros.

¡Almas que os preciais de sensibles y delicadas que mirais con tanto horror la ingratitud, que os parece poco el entregaros del todo al servicio y correspondencia de vuestros bienhechores, que tanto apreciáis esos amores impuros á que correspondéis con tanto ardor y con tantos sacrificios, que no perdonáis las bajezas mas viles por daros á conocer como agradecidos al favor que os ha dispensado un grande que os necesita y á quien aduláis! ¿Quién tiene mas derechos á vuestra ternura y correspondencia que Jesus? El haber bajado del cielo á la tierra, el haber nacido pobre, sujeto á todas las miserias de la humanidad, el haber vivido una vida molesta y trabajosa con hambre, con sed, con persecuciones y en continuos trabajos y vigílias, era ya mucho para nosotros, pero no era bastante para su amor. Subió á la cruz y acabó de derramar en ella su sangre; cubierto de oprobios, cercado de dolores, y consumido con las penas y mucho mas con su amor finalizó una vida llena de miserias con

una muerte mucho mas cruel. Este amor tan grande de Jesus, dice el apóstol, nos estrecha para que los que viven no vivan ya para ellos sino para aquel que murió por ellos. Nosotros somos de Jesucristo, continúa el mismo apóstol, no somos nuestros por que Jesucristo nos ha rescatado con un precio grande; toda su sangre es el precio con que nos ha comprado ¿qué mas queremos, ó que esperamos mas para entregarnos á él? ¿Quién nos ha amado ni puede amar mas? Por mucho que nosotros hagamos por Jesucristo siempre nos llevará una infinita ventaja, y nunca haremos cosa alguna que pueda compararse con sus beneficios; todo lo que podemos hacer es imitarle, y aun así trabajaremos mas por nosotros que por él. Para nosotros será toda la recompensa y todo el provecho de lo que hagamos por Jesus. Sigámosle pues, pero sigámosle de buen corazon, sigámosle hasta el calvario y hasta la muerte, pero sigámosle sobre todo por el atractivo del amor, porque Jesus nos amó por corresponder al amor que Jesucristo nos tiene.

¿Quién podrá disculpar nuestra indiferencia, y mucho menos nuestra ingratitud? El hijo único de Dios es el que padece por nosotros; y los hombres se han atrevido á desconocer, á renunciar, y á perseguir á su Dios; y nosotros mismos que detestamos la maldad de los judíos ¿amamos á este

Salvador adorable? ¿Quién es el que ha reinado en nuestros corazones? nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra salud, nuestra vanidad, nuestro reposo y comodidades; todo lo hemos amado excepto á Jesus, á quien debíamos amar antes que todo. ¿Cuántos suspiros y lágrimas hemos derramado por la pérdida de un amigo, de un hermano, de un hijo...? Nadie podia consolaros. Y cien veces hemos perdido á Jesús, hemos perdido su amor y su gracia y hemos estado tranquilos sin necesitar de consuelo. Y aun en este mismo instante, hermanos míos, ¿en qué vienen á parar todas las inquietudes de nuestro espíritu y estas conmociones de nuestro corazon? ¿Si nos fuese preciso sacrificar nuestra fortuna ó nuestro Dios, nuestra salud ó nuestro Dios, nuestros placeres ó nuestro Dios, por quien, ó contra quien nos declararíamos.

Entremos dentro de nuestro corazon y examinemos cual es el amor que se opone al amor de Jesucristo, y hallaremos dentro de nosotros el amor esclusivo de nosotros mismos. el deseo de agradar al mundo, el temor de disgustarle, el ansia con que apetecemos su estimacion y sus aplausos y el sentimiento que hacemos de sus desprecios. Esta es la razon porque miramos con tanta delicadeza la honra y las atenciones del mundo, con tanta condescendencia á los que amamos y nos aman, es-

ta es la razon de tantas disipaciones, de tanta tibieza y frialdad, del ningun amor que tenemos à Jesus. ¿Jesus ha muerto por nosotros, y sin embargo nosotros no le amamos?

Pero si la pasion de Jesus nos obliga tan poderosamente à amarle, no nos obliga menos à temerle, porque no es nuestro Salvador si no le amamos; porque nuestra falta de amor, nuestra mala correspondencia, nuestra ingratitud y desprecio no puede quedar sin castigo. Jesus muere por nosotros para ganar nuestro corazon, pero si no le amamos, si le ofendemos, seremos severamente castigados. Y ¿qué géneros de castigos nos enviará el Señor? ¡Ah! No creais que voy á exagerar, ni que mi imaginacion acalorada os va á presentar horrores que no existen y solo se inventan para aterrar á los débiles. Venid sábios y poderosos, filósofos presumidos de fuertes y despreocupados, venid ignorantes y sencillos, los misterios de Dios son perceptibles à todos, nada os diré porque la cruz de Jesus os lo dice todo y todo os lo enseña. Contemplad y aprendereis qué terrible es el caer en las manos de la justicia del Dios vivo. Ese pecado que nosotros no tememos, que no detestamos, que no lloramos, le ha llorado un hombre Dios y ha derramado su sangre para repararle. Esas distracciones, esas mentiras, esa vanidad y amor propio, esos ódios y resentimientos eran para nosotros cul-

pas leves, pero ¿cuál sera su maldad, ni cómo podremos llorar bastantemente lo que causó las lágrimas de un hombre Dios?

Recordemos todo cuanto Jesucristo ha sufrido durante su pasion y aprendamos como castiga Dios el pecado, aprendamos à temer, porque si trató con tanto rigor á su hijo inocente y justo que se ofreció voluntariamente á espiar nuestros crímenes ¿cómo seremos tratados nosotros por nuestros pecados propios si no los borramos amando á Jesus y aprovechándonos de las satisfacciones y méritos abundantes de su pasion santa? Jesucristo era Dios y nosotros somos unas criaturas; Jesucristo era su hijo, y nosotros somos unos esclavos rebeldes; Jesucristo solo tenia la sombra y apariencia del pecado, y nosotros somos en realidad grandes pecadores; Dios amaba á Jesucristo con el amor mas tierno, y en nosotros no puede menos de aborrecer los pecados de que estamos llenos. ¿Seremos tan insensatos que nos espongamus á las venganzas de un Dios, que castigó con tanto rigor á su hijo único que solo tenia la sombra y apariencia de pecador? ¿Jesus mio! ¿Seremos tan ingratos que hagamos correr de nuevo vuestras lágrimas y no abandonemos el pecado que tanto castigo merece en la balanza de la divina justicia?

Hermanos míos, por mas que yo quiera ser condescendiente con vosotros, no me es lícito anun-

ciaros otra doctrina. Aunque yo sea tan pecador ó mas que vosotros, profanaría mi santo ministerio si os presentase en otro aspecto, que no fuese tan verdadero y católico, la pasión y muerte de nuestro divino Jesus. Su amor, sus beneficios, sus padecimientos y todas sus satisfacciones nos empeñan á amarle como á nuestro Salvador y nuestro Padre; pero si somos ingratos, si nos obstinamos en nuestros vicios, si no procuramos morir al pecado, habremos de temer los castigos de la divina justicia, al mismo Jesus que será un juez inexorable que nada dejará sin castigar hasta el último cuadrante.

Hé aquí, amados míos, lo que debeis contemplar continuamente y mucho mas en estos dias santos, y donde hallareis los mejores afectos, las mejores resoluciones y el modo mas santo de prepararos para recibir dignamente el Santísimo Sacramento. Estudiad en el libro santo, perceptible y siempre abierto de Jesus crucificado con devoción, humildad y frecuencia y aprendereis lecciones de vida eterna que no puede dar el mundo, ni los que en él presumen de sábios con toda la hinchazón y soberbia de sus teorías y desvaríos. Despreciadlos y no os dejéis arrastrar de sus máximas inmorales, detestables y opuestas á las de Jesus crucificado.

Os repito con toda la emocion de mi corazón

y el deseo de vuestro verdadero bien, que contempleis con frecuencia postrados à sus pies à Jesus crucificado y hallareis motivos para amarle y motivos para temer sus castigos. Hallareis un juez terrible que castigará ese pecado que no detestais, que no castigais, que lejos de llorarle, os gloriáis en él, y mil años viviríais en él, si mil años os durara la vida. Hallareis tambien un padre amoroso, un padre compasivo que os espera con los brazos abiertos, que solo pide vuestro amor, vuestras lágrimas y vuestro arrepentimiento para perdonaros y enriqueceros con sus gracias y su gloria. Sus delicias son el perdonar, y desde su cruz nos dió el ejemplo perdonando à los mismos que le crucificaron.

¡Señor y Jesus mio, innumerables veces hemos oído esta misma doctrina, y muchas se nos ha hecho relacion de vuestros dolores y padecimientos, y nuestro corazon no ha arrojado suspiros, ni nuestros ojos han derramado lágrimas! Hemos llorado las desgracias de los hombres, hemos llorado por unos pesares que nada importaban ¡y no lloramos à nuestro Dios afligido y muerto por nosotros! Tan tierno y sensible como es nuestro corazon para con las criaturas ¿por qué ha de ser tan indiferente para con el Criador? ¿cómo diremos que amamos de veras à Dios si no sabemos gemir, enternecernos ni llorar?

Dadnos. Dios mio, aquel corazon de carne que habeis prometido á vuestros hijos. Arrancadnos este corazon de piedra y de bronce, que nada le consume ni entenece. ¿Qué somos ni qué es nuestro corazon duro é inflexible comparado con vuestro corazon tan lleno de ternura y de amor? Por vuestra pasión sacrosanta, dadnos la sensibilidad de corazon, el don de amaros, esta virtud preciosa del amor que anima y vivifica à todas las demas virtudes, que es la señal de predestinacion y el caracter de todos los santos. Dadnos el don de amaros para que nada tengamos que temer, para que no queramos sino servir, padecer, ser mortificados y morir por vos, para participar, siguiendo vuestros ejemplos, de vuestras eternas recompensas que conseguiremos con vuestra gracia y vuestra misericordia. Misericordia y amor para no temer los castigos eternos. Amen.

F. L. G.

PLÁTICA

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS.

Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est. Mira, y obra segun el modelo que te ha sido mostrado en el monte. Exod., capítulo 25. v. 40.

Mucho, amables oyentes: muchísimo se nos habla de virtudes sociales, de ilustracion, de progreso intelectual, de felicidades, de dichas y venturas. Se nos dice que á la oscuridad, preocupacion y fanatismo de los siglos de bárbarie y de ignorancia en que vivieron nuestros ascendientes ha sucedido el siglo de las luces, de la inteligencia, de la despreocupacion y del engrandecimiento. Los maestros del saber humano convertidos en reguladores de nuestros destinos forman nuevos diccionarios para enseñarnos un lenguaje que no conocieron nuestros padres. Dicen que quieren regene-

rarnos y establecer entre nosotros el siglo de oro que finjió la fábula: pero fiados en su impotencia y guiados por el espíritu de mentira con que la serpiente sedujo á la muger primera, han convertido el mundo en un caos de espantosa confusion que nadie sabe definir. Ese aparato de voces y palabras sin significado.... ese ruido fantástico de los sábios y prudentes entregados á los cuentos y fábulas de los necios para impugnar con teson diabólico la doctrina sana.... ese mentido filosofismo que con herguída frente y tono impío quiere avasallar las creencias de los hombres todos: ¿qué confesiones han arrancado de los juiciosos y sensatos? ¿Qué valor tienen en el buen sentido, y en la razón recta? Ah! Los verdaderos sábios, las sublimes inteligencias, las capacidades notables, los pueblos todos de la cristiandad se han convencido de que no hay mas filosofía que la del calvario; de que solamente en el Evangelio es donde se halla la ciencia de hacer dichosa y feliz á la sociedad.

Jesucristo nos ha traído del cielo una religion divina que nos señala la corriente de los males y venturas: una religion que nos instruye, doctrina y dirige por la senda recta: una religion, en suma, que nos dá la energia necesaria para decir con seguridad y confianza. — No. No pueden ser los hombres justos, benéficos y honrados en los brazos de la soberbia, de la ira, del odio, de la ambicion y

de la envidia. No hay sociedad posible sin Dios, sin religion y sin virtud. El hombre con religion es un ángel en la tierra: sin ella, es un mónstruo de peor condicion que las fieras de la Hircania.==

Recored, incrédulos é impíos, recorred la historia de las naciones, estudiad las biografías de sus héroes, arrastrad todos los siglos hasta descender al nuestro, dadnos razon de los mejores planes de legislacion y decidnos, si habeis hallado una ley que mande amar á los enemigos, perdonar las injurias, pedir por los que nos persiguen y maltratan, procurar bienes, gracias y beneficios á los que nos llenan de males, no aborrecer á nuestros semejantes, y no desear la venganza. Yo os diré que esta doctriua tan humanitaria y envilecedora es muy superior á la comprension del entendimiento humano, que es digna de un Dios de bondad que amó tanto al mundo que le dió á su mismo hijo para que lo salvase. Amar á los enemigos! perdonarlos, interesar á la divinidad en su favor, y colmar de bienes á los que nos procuran males y perjuicios! ¿Enseñan esto esos hombres turbulentos y bulliciosos ocupados en no conocer su impotencia, y en fingir grandezas basadas en la *nada* de su orgullo y arrogancia? No. Solamente Jesucristo es el que enseña el amor á los enemigos, el perdon de las injurias, el hacer bien á los que nos ofenden, y el tratar á nuestros prójimos como nós tra-

tal el padre celestial. De esto voy à ocuparme en este breve rato para provecho de nuestras almas; bien de la sociedad, y gloria del vencedor del mundo, del infierno y del pecado.

Queriendo nuestro divino maestro rectificar las máximas torcidas de los intérpretes de la ley que entendian por *prójimos* á solos los parientes, amigos y conocidos, dice á sus apóstoles y á los hombres todos. "Habeis oido que fué dicho. Amarás á
 » tu prójimo, y aborrecerás à tu enemigo. Mas
 » yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced
 » bien à los que os aborrecen, y rogad por los que
 » os persiguen y calumnian, para que seais hijos de
 » vuestro padre que está en los cielos: el cual ha-
 » ce nacer su sol sobre buenos y malos y llueve
 » sobre justos y pecadores. Porque si amais á los
 » que os aman ¿qué recompensa tendreis? ¿No
 » hacen tambien lo mismo los publicanos? Y si
 » saludareis tan solamente á vuestros hermanos
 » ¿qué haceis demas? ¿No hacen esto los gentiles?
 » Sed pues vosotros perfectos así como lo es vuestro padre celestial." Estas, católicos, son las palabras que salieron de los lábios de la sabiduría eterna para establecer en el mundo la concordia, la amistad, el amor, la caridad y la paz que anunciaron los ángeles á los hombres cuando nació el deseado de las gentes. Ellas son las que de cierto han ilustrado al mundo, las que han moralizado

á los hombres, destruido la tiranía, reformado las costumbres, y humanizado á los tiranos y conquistadores. Ellas han borrado la esclavitud, han disminuido los horrores de la guerra, han asegurado la paz en las familias, en los pueblos y los reinos, y han llenado de consuelo al universo. Esta celestial doctrina se desprendió del seno de la divinidad para hacer de la tierra un nuevo cielo: para que formando todos un pueblo santo sin odios, sin enemistades, sin envidias y sin esas concusiones escandalosas que nos tienen infernados, fuésemos como los primeros cristianos, de quienes se dice en los sagrados libros que no tenían mas que un corazón y una alma. Jesucristo mandándonos perdonar las injurias y amar á nuestros enemigos es el que ha civilizado á los hombres el que ha unido á aquel perdon y á este amor los frutos de todas las virtudes, y el que ha producido en todos tiempos héroes esclarecidos en que tenemos ejemplares que imitar, modelos de perfecta caridad á quienes seguir.

José perdona á sus hermanos las injurias mas atroces, los colma de favores y beneficios, y los atrae al pais donde ellos le relegaron. Dios quiere vengar á Moisés, pero Moisés emplea todo su valimiento con Dios para aplacar su cólera y hacerle perdonar al pueblo ingrato. David dueño dos veces de Saul, lo respeta, manda quitar la vida al Amale-

cita que dió la muerte al ungido del Señor, llo-
ra sobre los varones ínclitos que perecieron en
Gelboe, y se desconsuela por el rebelde Absalon á
quien perdona deseando morir por él. Ved aquí
los que en la ley antigua representaron á Jesus
en su amor á los enemigos y en perdonar las in-
jurias. En la ley de gracia, en esta ley de amor
y caridad se dejan ver san Esteban pidiendo per-
don por los que le apedreaban: san Pablo quierien-
do ser anatema por los judios que lo perseguian:
los apóstoles, los mártires, los confesores, las sagra-
das vírgenes, los verdaderos cristianos de todos los
tiempos y lugares, de todos los estados y condicio-
nes vivieron amando á sus enemigos, murieron
perdonando y pidiendo á Dios por ellos y nos de-
jaron poderosos ejemplos que imitar, siendo vícti-
mas de amor y de caridad en favor de sus perse-
guidores y enemigos.

Si nosotros, amados míos, obráramos de este
modo... si nos dejáramos poseer de la gracia que
produce la caridad, tendríamos la dicha de aseme-
jarnos al padre celestial, como lo dice Jesucristo, y
seríamos perfectos. Nuestro Dios derrama el rocío
del cielo sobre los justos y pecadores: perdona con-
tinuamente; es bueno con sus enemigos dice san
Agustín, porque es *grande*: es paciente y benigno
porque es *Todo-Poderoso*. Es en fin y se llama
Dios de las misericordias y de toda consolacion

porque à todos ofrece su gracia, su asistencia y su gloria. Felices pues los que aman á sus enemigos, los que perdonan las injurias, los que vuelven bien por mal y los que se sacrifican en las aras de la caridad cristiana, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dicen sin embargo los hombres del mundo que la venganza es la pasión de las almas grandes. Pero ¿no habeis comprendido que es la pasión de las almas viles? la pasión de los que no observan sus deberes religiosos, y la de los tigres y animales mas feroces? Nada hay comparable con la agitacion tormentosa é infernal de un vengativo. Cain sacia su rabia en el inocente Abel, y se vé atormentado de agudísimos remordimientos, anda errante, se pinta la desesperacion en su rostro, y Dios le dice=¿Por qué te has ensañado? y por qué ha decaido tu semblante?=Esau quiere matar á Jacob: pero pierde la tranquilidad, dà rugidos como las fieras, y desea la muerte de su padre para vengarse de su hermano. Saul quiere vengarse de David, lo persigue con encarnizamiento, se vale de mil indignos artificios para perderlo: pero el espíritu de la envidia lo atormenta y pone furioso. No, no es la venganza la pasión de las almas grandes. La verdadera grandeza consiste en vencernos á nosotros mismos, en refrenar nuestras pasiones, en triunfar en la lid del cristianismo. Lo que no sea esto, es vanidad

y aflicción de espíritu. Así se dice en los libros santos: así lo prueban las mismas autoridades civiles que no en vano llevan la espada para castigar à los vengativos que se atreven à tomarse la justicia por su mano, y este es el sentir de todos los sábios de la tierra. Decidlo sino vosotros hombres de sano juicio y de razón recta, decid si la venganza privada no es el origen de los mayores desórdenes que pueden afligir à una sociedad. Decid si los vengativos tienen esas almas grandes, fuertes, generosas de que nos hablan los humanitarios de nuestro siglo, y en cuyo elogio se ocupan esos duelistas que tienen consternado y escandalizado al mundo entero.

Además de todo esto, amados oyentes: ¿De quién quiere vengarse el vengativo? De un hermano formado como él à imagen y semejanza de Dios, de un hombre en quien se hallan los rasgos de la omnipotencia, los símbolos de las infinitas perfecciones y los caracteres de la divinidad. De un cristiano tal vez, amado de Dios, con quien está unido con los vínculos mas sagrados por haber recibido el mismo bautismo, por participar de los mismos sacramentos, por estar sujeto à la misma ley, llamado à las mismas recompensas y destinado à vivir en estrecha amistad y eterna paz con los que reinan en la patria de las delicias, dichas y felicidades. Tal es la persona en quien quiere derramar

toda la ponzoña de su corazón el vengativo, sin reparar en que separándose de la Iglesia y renunciando las ventajas de la comunión de los santos se espone á que Dios le diga algun dia. = Yo era aquel á quien te habia mandado amar y me aborreciste, aquel á quien te mandé perdonar y no perdonaste, aquel por quien te mandé orar y no oraste. = El vengativo se condena tambien con las mismas palabras que repite siempre que reza el *Padre Eterno*. Perdónanos nuestras deudas, dice, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Luego segun perdonen á sus ofensores serán perdonados. Si son crueles con sus prójimos, con crueldad serán juzgados: si con ellos son compasivos, clementes y piadosos, con clemencia serán tratados, porque escrito está que *con la medida con que midamos seremos medidos*.

Qué tendrán que oponer á esta doctrina de eterna justicia esos hombres que vejetan en un indiferentismo estúpido en que ni se cree, ni se niega lo que predicamos? No es justo, honroso, noble, útil y conveniente el amarnos recíprocamente, el perdonarnos nuestras faltas, arrebatos y genialidades, el auxiliarnos y el orar unos por otros para salvarnos como nos lo encarga el apóstol? Hay cosa mas racional que el tratarnos como hermanos y miembros de un mismo cuerpo? Pero: *teorías... teorías*, suelen decirnos; *sermones*, y nada

mas. Teorías y sermones!... Pues bien, estas teorías y sermones que mirais con ese desden despreciativo que forma vuestro carácter, os demuestran que los vengativos habitarán infaliblemente en los horrores de un fuego devorante, entre ardores sempiternos, y que pronto, muy pronto vereis lo que no quereis creer. Burlaos enhorabuena de nuestra religion adorable, perseguidla, tirad balazos á los predicadores como lo habeis hecho en la capital de la monarquia española, llevadnos desde el púlpito á la cárcel y de la cárcel al cadalso: que nosotros tendremos á grande dicha el derramar nuestra sangre por Jesus, el pedir gracias para los que nos baldonan, y el aumentar el número de los que han amado á sus enemigos perdonándoles las injurias. Si esta índole celestial de los discípulos de Jesucristo no os ablanda y humaniza... Si aun persistis en el furor satánico de tratar con crueldad y sevicia á nuestros enemigos, y quereis vengaros venid, venid hoy á este santo templo y con estos fieles que creen en un Dios Padre Todo-poderoso y en Jesucristo su único hijo, acercàos al monte santo de la cruz y escuchad al Dios que sufre, padece, y muere por la felicidad y dicha de sus mismos enemigos. Aqui todo es sensible. En Jesus crucificado se hallan personificadas todas las leyes. El se coloca en el árbol de la cruz para dar lecciones prácticas de virtud á todo el mundo y viendo desde ella

á sus enemigos obstinados en maltratarlo, ultrajarlo, afligirlo, y denostarlo, dice con toda la energia de su caridad inmensa á su eterno Padre. = Padre mio: perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Muero padre mio por los pecadores: y os pido que perdoneis á los que me han crucificado poniéndome en la situacion mas dolorosa. Os ofrezco, Padre mio, mi pasion en favor de mis enemigos á quienes amo, á quienes perdono, á quienes quiero para la gloria eterna. Perdon, Padre mio, perdon y gracia para los pecadores.....=

Nada mas. Estamos en el terreno de los hechos: se nos ha manifestado en el calvario el modelo á que debemos arreglar nuestra conducta: el Omnipotente se ha dignado decir al hombre = Mira, y hazlo todo segun el ejemplar que te se ha mostrado en el monte. *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.* Jesus es nuestro Dios, nuestro Maestro, nuestro Padre, nuestro honor y nuestra gloria. Jesucristo crucificado es un legislador de accion, de obras y de ejemplos que nos enseña prácticamente, cumpliendo y ejecutando la ley, á perdonar á nuestros enemigos con ánimo resuelto de amarlos, de protegerlos y auxiliarlos como á hermanos nuestros, puesto que todos hemos sido cortados de una misma piedra. Este amable Redentor perdona para que perdonemos, ama para obligarnos á amar, pi-

de para que pidamos, y se sacrifica para que nos sacrifiquemos. Con que amados míos, hagamos nosotros lo mismo. Pongamos término á las divisiones escandalosas que han producido los ódios, aborrecimientos y venganzas á que nos hemos entregado: imitemos á Jesus en su amor á sus enemigos, y unámonos con los lazos de la caridad mas acendrada para vivir en próspera y sana paz. Hagamos los fieles un esfuerzo para atraer al gremio de la Iglesia á los que divorciados con esta santa madre se dejan arrebatados del espíritu de venganza; y apresurémonos á perdonarlos, á abrazarlos, á ofrecerles la amistad mas sincera, el amor puro de los hijos de la gracia. Demos al mundo entero una prueba demostrativa de que la fé de los españoles es digna de los descendientes de tantos héroes como han honrado, en todos tiempos y lugares, á la nacion católica, y no se vea entre nosotros mas que un corazon y una alma.

Sí, amantísimo Salvador nuestro: Viéndoos perdonar, amar y favorecer á vuestros enemigos, nos prometemos imitaros copiando con nuestras obras, palabras y pensamientos el ejemplar que nos mostrais en el árbol afrentoso. Perdonamos, y pedimos perdón y misericordia para todos los hombres redimidos con vuestra sangre preciosísima. Triunfe, Dios de piedad: triunfe vuestro amor infinito de nuestro corazon helado y mudeñse las

costumbres viciosas de este pueblo como se mudaron las de los habitantes de Sicar con las inspiraciones que recibió de vos la Samaritana. Así lo pedimos y esperamos. ¿No es verdad amables oyentes? ¿No es cierto que ya no aborrecéis á vuestros enemigos, que os reconciliais con ellos, que los amais, y que les manifestaréis este amor obsequiándolos, favoreciéndolos, y sirviéndolos como hijos de un mismo Padre celestial? Pues si lo hacéis así, ya se acabaron nuestros males; porque tenemos un Dios, que perdona á los que perdonan, que da su gracia á los que la ofrecen á sus prójimos, que premia con la gloria á los que perseveran y mueren con la muerte de los santos. Sea pues para nosotros el periodo de este discurso lo que la voz de Jesus para los Centuriones, Nicodemo y Longinos, y amémonos para que eternamente seamos amados en la triunfante Jerusalem de la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

OTRA PLATICA

SOBRE EL PERDON DE LOS ENEMIGOS.

Jesus autem dicebat: Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. Jesucristo decia: Padre perdónalos que no saben lo que hacen. Luc. cap 23 v 34.

Fieles hermanos míos, este es el tiempo destinado exclusivamente para reconciliarnos con Dios, para llamar la atención hacia vosotros mismos, examinar vuestra conciencia y limpiarla de toda mancha de pecado en una buena confesión antes de acercaros á recibirle en el Sacramento adorable de la Eucaristía. Pero podreis reconciliaros con Dios antes de reconciliaros con vuestros hermanos y de perdonar á vuestros enemigos? Ni vuestros dones, ni vuestras penitencias y ofrendas serán aceptas á los ojos del Dios de paz si no deponéis antes los odios, los resentimientos, las enemistades y venganzas, y os reconciliáis y perdonáis las inju-

rias. El Señor que trajo la paz al mundo y que vais á recibir en este tiempo en la santa comunión, no entrará en vuestro pecho para llenaros de sus gracias, si antes no habeis procurado poner os en paz con todos vuestros prójimos. Repetidas veces habreis oído al sacerdote preguntar al enfermo antes de darle la comunión por Viático: ¿perdonais de corazon á los que os han hecho alguna injuria ó pesar, y pedis perdón á todos los que hubiereis ofendido por palabra ó por obra? Pues esta misma pregunta os dirige vuestra conciencia, la ley de cristianos que profesais y el Dios de nuestros altares cuando venis á recibirle en completa salud. El Padre y Señor de las misericordias no perdona á sus hijos y siervos malvados y vengativos que no quieren perdonar á sus consiervos y hermanos.

Bien sé que esta doctrina es dura y muy sensible, y penosa en la práctica, que hiere de frente nuestras pasiones, nuestra delicadeza y nuestro amor propio: bien sé que esta doctrina ha sido desconocida del mundo y de todos sus mas celebrados legisladores; pero para persuadiros la y responder á todos los pretestos y excusas que pudierais alegar contra su cumplimiento, no pienso manifestaros que es la doctrina mas social y llena de humanidad, la mas conforme á la razón y la prudencia, la que ha suavizado las costumbres y civilizado las naciones, os diré solo que esta es la doctrina de Je-

sucristo nuestro Maestro, nuestro Doctor y nuestro ejemplar.

Si no temiese pasar los límites de una breve plática, os recordaria las muchas veces que nos mandó Jesucristo; esto mismo en su Evangelio y me valdria de las razones mismas y de aquellas parábolas tan persuasivas y elocuentes de que usó, y á que no puede llegar la ciencia terrena con todos los artes y adornos de su elocuencia. El ejemplo del Padre celestial que ama á los buenos y á los malos y hace salir su sol y caer su lluvia sobre justos y pecadores. Aquel tinó con que interesa el amor propio cuando dice: Si amais á los que os hacen bien, á vuestros amigos y parientes, á los que nada tienen contra vosotros ¿qué sacrificio haceis? ¿En qué os diferenciáis de los mismos malos, ni qué tendrá Dios que agradeceros cuando seguis los impulsos de vuestro corazón? Pero si amais á vuestros enemigos, si haceis bien á los que os hacen mal, si orais por los que os calumnian y persiguen os pareceis á vuestro padre celestial y podreis aspirar á sus recompensas; entonces se conocerá que amais á Dios, porque obráis por él y no por la inclinacion natural de vuestros afectos. En aquella parábola del siervo que habiendo conseguido de su Señorel perdón de sus muchas deudas no quiso perdonar una cantidad corta que le debía su consiervo, ¿no resalta y se vé precisado el hombre mas

preocupado y el mas ignorante à confesar la verdad y necesidad de esta doctrina? Os diria que para que jamas la olvidásemos y la tomásemos con un interes propio y personal, nos la dió comprendida en la oración que nos enseñó y que debemos decir al Padre eterno *perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

Pero en este tiempo santo y à la vista de esa devota imagen de Jesus crucificado, me valdré solamente del ejemplo del mismo Jesucristo que desde la misma Cruz rodeado de enemigos, oprimido de dolores y aturdido de injurias dice á su eterno Padre: *Padre perdónalos que no saben lo que hacen.*

Hermanos míos, no es Jesucristo semejante á los Escribas y Fariseos que, sentados en la cátedra de Moisés, enseñaban su doctrina y no tenían valor para cumplirla. *Dicen y no obran*, decia de ellos nuestro divino Salvador, pero Jesucristo predicó esta doctrina á los hombres no solo con sus palabras sino tambien con sus obras. Clavado en la cruz, en sus mayores angustias, cuando estaba mas afligido, escarnecido y despreciado, habla ¿y acaso para pedir venganza? No, hermanos míos, para pedir al Padre el perdón para sus enemigos para escusar y disminuir la malicia de los mismos que le crucificaban. En medio de los baldones é improprios, de la confusion y gritería, entre el ruido de los insultos y blasfemias, entre el tumulto

to del calvario se oye una voz, la voz de *Jesus que decia: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen.* ¿Qué me queda ya que deciros en vista de este ejemplo? Que aprendais á perdonar á los que os han agraviado. *Vide pendentem*, os diré con san Agustin, contemplad á Jesus muriendo en una cruz por los mismos que le han clavado en ella. *Audi clamantem*, escuchad la súplica que hace á su Eterno Padre en favor de todos sus enemigos.

¿Os podreis excusar ya de perdonar á vuestros enemigos con vuestro estado, con vuestra mayor edad, con que no disteis motivo ni ocasion al agravio, con decir que estais prontos á perdonar si os buscan, pero que no buskais porque no teneis culpa del agravio de vuestro hermano, porque sois vosotros los agraviados, porque.....? Decid cuanto querais, pero todos vuestros pretextos y excusas desaparecen al oir á Jesus crucificado. *Audi clamantem*. ¿Es vuestra dignidad mayor que la de Jesus? ¿Estais mas ofendidos que Jesus? ¿Aguardó Jesus á ser buscado para perdonar? Os dirá el mundo que el perdonar los agravios nace de un ánimo débil, poco noble y propio solamente de los que se cuidan poco de su honor; pero la ciencia del mundo es enemiga de la salud del alma; á la vista de un Dios que nos lo manda y nos lo enseña con su ejemplo, ¿qué valor pueden tener la ciegu-

cia y los consejos de la vanidad y la locura? Al oír al mundo y á nuestro Redentor ¿á quién deberemos seguir? *Audi clamantem.*

Direis que si volveis bien por mal, beneficios por injurias, bendiciones por maldiciones, se harán mas insolentes los malos, se nos atreverán mas, serán oprimidos los justos, y conculcada la virtud: pero no hay réplica racional contra la doctrina que nos enseña un Dios con su ejemplo desde la cátedra de la cruz. Para eso ha puesto Dios en el mundo á los príncipes, reyes y magistrados y les ha dado su poder, para que castiguen al malo con la severidad de las leyes y procuren y atiendan á la tranquilidad del justo: Pero cuando la justicia del mundo faltase no podrá faltar la del cielo, que no ha de dejar ningun mal sin castigo y ningun bien sin premio. El Señor se reserva para sí la venganza y exonera al hombre en particular de este cargo. Así lo ha hecho público en muchas ocasiones castigando aun en este mundo á los perseguidores del justo y volviendo por el honor del inocente.

Bien pudiera haceros ver los males sin fin que se siguen de los ódios, enemistades y venganzas, el estado habitual de culpa en que se pone el vengativo y rencoroso, mal sin comparacion mucho mayor que la pena ó la pérdida que le puede haber causado su enemigo, y locura semejante á la

de aquel que no viniéndole un zapato por ser corto tratase de remediar este defecto cortándose la punta de su pié, como lo hace ver un religioso contemplativo; podria tambien haceros ver los muchísimos bienes que pueden seguirse de perdonar las injurias; la satisfaccion interior que engendra en el alma este acto heroico de la religion que no puede ponerse en comparacion con el bárbaro placer que ofrece y no da la venganza, el abrigo á que pone de todos los pleitos y disgustos, y tambien los auxilios del cielo que por este medio alcanza de Dios el que da este ejemplo de caridad. Aquí recibieron sus fuerzas los apóstoles, los mártires y otros muchos santos: Nos maldicen, y nosotros bendecimos, decia el apóstol san Pablo, padecemos persecuciones y nosotros las llevamos con paciencia, nos blasfeman y nosotros pedimos por ellos. *Señor, no les conteis este pecado*, decia el Proto-mártir san Esteban cuando le apedreaban. *Perdónales, porque no saben lo que hacen* decia tambien el apóstol Santiago al arrojarle los judios desde lo alto del templo de Jerusalem. En todos los justos oimos el mismo lenguaje porque están asistidos de los auxilios y gracias de Dios, porque tienen la caridad, y esta es paciente, benigna, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo sostiene. Pero deo á vuestra consideracion estas y otras muchas reflexiones y os encargo solamente que oigais la voz de

Jesús crucificado que pide el perdón de sus enemigos y verdugos.

Y si su ejemplo no os mueve, y por su amor no abrazáis esta doctrina, tengo el desconsuelo de anunciaros que seréis eternamente infelices, que como al siervo malvado y vengativo os ligarán los pies y las manos y seréis arrojados al lugar de las tinieblas donde solo hay llanto, confusión y dolor, que no perdonará Dios vuestras deudas si no donáis á vuestros deudores.

Me direis, que lo hareis, pero que es preciso esperar que el tiempo borre la memoria de las injurias, que los ánimos se tranquilicen, que los daños se resarzan... ¿Y si en este tiempo os cojiese la muerte? ¿Y si os vieseis en el último peligro con el Sacerdote á vuestra cabecera, atenderiais á estas consideraciones? ¿Y Jesucristo nuestro maestro, no perdonó al tiempo mismo que estaba recibiendo las injurias y los mas atroces tormentos? Vos Señor, lo he dicho ya y lo repito, vos solo con vuestro ejemplo desvanecéis desde la cruz todas nuestras excusas y pretextos.

Hermanos míos, no apartemos nuestra consideración de ese divino Señor; en él hallaremos la ley, el ejemplo y tambien los auxilios y gracias para perdonar á nuestros ofensores. Si, Dios mío, tambien vuestras gracias, porque necesarias son para imitaros. Concededlas á todos mis oyentes, á

todo este pueblo fiel y que todos depongan en vuestra presencia sus ódios, enemistades y venganzas, que todos se perdonen sus injurias sinceramente y de todo su corazón, y se pongan entre sí en aquella paz santa que es necesaria para llegar á recibiros en la comunión. Que no haya mas enemistades, que todos vivan como hermanos queridos gozando anticipadamente en la tierra las dulzuras de la gloria.

Si Dios mio, todos y cada uno de nosotros os decimos con todo corazón y verdad: desde hoy, desde ahora mismo perdono á todos mis enemigos por grandes que sean las ofensas que me hayan hecho y así quiero que vos me perdoneis. A todos ofrezco mi amistad. Dadnos á todos la vuestra, Señor, para lograr con ella los bienes eternos del cielo. Amen.

F. L. G.

SERMON DEL SANTÍSIMO CRISTO

BAJO CUALQUIER TÍTULO PARTICULAR.

Divites facti estis in Christo..... ita ut nihil vobis desit in ulla gratia. Tan ricos sois en Jesucristo, que ninguna gracia os falta. 1.^a Corinth. cap. 1. v. 5. et 7.

¡Cuál debería ser la alegría y complacencia de un hombre que oprimido de deudas, obligado á la completa satisfacción bajo las penas mas severas, viéndose en la absoluta imposibilidad de pagarlas, y en la triste situacion de sucumbir á los castigos, halla un amigo compasivo y benéfico que todo lo paga por él con un completo desinterés y le dá gratuitamente de sus bienes cuanto necesita para no volver á ser deudor! Tal debe ser la de todos nosotros contemplando á Jesus crucificado. Deudores á la justicia de Dios de una satisfaccion infinita, reos de penas eternas en la presencia divi-

na; siervos del pecado, hijos de maldicion, indignos cada vez más de las misericordias de un Dios justo, imposibilitados por nuestra parte de dar á este Señor la mas pequeña satisfaccion, siempre hubieramos sido miserables y las puertas de las mansiones eternas hubieran estado cerradas para nosotros. Pero ved aqui el motivo de nuestro consuelo y alegría: en Jesucristo, dice el apóstol, nos hemos hecho tan ricos que ya no nos falta ninguna gracia; *Divites facti estis in Christo..... ita ut nihil vobis desit in ullâ gratia.*

La paz y la inocencia apenas se dejaron ver en la tierra, cuando hallándose el mundo sumergido repentinamente en un piélago de miserias y pecados, no se conocia á sí mismo: pero el dia de su ruina fué para él al mismo tiempo el dia de su salud, y aquellas primeras lágrimas que derramó se las enjugó inmediatamente la promesa que se le hizo de un Salvador. Jesucristo es este divino Salvador prometido que á costa de su sangre repara nuestra pérdida y no solo satisface por nosotros á la ofensa, sino que satisface superabundantemente y nos logra y alcanza más gracias que las que perdemos; *Ubi autem abundavit delictum superabundavit gratia.* Todos los méritos de Jesucristo, todas sus satisfacciones, todas sus virtudes, todo es nuestro. Nos hemos hecho ricos en Jesucristo. ¡Qué motivos tan grandes para alegrarnos, y qué fun-

damentos tan sólidos para confiar y poner todas nuestras esperanzas en Jesús crucificado.

Deseoso de moveros á tomar esta santa resolución, ocuparé vuestra atención en este rato para manifestaros en Jesús, el Salvador y Redentor de nuestros pecados, que Jesús muriendo en la cruz satisfizo por nosotros y en virtud de esta satisfacción, nos hemos enriquecido abundantemente, que es lo que nos dice el apóstol en las palabras de mi testamento: Venid, amados hermanos míos, venid conmigo á estudiar á Jesús crucificado, á aprender en él la ciencia de la vida, á despreciar todo lo que no es Jesús ni está unido con Jesús, á beber en esta fuente saludable aquellas aguas dulces que apagan la sed para siempre. Venid y empecemos pidiéndole su divina gracia por la intercesión de su madre y madre nuestra. AVE MARÍA:

Divites..... Es espreso en la Sagrada Escritura que Jesucristo bajó del cielo á la tierra para librarnos del pecado y de la muerte eterna.... Digo que en los libros santos hallamos terminantemente ya que Jesucristo tomó sobre si todos nuestros dolores y cargó con todas nuestras iniquidades, ya que se hizo maldito por nosotros, ya que él borró el decreto de nuestra condenación clavándole en la cruz, que hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, que nos amó y lavó nuestros pecados con su sangre, que por la

obediencia del segundo Adán nos hemos justificado, que en la cruz venció al demonio y todo lo trajo y ganó para sí; de suerte que la Iglesia católica jamás ha dudado esta verdad que públicamente confiesa; enseñándonos en el símbolo de su creencia que Jesucristo bajó del cielo á la tierra por nosotros los hombres y por nuestra salud.

No es mi intento, pues, convenceros y persuadirlos esta verdad que creéis y confesáis como hijos fieles de esta madre infalible asistida del Espíritu-Santo hasta la consumacion de los siglos; quiero solo ponérsela de manifiesto para que enténdais lo mucho que debeis á ese divino Señor; para acrecentar vuestra devocion y vuestra gratitud á vuestro mayor bienhechor, para que conficis y arrogueis todas vuestras esperanzas en un Dios que ha puesto en vuestras manos todas sus riquezas: *Divites facti estis in Christo...*

De tres modos, dice mi angélico doctor santo Tomás, podemos decir que Jesucristo es nuestro Salvador ó la causa de su remision de nuestros pecados. En cuanto que nos mueve y escita á la caridad, muriendo en una cruz, en cuanto que pagó por nosotros el precio de nuestro rescate constituyéndose nuestra cabeza, y en cuanto que padeció en nuestra carne unida á su divinidad, de donde todas sus satisfacciones tomaron un valor y eficacia infini-

ta. Reflexionemos sobre cada una de estas razones.

Jesucristo nos libra del pecado moviéndonos y escitándonos con el ejemplo de su pasión á la caridad y amor de Dios. La caridad es el medio de conseguir el perdón de las culpas y solo amando nosotros á Dios y convirtiéndonos á él es como el Señor nos perdona, nos admite á su gracia y nos hace sus amigos. Si Jesucristo en su cruz nos alentó con su ejemplo, ganó nuestro corazón para que le amásemos; nos empeñó en esta caridad, es consiguiente que en ella nos ofreció el medio seguro de salir del pecado. ¿Y cómo dudaremos que fué así? El empezó por amarnos para que nosotros le correspondiésemos. Nadie ama mas que el que da su vida por otro, y este divino Señor dió la suya por nosotros cuando aun éramos sus enemigos, y cuando no habia recibido de nosotros sino injurias y ofensas. Toda su vida nos amó; pero en el fin nos amó mas que nunca. Siempre se ocupó en dar á los hombres lecciones de salud y de vida eterna, pero en su cruz parece que empeñó todo su poder y su sabiduría para apartarlos de los vicios, para hacerlos apetecer y desear los bienes del cielo, para inspirarlos horror al mundo y encenderlos en el amor de su Dios, para remediar al hombre que no solamente habia caído en la infelicidad de una vida desenfrenada, sino en un sumo desórden y en el abismo de los males.

Este desorden del hombre, dice el discípulo amado, procedió de tres principios, de la concupiscencia de los ojos, de la concupiscencia de la carne y de la soberbia de la vida, es decir de una insaciable ansia de los bienes temporales, de una solicitud escesiva de las honras del mundo y de una pasión ardiente de los deleites de los sentidos. Pero ved como Jesús nos ofrece en su pasión los remedios para curarnos de estas peligrosas dolencias. La falta de todas las cosas y la desnudez con que muere contra el amor à las riquezas y contra la codicia que nos abrasa; los portentosos abatimientos que padece contra los designios de la ambición que nos consume; las austeridades de una carne virginal ensangrentada y despedazada de las heridas, contra la delicadeza y sensualidad que nos estraga, no nos preocupe la pasión y miremos alguna vez las cosas segun son en sí. ¿No es evidente que el misterio de la cruz condena todas vuestras injusticias, violencias, odios, comercios escandalosos, vuestras libertades y desenfrenamientos? ¿No es evidente que este misterio tiene una oposicion esencial con los tres principios que causan todos los desórdenes de nuestra vida? ¿No es verdad que este misterio refrena todos nuestros deseos, arregla nuestras pasiones, confunde nuestra soberbia, nos arranca del corazón el amor de nosotros mismos, en una palabra, es lo que corrige nuestros vicios

y nos contiene dentro de los límites de nuestra razón? ¿Qué sería del mundo si los hombres de común consentimiento se conviniesen entre sí en vivir según los ejemplos que les dió Jesucristo y las lecciones que recibieron de su Magestad en su pasión sacrosanta, de suerte que este Dios crucificado fuese en la práctica la regla universal por donde todo se gobernase? ¿A qué grado de perfección se hallára súbitamente elevado este mundo que hoy está tan corrompido? ¿Qué moderación no inspirára á los grandes, qué sumisión no infundiera á los pequeños la vista de la cruz si se tuviera presente y fijaran las atenciones en ella? Los ricos no abusarian de sus riquezas; no se quejarían de su indigencia los pobres; los que padecen, no se volverían contra Dios en sus trabajos; no se verían en el trato de los hombres traiciones y venganzas; el espíritu del interés, la emulación, la envidia, no causarían turbaciones y competencias: la vida del hombre sería tan pura y tan inocente como ahora es licenciosa y desenfrenada. Pues ved aquí como Jesús nos libró del pecado amándonos hasta probar en su misma persona los remedios tan amargos contra nuestros vicios y dándonos en el misterio de su cruz las lecciones mas expresivas y mas eficaces para movernos á la caridad y amor de Dios.

Nos libró tambien del pecado constituyéndose

nuestra cabeza y pagando por nosotros el precio de nuestro rescate que es la segunda razon de mi angélico doctor. Asi como el cuerpo natural dice el santo es un solo compuesto de muchos miembros; asi toda la Iglesia que es el cuerpo místico de Jesucristo se computa como una sola persona cuya cabeza es el mismo Cristo, y de aqui es que á todos nós redimió con su pasion de la esclavitud del pecado como á miembros de su cuerpo, en cuanto que todas sus acciones se reputan por nuestras, y pueden aplicársenos como si nosotros las hiciésemos. Con que cuanto hizo el hombre Dios, cuanto mereció, cuanto tuvo de bueno todo es nuestro en virtud de esta union que tenemos con él? ¿Qué motivos podemos hallar mas poderosos para confiar en el Señor y para no desesperar de conseguir el bien eterno? Nosotros mismos, con tanto como presumimos de nuestra ciencia, ¿pudiéramos haber ideado un medio tan adecuado y tan justo para reconciliarnos con Dios despues de haberle ultrajado tan atrozmente y para enriquecernos tan abundantemente de sus gracias despues de nuestra vergonzosa ruina?

Pero vamos al calvario y siendo testigos de lo que pasa en él, estudiemos la altura y profundidad del misterio de la cruz. Era necesario satisfacer á un Dios ofendido é injuriado por el pecado del hombre, pero es necesario convenir que quien no

fuese un hombre Dios, no podia dar esta condigna satisfaccion.

El hijo mismo del Eterno se hace hombre sin dejar de ser Dios y se constituye nuestro fiador y nuestra cabeza. ¿Y qué hace este hombre Dios para satisfacer por nosotros? ¡Ah cristianos! con la mira de pagar nuestras deudas echa mano de todo lo que única y soberanamente podia llenar la medida de las satisfacciones que Dios aguardaba y tenia derecho de aguardar. ¿En qué consistia la ofensa de Dios? En que el hombre olvidándose de sí mismo habia aspirado á ser semejante á Dios; pues yo, dice el hombre Dios, que no solamente soy semejante sino igual y consustancial con Dios, olvidándome de un modo muy diferente de mí mismo me abatiré debajo de todos los hombres, seré el óprobio del mundo y un gusano de la tierra.

El hombre rebelándose contra Dios habia sacudido el yugo de su obediencia y sido trasgresor del mandamiento de su Soberano. Pues yo, dice el hombre Dios, aunque por mí mismo tengo una soberana independendencia me reduciré á la sujecion mas penosa y abatida. No solamente obedeceré á Dios, sino tambien á los hombres, á los mas pecadores y viciosos, á mis mismos perseguidores y verdugos. El hombre condescendió con sus sentidos dándoles un deleite vedado, gustando de una fruta prohibida, pero yo dice el hombre Dios que

todo es mio y tengo derecho para gozar de todas las delicias de la vida, me presentaré delante de mi padre como un varon de dolores, como una víctima de la penitencia, como un cordero destinado al mas sangriento sacrificio.

Con efecto el hijo de Dios se deja ver desnudo recibiendo azotes de crúeles verdugos, y no contento con esto quiere que á los azotes se añadan espinas, á las espinas clavos, á los clavos, hiel, vinagre, muerte, lanzada, y que todos sus santísimos miembros lleguen á estar no solo cubiertos de llagas sino rasgados y despedazados; su alma atormentada interiormente con la mayor tristeza y pena imaginable, y levantado en una cruz juntando á lo sumo de sus dolores la suma ignominia de morir en un suplicio en medio de malhechores y reputado por uno de ellos.

Así satisface el hombre Dios por los hombres; tan costoso y subido es el precio de nuestro rescate, pero el Eterno Padre le acepta, y en su virtud olvida nuestras injurias porque le recibe de un hijo engendrado de su sustancia, porque entre todos los hombres no vé sino al hombre Dios que siendo cabeza de todos, ruega, intercede, padece y paga por todos. Ved aquí como Jesucristo formando un cuerpo místico con nosotros del que él mismo es la cabeza, recibiendo en si mismo la pena y el castigo de todos, nos libró del pecado y

nos entriqueció haciendo nuestrás todas sus gracias.

A pesar de todos los tormentos de Jesus y aunque hubiera padecido mas, si fueran imaginables, si hubiera sido puro hombre jamás hubiera satisfecho por nosotros. La razon es porque la satisfaccion debe ser correspondiente á la injuria; la injuria como hecha á Dios era infinita y era necesaria una satisfaccion igualmente infinita. Ni todos los hombres, ni todos los ángeles, ni todo el mundo junto, como todo es criado, hubiera podido dar esta satisfaccion: pero el Verbo eterno toma nuestra carne, el Criador se une á la criatura y en virtud de esta union las acciones y merecimientos de este hombre Dios toman un valor y eficacia infinita. Padece en la carne de hombre, se abate, se humilla, muere como hombre, pero sus humillaciones, sus trabajos, su muerte, son de un Dios unido á la carne del hombre, de una persona que es Dios, y por consiguiente tienen el valor infinito que reciben de un Dios, Jesucristo en cuanto hombre padece hasta derramar su sangre, y en cuanto hombre Dios merece con los tormentos de su carne todo lo que merece un Dios. De manera que la naturaleza humana es el instrumento de sus merecimientos y la naturaleza divina es quien les dá el valor y la estimacion de infinitos.

Ved aqui como Jesucristo nos libró del pecado tomando nuestra carne y uniendola á su Divi-

nidad. Por esta union nos libró de nuestros pecados, y no solamente de los nuestros sino de los de todo el mundo y de mil mundos que hubieran ofendido á Dios. Por esta union tienen sus méritos virtud para redimirnos de todos los pecados que se han cometido y cometerán hasta el fin de los siglos. Por esta union tiene la cruz tanta fuerza para obligar á todas las naciones á que la adoren. Aquí hallamos la razon porque la ignominia, la confusion, el oprobio y el abatimiento sumo de la muerte eleva á un hombre á toda la gloria que puede pretender un Dios; de suerte que á solo su nombre y á la vista de su cruz doblan la rodilla las potencias mas soberanas del mundo y se postran para tributarle vasallage con sus grandezas.

Aquí vemos la razon porque un hombre sin otros medios, sin otras armas, por la virtud sola de su cruz, ha vencido la idolatría; ha triunfado de la supersticion; ha destruido el culto de los falsos dioses y ha conquistado todo el mundo; cuando los mas poderosos reyes de la tierra necesitan tantos socorros para sus menores conquistas; porque un hombre que, como canta la Iglesia, halló el modo de reinar en lo mismo con que otros dejan de vivir, esto es por medio de un leño que fué el instrumento de su muerte. *Quia Dominus regnavit á ligno*, y es porque este hombre no es solamente hombre sino que es Dios juntamente.

Con que Jesucristo nos libró del pecado moviéndonos con el ejemplo de sus padecimientos á la caridad y amor de Dios; tomando sobre sí todo el precio de nuestro rescate, constituyéndose nuestra cabeza y nuestro fiador; y satisfaciendo con una carne unida á su misma divinidad, de donde todos sus méritos recibieron un valor superabundante para redimirnos; con que Jesucristo nos ha reconciliado con Dios y uniéndonos á él como á miembros de su cuerpo nos ha enriquecido de todos sus tesoros, de suerte que todos sus méritos, sus virtudes, su triunfo, su gloria, todo es nuestro. *Divites facti estis in Christo.*

Así es hijos míos. Pues alegrémonos y regocijémonos, porque de deudores y esclavos hemos pasado á ser ricos y Señores: teniendo todos nuestros recursos en Jesucristo: alentémonos y espere-mos con la mayor confianza que ninguna gracia nos faltará; *ita ut nihil vobis.....*

Pues si Jesucristo satisfizo y pagó tan abundantemente por nosotros, podeis decirme, ya nada nos queda que hacer, y sea cualquiera la práctica de nuestra vida tendremos seguro el perdon, y nuestro fin será dichoso.

No permita el cielo que al esponeros la doctrina de nuestra redencion os induzca en un error tan perjudicial y os incline á la necia presuncion de querer salvaros sin poner mérito alguno de vuestra

parte, no, lo que digo es: Que Jesucristo muriendo por nosotros nos ha abierto las puertas del cielo que se nos habian cerrado por el pecado, que ha desarmado la ira de un Dios justamente indignado con nosotros, que con sus tormentos nos ha dejado un remedio poderoso y eficaz para librarnos de nuestras iniquidades y entrar en la amistad de Dios ganándonos un tesoro de méritos, que todo cuanto hizo, lo hizo por nosotros y para nosotros, pero es necesario que nosotros nos apliquemos y hagamos cuanto está de nuestra parte para participar de sus merecimientos; que le imitemos en su vida y su pasion y que sigamos sus importantísimas lecciones y ejemplos.

A la manera, dice mi angélico doctor santo Tomás, que un médico cura una enfermedad ordenando una medicina que tiene virtud para curarla, pero si el enfermo no la toma, la desprecia y no quiere aplicársela, jamás sanará, no por defecto de la medicina, sino por su temeridad en rehusarla, así Jesucristo nos ganó con su pasion el remedio infalible para sanar de nuestros pecados, pero de nada le sirve al enfermo tener un remedio escelente, si no se digna alargar la mano para tomarle, inútiles son para el hombre los tesoros si no se sirve de ellos. ¿De qué nos sirve tener un remedio tan eficaz para nuestros males, como la sangre de Jesucristo si no nos le aplicamos? ¿De

qué nos sirve el tesoro inagotable de sus méritos si no empleamos este tesoro en pagar nuestras deudas? Confiar en Jesucristo, alegrarnos de tanto como nos mereció, querer salvarnos y vivir entregados al mismo tiempo al ocio, á la disolución, á la destemplanza, á la avaricia, á la ira, á la soberbia y á todo género de vicios, es la mas loca contradicción y la mas insolente temeridad.

Hermanos míos, os diré con el Apóstol san Pedro; el mismo Jesucristo cargó con nuestros pecados para pagar por ellos en su cuerpo sobre una cruz para que nosotros muertos al pecado, vivamos á la santidad. Murió por nosotros, os diré con san Pablo para que los que viven no vivan ya para sí sino para aquel que murió por ellos: que si queremos participar de su triunfo y de sus méritos es necesario que participemos primero de su cruz y de sus tormentos. Asi, y solamente asi, es como se reís ricos en Jesucristo, asi os será útil la redencion procurando desterrar de vosotros todos los vicios, apartaros del mundo y de sus peligrosas concurrencias, estudiar á Jesucristo, y como el apóstol no querer saber mas que á Jesucristo.

Estos deben ser vuestros cuidados, devotos del santísimo Cristo de N, con estas disposiciones debéis acercaros á ese divino Jesús á tributarle vuestros obsequios y á ofrecerle vuestras adoraciones: así hareis vuestro todo su caudal y asegurareis vues-

tra salvacion que es lo que mas importa. Sobre esto alcanzareis tambien bienes temporales, la salud, la paz en vuestras casas, la buena educacion de vuestras familias, el sustento para vosotros y vuestros hijos: Ya lo habeis experimentado desde el tiempo inmemorial en que vuestros padres recurrieron y os enseñaron á recurrir á la presencia de esa divina y milagrosa imágen; en todos tiempos habeis recibido por este medio abundantes beneficios, y mil veces á los pies de ese altar se han enjugado vuestras lágrimas y habeis hallado el remedio en vuestros conflictos.

Agradecidos vuestros mayores determinaron perpetuar su agradecimiento en todos sus descendientes, ordenando celebrar estos afectuosos cultos cuyas espensas confiaron solamente á la piedad que inspiraron á sus hijos y á la costumbre que han enseñado sin interrupcion de unos á otros de acudir en sus desgracias, en sus enfermedades y trabajos á recibir el socorro de todas sus necesidades al santísimo Cristo de N.

Continuad vosotros inspirando á vuestros hijos y á los hijos de vuestros hijos estas máximas saludables y ofreciendo todos los años estos reverentes cultos á ese divino Jesus. La experiencia os ha enseñado que no confiais en el vanamente, que no desatiende vuestros ruegos, que se complace en vuestros obsequios y que os recompensa con

el ciento por uno. Así lo prometemos Soberano Redentor, y si nuestros vicios y desórdenes nos hacen indignos de vuestras gracias, desde ahora empezaremos con vuestra ayuda á trabajar en arrancar de nosotros las malas inclinaciones, en imitar vuestros ejemplos y en hacernos dignos de nuestros merecimientos. Con esta resolución confiamos en vos con la mayor complacencia, descansamos enteramente en vos, nos arrojamos en vuestros brazos y cada uno de nosotros os dice con la mayor ternura y afecto: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum, redemisti nos Domine Deus veritatis.* En tus manos Señor encomiendo mi espíritu, pues nos redimiste Dios de la verdad.

F. L. G.

INDICE.

Sermon Primero de Dolores de María Santísima	Pág. 1
Sermon Segundo de Dolores de María Santísima	14
Homilia para el Domingo de Ramos	32
Sermon Segundo de Ramos	44
Sermon Primero de Mandato	60
Sermon Segundo de Mandato	72
Plática Primera de Penitencia	92
Plática Segunda de Penitencia	105
Sermon Primero de Pasion	123
Sermon Segundo de Pasion	138
Sermon Primero de Descendimiento	166
Sermon Segundo de Descendimiento	180
Sermon Primero de Soledad	198
Sermon Segundo de Soledad	214
Sermon Primero de Resurreccion	239
Sermon Segundo de Resurreccion	256
Sermon Tercero de Resurreccion	270
Sermon Primero de la Santa Cruz	282
Sermon Segundo de la Santa Cruz	297
Sermon para el Domingo de Pasion	314
Otro Sermon para el mismo dia	329
Plática sobre el perdon de las injurias	346
Otra Plática sobre el perdon de los enemigos	359
Sermon del Santísimo Cristo bajo cualquier título particular	368

FÉ DE ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
2		última en contra	contra
62	17	abrazar	abrasar
88	27	en este	este
90	3	indicaros y	indicároslos y
128	8	José	Jesus
134		última elevosa	alevosa
174	14	tiene	tienen
175	12	vió	dió
179	3	intercesion por	intercesion. Por
182	21	Nicodemus el	Nicodemus: el
203	23	yo le besaba	yo besaba
236	14	ellas	ellos
246	13	de religion	de la religion
253	14	todos escollos	todos los escollos
279	26	las	le
281	16	llamaban	llevaban
286	3	hacernos	haceros
289	1	pica	aplica
292	5	escala	escuela
292	12	al culto	el culto
292	19	soberania	soberbia
307	7	benedicimus	bepe dicimus
310	5	dijeran	no dijeran
322	22	abrazaban	abrasaban
348	15	envilecedora	civilizadora
354	9	<i>Padre Eterno</i>	<i>Padre nuestro</i>